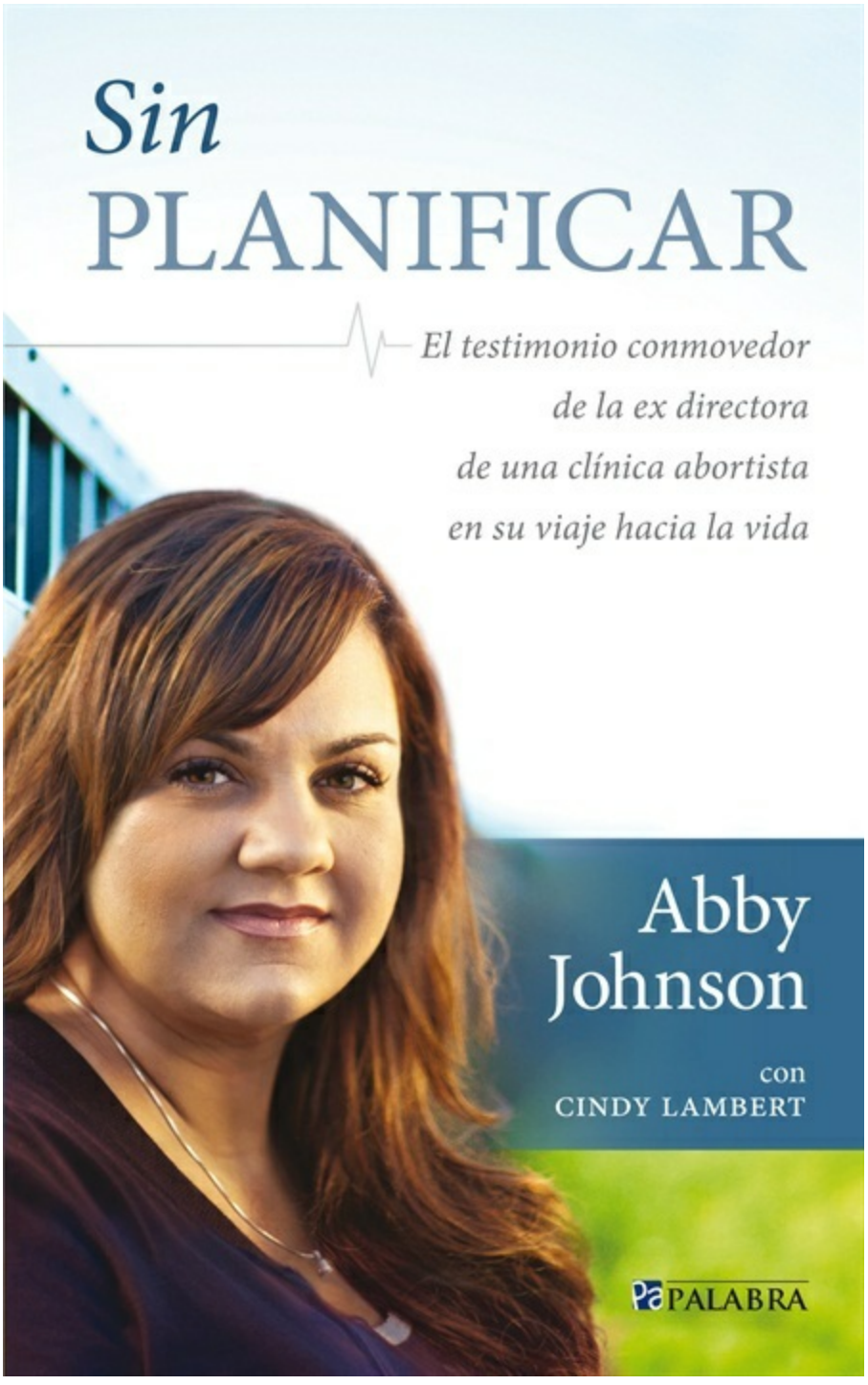
Sin PLANIFICAR

El testimonio conmovedor de la ex directora de una clínica abortista en su viaje hacia la vida

Abby Johnson

con CINDY LAMBERT

PALABRA


Sin
PLANIFICAR
El testimonio conmovedor
de la ex directora
de una clínica abortista
en su viaje hacia la vida
Abby
Johnson
con
CINDY LAMBERT
PALABRA

Título original: unPLANNED. The dramatic true story of a former Planned Parenthood leader's eye-opening journey across the life line, by Abby Johnson with Cindy Lambert

Colección: Palabra Hoy
Director de la colección: Ricardo Regidor

© Abby Johnson, 2010
© Ediciones Palabra, S.A., 2012
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es
© Traducción: Felipe Santos

Diseño de Cubierta: Raúl Ostos
ISBN: 978-84-9840-706-8

Todos los derechos reservados
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Abby Johnson
con Cindy Lambert

Sin Planificar

El testimonio conmovedor
de la ex directora de una clínica abortista en su viaje hacia la vida

A mis padres,
que siempre han estado a mi lado, apoyándome,
sin importarles lo extravagantes que fueran mis ideas.
No hay mejores padres en el mundo.
A mi marido y a mi hija,
de los que siempre estaré orgullosa.
Estoy muy agradecida de que estemos juntos
en este viaje.
Os quiero más que a la luz del sol.

INTRODUCCIÓN

Una advertencia: ¡la lectura de este libro puede ser una experiencia que te cambie la vida!

Confía en mí. Lo sé todo sobre este tipo de experiencias, porque yo tuve una hace unos pocos años…

Un abrasador día veraniego de 2004, me reuní con mis amigos Shawn y Marilisa Carney (de los que sabrás más cuando leas el libro) en la sede de nuestra organización pro vida, llamada Coalition for Life (Coalición por la vida), situada en la ciudad de Bryan/College Station, en Texas.

Estábamos allí aquel día porque nos sentíamos frustrados. Frustrados porque, según las estadísticas del departamento de salud de Texas, cerca de 2.000 niños habían sido abortados en nuestro condado desde la apertura de la clínica de Planned Parenthood, que había tenido lugar solo unos pocos años antes. Frustrados por tantas mujeres que habían quedado marcadas emocional y espiritualmente en aquel centro. Frustrados por la simpatía a favor del aborto de algunos de los medios de comunicación locales. Frustrados por la apatía y la indiferencia que tantos creyentes de nuestra comunidad mostraban hacia este tema.

Durante los años previos, habíamos hecho todo lo que sabíamos hacer a través de nuestra pequeña organización. Y, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, el número de abortos no había dejado de crecer. Al final, llegamos a la conclusión de que nosotros no teníamos la respuesta y decidimos buscar otro tipo de solución: nos pusimos a rezar durante una hora alrededor de la vieja mesa de madera que teníamos en la oficina, pidiéndole a Dios que nos mostrara qué debíamos hacer.

No teníamos ni idea de que aquella hora de oración (y la decisión que tomaríamos después) transformaría nuestras vidas y las vidas de miles de personas en todo el mundo. Por ejemplo, la de Abby Johnson, que en esos momentos comenzaba a escalar puestos en aquel centro de Planned Parenthood.

Durante esa hora, el Señor abrió nuestros corazones al significado espiritual que tiene el concepto de cuarenta días. En la Historia Sagrada, ese lapso de tiempo aparece en numerosas ocasiones: los días que pasó Noé en el arca o los de Moisés en el Sinaí, el tiempo que Jesús estuvo en el desierto o el que pasaron los apóstoles con Jesús tras su

resurrección. Una y otra vez, Dios había usado esa cantidad de tiempo para transformar el mundo.

Sabíamos que nuestro país necesitaba desesperadamente una transformación, ya que el aborto es la principal causa de muerte en los Estados Unidos. Así que decidimos reunir nuestras fuerzas para tres actividades concretas que desarrollaríamos durante cuarenta días:

1. Convocar a todos los miembros de la comunidad a unirse en una petición de oración y de ayuno para acabar con el aborto, reconociendo que «con Dios todo es posible».

2. Organizar una vigilia de oración durante cuarenta días, y veinticuatro horas al día, en el centro abortista de Planned Parenthood; se trataba de dar testimonio justo en el lugar donde se hace el daño, ofreciendo esperanza y una mano amiga a todos los que entraran allí.

3. Comprometerse en una campaña educativa de base que extendiera el mensaje pro vida de puerta a puerta por todos y cada uno de los hogares de nuestra comunidad.

Al acabar aquella hora de oración, nos sentamos aturdidos y sobrepasados por la magnitud de esa tarea. Pero sabíamos que debíamos tomar una decisión fundamental: ¿ignoraríamos la llamada que acabábamos de recibir o la llevaríamos a cabo?

Decidimos actuar, pensando que estaban en juego las vidas de tantos niños inocentes y sus madres, y pensando en las almas de todos los que están involucrados en el mundo del aborto.

Tres semanas más tarde, con mucho miedo y nerviosismo, lanzamos la primera campaña de 40 días por la vida en nuestra comunidad… Y pudimos comprobar que Dios estaba detrás de todo. Docenas de iglesias y miles de creyentes se unieron en unos días de oración y ayuno, más de 1.000 personas participaron en la vigilia de oración que tuvo lugar en el centro donde trabajaba Abby, y se visitaron uno a uno más de 25.000 hogares. Al acabar la campaña, comprobamos que se habían reducido los abortos en aquella zona en un 28%, salvando más de 100 vidas inocentes.

Pero lo que ocurrió en la siguiente campaña fue incluso más extraordinario. Una a una, numerosas ciudades comenzaron a organizar su propia campaña de 40 días por la vida, consiguiendo resultados similares. Para el 2007, teníamos muy claro que debíamos organizar campañas nacionales en todo el país (que luego serían internacionales).

Los resultados han continuado incrementándose. Mientras escribo esto, más de 400.000 personas han participado en las 1.083 campañas organizadas en 335 ciudades a lo largo de todos los estados de Estados Unidos, así como en Canadá, Inglaterra, Irlanda del Norte, Australia y Dinamarca. Se han salvado del aborto más de 3.000 niños (al menos de los que conocemos) y seis centros abortistas han quebrado tras la campaña organizada a sus puertas. Y también 35 trabajadores han dejado la industria del aborto

durante alguna de las campañas, incluyendo la profunda conversión de Abby Johnson, cuya historia estás a punto de leer.

Conozco a Abby desde hace años, tanto cuando estaba a un lado de la verja del centro que dirigía como al otro. He visto a cientos de creyentes rezando a sus puertas año tras año, no solo por las madres y los niños, también por Abby y sus colegas. Al final, el amor ganó el corazón de Abby, y Dios ha transformado su vida en un testimonio sorprendente e inspirador para muchas personas.

Nunca pudimos imaginar que iban a suceder estas cosas, pero afortunadamente Dios lo hizo así. Quiso que nuestro compromiso de oración y discernimiento se convirtiera en algo que llegara a cambiar la vida de tanta gente.

Ahora te toca a ti.

Mientras sigues el viaje de Abby, prepárate a cambiar tu propia vida al descubrir cómo actúa Dios.

Y, al acabar esta historia, tendrás que hacer tus propias decisiones. ¿Ignorarás la llamada de Dios para «hablar por aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos o rezarás para discernir tu papel en el movimiento al que el Papa Juan Pablo II llamaba «la labor más importante en la Tierra»… y actuarás?

Sabiendo que hay millones de vidas en juego, creo que tomarás la decisión correcta, urgido a poner en práctica tu fe. Y, cuando lo hagas, no dejaré de leer sobre las personas que cambiaron gracias a ti, sobre las vidas que salvaste, los centros que se clausuraron, los trabajadores convertidos y las almas que quedaron impactadas.

Quién sabe; quizá lo que hagas pueda ayudar a marcar el comienzo del fin del aborto en el mundo.

David Bereit
Director Nacional, 40 Días por la Vida

NOTA DE ABBY JOHNSON

Mi historia no es agradable. Creo que debo advertirte de lo que te vas a encontrar. No es agradable, pero sí es una historia honesta y verdadera. Tal y como estás a punto de descubrir, he pasado bastantes años en la primera línea del enfrentamiento que existe entre los partidarios pro elección y los pro vida en el tema del aborto*. ¿En qué bando? En ambos. Estás a punto de acompañarme en un viaje que me ha llevado de ser una ingenua chica universitaria a dirigir una clínica de Planned Parenthood** para asesorar a familias en crisis, incluidos los no nacidos.

Te revelo mi historia no porque me sienta orgullosa de ella. No lo estoy en absoluto. Pero mis ideas y mis circunstancias no son muy distintas de las de muchas otras personas con quienes me he encontrado. Creo que hemos de abandonar nuestros prejuicios, lo que nos gustaría*** que pensaran o se comportaran los demás, o cómo les interpretamos, para así poder comprenderles, si de verdad queremos dialogar y descubrir juntos la verdad.

He intentado reflejar fielmente mi manera de pensar durante cada etapa de este viaje, sin importarme lo incómoda o políticamente incorrecta que fuera. Supongo que siempre te haces las mismas preguntas, una y otra vez:¿Realmente eras tan incauta? ¿De verdad eran tan inconsistentes tus valores y tus actos? ¿Eras tan ambivalente, tan ingenua, tan estúpida, tan…? Ya te lo imaginas. Mi respuestas son afirmativas. También me pregunto: ¿Os movía a ti y a tus compañeros pro elección un verdadero sentimiento de compasión y cariño, motivado por un deseo sincero de ayudar a las mujeres y hacer del mundo un lugar mejor? Y, de nuevo, la respuesta es afirmativa.

A menudo me encuentro con que a la gente no le gustan mis respuestas.

Es comprensible. Mi historia no es pulcra e inmaculada y no puede contarse en términos sencillos. Cuánto nos gusta que uno y otro bando se vilipendien mutuamente. Qué fácil es pensar que todos los de nuestro lado tienen razón, son inteligentes y buenos; y los del contrario son traicioneros, estúpidos y mentirosos. Yo he encontrado buenas razones, bondad y sabiduría en los dos bandos. Y también estupidez, traición y engaño. He visto en ambos cómo las buenas intenciones pueden conllevar malas decisiones.

Tengo amigos a ambos lados de este polarizado debate. Todos deseamos encontrar una historia que muestre que «nuestro» bando tiene razón y el «suyo» está equivocado,

¿verdad? Pues yo puedo asegurar que hay cosas buenas y malas en ambos lados. Y lo más sorprendente de todo es que tenemos más en común con ese «otro bando» de lo que somos capaces de imaginar.

Pero no cierres este libro por lo que acabo de decir. Léelo precisamente por esa razón. Léelo para comprender las sorprendentes expectativas y las motivaciones que se esconden en el «otro bando». Yo me sentí querida desde el bando contrario. Mi esperanza es que muchos miles de personas también se sientan queridas en la verdad. Quizá tú puedas ser uno de esos que quieren y aprecian a alguien al otro lado de la verja.

Así que, ¿en qué lado estás? Con toda probabilidad, en el otro bando solo ves errores y comportamientos agresivos. Aquí te hago una pregunta: ¿Estás dispuesto a sortear la verja que os separa y tratar de ver en el otro bando algo de bondad, compasión, generosidad y renuncia?

¿Tienes esa disposición? Si es así, bienvenido a mi viaje.

Nota especial

Los nombres y los detalles de algunas de las personas que aparecen en este libro han sido alterados, incluidos los de todos los voluntarios y los trabajadores de Planned Parenthood. Al describir los acontecimientos que se narran en este libro, no solo he confiado en mi memoria, sino que he consultado mi correspondencia personal y mis conversaciones con las personas que participaron en ellos.

* En el original, pro-choice y pro-life (N. del T.).

** Planned Parenthood (que podría traducirse como Planificación Familiar) es una organización fundada en 1916 destinada a facilitar el acceso de las mujeres a información y a suministrar recursos para el control de la natalidad, que incluyen una extensa red de clínicas sanitarias en Estados Unidos (ver http://www.plannedparenthood.org/). Con el fin de que no se confunda con los términos en que se desenvuelve este libro, se ha respetado la denominación del original en inglés. El mismo criterio se ha utilizado en el resto del libro con otras organizaciones similares (N. del T.).

*** Todas las cursivas de esta traducción se encuentran en el original (N. del T.).

CAPÍTULO 1
LA ECOGRAFÍA

Cheryl asomó la cabeza por la puerta de mi despacho: «Abby, necesitan a alguien en la sala de exploraciones. ¿Estás libre?».

Levanté la vista de mis papeles: «Sí, claro».

Aunque llevaba ocho años en Planned Parenthood, nunca me habían pedido que fuera a la sala de exploraciones para ayudar al equipo médico durante un aborto, y no tenía ni idea de por qué requerían mi presencia ahora. Las enfermeras en prácticas eran las que solían ayudar en los abortos, no otro tipo de personal. Como directora de la clínica de Bryan (Texas) era capaz de suplir cualquier puesto durante un pico de trabajo, excepto, como es lógico, el propio de médicos y enfermeras. En muchas ocasiones, había aceptado peticiones de pacientes para que les acompañara o les diera la mano durante una intervención, pero solo lo hice cuando había sido yo quien les había atendido en el proceso de admisión y orientación. Hoy ese no era el caso. Entonces, ¿para qué me necesitaban?

El médico que estaba realizando el aborto había estado en la clínica Bryan solo dos o tres veces antes. Tenía una consulta privada a unas cien millas de allí. Cuando hablé con él varias semanas antes, me contó que en su consulta solo practicaba abortos guiados por ecografía, un método con menos riesgos para la mujer porque permite al médico ver en todo momento lo que está ocurriendo dentro. Con este procedimiento se reducen las posibilidades de perforación de las paredes del útero, uno de los riesgos de estas intervenciones. Lo acepté. Cuanto más puedas hacer por reforzar la seguridad y la salud de la mujer, mucho mejor. Sin embargo, yo también le expliqué que esa técnica no estaba contemplada en el protocolo de nuestra clínica. Lo comprendió y dijo que seguiría nuestros procedimientos habituales, aunque acordamos que era libre de usar el ecógrafo si consideraba que la situación lo requería.

Según tenía conocimiento, nunca hacíamos abortos guiados por ecografía en nuestras instalaciones. Los abortos solo se hacían los sábados cada quince días, y el objetivo que nos había asignado la central de Planned Parenthood era que, en esos días, debían llevarse a cabo entre veinticinco y treinta y cinco intervenciones. Solíamos acabar todas

sobre las dos de la tarde. Nuestro procedimiento habitual tardaba unos diez minutos, pero, si había que hacer una ecografía, se sumaban cinco minutos más, y, cuando intentas programar treinta y cinco abortos en un día, ese tiempo extra hay que tenerlo en cuenta.

Experimenté una sensación de rechazo antes de entrar en la sala. Nunca me gustaba entrar allí durante una intervención y recelaba de lo que ocurría dentro cuando veía la puerta cerrada. Pero, como todos debíamos estar disponibles para ayudar y sacar adelante el trabajo, abrí la puerta y entré.

La paciente ya estaba sedada, consciente todavía, pero medio dormida, mientras la luz brillante caía sobre ella. Estaba en la posición indicada, el instrumental cuidadosamente ordenado en una bandeja próxima al médico, y la enfermera en prácticas colocando el ecógrafo cerca de la mesa de operaciones.

«Voy a practicar un aborto guiado por ecografía a esta paciente. Necesito que sostengas la sonda sobre ella», explicó.

Mientras cogía la sonda del ecógrafo y ajustaba las especificaciones, me decía a mí misma, no quiero estar aquí, no quiero participar en un aborto. Actitud equivocada: necesitaba concienciarme para hacer ese trabajo. Respiré profundamente e intenté concentrarme en la música que venía de una radio lejana. Es un buen aprendizaje. Nunca he visto un aborto guiado por ecografía antes, me dije. Quizá esto me ayude a orientar mejor a las mujeres que vienen por aquí. Aprenderé de primera mano algo de este procedimiento tan seguro. Y, además, solo durará unos pocos minutos.

No podía imaginar hasta qué punto esos diez minutos sacudirían la base sobre la que se asentaban mis valores y terminarían cambiando mi vida.

Había hecho ecografías diagnósticas antes, de forma ocasional. La familiaridad con el procedimiento compensó la incomodidad que sentía en aquella sala. Apliqué el lubricante sobre el vientre de la paciente y deslicé la sonda hacia abajo hasta que el útero pudo verse en la pantalla.

Esperaba ver lo que ya había contemplado en anteriores ecografías. En función del tiempo de embarazo y la posición del feto, lo normal es que observara una pierna, o la cabeza, o alguna imagen parcial del abdomen, y necesitaba que se moviera para captar todo mejor en la pantalla. Pero esta vez la imagen era completa. Podía ver el perfil perfecto y entero de un bebé.

Igual que Grace a las doce semanas, pensé, sorprendida al recordar la primera vez que vi a mi hija, tres años antes, acurrucada y segura dentro de mi vientre. La imagen que tenía ahora ante mí parecía la misma, más clara y nítida. El detalle me estremeció. Podía ver claramente el perfil de la cabeza, los dos brazos, las piernas e incluso sus dedos diminutos. Todo perfecto.

De pronto, una oleada de ansiedad sustituyó al recuerdo cálido de Grace. ¿Qué voy a

presenciar? Mi estómago se contrajo. No quiero ver lo que está a punto de ocurrir.

Supongo que esto suena un poco extraño viniendo de una profesional que ha estado dirigiendo una clínica de Planned Parenthood durante dos años, orientando a mujeres en crisis, concertando citas para intervenciones, revisando los informes mensuales del presupuesto de la clínica, contratando y formando personal. Suene extraño o no, el hecho era que nunca estuve interesada en promover el aborto. Había llegado a la organización ocho años antes, creyendo que su propósito era prevenir embarazos no deseados y, por tanto, reducir el número de abortos. Ese era de verdad mi objetivo. Y creía que en esta clínica se salvaban vidas, las de las mujeres que, sin los servicios que allí se ofrecían, podían terminar en una carnicería practicada en un cuarto oscuro. Todo esto pasaba por mi mente a toda velocidad mientras mantenía la sonda cuidadosamente colocada en su lugar.

«Trece semanas», escuché a la enfermera decir después de medir el feto para determinar el tiempo de gestación.

«Está bien», dijo el doctor mirándome, «sostén la sonda durante la intervención para que pueda ver lo que estoy haciendo».

El aire acondicionado de la sala me hacía sentir frío. No podía apartar de mi mente la vista de aquel bebé perfectamente formado, que volví a contemplar como si fuera una imagen nueva en la pantalla. La cánula, un instrumento estrecho conectado al tubo de succión, había sido introducida en el útero y estaba cerca del bebé. En la pantalla se asemejaba a un objeto invasor, como si estuviera fuera de lugar. En un lugar equivocado. Como si se hubiera confundido de sitio.

Mi corazón se aceleró. El tiempo se detuvo. No quería mirar, pero no podía dejar de hacerlo. Estaba horrorizada y fascinada al mismo tiempo, como el curioso que pasa despacio con su coche cerca del lugar de un accidente, intentando no mirar pero a la vez sin poder evitarlo.

Mis ojos se detuvieron en el rostro de la paciente. Las lágrimas le brotaban de la comisura de los ojos. Era evidente que tenía dolores. La enfermera le enjugaba la cara con un pañuelo de papel.

«Solo respira», le decía con amabilidad. «Respira».

«Casi hemos terminado», suspiré. Quería prestarle atención a ella, pero mi mirada se volvió a la imagen de la pantalla que tenía tras de mí.

Al principio, el bebé no pareció darse cuenta de la presencia de la cánula, que se había acercado con sigilo a un lado del cuerpo. Por un instante sentí alivio. Por supuesto, pensé. El feto no siente dolor.

Se lo había asegurado a incontables mujeres, tal y como me lo habían enseñado en Planned Parenthood. El tejido fetal no siente nada cuando es extraído. Tranquilízate, Abby. Solo es una intervención médica sencilla y rápida. Mi cabeza bullía a toda

velocidad, intentando controlar mis respuestas, pero no podía evitar que el desasosiego interior que me invadía se fuera convirtiendo en horror a medida que contemplaba lo que ocurría.

El siguiente movimiento fue la repentina sacudida de un pequeño pie. El bebé daba patadas, como si intentara huir del extraño invasor. Mientras la cánula avanzaba, el bebé empezó a luchar por darse la vuelta. Estaba claro que el feto podía sentir la proximidad de la cánula y que aquello le daba mala espina. Y entonces irrumpió la voz del doctor, sobresaltándome.

«Scotty, tele-transpórtame»*, le dijo divertido a la enfermera. Le estaba pidiendo que conectara el modo de succión (en un aborto, este modo no se pone en marcha hasta que el doctor comprueba que la cánula está en el lugar correcto).

Tuve ganas de gritar: «¡Parad, por favor!». De decirle a la mujer: «¡Mira lo que está pasando con tu hijo! ¡Despierta, rápido! ¡Detenlos!».

Mientras pensaba en estas palabras contemplaba mi propia mano sosteniendo la sonda sobre el vientre de la mujer. Yo era uno de los «actores» que participaban en aquella función. Miré de nuevo la pantalla. El médico había girado la cánula y pude ver un cuerpo minúsculo retorcerse violentamente. Por un breve instante pareció como si el bebé se hubiese escurrido como un paño de cocina, retorcido y arrugado. Y entonces, el pequeño cuerpo se estrujó y empezó a desaparecer ante mis ojos por la cánula. La última cosa que vi fue una columna vertebral, diminuta y perfectamente formada, succionada por el tubo. Se había acabado. El útero estaba vacío. Totalmente vacío.

Me quedé paralizada, incrédula. Sin darme cuenta, solté la sonda. Se deslizó por el vientre de la paciente y cayó sobre su pierna. Podía sentir tan fuerte el ritmo acelerado de mi corazón que lo notaba en el cuello. Intenté respirar profundamente, pero no podía. Miré la pantalla fijamente, a pesar de que yo misma había perdido la imagen y solo se veía oscuro. Pero no me daba cuenta de nada. Estaba demasiado aturdida y afectada para moverme. Podía escuchar la conversación entre el médico y la enfermera mientras trabajaban, pero sonaban distantes, como un vago murmullo de fondo, difícil de oír entre las palpitaciones de la sangre que se agolpaba en mis oídos.

La imagen de ese cuerpo minúsculo, destrozado y succionado, se repetía en mi mente, al igual que la primera ecografía de Grace, casi del mismo tamaño. Y pude escuchar en mi memoria una de las muchas discusiones que había tenido con mi marido, Doug, sobre el aborto.

«Cuando estabas embarazada de Grace, no era un feto: era ya un bebé», me decía. Aquello me cayó como un rayo: ¡Tenía razón! Lo que estaba en el vientre de esta mujer hasta hace un momento estaba vivo. No es solo un tejido, unas células. ¡Era un bebé, un ser humano luchando por su vida! Una batalla que perdió en un abrir y cerrar de ojos. Lo que había estado diciendo a mucha gente durante muchos años, aquello en lo que creía y

había enseñado y defendido, era una mentira.

Advertí, de repente, que el médico y la enfermera me miraban. Esto me sacó de mis pensamientos. Vi la sonda sobre la pierna de la mujer y fui a tientas a recogerla. Mis manos temblaban.

«Abby, ¿estás bien?», preguntó el doctor. La enfermera me miraba, buscando en mi rostro alguna señal de preocupación.

«Sí, estoy bien». No había vuelto a colocar correctamente la sonda sobre el vientre y ahora estaba preocupada porque el médico no podía ver bien el interior del útero. Mi mano derecha sostenía la sonda mientras la izquierda estaba cuidadosamente colocada sobre el tibio vientre de la mujer. Posé mis ojos sobre ella. Encontré muchas lágrimas y una mueca de dolor. Moví la sonda hasta que pude volver a capturar la imagen del útero, ya vacío. Observé mis manos. Las miré como si no fueran mías.

¿Cuánto dolor han causado estas manos en los últimos ocho años? ¿Cuántas vidas se han llevado por delante? No por culpa de ellas, sino de mis palabras. ¿Qué habría pasado si hubiese sabido la verdad y se lo hubiera dicho a todas esas mujeres?

¿Qué habría pasado?

¡Había creído hasta entonces en una mentira! Durante mucho tiempo había defendido ciegamente «la versión de la empresa». ¿Por qué? ¿Por qué no había buscado la verdad por mí misma? ¿Por qué hice oídos sordos a los argumentos que había escuchado? Dios mío, ¿qué había hecho?

Tenía la sensación de que esa mano, todavía sobre el vientre de la mujer, se había llevado algo. Se lo había robado. Y sentí dolor, como si me hubiera hecho una herida. Justo allí, al lado de la mesa, con mi mano sobre ella, un pensamiento emergió de lo más hondo:

¡Nunca más! Nunca más.

Seguí trabajando de forma mecánica. Mientras la enfermera limpiaba a la mujer, retiré el ecógrafo y le ayudé a incorporarse. Todavía estaba grogui y sin fuerzas. La senté en una silla de ruedas y la llevé a la sala de recuperación. La tapé con una manta ligera. Como muchas otras pacientes que había visto, seguía llorando, con un inequívoco dolor físico y emocional. Hice lo que pude para que se sintiera cómoda.

Habían transcurrido diez minutos, puede que quince, desde que Cheryl me pidió que ayudara en la sala de exploraciones. En esos pocos minutos, todo cambió. Drásticamente. La imagen de aquel bebé diminuto, retorciéndose y luchando, volvía a mi mente una y otra vez. Y también la imagen de la mujer. Me sentía culpable. Le había usurpado algo maravilloso y, probablemente, ella ni lo sabía.

¿Qué había pasado? ¿Cómo pudo ocurrir todo esto? Había invertido mi vida, mi carrera y mi corazón en esta organización porque me preocupaban las mujeres en crisis. Y ahora atravesaba yo una de ellas.

Al recordar ese día de septiembre de 2009, me doy cuenta de lo sabio que es Dios al no revelarnos qué nos deparará el futuro. De no haber pasado por todo lo que pasé, no habría tenido valor para cambiar. De no haber conocido aquella circunstancia, no habría encontrado ese coraje. Entonces intenté comprender las razones que me habían llevado a esa situación: a vivir en la mentira, a difundirla y a perjudicar a tantas mujeres que en realidad quería ayudar.

Y, desesperadamente, sentí la necesidad de saber qué debía hacer a partir de entonces.

Esta es mi historia.

* Beam me up, Scotty, en el original. Se trata de una cita apócrifa de la película Star Trek (1966) que se incorporó al vocabulario de uso coloquial en Estados Unidos (N. del T.).

CAPÍTULO 2
LA FERIA DEL VOLUNTARIADO

Comencé el tercer año en la Universidad de Texas A&M* al igual que lo hacen la mayoría de los estudiantes, supongo. Tras superar el ecuador de la carrera, me centré en pensar a qué iba a dedicarme, cuál sería mi aportación a la sociedad, qué huella iba a dejar en este mundo.

El primer año llegamos a la Universidad llenos de expectativas y grandes sueños, y con una dosis nada despreciable de ingenuidad. Por lo menos yo era así. Planificamos la carrera, asistimos a clase, aprendemos nuevas cosas… y también nos agobian los trabajos y los exámenes; y, sobre todo, nos preocupa cómo encajar entre esos miles de estudiantes que parecen haber estado allí desde siempre. Nos aproximamos al mundo con amplitud de miras, abiertos a la novedad y dispuestos a marcar la diferencia.

Cuando cursamos el tercer año, nos consideramos ya expertos en la vida universitaria, pero la gran pregunta latente desde el comienzo permanece sin respuesta: ¿Cómo voy a dar el salto de la universidad a la vida profesional?

No resulta sorprendente que el campus universitario sea un lugar idóneo para reclutar jóvenes valores, especialmente las entidades sin ánimo de lucro que buscan voluntarios. Y Texas A&M no era una excepción. Cada semestre se organizaba una Feria del Voluntariado en el centro del estudiante.

Resulta divertido. Puede parecer que estaba dándole vueltas a esa «gran pregunta» y que me fijaba en los anuncios y en las oportunidades. Pero no. La única cuestión que me rondaba por la cabeza en aquella tarde de septiembre de 2001 era tan solo que tenía hambre. Quería almorzar cuanto antes y descansar un poco antes de la clase siguiente, así que me dirigí a la cafetería y crucé por la histórica Sala de Banderas, que se encontraba en el centro del estudiante. Nunca hubiera soñado que estaba a punto de descubrir un ideal que iba a apasionarme y que me llevaría a la profesión a la que iba a dedicar casi una década.

Cuando recuerdo aquel día, admito que me gustaría dar una mejor imagen de mí misma, pero no era más que una chica con poca experiencia y muy crédula e impresionable. No podemos modificar el pasado y, aunque ahora me parezca

desconcertante, recuerdo claramente las buenas intenciones que me llevaron hasta aquella organización y aún puedo oír las verdades entretejidas de ideas engañosas. Y no solo me refiero al engaño que iba a encontrarme en esa Feria, sino también al autoengaño en el que había estado viviendo, el secreto que había estado escondiendo.

¿Cómo pude elegir el camino equivocado si las razones y los motivos parecían los correctos?

Esa es la pregunta que estoy obligada a hacerme ahora desde este bando. ¿Por qué tardé tanto tiempo –ocho largos años– en darme cuenta de que, con buenas razones o sin ellas, estaba tomando las decisiones equivocadas? Hasta que pueda articular esa respuesta, ¿cómo voy a ser capaz de aprender de mis errores? ¿Y cómo voy a ofrecer una luz a otros, estén en el bando que estén, a favor o en contra del aborto, o que estén pasando por una crisis personal? Muchos de mis compañeros con los que he trabajado en la clínica durante estos años estaban allí por las mismas razones –todas buenas y nobles– que yo. Buenos motivos, malas decisiones.

Como la Feria del Voluntariado se realizaba dos veces al año, no me sorprendió que la Sala de Banderas estuviera llena de gente, con paneles, mesas, carteles y voluntarios por todas partes. Este salón, conocido por los estudiantes como «la sala de estar», es con mucho el corazón del campus de Aggieland, siempre moteada de marrón por los numerosos estudiantes con camisetas de la universidad que se citan allí: pasan el rato, comen, ríen, estudian o dormitan entre las butacas y las mesas. Siempre me gustó la energía de ese lugar, el sentirse parte de la historia de la primera institución pública de estudios superiores de Texas, fundada en 1876. Gracias a la feria, el barullo típico de los cientos de conversaciones de ese día, entremezcladas con el piano que siempre sonaba desde un rincón, llegó hasta el punto de convertirse en un ruido estruendoso. Se palpaba electricidad en el aire. Me gustaba aquello.

No tenía prisa, así que volví a recolocar bien el contenido de la mochila, llena de libros, y decidí pasar algo de tiempo paseando por el laberinto de mesas. Las diversas organizaciones las habían dispuesto a lo largo de toda la sala, la mayoría de ellas con un reclutador que las atendía. Estaba recorriendo las mesas de una en una, cogiendo folletos o leyendo algunos carteles, cuando de repente me llamó la atención una decorada en color rosa fuerte. Estaba cubierta con montones de objetos de promoción: bolígrafos, lápices, marcadores, reglas, carpetas y botellas de agua de color rosa fuerte. La mujer que atendía la mesa me miró amigablemente, pero con profesionalidad y un punto de distinción. Tendría unos cincuenta años, era esbelta y lucía un pelo rubio peinado con estilo. Me detuve y hojeé sus folletos sobre los servicios que ofrecía Planned Parenthood.

«¿Qué tal? ¿Conoces Planned Parenthood?», me preguntó.

Sonreí por su forma de decir qué tal. Aquí, en Texas A&M, era nuestro saludo

habitual. Sonó muy natural, así que supuse que provenía de una pequeña ciudad de Texas, como yo.

«Realmente, no. Quiero decir, he oído hablar algo, eso es todo. ¿Qué es? ¿Qué hacéis?».

«Creemos que debería haber una clínica en cada ciudad a la que puedan acudir las mujeres con problemas o que necesiten ayuda. Ayudamos a las mujeres que estén enfrentándose a una crisis».

Me gustó cómo sonaba. Yo era como un imán para la gente con problemas. Doug, un amigo mío, siempre me lo recordaba. «Abby –me decía–, coleccionas animalitos abandonados como otros coleccionan sellos». Animalitos abandonados. Era su forma de referirse a ese tipo de personas que necesitan un hombro sobre el que llorar, a alguien que tenga con ellos una palabra de aliento, un punto de apoyo sobre el que volver a tomar las riendas de su vida. Pero siempre me lo decía con una sonrisa. ¡Quién fue a hablar! Mientras yo estudiaba para ser orientadora social, él se preparaba para terminar su carrera en educación especial. Eso fomentó nuestra amistad. Compartíamos el deseo por ayudar a los demás.

«¿Qué tipo de voluntarios estáis buscando? ¿Cuál sería su cometido?», pregunté.

Me dijo que en Planned Parenthood había montones de oportunidades. Algunos voluntarios acompañaban a las mujeres desde el coche hasta la clínica, otros ayudaban en tareas administrativas en las oficinas. Dijo que necesitaban personas que supieran cómo hacer que las mujeres se sintieran atendidas, que se dieran cuenta de que se preocupaban de ellas.

«Nuestras clínicas son muy importantes para la seguridad de las mujeres», añadió. «Allí pueden controlar su natalidad y practicar un aborto si fuera necesario».

Mi estómago se contrajo un poco. «Bueno, no estoy segura de qué posición tengo acerca del aborto. Quiero decir que mi familia es pro vida y todo eso, y supongo que yo también he sido siempre pro vida». Esperaba que no se hubiera dado cuenta del conflicto interior que acababa de generarme.

«Oh, entiendo». Asintió con lo que parecía un gesto de aprobación. Me relajé un poco. Bueno, al menos parecía que no iba a lanzarse a un debate entre defensores de la vida y partidarios de la libre elección de las mujeres.

Si lo hubiera hecho, no creo que habría sido capaz de defender mi opinión. La verdad era que nunca había pensado detenidamente en los argumentos de una y otra parte. De hecho, había tomado como norma evitar cualquier discusión sobre este tema. Pero sabía algo: no me gustaba la idea de que pensaran de mí que estaba a favor del aborto, sin tener claro qué significaba exactamente eso. Me gustaban los niños y la familia, y quería que me vieran como alguien pro familia. Me sorprendí a mí misma evitando sutilmente un conflicto interior que amenazaba con aflorar, pero conseguí controlarlo y reprimirlo.

«Nuestro objetivo es que el aborto sea algo poco frecuente. Las mujeres han de conocer qué opciones existen para evitar los embarazos no deseados, ¿no crees?», me dijo mientras asentía con la cabeza como si ya diera por sentado que estábamos de acuerdo en eso[1].

Mis ojos no daban crédito. Repetí sus palabras. «¿Vuestro objetivo es que los abortos sean algo poco frecuente? ¿Qué quieres decir?».

Me explicó que Planned Parenthood era la organización líder en educación sobre control de la natalidad. Imagínate, me decía, cuántos abortos pueden evitarse simplemente con información. Gracias a que hemos hecho accesible el control de la natalidad a las mujeres, miles y miles de abortos no han sido necesarios. Pero, cuando una mujer realmente necesita abortar, me dijo, las clínicas de la organización eran vitales para su salud.

«Nos dedicamos a cuidar a las mujeres que pasan por estas crisis», afirmó. «Como voluntaria, tú lo comprobarías de primera mano».

Me pareció sincera. ¡Me gustó! Pude ver cómo se preocupaba por las mujeres. Me gustó cómo sonaba esa buena causa.

Me señaló que en las clínicas de Planned Parenthood no solo se facilitaba control de natalidad, sino que en las clínicas también se hacían revisiones mamarias y de cérvix uterino, se proporcionaba tratamiento para enfermedades de transmisión sexual y se impartía educación sexual. Concluyó que «tenemos la mejor reputación de todo el sureste de Texas en cuanto a los cuidados de la salud reproductiva de las mujeres». Yo escuchaba atentamente. Ella sabía ya que me tenía convencida.

«Las mujeres hemos mejorado nuestra situación a lo largo de los años, ¿verdad? ¿Puedes creer que hace solo ochenta años no podíamos siquiera votar? Y tuvimos que pelear muy duro para conseguir que nos pagaran lo mismo que a los hombres y por todos nuestros derechos. Pero lo que parece realmente increíble es que todavía hoy, en nuestro tiempo, haya quienes le digan a las mujeres lo que pueden o no pueden hacer con su cuerpo».

Asentí. Estaba de acuerdo con la igualdad de derechos para las mujeres. Hacía que tuviera sentido para mí.

«Has dicho que los voluntarios acompañan a las mujeres hasta las clínicas», inquirí, «¿qué quieres decir? ¿Por qué necesitan que las acompañen?».

Me explicó que algunos activistas antielección solían ir a manifestarse ante las clínicas y utilizaban la intimidación para evitar que las mujeres consiguieran la ayuda que necesitaban. A veces llegaban a rodear las clínicas y gritaban insultos muy desagradables a las clientas, tratando de ahuyentarlas y avergonzarlas. Los voluntarios salían a recibir a las mujeres al bajar del coche, las trataban con amabilidad y tranquilidad y las acompañaban andando hasta el interior de la clínica.

«Los voluntarios aportan un valor esencial a esas mujeres, sobre todo porque muchas de ellas acuden asustadas y confusas».

Recordé el día que sentí ese mismo miedo y confusión, pero no me paré a pensarlo. En vez de eso, imaginé lo espantoso que tenía que ser atravesar sola una multitud embravecida. No había participado nunca en ninguna manifestación y no conocía a nadie que lo hubiera hecho. Sonaba a algo amenazante, como de otro planeta.

«¿Es tan común como para necesitar un grupo de voluntarios?», pregunté. «Quiero decir, ¿son realmente tantos los que protestan?».

«Me temo que sí». Esas personas quieren impedir el derecho de una mujer a abortar, dijo. Si el aborto fuera ilegal, ¿qué ocurriría con todas esas mujeres que no quieren seguir adelante con su embarazo? Su única elección serían centros que pueden ofrecer muy poca seguridad, donde podrían tener problemas o incluso morir.

Me miraba con incredulidad. «¿Puedes imaginar que hoy y ahora alguna mujer joven y sana como tú acabara muriendo por no poder acceder a un procedimiento médico, seguro y legal?».

Sería una barbaridad, pensé impresionada. No puedo imaginármelo en absoluto. ¡Una mujer no debería morir cuando existen procedimientos médicos seguros! ¿Quién le forzaría a tal cosa? ¿Por qué quieren hacernos retroceder y quitarnos el derecho a la atención médica? Tratando de mantenerme al margen de los temas relacionados con el aborto, sus pros y sus contras, ¡me había dedicado a esconder, literalmente, la cabeza en la arena!

Nuestras miradas se encontraron y negamos juntas con la cabeza el solo hecho de pensarlo. Su preocupación me conquistó. Nos parecíamos. Nos preocupábamos por los demás. Ese había sido uno de los pilares de mi vida, era parte de mi propia identidad. Eso fue lo que me llevó a estudiar Psicología en la universidad y a querer abrir un gabinete terapéutico. Quería ayudar a las personas heridas y con problemas. Me alegré mucho de haber conocido a esa mujer.

«¿Cómo te llamas?», me preguntó.

«Abby. Estoy en tercer curso de Psicología».

Nos estrechamos cálidamente las manos. «Mi nombre es Jill y trabajo en el servicio comunitario de Planned Parenthood». Ese era el tipo de profesional que yo quería ser. Se expresaba con mucha seguridad, pero lo hacía de forma cercana, como si viniera de una pequeña ciudad. Supe que quería trabajar con mujeres como aquella. Si me hacía voluntaria, ¿trabajaría con ella?

«Ha sido un gran placer conocerte, Abby», dijo Jill. «Ya sabes dónde estamos y a qué nos dedicamos, y necesitamos voluntarios porque nuestro presupuesto es extremadamente limitado. Muchos de nuestros servicios son gratuitos o se cobran muy por debajo de lo que cuestan. Cuéntame ahora algo sobre ti».

Le dije que me encantaba hablar con la gente y ayudarles cuando estaban en dificultades. Se rió conmigo cuando le conté la broma de Doug y mis animalitos abandonados. Asintió comprensivamente cuando le detallé mis planes para hacer un máster en Psicología y abrir una consulta. Cuando le dije que era de Rockdale, una pequeña ciudad de Texas, comprobé que tenía razón: también ella era una chica sureña como yo. Me preguntó por mi familia, así que le hablé de mis padres, de lo unidos que estábamos, de mi hermano que era nueve años mayor que yo y de lo poco que lo veía. Era fácil hablar con ella y sentí que había encontrado una nueva amiga.

«Abby, ¿sabes lo que admiro de ti? Que tienes muy claro a dónde quieres llegar». Me dijo que me sorprendería de cuántas mujeres no tienen ni idea. Muchas de las que acudían a las clínicas no sabían siquiera cómo evitar un embarazo o no tenían medios económicos para llevar un control de la natalidad. Planned Parenthood les proporcionaba educación sexual y medios gratuitos, o de bajo costo, para controlar la natalidad. No solo a jóvenes solteras, sino también a mujeres casadas, especialmente procedentes de rentas bajas, que no llegaban a fin de mes.

Gracias a que estaban allí, me decía, gracias a que escuchaban sin juzgar, culpar o condenar, muchas mujeres acudían a sus clínicas cuando necesitaban ayuda. ¿A dónde, si no, podrían acudir?

«Te rompe el corazón», dijo moviendo la cabeza, «ver cómo unos pocos manifestantes incontrolados pueden hacer que esas mujeres se sientan culpables. Y no solo por abortar, también por el control de la natalidad». «¿Qué quieres decir?», le pregunté confusa. ¿Quién protestaría contra el control de la natalidad? Nunca había oído tal cosa. Estaba totalmente desprevenida para lo que Jill iba a revelarme a continuación.

«Esa es la triste realidad, Abby. Los mismos que quieren acabar con los abortos no creen en el control de la natalidad». Me dijo que los pro vida no solo no tenían ningún interés en prevenir los embarazos no deseados, sino que querían ilegalizar el aborto, forzando a las mujeres a elegir entre vivir en la pobreza con niños no deseados a los que no pueden cuidar o tener que acudir a clínicas clandestinas donde caerían a manos de carniceros peligrosos.

Me imagino a mí misma, allí, de pie con la boca abierta, tratando de explicarme cómo alguien puede querer realmente eso: negar a las mujeres la posibilidad de controlar su natalidad y forzarles a abortar porque no pueden tener otro niño. No tenía sentido. Los pro vida decían estar en contra del aborto, así que ¿cómo iban a estar también en contra de la prevención de embarazos no deseados y del derecho de la mujer a la asistencia sanitaria?

¿Cómo había ignorado todo esto? ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ese momento de lo que estaba ocurriendo?

Pues aquí me planto, me dije en aquel lugar. Quiero involucrarme. Yo puedo ayudar

a prevenir embarazos no deseados, a hacer del aborto algo poco frecuente y a marcar una diferencia en la vida de tantas mujeres que necesitan ayuda. Esto es bueno para ellas, bueno para la comunidad y perfecto para mí.

«Me gustaría ser voluntaria», le anuncié. «¿Cómo lo hago?».

Rellené el impreso, entusiasmada por que mi firma estuviera uniéndome a una causa en la que creía.

Quería empezar cuanto antes.

* * *

Cuando rememoro hoy aquella escena en el centro del estudiante, no puedo evitar que se me rompa el corazón. Ahí estaba yo, tan joven, ingenua e inconsciente. Confieso que todavía me desconcierta lo poco que sabía no solo de los temas relacionados con el comienzo de la vida, sino también de mí misma y mi habilidad para tomar decisiones que parecían ir en contra de mis valores.

Provengo de una ciudad pequeña y de una encantadora y muy unida familia conservadora. En mi infancia solía ir a la iglesia cada semana, quería a Dios y me preocupaba enormemente de mis amigos y de mi comunidad. Me habían enseñado que la intimidad sexual se reservaba para el matrimonio y lo había asumido como un principio. Pero no me había comportado coherentemente con mis principios, y lo sabía. Relaciones prematrimoniales, control de la natalidad, aborto… otros discutían sobre estos temas. Yo, simplemente, evitaba pensar en ello y sobre quién tenía razón o se equivocaba. De alguna manera, había aprendido a sepultar muy dentro de mí cualquier tensión entre lo que me habían enseñado a creer y lo que realmente hacía. Ese era un cajón que hasta la fecha había conseguido no abrir nunca, no examinar su interior.

Aquel día salí del centro y no albergué ninguna duda de que había encontrado una causa, una buena causa, por la que luchar. Invertiría mi tiempo en ayudar a las mujeres que pasaban por este tipo de crisis.

¿Cómo –me pregunto todavía– no me di cuenta de que también mi propia alma estaba en crisis?

* Texas A&M University es una universidad pública ubicada en College Station (Texas): http://www.tamu.edu/ (N. del T.).

CAPÍTULO 3
EL PODER DE UN SECRETO

No confíes nunca en una decisión que no le puedas contar a tu madre. ¡Qué observación más perspicaz! Es divertido ver cómo esta frase se ha cumplido en mi vida. Pero el camino que me ha llevado hasta esta conclusión se compone de arrepentimiento, dolor, pena e incluso de sangre en las manos.

Pero no me di cuenta de ello. Había muchas cosas que no veía venir entonces.

El día de la Feria del Voluntariado abandoné el campus con el orgullo de haberme convertido en el paladín de la ayuda a las mujeres que atraviesan situaciones extremas, en su protectora frente a esos supuestos inquisidores que quieren sustraerles el derecho a un servicio médico seguro y negarles el acceso a una educación que les permita tomar decisiones sobre su salud reproductiva. Sería su defensora frente a los carniceros clandestinos, las enfermedades de transmisión sexual y el posible cáncer agazapado en sus cuerpos, inadvertido por falta de revisiones médicas, o frente a los agitadores que las insultan, humillan y hacen que se sientan culpables.

¿Por qué no llamé a mi madre y le conté la buena noticia?

Mis padres vivían en Rockdale, a cuarenta y cinco minutos de la Universidad. Tenía una relación muy buena con ellos y era afortunada por contar con una familia tan unida. Siempre fuimos juntos a la iglesia hasta que me fui a la universidad. Había estado muy involucrada en los grupos jóvenes de la parroquia, había sido monitora de campamentos y siempre había sido una buena estudiante. Es decir, rendía siempre más de lo esperado en muchas facetas de mi vida. Había sido vicepresidenta del consejo de estudiantes, editora de la memoria anual, miembro del coro y del grupo de teatro, del de danza, miembro del Business Professionals of America*, de la Asociación de Futuros Educadores de Texas y siempre me encontraba entre el diez por ciento de los mejores estudiantes de mi clase. Me gustaba el trabajo en equipo y eso me proporcionó muchas oportunidades para desarrollar mis dotes de liderazgo. Mis padres siempre me dijeron que estaban orgullosos de mí y que me apoyarían en todo.

En A&M hablaba con mi casa casi a diario para estar en contacto con ellos y tenerles al corriente de lo que hacía; charlábamos sobre la vida, la facultad y los amigos. Hice lo

mismo al día siguiente de la Feria del Voluntariado. Pero no les conté mi decisión de formar parte de Planned Parenthood como voluntaria. No es que quisiera mantenerlo en secreto, sino que no quería preocuparles, porque no creía que fueran capaces de entender que el trabajo que iba a desempeñar no consistía en promover el aborto, sino en reducirlo. Esperaré hasta que lleve un poco de tiempo, me justifiqué, y así podré ponerles ejemplos de lo que hacemos y de cómo ayudamos a las mujeres.

No era el primer secreto que les ocultaba.

Este nuevo secreto era independiente de otro que siempre había protegido. Este secreto antiguo estaba profundamente enterrado en mi interior desde hacía un año, tanto que mi pensamiento consciente lo ignoraba. Vivía como si nunca hubiese ocurrido, como si hace un año solo hubiera tenido una cita con el médico sin mayor importancia. No tenía ningún sentimiento doloroso que esconder. Nada estaba cociéndose a fuego lento en mi interior ni nada había quedado latente. De hecho, aquel episodio no me suscitaba ninguna emoción. Nada. Era simplemente un hecho privado, personal, que terminó y que ya pertenecía al pasado. O eso pensaba.

«No estoy segura de lo que opino sobre el aborto», le dije a Jill en la Sala de Banderas. Era verdad. No tenía ni idea de cómo me sentía acerca del aborto, y por lo que se refiere a lo que pensaba… Bueno, en realidad, nunca pensé mucho sobre ello.

Aunque crecí en el entorno de una comunidad que creía en la santidad de la vida personal, en mi familia nunca tuvimos una conversación sobre los pros y los contras, el significado y las consecuencias del aborto. Amábamos a Dios, y Dios creó la vida, por lo tanto, la gente no debería disponer libremente de ella. La intimidad sexual estaba reservada al matrimonio y, mientras una mujer siguiera este precepto, nunca se vería en la situación de tener que decidir si abortaba o no, así que no es un asunto al que le hubiese dedicado mucho tiempo. Al igual que cualquier chica joven y preuniversitaria que vivía en casa con sus padres había asumido esos valores. Era así de simple.

Pero no fue tan simple cuando llegué a la universidad.

Venía de la pequeña ciudad de Rockdale, con una población de 5.000 habitantes, y llegué al campus de Texas A&M, a tan solo unos cien kilómetros de distancia, a lo que familiarmente se llama Aggieland, en el área metropolitana de Bryan-College Station, que acoge a una población de 200.000 habitantes.

Como muchos de los nuevos estudiantes, me tomé mi primer año en el campus de Texas A&M como un experimento, un intento por convertirme en otra persona. En cuestión de meses, pasé de ser una chica que sacaba muy buenas notas a una que se pirraba por las fiestas. Como es obvio, todo se resintió: las notas, los amigos y los planes que escogía. Era el típico caso de libro; chica modosita que llega a la universidad y pierde los papeles. Ni mis padres ni yo tardamos mucho en darnos cuenta de que estaba fuera de sitio y por esa razón me mandaron a un college administrado por la universidad,

en Bryan, Texas, donde conseguí volver a sacar buenas notas. Esas fueron las buenas noticias. ¿Cuáles fueron las malas? Que me enamoré locamente de Mark.

Mark tenía ocho años más que yo, y nuestra relación se aceleró tanto en lo emocional como en lo físico. Mark me dijo que, de un matrimonio anterior, tenía un hijo pequeño de tres años, que se llamaba Justin. Pero él nunca lo veía, vivía en otra ciudad con su madre. Con algo de insensatez por mi parte, le insistí para que hablara con la madre de Justin y pasara tiempo con él. Mark iba con pocas ganas y pronto terminé acompañándole a recoger a Justin. Al poco, ya había intimado con él como si fuera mi propio hijo. Llegué a hacerme amiga de su madre y su abuela. Me gustaba que me llamara «mi otra madre» y siempre estaba ansiosa por verle.

Mis padres intentaron advertirme de los peligros que conllevaba la relación con Mark, pero no les escuché. Pronto nos prometimos y entre mis planes estaba volver a Texas A&M para terminar mis estudios, esta vez como una mujer casada con un hijo a tiempo parcial.

Entonces descubrí que estaba embarazada.

Estaba preocupada, asustada y confusa. Quería a Mark, adoraba a Justin, y todo eso hacía vislumbrar una vida juntos, como una familia. También estaba deseando cursar unos años más en la universidad y tener una carrera profesional. Hice todo lo posible por imaginarme ese escenario con un bebé al que había que cuidar, pero me costaba. ¿Se lo iba a decir a mis padres? No me lo podía imaginar. Me enfadé con ellos porque percibí que no veían con buenos ojos mi relación con Mark. Casi llegué a arruinar mi relación con ellos. ¿Cómo iba a enfrentarme a mis padres? ¿Cómo les iba a contar que estaba embarazada antes del matrimonio?

Mark, por otra parte, no estaba ilusionado con la idea de tener un niño que se inmiscuyera en nuestros planes. Sugirió que la solución debía ser inmediata.

¿Quién es esa Abby que me encuentro en los recuerdos que tengo de esos días?

Me sigo estremeciendo cuando recuerdo lo que ocurrió al darle la noticia. «Bueno, no es un problema muy grande», respondió con total naturalidad. «Puedes abortar».

«Pero, Mark, no sé qué pensar sobre eso. Quiero decir, no puedo tener un niño ahora. Tendría que renunciar a la universidad. Espera, ¿abortar has dicho?».

«Es fácil. Muy fácil. Tengo amigas que lo han hecho. No es mucho lío. Una cita y se soluciona el problema, tan simple como eso». Mark me dijo que conocía una clínica en Houston. ¿Cómo lo sabía? Porque había llevado a una antigua novia suya allí, para que le practicaran uno. Ahora me lo ofrecía a mí.

Era el año 2000. Tenía veinte años. Cuando recuerdo esos tiempos es difícil creer lo poco determinantes que fueron mis valores, asumidos desde la infancia, en mi decisión. La chica de instituto, la iglesia en la que crecí y la familia de la que procedía… a todos los borré de mi mente. He aprendido mucho desde entonces. He estado con mujeres de

todos los niveles socioeconómicos, razas y credos, desde jóvenes adolescentes hasta mujeres de mediana edad, que se han encontrado cara a cara con los mismos interrogantes con los que yo lidié.

La Abby de hoy ya sabe lo que aquella Abby no sabía.

Pero aquella Abby, la Abby de entonces, se entregó. En el espacio de unos pocos días, Mark y yo lo planeamos todo y solicité mi primera tarjeta de crédito para poder pagar los quinientos dólares que costaba el aborto. Cuando llegó por correo, llamé a la clínica y solicité una cita. Nunca reparé en la circunstancia de que llevaba un niño dentro de mí. Fue como si lo que tuviera no fuera un niño, sino simplemente un embarazo, un estado de salud que necesitaba un tratamiento para su «cura». Sentí ese embarazo como la carga más pesada que había tenido que soportar nunca. Mi primera crisis de verdad. Estaba metida de lleno en una situación límite. Ahora tenía un problema que debía resolver. Para mi vergüenza, no recuerdo otro ejercicio de sugestión mental como aquel.

Nunca había estado en Houston antes. La mañana de la cita me dirigí al suroeste, hacia la autopista seis, y cubrimos los ciento setenta kilómetros hasta Houston. Mark era el copiloto, el que me indicaba, porque ya había estado allí antes. En la clínica, Mark estuvo conmigo mientras firmaba el ingreso y luego nos sentamos a esperar brevemente al lado de varias chicas de mi edad. Entonces Mark se quedó fuera. Me habían informado que, al igual que las otras mujeres, debíamos ir a una sala para una sesión de orientación en grupo. Vimos un vídeo breve que explicaba el procedimiento. No puedo recordar nada de aquella cinta, pero no he olvidado que, cuando terminó, la asistente de la clínica dijo divertida: «Chicas, no os preocupéis», mientras agitaba el vídeo con la mano como si nada. Llevaba una larga trenza, entrecruzada con cuentas, que capturó mi atención cuando giró la cabeza para vernos a todas. «He tenido unos nueve abortos. Todo se habrá acabado mucho antes de que os deis cuenta. No hay problema».

Hala, ¿nueve? No me gustaría tener que pasar por ahí, pensé. No podría decir que era la única que lo pensaba; varias de nosotras nos miramos con sorpresa e incredulidad.

«Os llamaremos por vuestro nombre cuando sea el momento» y desapareció hacia el vestíbulo.

Ya estaba. Nuestra «orientación», evidentemente, había terminado. Nos sentamos en silencio y esperamos.

Tengo cierta confusión con lo que ocurrió después. Mi siguiente recuerdo fue verme tumbada en una mesa, con los pies colocados en unos estribos, con una dolorosa presión que aumentaba constantemente en mi abdomen. Me quejaba, y la enfermera me acarició cuidadosamente el brazo. «Va todo bien, cariño. Ya casi hemos terminado». Abrí mis ojos y vi un poster de un gato en el techo, sobre mi cabeza. El gato estaba colgado de una rama y había un eslogan escrito debajo de sus patas: Sigue adelante**.

De repente, el gato se movió y se deslizó por el techo hasta alcanzar la pared. «Algo

raro pasa con ese cartel», intenté decir, pero tenía la lengua apelmazada y torpe.

«Tranquila, cariño. Es la medicina. Shhh. Relájate».

Otra punzada de dolor. Podía oír mis quejidos, pero parecían estar a lo lejos.

Poco a poco me di cuenta de que el dolor había cesado. Me estaban trasladando. Lo siguiente que recuerdo es que desperté desplomada en una silla dura y estrecha. Miré alrededor. Mi silla era una más de una larga hilera, formada por las chicas que habían visto conmigo el vídeo. Unas miraban fijamente el suelo, otras permanecían abrazadas a su vientre o lloraban en silencio. Otras, como yo, estábamos sentadas en silencio, intentando encontrar sin mucho éxito una postura más cómoda. No recuerdo que nos miráramos entre nosotras.

No estoy segura de cuánto tiempo estuve sentada en esa silla tan molesta. Tenía ganas de tumbarme, pero entonces alguien me ayudó a ponerme de pie y vestirme, justo ahí, en medio de la hilera. Me dieron unas galletas. «Toma, cómete esto. Después, ya te puedes ir».

Hice lo que me dijo y después salí andando. Mark estaba esperándome allí fuera, despreocupado y tranquilo. Me ayudó a entrar en el coche y volvimos a Bryan en silencio. Me dejó en mi apartamento.

Ya estaba hecho. El «problema» se había esfumado. El proceso había sido doloroso, pero no me arrepentía. No había tristeza ni remordimientos sobre si lo que había hecho estaba bien o mal. Lo que sí tenía era un sentimiento de alivio: Bueno, ya ha pasado. Ahora ya puedo seguir con mi vida.

Metí aquella experiencia en un cajón, lo cerré de un golpe, lo escondí en un oscuro y remoto recodo de mi alma y me dediqué a fingir que nunca estuvo allí. Tres días después retomé mis anteriores actividades. No se lo dije a nadie, ni a una sola amiga o confidente. Era un secreto que solo conocíamos Mark y yo, pero del que nunca volvimos a hablar. Ni una sola vez. Varios meses después, nos casamos.

Hoy todavía pienso que la razón de que me convenciera tan rápidamente la causa de Jill sobre Planned Parenthood –de la que oí hablar unos doce meses después de aquel aborto– fue la de que aprobaba mi decisión secreta de abortar. Como dijo ella, yo me veía como una de esas mujeres informadas y con la suerte de poder controlar sus derechos de salud reproductiva, que además tenían libre acceso a procedimientos médicos seguros. Jill no prejuzgaba la decisión de abortar. Entendía que las mujeres en esa situación deben encontrarse consigo mismas. En el trabajo que debía desempeñar allí tenía que ayudar a otras mujeres a ejercer sus «derechos» y defender ese «acceso» mientras atravesaban esa situación límite.

Si yo no hubiese tenido un aborto, si no hubiese asumido la idea de que ese «tejido embrionario», que estaba dentro de mí, se había extraído simplemente para que pudiera continuar con mi vida, sin pagar por mi «error», ¿qué habría respondido entonces a la

oferta de Jill, tan bien preparada y diseñada para reclutar a chicas universitarias en las filas de Planned Parenthood?

Nunca lo sabré. Ese es uno de los costes que tuvo ese secreto tan bien guardado.

Una vez interiorizado, mi secreto influyó en mi forma de ver y pensar, en mi perspectiva y en mi conciencia. Años después descubriría que ese cajón escondido en el alma no estaba ni mucho menos sellado. Ya había empezado a liberar gases venenosos que atravesaban mi alma y contaminaban mi corazón. Con el tiempo, ese secreto hizo conmigo lo mismo que yo hice con mis padres, que me dieron la vida, me criaron y me amaron con todo su corazón. Se ocultó, de la misma forma que yo ocultaba la verdad a mis padres. El poder que ese secreto desplegaba sobre mi alma era que se escondía de mí.

Ahora que mis secretos ya han quedado desvelados, su poder se ha roto y puedo ver con ojos más limpios el camino que me ha llevado hasta aquí. Es un camino que merece la pena revisar porque estoy descubriendo por primera vez que está hecho de remordimiento o desolación. Pero, para mi sorpresa, también hay puntos de luz a lo largo de ese camino. He encontrado buenos amigos y leales, y personas realmente fuertes. De las mujeres que me encontré en la clínica donde trabajé en Bryan, Texas –tanto clientas como empleadas– destacaría su coraje y su capacidad de resistencia. Y a ambos lados de la verja que rodea la clínica encontré preocupación por los demás y sentido de comunidad. También me enfrenté a algunas amenazas de muerte y al hecho de que asesinaran a un amigo. Me llevaron a los tribunales, no me permitieron entrar en algunas iglesias y sí me dieron la bienvenida en otras. Descubrí que los que parecían enemigos declarados eran en realidad mis amigos, y que mis supuestos amigos me trataban en realidad como un verdadero enemigo.

Por encima de todo he descubierto que el camino que me ha llevado hasta aquí se está volviendo a pavimentar, pero esta vez con la gracia. Hoy miro con otros ojos, unos que ven cómo la gracia hace su trabajo.

Ese camino conecta la Sala de Banderas de Texas A&M en el 4112 East de la calle 29 en Bryan, Texas. Recorría muchas veces en coche esos seis kilómetros. Para acceder a la entrada de la clínica de Planned Parenthood hay que cruzar una puerta de hierro negra, que cierra una verja de dos metros de altura que circunda la clínica. Recuerdo con claridad la primera vez que atravesé como voluntaria aquella verja.

Para volver a recorrer ese viaje, debemos partir desde aquí.

* Business Professionals of America es una organización que agrupa a estudiantes de Estados Unidos con el fin de recibir formación específica como futuros profesionales de

la empresa: http://www.bpa.org/ (N. del T.).

** Hang in there, en el original. La relación del eslogan con el dibujo estriba en el doble sentido del verbo hang, que también significa “colgar”, justo la acción que el gato realiza en el póster (N. del T.).

CAPÍTULO 4
LA CAUSA

La primera vez que entré en el aparcamiento de la clínica de Bryan, Texas, me sentí un poco incómoda por la verja de dos metros de altura que rodeaba todo el edificio. Claramente, estaba allí para que alguien no entrase o no saliera, no estaba segura. No podía imaginarme entonces cómo iba a cambiar con el tiempo la respuesta a esa duda ni tampoco presentía el papel que esa verja iba a tener –y que de hecho todavía tiene hoy– en mi vida.

Estoy aquí para ver de qué va esto, me dije para tranquilizarme. Si no te gusta, no estás obligada a volver. Había pasado solo una semana desde que me apunté como voluntaria y no estaba preparada para lo que iba a encontrarme. Solo sabía lo que Jill me había dicho y las breves instrucciones que me habían contado en una llamada de teléfono: dónde aparcar (en una calle colindante a la clínica), a qué hora llegar (sobre las 6.50 de la mañana) y cuánto tiempo estaría (sobre dos horas).

La clínica de Bryan está situada en una zona residencial de la calle 29, en un barrio lleno de chalets construidos, en su mayor parte, entre los años cincuenta y sesenta. La mayoría descansa sobre un terreno de unos mil metros cuadrados de césped. No me encontré ninguna verja que llamara mi atención ese día, así que, cuando ya estuve cerca de la clínica, reparé en ella con extrañeza, como si no debiera estar ahí.

Antes de aparcar, quería ver la entrada del edificio. Así que entré con el coche por la puerta y giré hacia el amplio camino de cemento que había entre la verja y el edificio. Me fijé en las barras de hierro a través del parabrisas. Era como estar en una prisión. No es muy agradable encontrarte con esto al venir a la clínica, pensé. Me pregunto para qué necesitan una verja. Todavía no era consciente de las dimensiones de la «guerra» que existía en Bryan entre la causa que defiende el derecho de la mujer a elegir sobre su cuerpo (pro elección) y la que defiende la vida (pro vida). Mi formación estaba a punto de comenzar.

Estaba sorprendida de lo pequeño y sencillo que era el edificio. Construido en ladrillo de color gris claro, la oficina era del estilo de las casas de esa zona, aunque algunos elementos, como el amplio acceso del aparcamiento, una hilera uniforme de

ventanas y la puerta de cristal de la entrada le daban más el aspecto de una oficina que de una casa.

Llegué pronto, sobre las 6.40 de la mañana. Mi turno era de siete a nueve, pero quería tener tiempo para aclimatarme antes de empezar mi servicio. No tenía ni idea de qué me esperaba, aunque Jill me contó en su momento el tipo de tareas que realiza un acompañante voluntario. Estaba preocupada porque no sabía qué debía ponerme. ¿Debía ir bien vestida? ¿De sport? ¿Vaqueros? ¿Qué llevarían las demás? Al final, me arreglé un poco: pantalones de vestir, una blusa de manga corta color turquesa y unos zapatos elegantes y cómodos.

Después de aparcar en la calle adyacente y volver andando a la clínica, me di cuenta de que las otras voluntarias, que eran tres esa mañana, ¡iban en bermudas y camiseta! Dijeron: «¿Pero qué llevas puesto? ¿No te das cuenta de la que se va a montar hoy ahí fuera?». Después me dieron un chaleco igual al del resto, para que las clientas pudieran identificarnos al instante como personal de la clínica. Así que ¿a quién le importaba lo que llevaba debajo? Nadie podía verlo. Los chalecos eran azules. Más tarde cambiaríamos a un amarillo fosforito. El resto del personal –médicos, enfermeras, personal de oficina y la directora– los llevaban de varios colores.

Había llegado solo unos pocos minutos antes que Cheryl, la directora. A diferencia de Jill, Cheryl iba al grano y me puso a trabajar con una acompañante más experimentada, que me puso al corriente de mis funciones.

Esta voluntaria me explicó que debíamos esperar fuera, en la puerta principal. Cuando una clienta paraba el coche, debíamos acudir inmediatamente para que tuviese alguien cerca cuando abría la puerta. Me dijo que, cuando la clínica abriera sus puertas, los pro vida solían situarse al otro lado de la verja. Ellos se manifiestan los martes porque saben que es el día que dedicamos a practicar abortos. Cuando la clienta abre la puerta del coche, debemos decirle algo. Podemos hablar de cualquier cosa: el tiempo, lo que llevan puesto, su coche; lo que sea con tal de distraerla del jaleo que viene del otro lado de la verja. Ellos quieren hostigarla, y nosotros queremos estar seguros de que las únicas voces que oye son las nuestras.

«Vas a acompañarme las primeras veces para que lo vayas cogiendo, ¿de acuerdo?», me dijo al concluir la charla sobre mi trabajo.

Fue bastante extraño. Desde las siete de la mañana, los pro vida ya habían empezado a aparecer al otro lado de la verja. Esa mañana hacía bastante fresco, así que perfecto, sobre todo si ese primer día has ido a la clínica arreglada de más, como era mi caso. Salimos fuera para empezar nuestro turno. Yo estaba muy intranquila. Mientras esperaba, me llamaron la atención unos cuantos manifestantes al otro lado de la verja. Uno de ellos iba disfrazado de Parca, con guadaña y todo. Una mujer ocupó su lugar en la verja y empezó a agitar un gran cartel que llevaba impresa una fotografía de un feto

abortado. Una imagen grotesca. No me cabía en la cabeza que tuviera que ser tan cruel y mostrar eso en público. De tanto en tanto gritaba algún eslogan antiabortista. No todos los que había allí eran así. De hecho, algunas personas se reunían y simplemente estaban allí de pie, en silencio, y otros pocos rezaban en pequeños grupos.

La primera clienta del día introdujo su coche en el aparcamiento, y yo seguí de cerca a mi instructora mientras corría hacia la puerta del coche, que ya se estaba abriendo. «¿Cómo estás? Espero que no hayas tenido ningún problema para encontrarnos. Qué buen tiempo hace esta mañana, ¿no?». La joven mujer escuchaba vagamente a mi instructora y se giraba de tanto en tanto para hacer lo que yo estaba haciendo: ver quiénes eran todos esos al otro lado de la verja.

Pude oír una voz que venía desde allí.

«Hola, soy de Coalition for Life*. Hoy podemos ayudarte si quieres. Podemos ofrecerte alternativas. No tienes por qué seguir adelante con esto». Mi instructora hizo lo que pudo por tapar aquella voz. Le hablaba del tráfico, como si no hubiese otra voz compitiendo con la suya. Sin embargo, yo tenía curiosidad por saber qué decía esa voz.

¿Quiénes son todos esos? ¿Son todos universitarios como yo?, me preguntaba. ¿Por qué están todos aquí un martes por la mañana y qué creen que van a conseguir? ¿Se conocen entre ellos? ¿Lo han planeado juntos? Mi instructora seguía con su cháchara mientras intentábamos distanciar a la clienta de la verja y entrar en la clínica. Allí, un asistente le dio la bienvenida y la acompañó a la sala de espera, mientras nosotras volvíamos a la puerta principal. Y así fue cómo siguieron llegando clientas en una sorprendente retahíla mientras se iba repitiendo el mismo guión, una y otra vez, a ambos lados de la verja.

Entre clienta y clienta, mi instructora me dio información sobre el tipo de mujeres que venían a la clínica. Un porcentaje relativamente pequeño de menores venían a hacerse un aborto, me dijo. La mayoría estaba en torno a los veinte años. Algunas ya tenían los treinta, pero no eran muchas[2].

Le pregunté si la mayoría de ellas estaban solteras cuando se quedaron embarazadas por primera vez. Me dijo que las cifras variaban más de lo que pensaba. Algunas estaban casadas, no muchas; algunas ya tenían niños y quizá lo hacían porque ya tenían muchas bocas que alimentar. Para otras era la primera vez. Algunas tenían trabajo y otras eran estudiantes, que estaban solas y asustadas. Dado que Bryan es de raza mayoritariamente blanca, la mayoría de las clientas eran también blancas, pero una vez más eso variaba, no solo por la población universitaria, sino también porque no había muchos sitios en esa parte de Texas para hacerse un aborto. Montones de mujeres, dijo, tenían que conducir un buen rato para llegar a la clínica.

Me acordé de mi propio aborto, justo un año antes, y el tiempo que invertí en llegar a Houston. Tampoco entonces sabía que existía este lugar.

«¿Por qué los pro vida presuponen que todas las mujeres que vienen van a hacerse un aborto?», le pregunté. «Planned Parenthood ofrece todo tipo de servicios, ¿no? Citologías, pruebas de embarazo, ecografías, ¿no?».

«Claro, pero no en los días dedicados a practicar abortos. Nosotros solo hacemos estas intervenciones los martes, y ellos lo saben, ¿de acuerdo?», me dijo mientras otro coche entraba al aparcamiento. «Esta vez es tu turno. Iré contigo, pero tú eres la que hablas. ¿Preparada?».

Estaba ya allí cuando la clienta abrió la puerta de su coche.

«Hola, me alegro que nos hayas encontrado. Te acompañaré hasta la puerta».

«Sabemos que es un día muy duro para ti», dijo otra voz desde la verja, aprovechando la breve pausa que había hecho. «Estamos aquí porque nos preocupamos por ti». Pensé inmediatamente que, si estuvieran realmente preocupados por esa mujer, no aparecerían con esos disfraces tan truculentos o con carteles desagradables que exhibían imágenes de fetos abortados. No me parecía que eso fuera preocupación. Mi clienta volvió la cabeza para ver quién le estaba hablando desde el otro lado de la verja. Mis ojos siguieron por un segundo a los suyos y se detuvieron en una mujer que tendría mi edad.

«Discúlpanos por si te molesta esta gente», le dije, intentando que me atendiera. «Vamos dentro».

Entonces alguien gritó desde la verja: «¡Abortistas, asesinos! ¡Arrepentíos!».

«¿Qué? Calentando ya, ¿no? Me gusta el color de tu camiseta», le dije al grupo más próximo. Intentaba escoger las palabras pero eran ridículas en comparación con las acusaciones que acababa de escuchar. Otra voz se solapó con la mía, esta vez mucho más fuerte, mientras la clienta y yo nos dirigíamos al edificio.

«Tenemos alternativas para ti si hoy no quieres seguir adelante con esto», exclamó una voz de hombre. Cruzamos nuestras miradas y pude percibir su ansiedad.

«Ya estamos. Déjame que te abra la puerta», le dije con la mayor calma que pude, como si tuviera que protegerla. La acompañé hasta la recepcionista. «Ya está. Ella te ayudará».

«Gracias», me dijo ella tímidamente, con la mirada en el suelo. Parecía asustada.

Acaricié su brazo, la dejé allí y volví afuera, un poco nerviosa.

La instructora me dijo que había hecho un buen trabajo al tratar de hablar con la paciente mientras caminaba. «Tenemos que hacer todo lo que podamos para proteger a nuestras clientas de esos pro vida», añadió. «¿Has visto a ese tío de ahí?». Señaló a un hombre al otro lado de la verja que parecía tener unos diez años más que yo.

«Sí, ¿quién es?».

«Es David Bereit. Es el director de Coalition for Life. Su oficina está justo al final de la calle». Luego me explicó que su propósito era que la opinión pública se volviera en

contra y clausuraran la clínica.

A través de la verja, contemplé a los grupos pro vida congregados allí. Algunos eran universitarios que rezaban de pie con la cabeza gacha. Dos madres jóvenes con sus cochecitos permanecían de pie, mirando. Una pareja de mediana edad caminaba por la verja, hablando con otra clienta que estaba siendo acompañada hacia la puerta de la clínica. El que estaba disfrazado de Parca iba de un lado a otro, agitando su guadaña de vez en cuando. Un hombre de pelo cano se movía de atrás adelante con un gran cartel escrito a mano, con pintura roja, donde de leía crudamente «ASESINOS». La mujer que portaba la imagen del feto abortado también iba de un lugar a otro, subiéndolo y bajándolo en función de dónde estuviese situada. Una joven pareja sostenía un cartel donde simplemente estaba escrito «ELIGE LA VIDA».

Esto es increíble, pensé. ¿Dónde me he metido? Era un enfrentamiento literal entre dos bandos con una verja de por medio. Una zona de guerra. La tensión en el ambiente era palpable.

Otra voluntaria salió hacia el siguiente coche y contemplé la escena. Las clientas, cuando entran, tienen dos opciones para aparcar. Pueden hacerlo a la izquierda, frente a la verja, como yo había hecho, o a la derecha y estacionar frente al edificio. Esta clienta aparcó frente a la verja. Allí, una mujer de apariencia amable, que debía tener mi edad, se aferró al enrejado mientras comenzaba a dirigirse suavemente a la clienta en el mismo instante en que abría la puerta del coche. Desde donde estaba no podía oír lo que decía, pero la clienta se detuvo y escuchó. La mujer de la verja, con gesto amable, seguía hablándole en un tono tranquilo. La voluntaria de Planned Parenthood trataba en vano de captar su atención, pero no había sido lo suficientemente rápida. Vi cómo se acercaba a la verja; comenzaron a andar juntas mientras hablaban, con la verja de por medio, hacia la puerta de entrada, donde se encontraron cara a cara.

«Vaya. Ya tienen a una», me dijo mi instructora. «Me gustaría que dejaran a esas pobres mujeres en paz. ¿Tienen que acosarlas así cuando esto es una decisión personal? ¿Por qué no pueden aceptar que no todo el mundo ve las cosas como ellos las ven, blancas o negras?».

Vi que la mujer pro vida le había dado a nuestra clienta algunos folletos; no me parecía que se sintiera acosada. Claramente, había decidido hablar con la activista pro vida. La voluntaria de nuestra organización, que la estaba acompañando, se había quedado mirando, contrariada, a la pro vida, en vez de intentar captar la atención de la clienta. Después, las dos se fueron caminando y entraron al edificio.

Me quedé confusa. Aquella clienta se había mostrado interesada en la información que le proporcionaba la mujer pro vida. Si estamos a favor de la libre elección de la mujer, pensé, entonces creemos que las mujeres deben tomar sus propias decisiones, ¿no? Entonces, ¿por qué tenemos que protegerlas de unas conversaciones que tienen que

ver con sus decisiones? ¿Por qué nos puede molestar que alguien tenga más información y decida suspender lo que iba a hacer? Queremos que ellas sopesen sus alternativas y tomen la mejor decisión, ¿no? Me preguntaba si realmente quería formar parte de todo aquello.

Pero otro vistazo a la verja me sacó de mis pensamientos. Allí estaban la mujer con la foto horripilante que no paraba de moverse, el que iba disfrazado de Parca agitando su guadaña en el aire y el cartel en letras rojas que decía ASESINOS. No parecía que fueran gente razonable, amable o equilibrada. Claramente tenían una intención. No están aquí para ofrecer alternativas a las mujeres, pensé. Solo quieren que no escojan el aborto. Pensé en el comportamiento profesional que tenía Cheryl, la directora; las relucientes oficinas del interior, con clínicos, un médico, ecógrafos; todo lo que los profesionales necesitan para la detección precoz del cáncer y la realización de pruebas para el diagnóstico de enfermedades de transmisión sexual. Estábamos en el bando correcto, ¿no?

Inquieta, en el fondo deseaba que terminara mi turno.

* * *

Cuando terminé mi turno de dos horas, casi no pude esperar a entregar mi chaleco. Caminé a grandes zancadas calle abajo hasta mi coche. La mujer pro vida que había visto antes apareció de pronto a mi lado, con su rostro amable.

«Hola, me llamo Marilisa. Creo que no nos hemos visto antes», me dijo.

«No, es mi primer día».

No estaba segura de qué debía esperar de ella, así que estaba un poco en guardia. Tendría mi edad –de hecho, nos llevamos seis meses de diferencia, según supimos más tarde– y parecía simpática.

«¿Puedes decirme por qué eres voluntaria?», me preguntó.

«Bueno, no sé seguro si volveré. Solo estaba viendo de qué iba esto».

«¿Puedes decirme tu nombre?».

«Abby».

Pareció volverse más seria ahora y me dijo: «Abby, ¿tú sabes que ahí se hacen abortos?».

No estoy segura de por qué mi precaución había desaparecido completamente con ella, una mujer a la que no había visto nunca y que estaba al otro lado de la verja, pero le dije lo que a casi nadie le hubiera dicho en esa situación: «Yo tuve que abortar. Fue una decisión que tomé y no tengo ningún problema con que otra mujer tome la misma decisión».

Asintió con la cabeza y se quedó pensativa. «Siento muchísimo que hayas pasado por esa experiencia, Abby».

La amabilidad de su voz me desconcertó un poco.

«No, estoy bien, de verdad. Fue decisión mía. Nadie me forzó».

«De acuerdo, Abby, pero, si necesitas cualquier ayuda, ya sabes».

Oímos un grito. Era Cheryl, la directora de la clínica, que había empezado a gritar desde el exterior de la clínica. «¡Déjala en paz, Marilisa!». Su voz mordía el aire.

Recuerdo que me inquieté. Hasta ese momento había sido una conversación muy agradable. Marilisa no me estaba importunando. No creía que estuviera fuera de lugar todo lo que me estaba diciendo o que estuviera siendo agresiva conmigo. De hecho fue muy amable. Comprendí entonces por qué aquella clienta se había acercado a hablar con ella a través de la verja.

Entonces Cheryl gritó otra vez: «Vete y métete en el coche, Abby».

Le dije adiós e hice lo que me decían.

* * *

Aquel primer día había sido bastante clarificador de lo que era ese trabajo, pero no había sido nada agradable. Me fui de la clínica sin saber si iba a volver. De hecho, no volví al día siguiente y, cuando me llamaron para que volviera, dije: «No, esta vez no. Llámame para la siguiente». Pero también dije lo mismo en la siguiente ocasión. Estaba en un tira y afloja conmigo mismo. ¿Quería hacer realmente eso? No era divertido ni cómodo, y me creaba confusión. ¿Me estaba comprometiendo con una causa que me dejaba intranquila?

Al final, decidí que mi tranquilidad no importaba. Recordé mi conversación con Jill en la Feria del Voluntariado y las imágenes que había visto esa mañana, con aquel repulsivo individuo disfrazado de Parca y el cartel de ASESINOS en letras rojas, que habían agitado a poca distancia del rostro asustado de una mujer joven. Si los abortos no existieran ni fueran legales ni fácilmente accesibles, las mujeres con este tipo de problemas los buscarían de todos modos, pero en su desesperación acabarían en manos de personas no preparadas, con métodos inseguros e insalubres. Al final, asumirían el riesgo de morir en el intento. Planned Parenthood estaba ayudando a prevenir ese tipo de situaciones.

Si las mujeres decidían ejercer su derecho, necesitaban una voz amable que las ayudara a atravesar todo ese grupo de chiflados. Si todos los de la verja fueran como Marilisa, no serían necesarios los acompañantes. Pero algunos de los pro vida estaban tan locos que me empezaban a preocupar.

Todavía no sabía que los pro vida que se concentraban allí no era un grupo unificado y con ideas afines, y tampoco sabía que no se conocían entre ellos. Para mí estaban juntos, agrupados en «su» lado de la verja. Así que creí, de forma equivocada, que todos formaban parte de la misma organización, esa Coalition for Life, la Coalición, que algunos de ellos habían mencionado. Tampoco estaba de acuerdo con la estrategia supuestamente eficaz de mostrar imágenes impactantes y espantosas, y carteles

incendiarios que nos culpabilizaban. ¿Cómo iban a atraer así a mujeres asustadas y desesperadas? ¿Qué querían conseguir los pro vida con esos métodos? Estoy agradecida de no haberme encontrado una manifestación así el día que yo aborté.

Al final me decidí. De acuerdo. Allá voy. Les daré otra oportunidad.

Una vez tomé esa decisión, me hice otra composición de lugar. Desde ese momento, los del otro lado de la verja –los manifestantes pro vida, los agitadores de carteles, los gritadores, el que iba disfrazado de Parca– empezaron a ser el enemigo. Yo creía que mi propósito –ayudar a las mujeres en situaciones límite– era justo y ellos eran los que se oponían a esa causa. Así que tuve que enfrentarme a ellos. Con convicción. No sería maleducada ni les gritaría, sino que intentaría ser simpática con ellos. No veía las razones para ser agresiva. Pero sería firme, directa e infranqueable.

En los años siguientes, sin saber muy bien cómo, llegaría a apreciar a algunos de esos activistas pro vida y a tratarlos como amigos. Advertía un cuidadoso cambio, no sin esfuerzo por su parte, en las técnicas, el tono y el comportamiento de los que se concentraban ante la verja de Planned Parenthood. Cuando hice mi primer turno en septiembre de 2001, la clínica de Bryan llevaba dos años practicando abortos y el movimiento pro vida de la zona estaba todavía dando sus primeros pasos. Aunque entonces no lo sabía, me había cruzado con Marilisa, una de las líderes más valerosas y fervientes que continuaron impulsando Coalition for Life. Y uno de los universitarios que rezaban ese día, Shawn Carney, se casaría pronto con ella y asumiría el liderazgo de la organización. Junto a David Bereit, ayudarían a transformar los esfuerzos que se hacían en Bryan en una poderosa y positiva fuerza pro vida cuya influencia llegaría a todo el país y también a otros continentes. Aquellos pioneros reemplazarían los gritos hostiles por conversaciones amables, los carteles tremebundos por vigilias de oración, y la hostilidad por una presencia pacífica. Ellos también cambiarían mi vida. Pero esa es otra historia.

En mi primer día como voluntaria de Planned Parenthood, el comportamiento hostil y de confrontación de unos pocos partidarios pro vida no solo cambió mi percepción sobre el movimiento, sino que reafirmó mi compromiso con Planned Parenthood. Aunque mi primer día había sido desconcertante, una cosa me había quedado clara: los que estaban en mi lado de la verja estaban defendiendo y ayudando a las mujeres, del mismo modo que las protegían de quienes estaban al otro lado.

Había descubierto la respuesta a la pregunta que me hice sobre la verja. Obviamente, está ahí para mantener alejados a los energúmenos de los grupos pro vida y además ofrecer un refugio a las mujeres que necesitan los servicios de Planned Parenthood.

*Coalition for Life (Coalición por la Vida) es la principal organización pro vida de inspiración cristiana que opera en el ámbito de Planned Parenthood en Texas: http://www.coalitionforlife.com/ (N. del T.).

CAPÍTULO 5
EL VÍNCULO DE LA COMPASIÓN

El Día del Lobby consiste en lo que su propio nombre indica.

Cada dos años, Planned Parenthood y otros grupos favorables al aborto reclutaban gente entre estudiantes, el personal de sus instalaciones y sus seguidores, para desembarcar en la asamblea del Estado de Texas, en la ciudad de Austin. Febrero de 2003 marcó mi iniciación en esa forma de participación ciudadana en el sistema político de Texas y contribuyó a cimentar mi identidad como una parte importante del movimiento de Planned Parenthood.

Semanas antes del evento, se había hecho una convocatoria entre el personal de la clínica y los estudiantes de Texas A&M. ¡Estaba nerviosa! Eran las seis de una mañana fría cuando nos subimos al autobús que nos iba a llevar a un salón de actos en Austin, donde habían llegado cientos de personas procedentes de todo el estado. Allí, el rosa fuerte, nuestro color corporativo, estaba por todas partes. Nos dieron bolsas de lona y botellas de agua de ese color, y muchos de nosotros llevábamos sombreros, camisetas o fulares de color rosa. Nos congregamos allí, escuchamos las charlas que nos dieron, estudiamos la documentación, que incluía un argumentario, y nos preparamos para las reuniones con los diputados del Estado de Texas.

Los conferenciantes trataban de motivarnos y nos dijeron que ese día estábamos formando parte del sistema político de nuestra gran nación. Para muchos de nosotros era la primera vez. Quizá antes habíamos ejercido nuestro derecho al voto, pero hoy podíamos influir en nuestros representantes políticos mediante una conversación personal. Nos dijeron que debíamos estar orgullosos de representar a Planned Parenthood, la organización de salud reproductiva más grande y más reputada del mundo. Planned Parenthood creía que todo el mundo tenía el derecho de elegir si quería o no tener niños, que cada niño debía ser deseado y querido, y que las mujeres debían ser responsables de sus propios destinos. Nos recordaron que, cada año, cerca de 25.000 colaboradores, entre personal y voluntarios, se afanan en tareas de educación e información sobre salud sexual y reproductiva a cerca de cinco millones de mujeres, hombres y adolescentes de Estados Unidos. Más de dos millones de donantes y activistas

participan también en la defensa de los derechos sexuales y reproductivos. «Eres parte de esta gran causa», nos dijo uno de los intervinientes. Mi corazón se hinchó de orgullo.

Después de preparar los encuentros, nos dividieron en grupos y nos enviaron a las oficinas de los representantes, algunos de los cuales nos apoyaban y otros se oponían a nuestra posición. Seríamos la voz de Planned Parenthood y del movimiento pro elección a través del argumentario que nos habían dado. Nos reunimos con parlamentarios o con sus asesores. Me encontré siendo la portavoz en varias reuniones y diciendo con pasión: «La única manera de reducir el número de abortos es reduciendo el número de embarazos no deseados. La única manera de reducir el número de embarazos no deseados es invertir en contracepción».

Creía firmemente en nuestra causa y me habían formado muy bien para intentar que nuestro sistema público de educación proporcionara una mejor educación sexual y distribuyera anticonceptivos. Me encantaba formar parte de este gran tsunami rosa que se estaba extendiendo por el parlamento. Nunca me había sentido tan orgullosa de ser ciudadana y del lugar que ocupaba en Planned Parenthood. Creía que mi misión se centraba en ayudar a que se redujera el número de abortos[3].

Por entonces llevaba un año y medio como voluntaria en la clínica de Bryan, y cuando volví ese día en el autobús, rodeada de mis compañeros, supe que nunca había sentido tal conexión con otras personas. Era una bola que se iba haciendo cada vez más grande.

Estaba en un momento de mi vida muy complicado. Necesitaba seguridad, autoafirmarme. Ese mismo mes me había separado de Mark y pedido el divorcio. Nos habíamos casado en diciembre de 2001, casi un año después del aborto y unos pocos meses después de haber entrado en Planned Parenthood. Había dejado la universidad por un tiempo, en parte para aumentar mis horas de trabajo haciendo sustituciones, pero también porque había perdido un poco el paso en los estudios una vez que Mark y yo empezamos nuestra relación. Nuestro matrimonio fue inestable desde el comienzo, sobre todo desde que descubrí que la confianza y la fidelidad no se contemplaban en nuestra relación y que, tristemente, las advertencias de mis padres, aunque no fueron bienvenidas, estaban bien fundadas.

Aunque el matrimonio no había sido feliz, me había permitido estrechar mi relación con el hijo de Mark, Justin, que entonces tenía siete años. Adoraba a aquel pequeño chaval como si fuera mi hijo y recuerdo cada visita. Pero Mark me había dicho que no tenía intención de seguir viéndole y estaba pensando en renunciar por completo a la custodia en favor de la madre. Ella y yo habíamos tenido muy buena relación mientras coordinábamos los viajes de Justin para que nos visitara, así que sabía que estaría en muy buenas manos, pero iba a lamentar mucho tener que decir adiós a ese precioso pequeño. ¿Cómo podría llegar yo a reclamar el derecho de visita, alguien que pronto se

iba a convertir en la ex mujer de su padre? Sabía que no podía y que no sería justo que lo pidiera. La pena me embargó durante semanas.

Así que, cuando aquella noche volvía en autobús a casa, me sentía feliz de formar parte de algo más grande que yo, algo que, creía, estaba beneficiando a otras vidas.

* * *

Desde los primeros días como acompañante, mi carga de trabajo en la clínica como voluntaria había aumentado. Por entonces, muchos de los rostros de los pro vida empezaron a serme familiares. Habitualmente, Marilisa y yo nos decíamos «hola», y a Shawn Carney lo saludaba con la cabeza o con un cercano y coloquial: «¿Qué tal?». También David Bereit estaba casi siempre por allí. Cheryl y el resto del personal los ignoraban, y ellos a ella, pero frecuentemente unos pocos nos saludábamos con los más amistosos. Sabía que ellos me veían como a un enemigo de la causa de la vida, pero había llegado a sentirme orgullosa de mi trabajo, hasta el punto de que se había convertido en una especie de meta vital saber que mi tarea consistía en ayudar a mujeres en situaciones extremas.

Todavía acompañaba a las pacientes en los días en que se practicaban abortos que, por entonces, habían pasado a ser los miércoles y cambiarían finalmente a los sábados cada quince días. Casi todos los fines de semana solía ir para ayudar en labores administrativas o en lo que hiciera falta. Me sentía valorada y querida en la clínica.

Sin embargo, pocas semanas después del Día del Lobby, yo misma caí en una crisis. Descubrí que estaba embarazada por segunda vez. Me invadió una sensación de pánico y dolor, además de una sensación de completo fracaso. Sentía que había fallado en la universidad, en mi matrimonio, y ahora el que había fallado era mi método anticonceptivo. El que pronto se iba a convertir en mi ex marido acababa de renunciar a la custodia de su propio hijo de siete años, así que ya sabía de antemano que no iba a estar muy interesado en ser padre, y yo no estaba preparada en absoluto para ser una madre soltera independiente. Además, no quería tener ningún vínculo con ese hombre. Así que, de tener ese niño, estaría vinculado a él para el resto de mi vida. Incluso mientras escribo esta frase puedo escuchar ese pensamiento engañoso que asedia a cada mujer cuando medita si debe abortar o no: la idea expresada en la frase Si tuviera este niño.

¿Si yo tuviera ese niño? ¿Por qué no era tan obvio decir que ya tenía un niño y que, además, estaba creciendo ya dentro de mí? Una vez que estás embarazada no hay un si yo tuviera. Ese niño, aunque fuese muy pequeño y estuviera en un estadio muy preliminar de gestación, ¡ya existe! Pero yo no lo veía así. Lo que veía, algo que Planned Parenthood ya estaba inoculando en las mentes de otras mujeres jóvenes, era que yo estaba en estado de embarazo, no que era la madre de un niño que todavía dependía de mi cuerpo para sobrevivir. Es increíble cómo los eufemismos pueden llegar a modificar

el pensamiento.

Pensé en mis padres y sabía que me apoyarían, que ellos me ayudarían de cualquier modo, pero no quería ni pensar en lo que esta carga podría suponer para ellos. Al menos eso es lo que me decía en ese momento. Ahora me doy cuenta de que nunca di a mis padres el suficiente crédito, ni en mi primer embarazo fuera del matrimonio ni en este segundo cuando estábamos a punto de divorciarme. Francamente, echando la vista atrás, sospecho que, al guardar el secreto a mis padres, estaba intentando evitar que llegara a ser «real» para mí. Comprendo ahora mucho mejor que mis padres están hechos de otra pasta y que no solo pueden con lo que la vida les va deparando, sino que con su amor y su apoyo también pueden ayudarme a hacer lo mismo.

Si me preguntaran qué podría haberme dicho alguien en aquel momento para cambiar de parecer, le diría que podría haber sido lo siguiente: «¿Qué crees que es lo que más podría decepcionar a tus padres? ¿Enterarse de que te has quedado embarazada o saber que te has llevado por delante la vida de su nieto?». Echando la vista atrás, me doy cuenta de que el miedo de hablar con mis padres sobre mis embarazos no deseados fue realmente irracional.

Me gustaría poder escribir que me costó muchísimo y que fue un proceso duro decidir entre las opciones que tenía. Pero estaría mintiendo. La verdad es que el aborto había pasado a ser una realidad simple y normal en mi vida. Todas las semanas acompañaba a varias mujeres por un camino que les conducía a terminar con sus embarazos, y les deseaba todo lo mejor unas pocas horas más tarde al salir por la puerta. Entonces, sin haberle contado nada a Mark sobre el embarazo, concerté la cita para mí misma.

Sé que este capítulo revela una verdad completamente desagradable. Mi capacidad de razonar y mis valores no eran muy consistentes. Había hecho lobby a favor del derecho al aborto en el parlamento del Estado mientras me decía a mí misma, con orgullo, que ayudando a prevenir embarazos no deseados estábamos ayudando a reducir el número de abortos. Y justo ahora estaba pidiendo cita para otro aborto porque mi embarazo era no deseado.

Resulta embarazoso leer aquí mis palabras. Pero es importante que las escriba. Es importante que las leas. Mi historia –mi decisión de abortar por segunda vez, incluso cuando creía que era el gran paladín de la reducción del número de abortos– ilustra la complejidad, la confusión y, francamente, la desconexión entre nuestro comportamiento y nuestros valores que impregna la cultura actual. He pasado muchos años de mi vida orientando a mujeres con creencias no muy diferentes a las mías. Piensa en este dato del Instituto Guttmacher, el órgano de investigación de Planned Parenthood: cerca de dos tercios de las mujeres que abortan se autodenominan como cristianas[4]. Yo era una entre muchas.

A diferencia del día en que aborté por primera vez, en esta ocasión fui muy bien informada. En nuestra clínica siempre hacemos una ecografía antes del aborto para confirmar el mes de gestación y ofrecemos a la paciente la posibilidad de ver una foto del feto. Al igual que la mayoría, decliné ver la foto. Estaba de ocho semanas, y eso hacía posible que pudiera tener un aborto farmacológico (el plazo son nueve semanas) usando la RU-486, conocida como Mifeprex, la píldora abortiva. Tal y como había comprobado con las mujeres que eligen entre aborto farmacológico o quirúrgico, me pareció que para abortos tempranos el primero era la manera más privada, menos invasiva y más cómoda. Y parecía ofrecer mucho más control. Ni anestesia ni cirugía… solo unas pocas píldoras de nada, ¿no?

Mi experiencia fue otra.

Como suele ser habitual, tomé una píldora de Mifeprex mientras estaba en la clínica. Esta píldora impide que el embarazo se fije en el útero, de manera que deja de ser viable. (¿Se dieron cuenta que utilicé la palabra embarazo? De nuevo, el poder de los eufemismos. La terminología de Planned Parenthood nos reafirmaba en que estábamos evitando un embarazo no deseado, no que estuviéramos matando un feto). También me dieron un antibiótico y me mandaron a casa con la prescripción de que tomara analgésicos y anti-náuseas en función de lo que necesitase, además de unas píldoras llamadas misoprostol, que debía tomar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas más tarde para completar el proceso de limpieza del útero.

Los días siguientes, sola en mi apartamento, fueron una pura agonía. Si todo hubiera funcionado como debiera, tendría que haber expulsado el feto entre las primeras seis u ocho horas y el resto de la pared endometrial, en las cuarenta y ocho horas siguientes. Pero nada ocurrió como estaba «publicitado». De acuerdo, desde que la ley pide el «consentimiento informado», me habían dicho que se podían producir posibles complicaciones como dolores severos, hemorragia e infección. Y me habían dicho que, si sufría esos efectos, llamara y volviera a la clínica. También me dijeron que debería volver para una consulta de seguimiento. Pero yo era una mala paciente.

Los dolores eran insoportables y continuaron días y días. Estaba demasiado enferma para salir de la cama, tenía fiebre y sangraba mucho. Estaba asustada, pero no sé si fue un sentimiento de vergüenza, humillación o penitencia –o una combinación de los tres– lo que me impidió llamar a la clínica. No quería ni pensar en tener que ir a urgencias o a un ginecólogo porque no quería verme en la situación de confesar que todo eso me estaba ocurriendo porque quería poner término a mi segundo embarazo. Mi teléfono sonaba y sonaba mientras la clínica trataba de localizarme para hacer un seguimiento, pero yo no lo cogía. No les conté nada a mis padres por teléfono. Sufrí todo sola.

Después de dos semanas, volví al trabajo, aunque todavía me sentía tan débil que volvía a casa exhausta y me iba directa a la cama. Finalmente, después de ocho semanas

enferma, me sentí lo suficientemente recuperada como para volver a la clínica y hacer uno de mis turnos de voluntaria.

«Abby, ¿dónde has estado? ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? ¡Estábamos preocupadísimos por ti! ¿Por qué no nos contestabas?».

«Lo siento mucho. Estoy bien. He estado muy ocupada con el trabajo y todo eso. Perdonad por la preocupación que os he generado». Y eso fue todo lo que les dije.

En los meses siguientes, intenté olvidarme de lo sucedido. Me despedí con lágrimas de Justin y el divorcio con Mark se solventó en diciembre de 2003. Nunca hubo algo más liberador para mí que despedir aquel año. Solo hubo dos luces brillantes en lo que había sido un año aciago.

La primera fue el Día del Lobby, que fue el catalizador de mi compromiso con Planned Parenthood. La segunda fue mi decisión de volver a la universidad y terminar mi carrera de Psicología en Texas A&M. En las postrimerías de esa primavera de mi vida, repleta de dolor, me había conjurado para continuar adelante y superar mis errores. Sabía que quería ser útil a otros, quizá como orientadora o terapeuta, o también a través de los Peace Corps* o como formadora. Había decidido que, con independencia de lo que escogiera, debía ser muy buena y lucharía por aquellos que necesitaran ayuda. Frente a los primeros años de la universidad, ahora tenía una sensación de que tomaba las riendas de mi vida; me concentré en mis estudios y mis notas lo demostraron.

* * *

Hacia la primavera de 2004, mi trabajo tomó un nuevo rumbo: llegué a ser la delegada en el campus de Texas A&M. Era lo ideal, dado que mi horario intensivo de clases me hacía permanecer en el campus todo el tiempo. El trabajo me ocupaba diez horas a la semana, aunque varió un poco. Dondequiera que hubiese una feria sobre temas de salud, allí montaba una mesa para dar información sanitaria a los estudiantes. Hablé con muchos estudiantes sobre enfermedades de transmisión sexual, detección del VIH y de las distintas posibilidades de contracepción. Me gustaba mi trabajo y parecía encajar perfectamente con mi deseo de ayudar y enseñar.

Ahora que Planned Parenthood formaba una parte cada vez más importante de mi vida, decidí contarles a mis padres que era voluntaria de la organización. El método que seguí para contárselo de forma más fácil fue una buena muestra del que utilizaba conmigo misma. Las primeras veces decía que estaba trabajando para una clínica de salud para mujeres de Planned Parenthood. Sospecho que mis padres no conocían cuál era esa organización y a qué se dedicaba. Afortunadamente, mi madre no me preguntó si hacían abortos y yo tampoco se lo dije. Con el tiempo, el tema surgía en las conversaciones con naturalidad y, cuando lo hacía, me aseguraba de echar mano del argumentario que aprendí en el Día del Lobby.

«¿Sabes, mamá? El objetivo de Planned Parenthood es hacer que el aborto sea algo

poco frecuente, así que para ello promovemos los medios necesarios para evitar embarazos no deseados».

Un día tuve una conversación con un amigo de toda la vida. Cuando le dije que trabajaba para Planned Parenthood, se enfadó mucho conmigo. Al día siguiente me lamenté de esa reacción cuando hablé con mi madre por teléfono. Me quedó claro como el agua que a ella tampoco le gustaba la organización en la que trabajaba.

«Mira, Abby, tú trabajas en una clínica abortiva. A la gente no le gusta eso. Es uno de los lugares más controvertidos de este país. Si es lo que quieres hacer, será mejor que te acostumbres a que a muchos no les guste. Si es algo que no vas a poder asimilar, es mejor que te busques otro trabajo».

Te encantaría mi madre: ella dice las cosas como son. Me tomé su reacción como la de alguien con ideas pasadas de moda. Pero cuenta a su favor el que no dejara que eso se convirtiera en una barrera para nuestra relación. Ella y mi padre siguieron recibiendo de buen grado mis llamadas diarias, y mantuvieron un fuerte vínculo entre nosotros. En eso nunca vacilaron.

Aquella primavera supuso un nuevo paso adelante en mi vida. En marzo, mi amigo Doug y yo empezamos a salir (sí, el mismo que me tomaba el pelo con que coleccionaba animalitos abandonados). Compartíamos muchas pasiones, como la enseñanza, la aspiración de hacer del mundo un lugar mejor o ayudar a personas con dificultades. Doug estudiaba educación especial en la cercana universidad de Sam Houston State. Era amable y compasivo, y tenía un gran sentido del humor. Era un cristiano para quien la fe era parte importante de su vida. Me acerqué a él por todas estas razones, pero en particular admiraba el sentido que su fe daba a sus decisiones y valores. Me di cuenta de su vida coherente, de la unidad entre lo que pensaba y lo que hacía, lo que yo notaba que faltaba en mi vida. Él me aceptaba y cuidaba sin juzgarme, y eso me hacía sentir segura para compartir mi historia con él, incluso la verdad sobre mis dos abortos.

Doug no aprobaba el aborto, pero no me culpó. En vez de eso, me seducía para mantener discusiones que desafiaran mi razón y mi lógica o, más bien, la ausencia de ambas. Confieso que nunca rehúyo una discusión, así que entraba en ellas con muchas ganas.

«Doug, el tema real es la viabilidad. No apruebo en absoluto los abortos con la gestación muy avanzada, porque para entonces el feto ya es viable y podría vivir fuera del vientre materno. Pero antes es solo un feto no desarrollado que no podría sobrevivir por sus medios. Si es un embarazo no deseado, ¿no es mejor ofrecer a la mujer una alternativa segura para acabar con ello cuanto antes?».

«Abby, ¿cómo puedes pensar eso? Eres una persona inteligente. Estamos hablando de un niño desde la concepción, sean dos o seis semanas, doce o veinte. ¿Por qué puede estar bien un aborto con ocho semanas pero no con dieciséis? La viabilidad cambia tanto

como avanza la ciencia médica. ¿Me estás diciendo que la medida de lo que es humano, de lo que es moral o inmoral, es flexible en función de los avances de la ciencia?».

Y así seguíamos. Yo atacaba, él volvía a preguntar, pero sin enfadarnos. En vez de eso, cada uno cuidaba y respetaba al otro. Doug admiraba mi buen corazón con las clientas. Le contaba las situaciones de las mujeres que venían, no únicamente para hacerse abortos, sino personas que lidiaban con todo tipo de temas: abusos, violación, pobreza, enfermedad. Le contaba cómo las ayudábamos y puedo decir que él también se preocupaba de ellas.

También le hablé de los pro vida. Sabía que le gustaría saber más de alguno de los habituales en la verja. Solía burlarme de los más payasos y extravagantes, y me quejaba de los que armaban escándalo. Pero le tuve al corriente sobre algunos de los habituales.

«Doug, ¿te he hablado del señor Orozco?».

«¿Quién?».

«Es uno de los pro vida más incondicionales que tenemos. Y es muy simpático. Me he enterado hoy que es un policía retirado, treinta y tres años de servicio en Bryan. Suele estar en el mismo lugar cada miércoles y sábado por la mañana durante una hora, como un reloj. No creo que se pierda un solo día».

«¿Cómo sabes tanto sobre él?».

«Bueno, hablamos a veces. Dondequiera que me ve, me dice: "Hola, Abby, ¿cómo estás? Espero que tengas un día maravilloso". Es tan agradable. Nunca molesta a las clientas, solo ocupa su lugar y saluda a todo el mundo. Hoy hacía un calor sofocante fuera y estuvo allí, con una sombrilla para guarecerse del sol, saludándome con la mano como si fuera un viejo amigo. Debe de tener unos setenta años y siempre está allí sin importarle el tiempo que haga, tan cordial. Te gustaría».

«De hecho me gusta», respondió Doug. «Parece que es uno de los fijos. No has mencionado a Marilisa últimamente. ¿Ya no va?».

«Sí, claro. Estuvo el otro día. Ella también es muy agradable. Ha estado formando a un nuevo voluntario. He notado que ella y Shawn han calmado las cosas en su lado de la verja. ¿Recuerdas la mujer de la que te hablé, la que llevaba una foto ampliada de un feto abortado?».

«Sí».

«Shawn se la llevó aparte un día y estuvo hablando con ella, y se fue. No la he vuelto a ver desde entonces».

«¿De verdad? ¿No ha ido desde entonces? ¿Qué piensas que ha pasado?», preguntó Doug.

«Tengo la impresión de que han querido cambiar el ambiente que se respiraba a ese lado de la verja calmando a los alborotadores. Parece que está funcionando. Y Shawn y Marilisa aparecen por allí formando a nuevos voluntarios para que sean agradables.

Todo ha cambiado mucho. No he visto al tipo disfrazado de Parca desde hace mucho tiempo, ahora que lo pienso».

«¿Sabes, Abby, cuando piensas en voluntarios como Marilisa o el señor Orozco, no se te ocurre que a lo mejor tienes más en común con ellos de lo que piensas?».

«Sí, claro. Tenemos una cosa en común: la verja. Pero estamos en lugares opuestos, ¿recuerdas?». Después de todo, pensé, estamos frente a frente en la verja. Pero, cuando veo a Marilisa hablar con las clientas, tengo que admitir que tanto ella como yo compartimos un vínculo en la compasión que sentimos por las mujeres que vienen a nuestra clínica. Por otro lado, había oído rumores de que la Coalición preparaba algún tipo de campaña.

No tenía ni idea de lo que estaba a punto de descubrirse.

* Los Voluntarios de los Peace Corps es una agencia federal de Estados Unidos destinada a la ayuda al desarrollo. Tiene su origen en los años sesenta, cuando el entonces senador John F. Kennedy invitó a los estudiantes de la Universidad de Michigan a que dedicaran dos años de su vida a ayudar a gentes de países en desarrollo: http://www.peacecorps.gov/ (N. del T.).

CAPÍTULO 6
40 DÍAS Y 40 NOCHES

La actitud de los pro vida había ido cambiando gracias a los grandes esfuerzos de David, Shawn y Marilisa y al trabajo entre bambalinas de muchos otros. Yo solo vi lo que ocurría en la verja. No tenía noticia de otras acciones. En agosto de 2004 descubrimos que la dimensión de esos esfuerzos había crecido exponencialmente.

«Abby, ¿sabes quién ha llamado hoy a la puerta de mi casa?», me preguntó un día de ese mes un voluntario de la clínica.

«¿Quién?».

«Shawn Carney».

«¿De verdad? ¿Y qué demonios quería?».

«Eso era lo extraño. Cuando abrí la puerta, nos reconocimos. "Sé quién eres", le dije, y él también sabía quién era yo. Entonces dijo: "Estamos haciendo una campaña muy sencilla. Estamos pidiéndole a la gente que rece para que acaben los abortos"».

«¿Apareció de repente llamando a tu puerta y te pidió que rezaras? ¿Eso es todo? ¿Y qué le dijiste?».

«Le dije: "Eso puedo hacerlo". Me dio las gracias y se dirigió a la siguiente casa. Uno de mis vecinos me dijo que probablemente estuviera yendo de casa en casa por el vecindario».

Más tarde supe que los de la Coalición habían llamado a la puerta de 25.000 casas con esa simple petición. Estaba impresionada. De hecho, cuando me fui a la cama esa noche, yo misma me sentí empujada a rezar por esa intención. Pero suponía un extraño conflicto para mí. Por un lado, debería estar encantada de rezar por el fin del aborto. ¿No quería que descendiera su número? Pero, por otro, no quería que desapareciera del todo para que las mujeres que lo necesitaran pudieran acceder a esta práctica.

¿Qué habría pensado esa noche si yo no hubiera abortado en dos ocasiones? No podía imaginarlo. Por una parte, sería la madre de dos niños de preescolar y estaba claro que no me habría sido posible terminar mi carrera universitaria; desde luego, no si hubiese tenido que trabajar duro para mantenerles y pagar el alquiler y la chica. ¿Qué clase de futuro habría tenido? No. Necesitaba esos abortos, ¿de acuerdo? El aborto es

una opción necesaria.

Pocos días después, el 1 de septiembre, la organización Coalition for Life lanzó su primera campaña «40 Días por la Vida». Ninguno de nosotros, ni los trabajadores de la clínica ni los voluntarios pro vida, podía imaginar lo que Dios desencadenaría a través de esta campaña. A todas horas, día y noche, durante cuarenta días, la Coalición situó un grupo de voluntarios en la verja. Dentro de la clínica, los mirábamos y discutíamos sobre su buena organización. Era claro, no se trataba del grupo desnortado que aparecía en los días que se practicaban abortos. Era bastante evidente que estaban cooperando entre ellos. Sus efectivos aumentaron… ¡un montón! Trabajaban por turnos, con nuevos compañeros que se relevaban con la exactitud de un reloj.

Bastantes se pasaban rezando de pie su hora de guardia. Algunos se aproximaban a la verja, pero cuando se dirigían a las pacientes lo hacían con gentileza y ofreciéndoles información o invitándolas a salir fuera para poder hablar. Ni acusaciones ni gestos feos. Simplemente, una fuerza pacífica, orante. Constantemente nos dirigían palabras amables y nos daban los buenos días a los trabajadores. De hecho, nos estaban matando a base de amabilidad.

Pronto comenzaron a llegar cámaras de televisión. Esto nos preocupaba en extremo porque las mujeres que vienen no quieren que su cara aparezca en las noticias de la noche. Incluso, las que no venían a abortar quizá querían ir al ginecólogo o a buscar asesoramiento sobre natalidad, etc.: todas ellas, cuestiones personales y privadas. Nadie que viene a una cita así desea tener público.

La campaña sentó mal a algunos miembros de la dirección de nuestra clínica y de nuestra central en Houston. Por otra parte, suponía una buena oportunidad para publicitar la posición de Planned Parenthood. El lenguaje del argumentario de la organización se tornó duro, como si estuviéramos secuestrados, al utilizar frases como: «Los activistas antiaborto se concentran en manifestaciones para acosar a nuestros voluntarios y a nuestras clientas». Avisaron a la policía unas cuantas veces, y nos dijeron que el motivo era proteger a los trabajadores y a la dirección.

Una vez que pasaron los primeros días de la campaña y se fueron las cámaras de televisión, intenté averiguar por qué algunos directivos se habían sentido tan amenazados. Tampoco me gustaba la sensación de estar rodeada por una campaña de veinticuatro horas al día, siete días a la semana, pero, después de todo, parecía que ni nos habían disparado ni lanzado bombas. Estaban rezando, por el amor de Dios. ¿Cómo puede indignarnos eso? Pero, dentro de la clínica, la tensión aumentó. Yo era todavía voluntaria a tiempo parcial, así que pensé que esta situación había estresado, de una manera que no pude captar bien, al resto de empleados. Después de todo, cuarenta días y cuarenta noches son proporciones ¡casi bíblicas! Es demasiado tiempo para estar rodeados sin descanso por un buen número de personas que no están de acuerdo contigo.

Eso sí, fueron persistentemente… bueno… simpáticos. Crearon un ambiente que no podría expresar.

A lo largo de esos días, intenté dilucidar los sentimientos encontrados que se habían despertado en mí. Por una parte, como creyente, ¿cómo podía estar en contra de que la gente rezara? De hecho, me gustaría tener la vida interior de algunos de esos voluntarios durante los 40 Días por la Vida. Parecía muy auténtica. Mi propio esfuerzo por rezar había ido desapareciendo paulatinamente. Me decía a mí misma que, en realidad, debía acoger esas oraciones de buen grado. En el trayecto hasta el coche, muchos de los pro vida decían cosas como: «Hoy estoy rezando por ti» o «Espero que tengas un día lleno de paz».

Por otra parte, tengo que admitir que eso me molestaba porque, consecuentemente, implicaba que Dios estaba en su bando, no en el nuestro, y no sabía si retorcerme de inquietud o irritarme por su arrogancia. Yo me consideraba una cristiana pro elección, y conocía a muchos como yo. Estaba ayudando a personas que necesitaban ayuda y, creía, salvando vidas. No me gustaba tener que vivir rodeada de gente que pensaba que yo estaba en el lado del mal. Tras las primeras semanas, ¡me di cuenta de que estaba enfadada! Por la noche me hacía preguntas como: ¿Qué pasa conmigo? ¿Cómo puede molestarme que recen?

Cuando el 10 de octubre de 2004, último día de la campaña de los 40 Días por la Vida, finalmente todo terminó, en la clínica nos sentimos aliviados. Lo irónico era sentirse aliviada por el fin de una campaña de oración. ¿No es extraño?

* * *

A los seis meses de esa primera campaña se sucedieron en mi vida tres experiencias emocionantes. La primera fue que Doug se declaró y yo acepté. Ese mismo mes me ofrecieron un trabajo a tiempo parcial en la clínica de Bryan como asistente del centro de salud: trabajaría directamente con las pacientes en las entrevistas de admisión y orientaría a mujeres que acababan de enterarse de su embarazo. Cuatro semanas después me graduaba en Texas A&M con mi título en Psicología, y mi trabajo en la clínica de Bryan se amplió a tiempo completo.

¡Estaba encantada! Había estudiado Psicología y Orientación, ¡y ahora iba a trabajar en eso! Estaba segura de que yo había nacido para esto. Ahora pasaba cuarenta horas a la semana tratando con pacientes. Les explicaba procedimientos y posibilidades, las confortaba y aconsejaba. Pude comprobar que lo que yo aportaba tenía valor para esas mujeres, y tomé aquello como una bendición de Dios.

Ahora, como orientadora de mujeres con embarazos no deseados, tenía que preguntarles si querían ver una ecografía del feto antes de tomar la última decisión, y me entró la curiosidad. Revisé en secreto mi propia ficha de paciente y vi por primera vez la ecografía del día que comencé mi aborto farmacológico, justo un año antes. A las ocho

semanas, el feto era muy pequeño. Mientras estudiaba la imagen me asaltó un sentimiento de profunda tristeza. Yo creía en lo que me habían enseñado a creer: que la imagen mostraba un feto, no un bebé. Pero, cuando volví a meter la ecografía en la carpeta, me invadió una ola de inesperado remordimiento.

* * *

«Mamá», le dije a mi madre por teléfono un día después del trabajo, «¡no te vas a creer el caso que he tenido esta semana!». Siempre quería contarle algo positivo de mi trabajo en la clínica. «Una mujer vino quejándose de varios problemas físicos. Cuando la examinamos, descubrimos que tenía un cáncer de útero avanzado y la llevamos a urgencias para que le hicieran una histerectomía urgente». Mientras luchábamos por salvarle la vida, se apoderó de mí la sensación de que Dios estaba allí presente. Me sentí privilegiada de poder estar a su lado, confortándola y ayudándola. Y me dije que esa situación justificaba por sí sola la existencia de nuestra clínica y mi trabajo allí.

Otro día vino una mujer que había sido violada y sospechaba que estaba embarazada. Estaba destrozada emocionalmente. Después de confirmar sus temores con una prueba de embarazo, y tras escucharla y consolarla, le presenté las tres opciones para esos casos: la maternidad, darlo en adopción o el aborto. En este caso, después de hablarlo, la mujer decidió dar el niño en adopción. Le puse en contacto con una organización cristiana especializada en adopciones, para que encontraran una familia. Tras aceptar que el niño había sido fruto de una agresión sexual, la familia adoptiva no solo le proporcionaría un hogar maravilloso, sino que extendería ese apoyo y amor a la joven madre. Me sentí contenta de poder dar ese regalo del cielo a esa mujer destrozada, una confirmación más de que Dios me había puesto allí con un propósito: hacer Su obra en medio de un mundo desvencijado.

«Solo sé que estoy aquí por una razón», le dije a Doug. «Estamos para cuidar a nuestros pacientes. Muchos compañeros pensamos de ese modo». Pero tenía que admitir que solo me sentía así cuando la mujer decidía no abortar. Lo encontré extraño, dado que estaba a favor del acceso legal al aborto y que Planned Parenthood debía ofrecerlo. Si no, las mujeres podrían perder la vida o acabar heridas en manos de médicos chapuceros y no cualificados. Si creen que esto suena más a argumentario que a conversación entre amigos, están en lo cierto. Por entonces todavía solía repetir frases del argumentario oficial, intentando convencer a mi madre y a Doug –y a mí misma, de paso– de que la clínica estaba participando en la obra de Dios.

«Abby, sé que te encanta tu trabajo –respondió Doug– pero ¿crees que puedes separar lo que sucede dentro en dos esferas completamente independientes y pretender que el bien que se hace con una mano compense los abortos que se realizan con la otra? Hacer cosas maravillosas no puede compensar el haber puesto fin a las vidas de muchos niños. Tu nómina viene de esos abortos, Abby. ¿Cómo vas a conciliar algo así?».

Yo echaba humo. «No hacemos abortos en gestaciones muy avanzadas, Doug. No ponemos fin a la vida de niños. Eso es desinformación, ¡propaganda de derechas! En los estadios tempranos de gestación, un feto no es viable fuera del vientre materno. Mejor eliminar un mero tejido fetal al comienzo que traer un bebé no deseado al mundo. ¿Puedes imaginar dónde estaría la sociedad si todos los abortos desde Roe contra Wade* no hubiesen tenido lugar? Además, las mujeres tienen el derecho y la responsabilidad de determinar cómo y cuándo quieren tener un niño». Este debate volvió a repetirse en innumerables ocasiones.

Tenía dos compañeros de trabajo muy católicos. Un lunes me dijeron que el día anterior habían escuchado un sermón antiabortista. Me confesaron que se sentían de la misma manera que yo: que eran parte de la obra de Dios, excepto los abortos que se practicaban, y que habían hablado entre ellos sobre cuál podría ser la mejor manera de evitar cualquier contacto con las salas donde se practicaban. Entre ellos se retroalimentaban en esta forma de pensar. De hecho, casi todos mis compañeros trabajaban en la clínica por un deseo sincero de ayudar a las mujeres, y muchos, al igual que yo, no estaban allí por el aborto, sino a pesar de él.

Un día atendí a una mujer que había sido violada. Nuestra sesión de orientación fue desgarradora. Compartía su angustia por el trauma. Después de darle muchas vueltas, ella decidió abortar. Recuerdo cómo lloraba cuando todo terminó. En los meses siguientes, cuando volvía a las revisiones periódicas, hablaba con ella de su recuperación. Después de varios meses, pudo superar el trauma de la violación realmente bien.

«Yo era la víctima. Comprendo totalmente que no tuve la culpa de la violación. Pero –y empezaba a llorar– sigo teniendo pesadillas a causa del aborto. Me siento tan culpable. Sé que dispuse deliberadamente de la vida de mi hijo».

Intenté asegurarle que había tomado una decisión difícil pero comprensible, pero se giró hacia mí y me dijo con absoluta certeza: «Esta es una culpa con la que cargaré el resto de mi vida». No podía ayudarle, sino sentirme también culpable por el papel que pude desempeñar en aquello.

Descubriría con el tiempo que episodios como este no estaban fuera de lo común. He visto a muchas mujeres sufrir la culpa y el dolor emocional, a menudo durante años, provocado por su decisión de abortar. En casos de violación resulta todavía más triste porque añade una herida más, no pequeña, a la que ya se tiene.

* * *

Durante nuestro noviazgo, Doug y yo decidimos atender algún servicio religioso los domingos de manera habitual. No había ido a la iglesia de forma regular desde que me fui a la universidad, y especialmente tras la campaña de los 40 Días por la Vida comencé a tener un trato más intenso con Dios. Después de visitar varias iglesias, encontramos

una que nos gustó. El servicio era moderno y actual, algo novedoso para nosotros, dada nuestra educación tradicional, y los sermones me llegaban verdaderamente al corazón. Estaba emocionada con la idea de volver a formar parte de la Iglesia. Incluso así, Dios parecía distante. Intentaba rezar pero a menudo estaba distraída. A veces, tenía miedo de rezar, de que Dios me dijera que dejara mi trabajo. Y yo no quería dejarlo. Me sentía útil allí.

Los domingos por la mañana me sentía como una inadaptada espiritual, rodeada de gente en permanente contacto con Dios, mientras yo me notaba completamente fuera. Pero quería de verdad formar parte de todo aquello como una cristiana más. Tenía cuidado de evitar conversaciones sobre dónde trabajaba. No solo me avergonzaba mi trabajo, sino que sabía que muchos no entenderían lo que hacía allí. Pero fue imposible evitarlo por completo y con el tiempo se fue corriendo la voz.

No me di cuenta de lo significativa que iba a ser esa revelación.

Después de asistir a esa iglesia durante varios meses, Doug y yo decidimos unirnos a la comunidad. Se lo comunicamos a un miembro de la dirección y la semana siguiente él mismo se acercó a nosotros después del servicio. Cuando me volví para saludarle, pude ver que estaba incómodo y molesto.

«He hablado con el pastor. Me ha dicho que estará encantado de que vengáis a la iglesia pero que no será posible que os unáis a la comunidad».

«Pero ¿por qué no?».

«Porque tú trabajas para Planned Parenthood. Nosotros somos una iglesia pro vida. Creemos en la santidad de la vida humana».

Sentí como si me dieran un puñetazo en el estómago. «¿Me está diciendo que, aunque yo creo en Jesús como mi Salvador, no se me permite unirme a esta iglesia por el lugar donde trabajo?».

«Trabajas en una clínica abortiva, Abby».

Permanecí allí, estupefacta, intentando procesar lo que me acababa de decir.

«Lo siento mucho –dijo él–. Nos encantaría que siguierais viniendo».

Quería protestar, pero todo lo que pude hacer fue contener las lágrimas. Doug notó mi angustia, me cogió de la mano y salimos fuera. Aunque nos encantaba ese sitio, no pudimos volver después de aquello.

Mientras me hacía a la idea de que la iglesia había adoptado una postura pro vida, el dolor por el rechazo se hizo cada vez más profundo. Dado que yo pensaba que estaba haciendo lo correcto ayudando a las mujeres, nunca se me ocurrió que me denegaran la participación en una iglesia por trabajar en la clínica.

Doug y yo discutimos la situación en profundidad y decidimos acudir a otras tradiciones cristianas. Cada semana esperaba que se produjera la conexión con Dios, una sensación profunda de su presencia. Pero la espina del rechazo seguía clavada. La herida

no cicatrizaba y, además, se había apoderado de mí una sensación de temor. ¿Estaba Dios enfadado conmigo? A menudo, haciendo oración en silencio o cantando los himnos, me quedaba paralizada, con miedo de hablarle a Dios desde el corazón. Empecé a luchar con un miedo interior, uno que ni me atrevía a compartir con Doug: ¿Podría ir al infierno a causa de mi trabajo?

Cuando repaso ahora mi historia, no me queda una imagen nítida de lo que hice con esa idea. Recuerdo que la tuve y que me sentí atribulada. Pero no conservo en la memoria los pasos que di para darme una respuesta. No busqué en la Biblia ni pedí consejo a otros creyentes. Como con otras ideas problemáticas, la fui olvidando. Llevaba una vida inconsciente, llena de incoherencias.

* * *

Desde mediados de 2005 a mediados de 2006, la vida transcurrió a toda velocidad. Doug y yo nos casamos. Notifiqué en mi trabajo que planeaba trasladarme a la facultad de Huntsville (a una hora de Bryan) y, como esperaba, me ofrecieron trabajar en la clínica que tenían en Huntsville como asistente sanitaria a tiempo parcial. Encontramos una casa allí y nos instalamos. Trabajaba durante el día y por la noche iba a la facultad. Fue una época mágica, como si nuestros sueños se fueran haciendo realidad. Estaba muy motivada con mi carrera y aspiraba a llegar alto en la organización de Planned Parenthood. El Día del Lobby de 2005 había alimentado mi pasión por esa causa.

En Huntsville, Doug y yo encontramos otra iglesia en la que los sermones eran sugerentes y nos ayudaban a plantearnos nuevos retos. Entre el trabajo y la universidad, nuestra agenda estaba llena, así que no pudimos participar en la iglesia mucho más que los domingos por la mañana, pero disfrutamos mucho formando parte de la comunidad de fieles. Todavía me sentía más lejos de Dios de lo que hubiera deseado, pero poco a poco la medicina del tiempo iba curando la herida del rechazo de la primera iglesia.

Mi trabajo en la clínica de Hunstville conllevaba el tener que intervenir en situaciones de crisis, algo muy enriquecedor y satisfactorio. Como llegué a punto de completar mi máster en Orientación, la posibilidad de tener un futuro a largo plazo en Planned Parenthood era cada vez más atractiva. Viajaba cada semana a la clínica de Bryan los días en que se practicaban abortos para orientar a las pacientes.

Las clínicas de Bryan y Huntsville formaban parte de la misma filial de Planned Parenthood, la de Houston y el Sureste de Texas, que incluía doce clínicas en total. Empecé a prestar atención a las noticias y convocatorias que venían del cuartel general de Houston[5]. Durante este tiempo –probablemente porque no se realizaban abortos en la clínica de Hunstville– mis preocupaciones sobre esta cuestión amainaron. Con la perspectiva que da el tiempo, todavía sigo desconcertada con mi conducta de entonces, dado que cada sábado viajaba a Bryan para ofrecer orientación sobre la decisión de abortar. Pero esa era la verdad.

Doug y yo éramos unos felices recién casados, inmersos en la universidad y el trabajo. Y entonces descubrí que estaba embarazada. Es una increíble ironía que mi carrera se centrara en orientar a mujeres sobre contracepción y que, por tercera vez, me quedara embarazada utilizando anticonceptivos. Doug estaba eufórico. Yo me debatía entre una gran alegría y lo inesperado de la sorpresa. Pero mi sobresalto se tornó pronto en una dicha compartida con él.

Los recuerdos del día en que confirmé que estaba esperando no se encuentran entre los más agradables de mi vida. Sospechando que estaba embarazada, me hice un test en el trabajo y no intenté esconder la noticia. Cuando el test arrojó un resultado afirmativo, se produjo una buena tomadura de pelo. «Si quieres, podemos encargarnos de esto, si no es lo que esperabas», bromeó una compañera. No lo encontré divertido. De hecho, me molestó más de lo que parecía, porque era algo muy íntimo y reservado. Tampoco ayudó el que otros me gastaran bromas similares antes de acabar la jornada de trabajo ese día.

Afortunadamente, compartir la buena noticia con nuestros padres fue el recuerdo más feliz de ese día, lleno de abrazos, lágrimas, risas y gran alegría. Nuestros padres, por supuesto, creyeron que era la primera vez que me quedaba embarazada, una impresión que desde luego yo no aclaré. Pero mi conciencia de este hecho empañó mi felicidad con un vago pesar que intenté dejar a un lado y tratar de olvidar.

El día de mi primera visita al ginecólogo estaba entusiasmada. Mientras rellenaba los primeros impresos llegué a una pregunta sobre cuántos embarazos había tenido hasta ese momento. Recuerdo que quería mentir y escribir que este era mi primer embarazo porque estaba avergonzada. Y entonces me sentí culpable y confusa. Es raro, lo sé, pero típico de la ciclotimia habitual que atravesaba en esos años. Al final escribí la verdad. Era la primera vez que había sido honesta con el historial de mis abortos en un documento médico oficial. Fue una lección de mucho valor para mis conversaciones con las clientas de la clínica al hacer la entrevista de admisión, donde a menudo la vergüenza impide a las pacientes revelar información importante de su historial médico. Me quedé con la idea para más adelante: tener mano izquierda sobre esas preguntas personales y crear un clima cómodo para que les fuera más fácil contar la verdad, incluso aunque las respuestas resultaran embarazosas.

En julio de 2006, cuando llevaba cinco meses de embarazo, recibí una llamada de Cheryl. Había quedado vacante un puesto en la clínica de Bryan, uno que suponía una promoción considerable: directora de extensión comunitaria y educación de salud. Aunque aún iba a clase en Huntsville unas pocas noches a la semana, esa oportunidad era demasiado buena para dejarla pasar. Era un reto que me ofrecía una carrera personal dentro de la organización. Yo sabía que era un puesto que me venía como anillo al dedo pues suponía trabajar en relaciones públicas y con los medios de comunicación, participar en la preparación del Día del Lobby y otras reuniones políticas y poder

conocer de primera mano la opinión de los barrios sobre los servicios que ofrecíamos. Y estaba entusiasmada porque trabajaría otra vez con Cheryl. La respetaba mucho y veía en ella un referente para mi carrera profesional.

Así que acepté el trabajo y volví a Bryan. Doug estaba entusiasmado con encontrar un trabajo en su campo como profesor de educación especial en un instituto. Asumí mi puesto a tiempo completo en la clínica de donde procedía. Por supuesto, nunca me había ido del todo. Ahora, sin embargo, sería directora allí y quería dejar mi impronta.

* Roe vs. Wade, 410 U.S. 113 (1973) es un caso judicial que resultó emblemático en la sustanciación legal del aborto en los Estados Unidos. El litigio, que se inició en Estado de Texas, concluyó con la apelación y la sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos que considera la decisión de abortar parte del derecho a la privacidad, consagrada como derecho fundamental en la Constitución de los EE.UU. (y que, por tanto, la legislación de ningún estado puede modificar); que el aborto es legal hasta el momento en que el feto sea «viable», límite que se colocó en las 20 semanas. Texto completo de la sentencia accesible en http://caselaw.lp.findlaw.com/scripts/getcase.pl?court=us&vol=410&invol=113 (N. del T.).

CAPÍTULO 7
EL CÓDIGO DE CONDUCTA

Cuando volví a la clínica de Bryan, la situación alrededor de la verja parecía haberse vuelto mucho más pacífica que en mi anterior etapa.

A diferencia de mis primeros días de voluntaria, cuando aquel tipo disfrazado de Parca ondeaba su guadaña y podían verse carteles con aquellas crudas frases, el escenario ahora reflejaba la presencia pacífica y orante de los miembros de Coalition for Life. Había costado esfuerzo y perseverancia, pero habían establecido un código de conducta para los pro vida que acudían allí y que todos, con alguna extraña excepción, asumían. Yo respetaba ese gran logro que habían conseguido y pensé que todos –pro vida y pro elección– saldríamos beneficiados. Sabía que David Bereit, Shawn y Marilisa Carney habían liderado aquel esfuerzo. Y por esa razón se habían ganado mi respeto. Todavía pensaba que estaban ideológicamente equivocados, pero respetaba sus buenas intenciones.

Debido al interés que había despertado la campaña de los 40 Días por la Vida a lo largo y ancho de la nación, David se vio obligado a trasladarse a Washington un año antes de mi retorno para asumir una de las direcciones de la organización pro vida a nivel nacional. Marilisa había llegado a ser la directora después de la marcha de David. Cuando fue madre en enero de 2006, justo seis meses antes de mi llegada, Shawn, su marido, asumió el puesto de director. No podía menos que advertir los paralelismos entre mi carrera y la de él, tanto en nuestra historia personal como profesional. Los dos comenzamos como voluntarios, cada uno en un lado de la verja que circunda la clínica de Bryan, con treinta días de diferencia. Él ocupó un puesto remunerado casi al mismo tiempo que yo, y ahora ocupaba el puesto de director unos pocos meses antes de que yo volviera a la clínica de Bryan como directora de extensión comunitaria y educación de salud.

Estaba entonces en mi segundo trimestre de embarazo, un hecho que no pasó desapercibido para los habituales de la verja. «Abby, ¡estás esperando! –me dijo Marilisa cuando nuestros caminos se cruzaron–. ¿Cuándo sales de cuentas?». Aunque estuve yendo a la clínica un día a la semana durante los seis meses anteriores, Marilisa no me

había visto porque estaba en casa con su nuevo bebé.

Cuando la vi, mi corazón se sobresaltó. Marilisa se hizo amiga mía durante mis primeros días como voluntaria. Sabía desde el comienzo que su amabilidad e interés por mí era sincero, y todo lo que experimenté desde entonces reforzó esa percepción. Sabía que había sido madre y, al estar yo esperando, nos proporcionó un vínculo común.

«Hola, Marilisa, me alegro de verte». Me acerqué hasta encontrarme con ella en la entrada de la clínica, donde la puerta estaba abierta. «Daré a luz en noviembre, justo por Acción de Gracias*».

«¡Vaya día de Acción de Gracias vas a tener! No hay regalo más preciado que un hijo». Viniendo de un pro vida, esa frase podía haber sonado a indirecta, pero sabía que su comentario reflejaba claramente su propia alegría como madre.

«Creo que tuviste una niña por Navidad. ¿Qué tal está?».

«¡Muy bien! Deberías ver a Shawn con ella. Ya le coge la mano con sus deditos. Está radiante cuando la lleva en brazos, ¡como si irradiara una luz desde dentro!».

«Puedo imaginarlo. Creo que es el director de la Coalición ahora. ¿Cómo van las cosas? ¿Alguna noticia del tío vestido de Parca?», pregunté socarronamente.

Marilisa sonrió mientras gesticulaba con los ojos. «No, gracias a Dios. La mayoría coopera mucho. Tenemos esporádicamente alguna cara nueva que necesita algunos consejos. Hay un converso que se llama Jim: tiene buenas intenciones pero emplea malos métodos. Ha causado mucha tensión en ambos lados, incluso ha tenido que venir la policía unas cuantas veces. Hemos tratado de razonar con él, pero no creo que podamos controlarlo», dijo mientras sacudía la cabeza.

Me imaginaba que Cheryl me contaría algo de ese Jim y así sucedió. Me dijo que estaba particularmente enfadada porque algunos pro vida habían empezado a hacer fotografías de nuestras clientas más jóvenes y a enviárselas a sus padres. Algunos padres llamaron entonces a la clínica para saber qué estaban haciendo sus hijas aquí y amenazaron con demandarnos.

Cuando le dije que esa táctica no parecía propia de ellos pensó que estaba siendo ingenua. La retórica pro vida está elevando el tono, me avisó, y están llamando a la violencia. Me señaló que había instalado cámaras de vigilancia nuevas que nos daban una perspectiva de 360 grados de lo que ocurría en el acceso, en el aparcamiento, en la verja y en la acera.

Se establecieron otras medidas de seguridad. Al principio, las precauciones me parecieron excesivas, pero tengo que admitir que el movimiento pro vida tenía un sector lunático. Se había identificado a algunos médicos abortistas y se les había acosado, o incluso disparado; a otros les habían destrozado casas y oficinas. Las páginas de internet que apoyaban esos hechos eran alarmantes. Yo no creía que nuestra clínica o nuestros médicos estuvieran en peligro, pero la idea de que alguien tomara fotos de las matrículas

de nuestras clientas era inquietante.

Pensé a veces que Cheryl exageraba la situación. Me pregunté si había tomado esa decisión porque realmente estaba preocupada por nuestra seguridad o solo porque quería aumentar la cohesión entre el personal y los voluntarios haciéndonos creer que estábamos siempre bajo amenaza de ataque. Pero entonces supe por internet que habían atacado una clínica y todos tuvimos una gran sensación de peligro.

Nuestros protocolos de seguridad reforzaron la impresión de que estábamos bajo amenaza. Por ejemplo (aunque esto no era nada nuevo), la mayoría de nuestros médicos llegaban a la clínica con un gran dispositivo. Aparcaban en localizaciones secretas y eran recogidos por personal de Planned Parenthood. Cuando se acercaban a la clínica, se escondían en el asiento trasero con una sábana encima. Al llegar a una entrada privada, por un lateral y casi siempre en el crepúsculo, los médicos entraban corriendo en la clínica con las sábanas sobre su cabeza para que no pudieran ser alcanzados por un francotirador.

No se llegó a esos extremos con todos nuestros médicos. Unos pocos conducían sus propios coches hasta dentro del complejo y caminaban hasta la entrada a la luz del día. Siempre encontré excesivo ese montaje, sobre todo si cualquier persona del planeta podía ir a Bryan, pedir información en los archivos municipales y tener los nombres de nuestros médicos. Pero el dramatismo alimentaba la sensación de asedio y reforzaba la lealtad y el apoyo. No hay nada como la amenaza para consolidar las tropas.

Encontré curioso que aquella paranoia aumentara, incluso aunque la situación en la verja se había tornado considerablemente más pacífica.

* * *

En mi nuevo trabajo me formaron para ser uno de los pocos portavoces para medios de nuestra filial, que comprendía doce clínicas en el sureste de Texas y Louisiana. A nuestra filial nada le parecía más importante que nos preparáramos y nos ciñéramos al argumentario que teníamos para los medios de comunicación. Yo, en cambio, preparé al personal de la clínica con los mensajes que hicimos a partir de las preguntas que nos hacían las clientas. Durante toda mi formación he venido dándome cuenta no solo de la importancia de los eufemismos, sino también de la influencia que había cosechado su jerga en mi propia forma de pensar. Recuerdo un vago sentimiento de haber sido… no engañada, ya que yo creía en la organización… pero sí al menos manipulada al incorporarme de joven.

Por ejemplo, habría sido más exacto referirse a los pro vida de ahí fuera como activistas que rezaban por el fin del aborto a la vez que ofrecían información a las mujeres que estaban a punto de tomar una decisión trascendental en su vida. Sin embargo, ese no fue el mensaje de Planned Parenthood. Nos instruyeron para referirnos a ellos –y pensar sobre ellos– como unos extremistas anti-elección que harían y dirían

cualquier cosa con tal de eliminar los derechos de las mujeres y acosar a nuestras clientas. Ahora que echo la vista atrás, lo encuentro inquietante y veo con qué facilidad adopté y utilicé el argumentario que me pasaron. Pero razoné que no estaba allí para representarme a mí misma. Representaba a Planned Parenthood. Además, como portavoz, afirmaba que nuestra organización se dedicaba a la educación y la salud reproductiva de la mujer y que contaba con gran crédito. Defendíamos los derechos de las mujeres y su libre ejercicio, una causa que yo defendía con orgullo.

Yo todavía creía que esa era la razón de ser de la organización, quizá más que nunca. Estaba encantada de poder volver a la clínica de Bryan y dedicarme con pasión a mi nuevo puesto. Sentía como si la clínica fuera parte de mí.

Mientras tanto, Doug estaba disfrutando de sus primeros meses como profesor y nos preparamos para la llegada del bebé. Los meses pasaban volando.

* * *

El 16 de noviembre de 2006 di a luz a una niña preciosa y llena de vida. La llamamos Grace. El parto fue extremadamente difícil a consecuencia de varias complicaciones médicas. Tuve que guardar cama durante varios días, de manera que me resultaba imposible dar el pecho o incluso generar leche. Había imaginado tanto la experiencia de poder amamantar a mi hija que eso me contrarió un poco. Mientras estuve inmovilizada, mi marido, mi familia y las enfermeras se ocuparon de la niña en todo lo que necesitaba. Se apoderó de mí una sensación de pérdida y fracaso, dejándome más triste y frustrada que alegre. Todos me aseguraban que acabaría remitiendo, pero incluso el día que volvimos a casa con Grace aún albergaba cierta pena en mi corazón. Y me sentía culpable por ese sentimiento. Mi madre vino a acompañarme y agradecí que estuviera cerca de mí.

Hasta ese momento, había trabajado rodeada de mujeres durante cinco años. Creía que comprendía el vínculo que se establece entre las mujeres. Pero iba a iniciarme en un tipo de camaradería, todavía más profunda, que jamás había conocido. La maternidad es una fuerza vital que genera unos vínculos poderosos, y, antes de que me diera cuenta, me vi misteriosamente envuelta en su génesis.

Pocos días después de haber abandonado el hospital, recibí la llamada de una amiga de la clínica. Una de nuestras compañeras había perdido a su hija en un accidente de tráfico. Me cortó la respiración el horror que puede suponer la pérdida de una hija. Me solidaricé con su dolor como nunca antes me había ocurrido.

A los pocos días, cuando acudí con mis amigas de la clínica al cementerio, sentí un vínculo, una especie de hermandad que nunca había conocido. Éramos como una familia, congregadas alrededor de nuestra amiga, que había perdido a su hija, consolándonos unas a otras o ayudándole a sufragar sus gastos. Lloramos juntas y también pudimos acabar sonriendo juntas. Mis compañeras compartieron mi alegría por

ser madre y comprendieron la complejidad de los sentimientos que había experimentado después del parto. Nunca había tenido tal nivel de conexión con mis compañeras de trabajo. La combinación de mi experiencia maternal, el hecho de haber compartido el sufrimiento de otra madre por la muerte de su hija y el sentimiento de compasión que unía a mis compañeras de trabajo penetró muy hondo en mi corazón. Cuando volví a la clínica tras ocho semanas de baja maternal, llevé esos recuerdos conmigo y me sentí aún más vinculada a mi misión allí.

Aun así, sentía una profunda lástima. Esperaba que volver a la iglesia me ayudara en lo que había sido una depresión post-parto. Todavía no habíamos encontrado una desde que volvimos de Huntsville y los dos echábamos de menos asistir a una celebración con otros creyentes. En esta ocasión, acudimos a una iglesia baptista que tenía buena pinta. Evité mencionar dónde trabajaba, esperando que no se repitiese el rechazo que habíamos experimentado pocos años antes. Volver a la iglesia fue muy bueno, pero Dios parecía estar más lejos que nunca, una distancia que yo estaba deseando acortar.

En los meses siguientes, me di cuenta de que no cesaba la profunda tristeza que arrastraba en el corazón. Quizá el aspecto más alarmante era que mi vínculo emocional con Grace no marchaba como debiera. Y me sentía incapaz de cambiar la situación. Lo lógico era que, con mi preparación como terapeuta con un máster en Orientación, tenía que darme cuenta de que esa depresión que iba a más necesitaba atención médica. La lógica, sin embargo, raras veces va aparejada a la depresión. Según yo lo veía, era una terapeuta, no una paciente.

Cuatro personas desempeñaron un papel vital por su apoyo durante esa etapa oscura y me encaminaron hacia la ayuda que necesitaba: Doug, mi madre y dos amigas muy queridas. Una era una buena amiga de la escuela, también terapeuta, que estaba embarazada. La otra era Valerie, mi compañera de trabajo y confidente. Había estado cerca de ella cuando su hijo enfermó gravemente. Ahora, la que estaba cerca de mí era ella. Les costó meses que, finalmente, pidiera ayuda a un médico. Fui afortunada: a los treinta días de tomar un antidepresivo había superado mi depresión y había vuelto a la vida normal. No podía creer que hubiese sufrido tanto tiempo sin necesidad. Y lo más importante fue que mi vínculo con Grace creció rápidamente y se hizo más profundo.

Esta experiencia personal de depresión post-parto, aunque dolorosa, tuvo un valor incalculable para un futuro que no estaba demasiado distante.

* * *

Mis primeras palabras con Shawn Carney, de Coalition for Life, se limitaron a un mero intercambio de saludos a través de la verja durante los primeros años que nos vimos. Pero la primera conversación que puedo recordar por completo ocurrió poco después del nacimiento de Grace. Aquel encuentro me dejó una honda impresión.

Shawn estaba siendo entrevistado en un programa de televisión del canal ETWN que

se llamaba SerHUMANO**, una serie de documentales que cuentan los esfuerzos de personas corrientes para erradicar el aborto. La secuencia que abría el primer programa estaba filmada en la biblioteca de la iglesia donde Doug y yo asistíamos a los servicios religiosos en aquel momento. La mayoría de las iglesias baptistas tienen una fuerte posición contra el aborto, y ahí estaba yo, trabajando para Planned Parenthood mientras iba a una iglesia baptista. Me preocupaba que Shawn supiera que yo iba a esa iglesia y me temía que pudiera comentarlo con nuestro pastor, algo así como: «¿Sabe que tiene a una abortista entre los fieles que asisten a su iglesia?».

Dado lo que ya sabía de él, que yo tuviera ese miedo muestra lo inmersa que estaba en la paranoia general de la organización. Pero también es verdad que, desde que volví a la clínica de Bryan, habían tenido lugar ciertos incidentes muy molestos. Algunos de mis vecinos habían recibido cartas de un individuo en las que se me identificaba por mi nombre y en las que comparaba lo que se hacía en la clínica con los abusos a menores. Esa misma persona había enviado cartas similares señalando a otros miembros del personal y a los médicos que practicaban abortos en nuestras clínicas. Varios sospechábamos que se trataba de Jim, el pro vida al que intentaron convencer en vano para que cambiara sus métodos destructivos por unos más constructivos.

Yo sabía que Shawn era un buen tipo y que nunca haría daño, deliberadamente, a mi reputación. Sin embargo, a causa de esas cartas horribles y el dolor del anterior rechazo, estaba preocupada. Así que un día me acerqué a la verja y le dije a Shawn: «He oído que estás filmando en la iglesia donde voy. Sé que tienes buenas intenciones y que crees que estás haciendo lo correcto. Pero yo soy pro elección. Hay más personas allí que son pro elección, no soy la única. Mi iglesia no tiene ningún problema con mi trabajo, de hecho, tengo un montón de partidarios».

Sé que fue una manera tonta de abordarlo. De hecho no había contado nada de mi trabajo, pero unos pocos sí sabían dónde trabajaba, y las noticias vuelan, aunque tenía mis dudas sobre si el pastor lo sabría.

Shawn sonrió. «Creía que era una iglesia muy pro vida. Pero ya sabes que el que haya unos pocos que estén de acuerdo contigo no significa que esté bien lo que haces. Incluso si todo el mundo estuviera de acuerdo contigo seguiría sin estar bien». Y entonces me prometió que no mencionaría mi nombre y trabajo, ni al pastor ni a nadie. Me sugirió que no hablara tampoco de ello con nadie.

Recuerdo haber pensado, mientras me alejaba: ¿Sabía que iría a hablar con él? Debería haber permanecido callada. Pero parece que no va a decírselo a nadie.

Y cumplió su promesa. De hecho, como descubrí más tarde, tras aquella conversación se quedó preocupado por mí. Conocía mi iglesia lo suficiente para saber que la mayoría de los fieles eran pro vida y temía que, si iba por ahí hablando de mis creencias pro elección, acabarían echándome. Él no tenía ni idea, por supuesto, de que ya

había pasado por una experiencia similar y esperaba no tener que pasar por lo mismo.

* * *

La experiencia de la depresión me recordó cuánto me gustaba la relación directa con los pacientes. Aunque disfrutaba con el puesto de directora de servicios comuni tarios, echaba de menos trabajar directamente con las pacientes. Cheryl debió de notarlo. Ella había sido promocionada a directora regional de servicios médicos y me recomendó que me presentara al puesto de directora de la clínica. Que ella creyera que estaba preparada para ese trabajo fue el empuje definitivo. Así que decidí dar el salto.

«Hola, mamá, tengo buenas noticias. Cheryl me ha propuesto que me presente al puesto de directora de la clínica».

«Abby, ¿has pensado en la posibilidad de que, como directora, tengas que estar a cargo de los abortos de la clínica? ¿No va a ser muy diferente a la orientación que realizabas antes ofreciéndoles diversas opciones?».

Estaba frustrada, en parte con mi madre pero también conmigo, por haber suscitado esta conversación. ¿Cómo esperaba ella que le respondiera? «Mamá, como directora puedo hacer mucho más para reducir las cifras de abortos. Puedo hacer que nuestra clínica sea la mejor de toda la filial, que aumenten los servicios educativos, que se cimente una relación más estrecha con los servicios de adopción y que se ofrezca más información sobre métodos anticonceptivos. Es una gran oportunidad para cambiar las cosas de verdad».

No parecía convencida. «Abby, ¿qué quieres que te diga? Me cuentas lo que te molesta cuando a la gente no le gusta lo que haces. E incluso tienes miedo de decir en la iglesia dónde te ganas la vida. Pero a muchos no les gusta el aborto. A mí no me gusta el aborto. Estoy orgullosa de tus aptitudes, de tu talento, pero no puedo pretender que me guste el trabajo que has elegido».

Aquella noche hablé con Doug: «Si de verdad no debo trabajar en la clínica, voy a rezar para no conseguir el puesto».

Se quedó pensativo. «Ya te has presentado para el puesto, ¿no?».

«Sí».

«¿Así que le estás pidiendo a Dios que te manifieste su voluntad impidiendo que consigas algo que tú misma has puesto en marcha?».

«Bueno, Dios puede hacerlo. Si le pido eso y al final consigo el puesto, sabré que es voluntad suya que yo continúe en la clínica».

Doug no parecía más convencido que mi madre. Pero yo estaba persuadida de que este plan tenía sentido. Quiero que Dios me diga si quiere que me vaya de allí.

«Querido Dios –recé aquella noche–, si no me quieres en Planned Parenthood, por favor no permitas que me hagan directora. Amén».

Al día siguiente me dieron el puesto.

* * *

De una forma algo ingenua, durante varios años había caminado poco a poco hacia la oscuridad alejándome cada vez más de la luz. Reconozco que, si de verdad quería saber la voluntad de Dios, podría haber leído la Biblia y haber dedicado tiempo a la oración. Debería haber buscado el consejo espiritual de mis mayores en vez de esconderles dónde me ganaba la vida.

En vez de eso, hice un trato infantil porque pensé que era lo mejor para mí. Acepté el trabajo y me alegré mucho de que Dios bendijera el giro de mi carrera profesional. En realidad, aquello no fue lo mejor para mí. Porque entonces, tal y como ya me dijo mi madre, la responsabilidad de todo lo que ocurría en la clínica pasaba a descansar sobre mis hombros.

* Thanks giving Day o Día de Acción de Gracias es una celebración tradicional de Estados Unidos que se celebra el cuarto jueves del mes de noviembre (N. del T.).

** being HUMAN en el original. El título del programa juega con la doble acepción de la palabra being, que se puede traducir como ser HUMANO o siendoHUMANO (N. del T.).

CAPÍTULO 8
MI ENEMIGO, MI AMIGO

Me sorprendí de lo segura que me sentía durante mi primera semana como directora de la clínica de Bryan. Quería hacer tantos cambios que no quería desperdiciar ni un solo día. Estaba lista. El primer gran cambio no lo iba a anunciar, sino que iría tomando forma con el tiempo. Estaba decidida a construir una relación positiva y de colaboración con los de la Coalición por la vida.

«He hecho una promesa sobre algo de la clínica», le dije a Doug mientras me vestía para mi primer día como directora.

«¿Una promesa? ¿Sobre qué?».

«Prometo no llamar nunca a la policía, a menos que alguien se ponga violento, por supuesto, o provoque un incendio o rompa algo. Pero, si ocurre algo así, la culpable no será la Coalición como tal, sino algún alborotador descontrolado».

Doug sonrió. «Será todo un cambio. Me parece que hasta ahora siempre se llamaba a la policía con la mínima excusa. Te apuesto lo que quieras a que a la policía no le hace ninguna gracia».

«Probablemente tengas razón; solo los llamaremos en caso de que se produzcan hechos delictivos. Si hay algún problema con los miembros de la Coalición, llamaré a Shawn y lo discutiré con él». Le dije a Doug que quería construir una relación estrecha entre la comunidad y la clínica, y evitar desconfianzas. Nadie guarda una agenda oculta. Ellos creen en la erradicación del aborto y nosotros, en reducir embarazos no deseados y proteger los derechos reproductivos de las mujeres. Había visto su evolución durante todo este tiempo. Estaba convencida de que se preocupaban por las mujeres, igual que nosotros.

«A veces creo que tenemos más cosas en común que diferencias –le dije a Doug–. Solo que nuestras diferencias son tan… en fin… dramáticamente diferentes». Ya estaba pontificando.

«De acuerdo, Abby, veo que quieres cambiar tú sola la naturaleza del debate entre pro vidas y pro elección. Tengo que dar clase a unos alumnos». Me dio un beso y se fue. Terminé de dar algunas indicaciones a la cuidadora de Grace y cogí a mi hija en brazos

durante unos pocos minutos antes de ir al trabajo.

No tuve que esperar mucho para poner en práctica el nuevo planteamiento. Un día, un trabajador me dijo: «Abby, hay otra clienta quejándose de una cámara ahí enfrente».

«¿Es nuestra o de los pro vida?».

«Suya. Me pregunta si van a publicar las fotos, no sea que se descubra que ha estado aquí».

«De acuerdo, hablaré de esto con ellos».

Nosotros teníamos nuestras cámaras colocadas a lo largo de la verja y, durante un tiempo, los próvida también instalaban una cámara sobre un trípode. Según tenía entendido, habían tenido un pleito judicial entre un trabajador de la clínica y uno de ellos y, desde entonces, usaban ese método. A veces, un pro vida nos seguía de cerca con la cámara o la colocaba muy cerca de la cara mientras caminábamos. Varios voluntarios, incluido el propio Shawn, habían intentado acabar con esas tácticas, ya que ese no era su estilo, sino el de unos pocos fanáticos ocasionales. Ese no era el caso hoy. Su cámara descansaba tranquilamente sobre su trípode cerca de la puerta de entrada, por donde entraban los coches.

Me alegré de tener una oportunidad para probar mi nuevo planteamiento en persona, sin policía. Esa era la ocasión.

Miré por la ventana y vi a Shawn. Creo que voy a tener que coger el toro por los cuernos. Salí fuera y me fui hacia él, que estaba de pie, junto a la verja.

«Shawn, algunas clientas se sienten intimidadas por la cámara. ¿Hay alguna manera de ponerla donde no se vea?».

Pareció receptivo. «Lo entiendo. Pero me temo que no es necesario. Solo es para nuestra protección y también para la vuestra por si ocurre algo, así siempre hay una grabación».

Dije que no con la cabeza. «Shawn, no tienes que protegernos. Tenemos nuestras propias cámaras. Mira, ¿puedes moverla al otro lado de la entrada para que esté un poco más apartada? No sería tan visible y nuestras clientas no tendrían miedo de ser identificadas. Ese es su temor. Están preocupadas porque alguien pueda grabarles y que se vea quiénes son».

Shawn negó con la cabeza. «No podemos hacerlo. Necesitamos un buen ángulo de lo que ocurre en la verja. Si hubiera algún problema, necesitamos poder aclararlo todo».

«Esa es una decisión arbitraria que perjudica a muchas de nuestras clientas al venir aquí. Tienen padres, maridos, novios, compañeros de trabajo o amigos que no tienen ni idea de que están embarazadas o que necesitan atención médica o anticonceptivos. Así que lo último de lo que querrían preocuparse es que haya un vídeo con ella entrando en nuestra clínica».

Se me estaba agotando un poco la paciencia. Intentaba llegar a algún tipo de acuerdo

con ellos, mantener las cosas en un tono positivo y conciliador, y me pareció que Shawn no me estaba ayudando.

Cuando quedó claro que no llegaríamos a ninguna parte, me volví a la clínica. Pero al poco tiempo salí otra vez a decirle: «¿Sabes una cosa?». Estaba desconcertado, como si pensara que yo iba a decir algo desagradable. Pero yo solo quería que comprendiera nuestro punto de vista. «Siempre ha habido gente como nosotros, como Planned Parenthood, defendiendo los derechos de las mujeres y los derechos humanos. ¿No ocurrió así en el siglo XIX con el movimiento de emancipación de los esclavos o el movimiento sufragista a comienzos del siglo XX? En la Segunda Guerra Mundial, muchos dieron la cara por la causa judía. Y ahora hay gente, como nosotros, que damos la cara por los derechos reproductivos de las mujeres, igual que el movimiento sufragista lo hizo por el derecho al voto».

Escuchó con respeto y dijo simplemente: «Abby, no tienes que justificar tu trabajo conmigo».

¿Qué? ¿Justificar mi trabajo? «No me estoy justificando», dije. «Solo quiero explicarte…».

«No tienes que explicarme tampoco lo que intentas hacer. Esos dos ejemplos que has mencionado, los esclavos y los judíos, solo pudieron darse porque una parte de la humanidad se había deshumanizado. Todavía se permiten y se siguen aceptando socialmente las injusticias. Y eso es exactamente lo que hace Planned Parenthood con los no nacidos».

No supe qué decir. No es que no supiera darle una respuesta. Podía hacerlo. Pero en lo que dijo había una lógica simple y aplastante. Por uno o dos segundos miré a otro lado para procesar sus palabras.

Volví a mirarle. Shawn me diría, pocos años después, que todavía recuerda cómo me puse con los brazos en jarras y sin tener muy claro qué decir. Dijo que le miraba como si quisiera prenderle fuego, pero todo lo que dije fue: «No vas a convertirme». Y me volví a la clínica.

Shawn dice que, mientras me iba, se estuvo riendo entre dientes, divertido por la forma en que le había desafiado. Pero también empezó a rezar por mí inmediatamente. Pensó que yo no habría dicho nada sobre la conversión, si no estuviera, de alguna manera, considerando tal posibilidad.

Esa no era la forma que tenía planeada para empezar una nueva relación con Coalition for Life.

* * *

Durante las primeras semanas como directora quise incorporar nuevos modos de hacer más positivos. Uno de los primeros fue insistir al personal que estábamos allí para ayudar a las mujeres. Por ejemplo, les recordé que, si nuestro horario es hasta las 16.30

horas, no podemos cerrar la puerta hasta esa hora en punto, aunque eso signifique irse alrededor de las 18.00. «Nuestra organización presta un servicio», decía una y otra vez. De la misma forma, algunos días más tranquilos, miembros del personal se dedicaría a repartir folletos en los bloques de apartamentos, en las lavanderías y en el campus de Texas A&M para dar a conocer nuestros servicios: revisiones anuales, citologías y control de natalidad gratuito. No teníamos dinero para hacer publicidad y los folletos no eran caros.

«Tenemos que reducir los embarazos no deseados –recordaba al personal–. Si una paciente viene para cualquier servicio, tenemos que preguntarle cómo usa los anticonceptivos. Necesitamos ser proactivos en esta causa». Como directora, estaba aprendiendo a analizar nuestros presupuestos y me sorprendí al descubrir que a veces perdíamos dinero con la planificación familiar. Como nuestra clínica practicaba abortos, con los que ganábamos dinero, los resultados económicos eran óptimos. Yo sabía que recibíamos subvenciones de un fondo gubernamental y que las facturas de las revisiones y los anticonceptivos se pagaban parcialmente con ese fondo, pero me encontré con que, a menudo, esos fondos solo cubrían la mitad de los gastos. El otro margen se cargaba a las clientas, pero, si no tenían recursos, la clínica prestaba el servicio gratis. Después de todo, no estábamos aquí para ganar dinero, sino para prestar un servicio a la comunidad. O eso pensaba. Así que, a pesar de las pérdidas, ponía el énfasis en que nuestro objetivo era reducir el número de abortos mediante un número menor de embarazos no deseados, y eso significaba que debíamos promover el uso de anticonceptivos entre nuestras clientas.

También consideraba especialmente importante el consentimiento informado sobre los riesgos médicos de los procedimientos, especialmente en abortos farmacológicos[6]. Confieso que le tenía un poco de manía. Al recordar mi terrible experiencia, quería asegurarme de que nuestro personal orientara adecuadamente de los efectos secundarios de la RU-486, sobre todo con las que habían sobrepasado la sexta o séptima semana de gestación. Muchas mujeres presuponían que, al utilizar el aborto farmacológico, lo controlarían todo mejor y no tendrían que pasar por los riesgos de una anestesia o de una operación quirúrgica. O quizá creían que podrían esconderlo más fácilmente a sus familiares. Después de todo, puede que pensaran que lo peor que les podría ocurrir era una mala menstruación, frente a un período de convalecencia. Pero no era verdad. Muchas mujeres nos llamaban después pensando que se morían a causa de los dolores o porque sangraban de forma intensa. Y yo me preguntaba cuántas mujeres, como yo, nunca llamaron y prefirieron sufrir todo en silencio.

Si una clienta insistía en hacerse un aborto farmacológico, le decía a mi personal que debían advertirles de que podrían pasarlo mal, muy mal. No quería más pacientes sorprendidas. Les contaban el procedimiento si habían pasado de las siete semanas.

Pasado ese límite, fallaban demasiados intentos. Al final, les dije que se aseguraran de que las mujeres aceptaran volver a una revisión obligatoria entre los cuatro y los catorce días posteriores y realizar una ecografía para cerciorarnos de que el útero está vacío. No abandonéis si no vuelven. Seguid llamando. Me preocupaba mucho el número de abortos farmacológicos que habían terminado en un aborto quirúrgico porque el primero no había funcionado por completo.

Un día estaba en el mostrador de recepción cuando entró una chica, que debía de tener unos veintitantos años, con una bolsita que contenía cuatro píldoras.

«Estoy embarazada –me dijo–. Necesito abortar, pero no tengo dinero, así que voy a tomar estas pastillas. Sé que no puedes darme ningún consejo ni nada, pero necesito que me digas cuándo debería ir a urgencias».

«Eh, espera, no puedo dejarte hacer eso –insistí–. No tienes ni idea de lo que te puede pasar. ¿Dónde conseguiste esas píldoras? ¿Cómo sabes lo que son?».

«Son pastillas para abortar. Creo que tengo que tomarme cuatro, pero no puedo decirte dónde las he conseguido. Me hice con ellas porque tengo que abortar y no tengo dinero».

«No quiero tu dinero. Pero hay riesgos, posibles complicaciones… Prefiero hacerte un aborto gratis y asegurarme que acabas sana y salva».

Me llevó un rato, pero finalmente hablé con ella para que fijáramos una cita al cabo de unos días. Estaba de seis semanas y quería un aborto farmacológico, así que se podía hacer. Semana y media después volvió para el seguimiento, pero su ecografía mostraba que seguía embarazada de siete semanas y media. El aborto farmacológico no había funcionado. ¡El feto estaba todavía vivo y seguía creciendo! Con buena actividad cardíaca y aparentemente sano.

«Bueno, a lo mejor es una señal de Dios –dijo–. Quizá debería tener el niño». Su médico se quedó flipado, mientras intentaba explicarle el riesgo de malformaciones, daños y complicaciones que podría tener el feto a consecuencia del aborto fallido con píldoras. Pero nada podía hacer cambiar de idea a esa mujer. Insistió en que aquello era una señal para que tuviera al niño. Se fue y no volvimos a saber de ella nunca más. No tengo ni idea qué fue de ella y del bebé.

* * *

Con mi nueva política de «no llamar a la policía», parecieron disminuir las tensiones entre los trabajadores de la clínica y los pro vida, excepto cuando venía Jim u otros como él. De vez en cuando, él, o alguien con tácticas similares, volvía y los problemas resurgían. Ahora pienso que Jim, como muchos otros extremistas de cada bando, cree que las acciones radicales suponen victorias para ellos. Lo cierto es que lo único que hizo Jim por la causa de la vida fue alimentar la fuerza y la resolución del bando pro elección. Aun siendo partidaria del derecho de la mujer a elegir, detestaba ver cómo esas

acciones reforzaban la causa del aborto, y eso es precisamente lo que consiguieron.

Al final de un día duro en la clínica, me subí al coche y me encontré una nota en el parabrisas. Cuando la abrí, se desató una oleada de rabia, seguida de un sentimiento de aprensión y ansiedad. Era una amenaza de muerte escrita con ordenador que prometía hacerme a mí lo mismo que se hacía a los niños en la clínica. A lo largo de las siguientes semanas, se produjeron dos amenazas más, una enviada por correo a mi casa y otra a la oficina. Una de ellas decía: «Sería muy duro que Grace no tuviera madre». Esta fue la gota que colmó el vaso.

Era un caso para la policía, que a su vez avisó al FBI y a los U.S. Marshals. Enviaron las notas a los laboratorios para averiguar si había huellas dactilares o restos de ADN, pero resultó que no había nada. Fue una experiencia terrible. Planned Parenthood, preocupada por mi seguridad, tenía cámaras y un sistema de seguridad instalado en mi casa.

No mucho después se vio a Jim en la clínica, fotografiando las matrículas de los coches de nuestras clientas. Llamé a la policía. Cuando salí para almorzar y me subí al coche, Elisabeth, una de las de la Coalición, que siempre era muy amable, me saludó a través de la verja. No tenía mucho tiempo. Con ella se encontraba una joven voluntaria que no había visto antes. Supe después que su nombre era Heather. Salí del coche, cerré la puerta y fui hacia la verja. Mi frustración y enfado debían ser evidentes porque escuché a Heather decir, con los ojos abiertos como platos: «Oh, no, ¿qué va a hacer?».

«¿Por qué os juntáis con gente como Jim? –pregunté–. ¿No creéis que perjudica vuestra causa? Sus ridículas locuras hacen que muchos se enfurezcan con todos vosotros. ¡Sacadlo de aquí y que no vuelva! ¡Mancilla todo lo que hacéis!». Me di la vuelta, entré en el coche, cerré la puerta y me fui.

* * *

«Buenos días, Abby. Un maravilloso día, ¿no te parece? ¿No es fantástica la luz del sol?».

«¿Qué tal, señor Orozco? Sí que lo es». Debe de ser miércoles, pensé. ¿Se pierde un solo día mi querido señor Orozco? Desde que llegué en 2001, no recuerdo un solo miércoles o sábado por la mañana que no estuviese allí. Entré en la clínica preparada para un día habitual. Pero no fue de esos.

Como directora, no podía orientar a pacientes salvo en casos especiales. Ese día, sin embargo, un miembro del personal entró en mi oficina. «Hay una mujer que creo que te necesita de verdad. Solo dice que tiene que hablar con alguien. Está profundamente angustiada».

Después de pasar unos minutos con ella, empezó a desvelarme su historia. Me dijo que su hermana la había pillado intentando asfixiar a su propio bebé. Mientras hablaba, los sollozos le hacían temblar todo el cuerpo. Siguió escupiendo su vergüenza, su culpa y

su desesperanza: no sentía ningún afecto por su hijo, y estaba abandonada y desamparada. Reconocí casi cada una de las emociones y los pensamientos que tuve cuando atravesé la depresión post-parto. Mi corazón se rompía por y con su situación, y en ese momento supe que, si había una razón para haber pasado por aquellas tinieblas, era la de poder ayudar a esta mujer, una madre cuya depresión se había agudizado tanto que había empezado a ser un peligro para ella y para su propio hijo.

Cuando al final se tranquilizó, le miré a los ojos. «No hay muchas ocasiones en la vida en que alguien pueda decirnos: "Sé exactamente cómo te sientes". Pero yo te digo que sé muy bien cómo te sientes».

«¿De verdad? ¿También has pasado por esto?», parecía tranquilizarse y relajarse.

«Sí, también. Vamos a ayudarte. No podemos hacerlo solos, pero tienes que confiar en mí. ¿Puedes hacerlo?».

Aceptó. Hice algunas llamadas y la llevé al hospital donde reunimos un equipo de urgencia. Mientras la atendían, hice un informe para los servicios de protección a la infancia. Ya le había dicho que tenía que hacerlo y también que le proporcionaríamos medios, recursos y medicación para poder volver con su hijo y convertirse en una madre fuerte. Esta es una de las historias más importantes de mi vida. Esta mujer se recuperó de su depresión y pudo asumir la maternidad de su hijo. Lo superó. Y yo sabía que, si no hubiese conocido el infierno por el que estaba pasando, me habría horrorizado tanto por el intento de asfixia de su propio hijo que no habría sido capaz de comprenderla, asimilar lo que le ocurría y ayudarla. Ahora me doy cuenta del valor que tuvo aquel tiempo que pasé entre tinieblas, y gracias a Dios pude sacarle alguna utilidad.

* * *

Elizabeth, uno de los rostros amables de la verja, era increíblemente obstinada en sus esfuerzos por hacerse amiga mía. Me di cuenta de que pensaban que podrían convencerme para su causa mediante el trato amable y ofreciéndome su amistad. No me importaba. Creo que ellos se preocupaban de las mujeres que acudían a la clínica, igual que yo, y que habíamos llegado a un punto de mutuo respeto. También pensaba que estaban equivocados, desde luego, pero me parecían bienintencionados y sinceros.

Cuando llegué un día al trabajo, vi a Elizabeth con un ramo de flores. Yo estaba totalmente alucinada. Sabía que eran para mí, pero no podía aceptarlas a través de la verja. ¡Mis compañeros de trabajo creerían que estaba loca! Me atenazaban los nervios pensando que me las daría a la vista de todo el mundo. Como sabía que Elizabeth no iba a irse a ninguna parte, giré a la derecha por una puerta trasera, en vez de hacer el recorrido habitual. Incluso pensé en correr, como si tuviera algo urgente que atender y así no podría hablarme.

Pero me llamó. Oí que me decía que tenía unas flores para mí. Corrí hacia la puerta, como si no la oyera. Me sentí mal. No éramos amigas, pero me parecía como si la

hubiera traicionado. Fue un sentimiento extraño. Recuerdo que fui a mi despacho y miré por la ventana. Parecía muy triste y desilusionada. Al cabo de media hora, dejó las flores justo en medio de la entrada. ¡No podía creerlo! Esperaba que se las quedara, pero ahora estaban allí.

No quería ir corriendo a por ellas, así que me inventé una excusa: tenía que ir a vaciar la papelera. De camino, recogí corriendo las flores, unas lilas preciosas. Dentro había una nota manuscrita: El Señor ha hecho grandes cosas por nosotros y estaremos llenos de ALEGRÍA. Salmo 126:3. ¡Rezo por ti, Abby! Me imaginé a Elizabeth escogiendo las flores y escribiendo la nota. Las llevé dentro, las puse en agua y las dejé en la sala de descanso durante una semana. Me llevé la nota al despacho y la metí en el tarjetero que tenía sobre la mesa donde guardaba varias más y algunos artículos para leer.

Fuera yo un «objetivo» o no, me tomé el regalo de Elizabeth como un acto genuino de amistad. No tenía ni idea de cómo su amabilidad y sus oraciones llegarían un día a servir para un objetivo mucho más importante que alegrarme el día.

* * *

En septiembre de 2007 se organizó otra campaña de 40 Días por la Vida. Para entonces ya nos habíamos acostumbrado a ellas. Los de la Coalición por la Vida organizaban una cada otoño y cada primavera. Pero ese otoño mostraban una sonrisa radiante. ¿La razón? David Bereit acababa de lanzar la misma campaña simultáneamente en ochenta y nueve ciudades de todo el país.

Desde Bryan no imaginaba que sus resultados fueran tan buenos. Elizabeth me los contó un día que salía a almorzar. «¿Has oído que hemos sobrepasado nuestro objetivo de ciudades participantes?», me preguntó. Teníamos mucho público, todos los que rezaban al otro lado de la verja. La campaña estaba en plena ebullición.

«¿Cuántas?», pregunté.

«Estimábamos unas veinte. ¡Y tenemos ochenta y nueve ciudades, Abby! ¡Y este es solo nuestro primer año de convocatoria nacional! Estamos formando a los diversos responsables para tratar con los medios de comunicación y para que se hagan amigos de los trabajadores de las clínicas y que no los vean como enemigos». Se detuvo un momento al pensar cómo me habría tomado eso.

Me reí estentóreamente. «Bueno, ¡tú podrías enseñarles muy bien! ¿Míranos, no te parece?». ¿Cómo iba a estar preocupada por eso? Me gustaba que fuera algo así como «mi amiga del otro lado de la verja». De hecho, alguna vez me habría tomado un café con ella, pero creo que mis compañeros no lo entenderían.

Ni Elizabeth ni yo teníamos idea de la victoria que ella iba a conseguir en breve; no una nueva amiga, sino dos vidas salvadas.

Una chica joven vino a la clínica esa semana, pidiendo una prueba de embarazo.

Pero, antes de entrar por la puerta principal, Elizabeth captó su atención desde la verja. Hablaron un rato y la chica entró. Su prueba dio positivo y eligió abortar. Pasó a la parte de atrás para hacerse una ecografía.

«¡Gemelos, gemelos!». Yo estaba en el vestíbulo, camino de la sala de exploraciones, cuando oí la exclamación de la chica. «¿Voy a tener gemelos? No puedo creerlo. ¡No puedo abortar gemelos!».

Esto era habitual. Tengo la experiencia de que, cuando una mujer descubre que va a tener gemelos, muchas veces decide no abortar. Es fascinante cómo dos corazoncitos, más que uno, hacen que la vida humana parezca todavía más real.

Se vistió en nada de tiempo. «¡Tengo que decírselo a esa chica de la verja! No se lo va a creer. Ella me dijo que iba a rezar por mí. Espero que todavía siga ahí».

Seguía, desde luego. Elizabeth había estado esperando, con los ojos pegados a la entrada, preguntándose si la prueba de embarazo había sido positiva y, en ese caso, esperaba haberle persuadido de no abortar. La chica salió de la clínica y, literalmente, se fue corriendo hacia Elizabeth y la abrazó. «¡Tengo gemelos!», gritaba. La gente de la verja comenzó a aplaudir y a gritar: «¡Alabado sea Dios!». Aquello se convirtió en una fiesta. Alguien sacó una cámara y la chica y Elizabeth posaron juntas delante de la clínica. Resultó que la chica era de otra ciudad, donde su padre era pastor. Decidió contarles a sus padres lo que había ocurrido. Supe más tarde, a través de los de Coalition for Life, que antes de dar a luz decidió dar sus gemelos en adopción, y ella y sus padres crearon una estrecha relación con la nueva familia adoptiva.

Sé cuánto significa para los de la Coalición que este acontecimiento ocurriera durante la campaña de los 40 Días por la Vida. Yo también lo celebré, porque, después de todo, creía que la adopción es una fantástica opción, mi preferida frente al aborto. Lo vi como una victoria de la causa en la que creía: reducir el número de abortos.

Con tantos rezando alrededor durante esa campaña, no podía sino preguntarme cómo veían ellos lo que estaba ocurriendo a este lado de la verja.

CAPÍTULO 9
DIFERENCIAS IRRECONCILIABLES

Era una mujer diminuta, tan pequeña que me preguntaba si no usaría una talla 30. No creo haber visto un abdomen tan musculado como aquel. Habíamos programado un aborto con ella, así que el médico empezó con el examen rutinario. Ahí fue cuando me llamó.

«Estaba examinándola, Abby, y me he quedado impresionado».

«Le he visto entrar. No se le nota nada. ¿De cuánto puede estar para que te haya causado esa impresión?».

«Por eso te he llamado. Quiero que me ayudes con la ecografía».

Y es que esa minúscula chica no solo estaba embarazada, sino que además ¡lo estaba de treinta y seis semanas completas! Estábamos asombrados, pero nadie más que ella. Decía que no tenía ni idea. Pensaba que solo estaba de siete semanas y, a juzgar por su tamaño, habría sido una suposición razonable. Sin embargo, le explicamos que no se podía hacer el aborto; llamamos a una agencia de adopciones, de orientación cristiana, con quienes ya había contactado antes. Eran fantásticos. Esta historia tuvo un final feliz. Cuando dio a luz, el bebé fue a parar a los brazos de otra familia que había estado esperando muchos años para tener un niño.

Habría deseado el mismo final feliz para todos los embarazos tan avanzados que nos encontramos, pero tristemente no ocurrió así; y fueron para mí los casos más dolorosos.

La primera vez que me encontré a una mujer en avanzado estado de gestación solicitando un aborto me estremecí. También era de pequeña estatura, pero con un vientre grande, de embarazada. Parecía que iba a dar a luz de un momento a otro. Yo estaba en el mostrador de recepción cuando entró.

«Me gustaría concertar una cita para un aborto, por favor».

Reaccioné con lentitud. Su tono de voz era tan despreocupado como si estuviera pidiendo un Big Mac. La conduje hacia la parte de atrás donde pudiéramos hablar en privado y le pedí que me contara por qué había venido.

«Acabo de enterarme de que estoy embarazada y quiero quitármelo. Siento como si tuviera un alienígena dentro de mí». Estaba tan desconcertada que no podía decir nada. La escuché durante un tiempo y le hice algunas preguntas para intentar tener una versión lo más real posible. Aunque me chocó mucho su visión de las cosas, parecía plenamente consciente de todo. Por alguna razón, parecía no haberse dado cuenta de que estaba embarazada hasta que, desde hacía poco tiempo, y daba igual de cuánto estuviera, quería abortar ese niño.

Se habrán dado cuenta de que he utilizado la palabra niño, no feto. Si había algo inamovible en mi opinión sobre el aborto es lo siguiente: estaba completamente en contra de los abortos en avanzado estado de gestación, cuando el niño es viable fuera del vientre materno. Ese punto ha sido irrenunciable para mí desde el comienzo. Hoy en día, un niño se considera viable entre las veintiuna y las veinticuatro semanas. En la clínica de Bryan hacíamos abortos hasta las catorce semanas, y, de igual modo, en la de Houston se hacían hasta las dieciséis. Una ecografía reveló que el niño de esta mujer estaba de veintitrés semanas. Le expliqué que, en ese caso, el aborto no era una opción en Planned Parenthood.

Aquello no frustró sus planes. «Entonces, ¿dónde puedo ir para que me quiten esto?».

Me encontré en una situación insostenible. En estos casos, enviábamos a la clienta a otra clínica

donde hacían abortos en avanzado estado de gestación. Sabía que tenía que darle esa información, pero no quería. El niño era viable fuera del vientre –la línea crítica que yo me había marcado– y quería encontrar una manera de planteárselo y esperar que lo reconsiderara. Así que, primero, le hablé de lo bien que había funcionado la adopción con multitud de familias. Le conté el proceso y las agencias con las que trabajábamos. Tenía claro que no le interesaba. Finalmente, le describí cómo era la intervención médica en este tipo de abortos con todo lujo de detalles, para que viera lo horrible del procedimiento, pero ni se inmutó.

«Sí, ya sé cómo se hace. No me importa. Solo quiero que me practiquen este aborto».

«¿Comprendes –continué– que con veintitrés semanas de gestación el niño que llevas podría vivir fuera de tu vientre?».

«Supongo que igual, ¿no? Seis semanas que veintitrés, es todo lo mismo».

Pero no lo es, quería decirle. No es lo mismo en absoluto. ¡Eso es ya un niño! Pero todo lo que pude hacer fue darle aquella información.

Esa noche despotriqué con Doug de todo ese episodio. «¡No puedo creerme lo tranquila que estaba! Me ponía enferma. ¿Cómo puede decir que es igual un embarazo de seis semanas que uno de veintitrés? ¡Es absurdo!».

No podía haberle dado a Doug una oportunidad mejor para desafiar mi forma de pensar, ¡y lo hizo! Él y yo discutimos largamente aquella noche. Doug intentaba que abriera los ojos al hecho de que una vida humana, tenga seis semanas o las que sea, tiene la misma dignidad que el niño de veintitrés que ahora quería proteger. Por otra parte, estaba indignado por mezclarme con quienes hacían este tipo de abortos, en gestaciones avanzadas, como si nuestro trabajo en la clínica pudiera compararse al suyo.

Pero yo no iba a cambiar de opinión. Ni tampoco dejé que cundiera en mí la sensación de haber sido corresponsable de la decisión que ella había tomado.

Si mi respuesta a ese aborto en avanzado estado de gestación no evidencia suficientemente la profunda inconsistencia en la que vivía entonces, la relación que tuve con el doctor George Tiller puede ser aún más esclarecedora. El doctor Tiller es un conocido abortista de Wichita, Kansas. Me reuní con él varias veces en las jornadas de la Federación Nacional del Aborto y me gustó mucho. Lo encontré cálido, afectuoso y muy amable. Charlé con él varias veces y disfruté mucho de su compañía. Esos días le vi saludar y abrazar a sus amigos, prestar atención a todo lo que le decían y ofrecer apoyo y ánimo.

Pero él era muy conocido por practicar abortos en avanzado estado de gestación. Le veía relacionarse con otras personas y me preguntaba cómo ese hombre tan amable, tan buena persona, puede matar a un bebé de veinticuatro semanas. Él era abuelo. ¿Cómo puede defender una intervención tan horrible y justificarla? Eso me tenía confundida.

Mientras revisito estos recuerdos en esta etapa de mi viaje, me desconcierta el que me preguntara cómo podía justificarse el doctor Tiller, cuando yo no sentía ninguna necesidad de justificarme por trabajar en una clínica abortiva, a la vez que me decía a mí misma que era la campeona en la reducción de abortos. Recuerdo la frustración y la rabia que me provocó aquella mujer que decidió abortar con veinticuatro semanas –una decisión que aborrecía porque su niño era viable– y cómo hablaba a la vez, tranquilamente, con un hombre que había realizado esa intervención en innumerables ocasiones. De alguna forma, había sido capaz de mantener ambas posiciones sin necesidad de conciliarlas.

El autoengaño es una fuerza poderosa.

* * *

Y también lo es la confesión.

A principios de 2008, Doug y yo empezamos a asistir a una iglesia episcopaliana. Estaba cansada de seguir evitando conversaciones sobre mi trabajo en la iglesia baptista a la que asistíamos y, en lo que a mí respecta, todavía duraba el sempiterno intento de comunicación con Dios. De hecho, me parecía que la distancia entre nosotros estaba creciendo. Supe después que esa iglesia episcopaliana era pro elección y recibí con agrado la idea de no tener que volver a esconder mi profesión durante los domingos por la mañana. Doug y yo, que nunca habíamos formado parte de una iglesia litúrgica[*], estábamos intrigados con lo que podía depararnos la belleza de las celebraciones.

Desde nuestra primera visita me conmovió bastante recitar la oración de la confesión de los pecados. «Dios misericordioso, he pecado contra ti de pensamiento, palabra y omisión», decíamos, a lo que

seguía un momento de silencio. Solo había un problema. Cada semana, cuando acudíamos al servicio religioso, tenía un conflicto interno. Yo quería pedir perdón por la parte de responsabilidad que me correspondía de los abortos, pero a la vez los defendía.

La lucha interna que había intentado evitar durante años se había intensificado desde que fui nombrada directora de la clínica. Y ahora, lejos de pasar por encima en la confesión pública de mis pecados, quería tomármelo en serio. Me daba cuenta de que cada vez estaba más cerca de Dios, y quería estarlo, aunque me trastocaba la inquietud y el miedo de que Dios desaprobara mi trabajo. Semana tras semana se reproducía ese conflicto interior: por un lado creía que estaba de parte de Dios ayudando a las mujeres y, por otro, tenía miedo de descubrir que Dios quisiera que dejara una carrera profesional que me gustaba, una carrera que yo veía como una forma de hacer el bien en el mundo.

Recuerdo una noche de 2008 cuando me sorprendí manteniendo ese debate conmigo misma. Nuestra filial contrató a una directora de seguridad que mantenía informadas a todas las clínicas de las amenazas de seguridad que podían producirse en Texas, de los asuntos de seguridad de las clínicas a nivel nacional, de eventos pro vida y cosas así. Consiguió que le incluyeran en la lista de correo de Coalition for Life y siempre nos reenviaba la información a Cheryl y a mí.

Esa noche en particular estaba revisando mi correo electrónico en casa. Doug y yo estábamos sentados cada uno en nuestro ordenador. Abrí un boletín de noticias y me quedé descolocada. Habían organizado su banquete anual de primavera. No podía creerlo. No solo llenaron las 1.500 sillas, sino que hubo quienes no pudieron entrar. Según ese boletín, recaudaron 300.000 dólares esa noche.

«Doug, ¿te lo puedes creer? ¡Mil quinientas personas! Y en febrero pasado me costó llegar a los doscientos para nuestro banquete de patrocinadores y donantes. Cuando solicité a la dirección de nuestra filial que me dejaran repetirlo este año, rechazaron volver a financiarlo».

«Es un buen resultado, sin duda», respondió sin levantar la vista de su ordenador.

Me sobrevoló un pensamiento inquietante y no pude menos que comentarlo. «Doug, ¿crees que esas, más o menos, 1.500 personas pueden estar todas equivocadas?».

Doug me miró y sonrió. «Probablemente no en eso. No parece». Y volvió a su trabajo. Se me pusieron los pelos de punta al pensar que la sociedad pudiera estar acercándose más a los postulados de Coalition for Life y distanciándose de los de Planned Parenthood. No era una buena sensación.

* * *

A pesar de estas rachas de remordimientos de conciencia, había un constante fluir de mujeres que venían a la clínica en busca de ayuda y asistencia. Yo estaba orgullosa de trabajar con un equipo que se preocupaba por ellas. Quería hacer todo lo posible para mejorar nuestros servicios. Me enteré de que, no muy lejos, había un centro de atención para mujeres violadas y decidí asistir a una de sus sesiones de formación. Estaba impresionada por cómo orientaban a las mujeres que se habían quedado embarazadas después de una violación, así que invité a una de sus formadoras a venir a nuestra clínica para enseñarnos.

Cerramos la clínica durante medio día y la formadora nos aleccionó para poder comprender las necesidades de las mujeres maltratadas de esa manera. Era una gran defensora de la adopción y hablamos de cómo, en la mayoría de las ocasiones, la entrega del niño a una familia que desea tenerlo supone un consuelo para las mujeres violadas. Particularmente, yo me quedé con aquel consejo por algunas de las mujeres que había atendido. Cuando la jornada terminó, pensé que con esa sesión había contribuido de forma importante y duradera a la imagen de la clínica en nuestra comunidad.

Tenía dos compañeras de trabajo con las que mi relación se estaba convirtiendo en una estrecha amistad a pasos agigantados. Una era Megan. Era enfermera profesional y constantemente demostraba su humanidad y amabilidad con las clientas. Empezamos almorzando juntas y pronto nos hicimos íntimas amigas. La otra era Taylor, una adolescente, un poco tímida, que pronto encontró en mí una especie de madre que intentaba fortalecer su confianza. No tenía más que agradecimientos por lo que Cheryl había hecho para prepararme y estimularme en mi trabajo, y quería seguir sus pasos y aconsejar a otros de la misma forma.

Como me encantaba mi trabajo, sentía un gran aprecio por mi equipo y confiaba en que nos movían unos buenos objetivos, un buen día tomé la decisión de dar una mejor apariencia externa al edificio. No había olvidado que el primer día que llegué como voluntaria, la verja me había recordado a una prisión.

Así que un día aparecí en la oficina con instrumentos de jardinería y planté flores a lo largo de ella. Les debió de gustar a los voluntarios de Coalición por la Vida y durante las siguientes semanas unos cuantos nos felicitaron.

Un día, mientras plantaba flores, oí por casualidad a uno de los voluntarios que había llegado a ser uno de los fijos. Su nombre era Bobby.

«Esa es Abby», le escuché explicar tranquilamente a uno de los nuevos. «Yo le llamo "la motivadora". Es la directora de la clínica, pero te darás cuenta de que es sin cera y se preocupa de todo el mundo. He visto cómo ofrecía sombrillas a sus voluntarios para que se resguardaran del sol y se aseguraba de que todo el mundo bebiera agua en los días calurosos. Y también suele ser amable con nosotros. Pero ¡no te cruces con ella!». No pude sino sonreír.

Pronto Bobby llegó a ser uno de nuestros preferidos, especialmente por nuestros voluntarios, a los que habíamos reclutado recientemente. Podía entablar conversación con cualquiera y, tan pronto llegaba a la verja y veía a algunos de nuestros voluntarios, ya estaba charlando con él. Tiene uno de esos rostros sinceros con los que siempre te sientes bienvenido.

* * *

«Dios mío», oí exclamar a una compañera de trabajo. Estaba frente a una de las ventanas que daba a la verja.

«¿Qué pasa?», le pregunté.

«Una monja. Hay una monja con hábito en la entrada».

Fui hacia la ventana y pronto nos arremolinamos varios, con la boca abierta. Aquel día, la temperatura se acercaba a los treinta y ocho grados y, a pleno sol, había una monja vestida con un hábito marrón pesado y oscuro que le llegaba hasta el suelo. La cabeza y el cabello estaban cubiertos por completo, así que solo se le veía la cara, levantada hacia el cielo, con los ojos cerrados. Claramente estaba rezando. Lo crean o no, nunca había visto una monja con hábito, al menos en persona. No pude sino pensar en la reverenda madre de la película Sonrisas y lágrimas, aunque esta monja era, desde luego, mucho más joven, probablemente sobre los cuarenta años.

«Su cara parece tan dulce –dijo una de las trabajadoras de la clínica– pero siente angustia».

Se hizo un silencio desasosegante. Una de nuestras clientas, que justo acababa de tener un aborto, estaba siendo acompañada al coche por una de las voluntarias. Fijamos nuestra mirada en la monja, que se movió desde el centro de la entrada a uno de los lados, con los ojos fijos en la mujer, para que pudiera salir con el coche. Entonces, empezó a llorar. Cayó de rodillas y sollozó con tal amargura, tanto dolor, que pensé para mí: Ella siente algo más profundo de lo que yo he sentido jamás. Su dolor es honesto. Saber que esa mujer ha abortado es una aflicción real para ella. Me invadió una sensación de lástima. Intenté sacudírmela pero no podía pasar por alto que una monja llorara por lo que estaba pasando dentro de mi clínica.

Durante un rato, nos sumimos en el silencio. Varios miembros del equipo de la clínica eran católicos, pero incluso quienes no compartíamos esa fe acabamos sintiéndonos avergonzados y apenados. Intentamos volver al trabajo, pero cada pocos minutos alguien miraba por la ventana e informaba del estado de la hermana, algo del estilo: «Todavía está llorando». O: «Mira, uno de los pro vida la está consolando ahora». Era desesperante saber que estaba ahí fuera.

Durante los meses siguientes supimos que su nombre era Hermana Marie Bernadette. Llegaba a la verja, semana tras semana, en los días en los que se practicaban abortos. Uno de los miembros del equipo, que a menudo bromeaba con que era un «católico recuperado», se quejó un día a la hora del almuerzo. Había quedado para comer fuera pero dijo que no había manera de salir del edificio porque no quería que la monja le viera.

Lo cierto es que la presencia, simple y religiosa, de la hermana nos molestó a la mayoría, católicos y ex católicos, protestantes y agnósticos, como si ella representara, de algún modo, nuestras conciencias. La hermana era menuda, jovial, llena de vida. Tenía una sonrisa radiante, aunque durante esos meses continuamos viendo cómo se afligía profundamente por los abortos. ¿Cuántas personas más lloran fuera de aquí por el trabajo que estoy haciendo?, me interrogaba. Aquella pregunta no me gustaba nada.

Con el tiempo encontramos formas de desdramatizar el «poder» de la Hermana Marie Bernadette,

que hacía que no quisiéramos salir de la clínica cuando estaba allí. Era muy misterioso; parecía como si su presencia invadiera toda la clínica durante el tiempo que permanecía en la verja.

Su sola presencia me recordaba la oración de la confesión.

* Se trata de iglesias con una liturgia bastante estricta, que ordinariamente tiene como origen una tradición de siglos. Podemos considerar como iglesias litúrgicas la Iglesia Católica, la Luterana, la Episcopaliana y las Ortodoxas del Este (N. del T.).

CAPÍTULO 10
EL HURACÁN

Esta etapa de mi vida empezó con un huracán. Quizá debería haberlo visto como una señal.

Desde el otoño de 2008 cada vez asumía más retos, tanto dentro como fuera de la clínica. Además, mi situación en el movimiento por el que había trabajado tan duro cambió en una nueva dirección de la noche a la mañana.

Todos recuerdan el huracán Katrina, que arrasó inu sitada Nueva Orleans y la costa del golfo de Alabama en 2005, y el huracán Rita, que devastaría Houston algún tiempo después. Excepto para los que vivimos el huracán Ike, muy pocos recuerdan ese huracán que en septiembre de 2008 golpeó la costa caribeña, la de Texas y Louisiana, a pesar de que fue el tercero más destructivo de la historia de Estados Unidos. Mató a cuarenta y ocho personas en los Estados Unidos: otros veintitrés siguen desaparecidos.

Afortunadamente, la zona de Bryan/College Station se encontraba lo bastante lejos de su trayectoria como para que no llegara lo peor de la tormenta, pero fueron las peores condiciones atmosféricas que muchos habíamos vivido nunca. Al aproximarse el huracán, no nos sorprendió que casi todos los directivos prefirieran que la clínica estuviera cerrada hasta que pasara la tormenta. Como directora de la clínica, yo hablaba con Cheryl, que era nuestra directora regional, quien, como todos los demás, me instó a que no abriera la clínica.

Yo entendía las razones que me dio para querer cerrarla. Todavía no sabíamos cómo iba a afectar el huracán, aunque estuviéramos lejos, hacia el interior, y, si decidíamos abrirla, tanto las clientas como el personal y los médicos se verían en la obligación de asumir riesgos personales: podía haber inundaciones, árboles caídos, accidentes de automóvil, etc. Pero había otra circunstancia que chocaba con esa decisión de seguridad. Solo se practicaban abortos los sábados cada quince días. Si cerraba la clínica, perdíamos uno de esos sábados y las mujeres que habían estado esperando hasta ese momento debían hacerlo al menos durante dos semanas más. Me preocupaba que ese retraso pudiera poner en peligro su salud, porque la tardanza en practicar un aborto implica riesgos. No solo eso, sino que desde mi experiencia sabía lo desgarradoramente

difícil que podía ser para ellas tener que posponer la intervención.

Cheryl estuvo de acuerdo conmigo en que era un contratiempo, pero dijo que había que cerrar la clínica de todas formas.

Llegados a ese punto, hice una campaña personal para mantenerla abierta. Hay que entender que, hasta ese momento, mi relación con la clínica era ya algo personal. Yo era la clínica y la clínica era yo. Me tomaba los éxitos y los fracasos de forma personal y mi autoestima dependía mucho de la suerte que corriera. Cogí el teléfono y hablé con el personal y con los médicos visitantes.

Puedo ser testaruda, pero no iba a poner a mi equipo en peligro. Sabía que, si el tiempo empeoraba mucho, no se podía abrir la clínica. Y lo peor de la tormenta se esperaba para el sábado, 13 de septiembre. La dirección de nuestra filial me dijo que no podía abrir la clínica ese sábado. Así que quedé con el médico en que viniera el viernes. Mi asistente y yo llamamos a todas las pacientes citadas para el sábado y las pasamos al viernes. Todas las clínicas de Planned Parenthood en la ruta del huracán cerraron ese viernes, excepto nosotros.

El tiempo era muy raro ese día, como suele suceder cuando se acerca un huracán. Aparentemente tranquilo, pero gris e inquietante. Hacía calor pero de repente venía una extraña ola de frío, y dijimos: «Ya viene. Hay que llevar a estas mujeres a casa». Pero, cuando terminamos, el huracán todavía no había llegado. Ese día todo el mundo pudo irse a casa con fundadas expectativas de llegar sin problema.

Y el sábado, por supuesto, hizo un tiempo terrorífico: árboles caídos, carreteras cortadas, cortes de electricidad, inundaciones, vientos huracanados. No había forma de abrir ese día.

Un mes después, nuestro director a nivel estatal envió un comunicado donde celebraba que, en medio del huracán, nuestras clínicas estuvieran abiertas para prestar sus servicios a las mujeres. Por supuesto, solo una estuvo abierta en el área afectada por la tormenta: ¡la mía! Cuando pasó el huracán Ike, yo aún abrazaba por completo la causa pro elección. Veía como míos los objetivos de Planned Parenthood: ayudar a las mujeres en situaciones de crisis. Eso había llegado a ser una preocupación primordial para mí. No dudaba en arriesgar lo que fuera necesario para hacer lo que creía que era mejor para las clientas.

Un par de meses después, los directores de las clínicas nos reunimos por primera vez tras el huracán en Houston y hablamos sobre los daños que había producido. Fuimos testigos de la destrucción que había provocado la tormenta mientras nos dirigíamos en coche a la reunión, porque Houston había sido considerablemente devastada. Había graves inundaciones y muchas casas tenían las ventanas rotas y los techos destrozados. Varias áreas de Houston se quedaron sin electricidad después del huracán y las tiendas de comestibles permanecieron vacías durante semanas, no tanto porque se habían

vaciado a causa de los acaparadores, sino porque a los camiones de suministro no les era posible llegar.

La sala de reuniones estaba en la primera planta de una clínica de Houston, un edificio muy grande, con las oficinas de administración en la planta de abajo y la clínica, encima. La sala era normalita; habían juntado unas cuantas mesas para formar un rectángulo donde cabíamos unos cincuenta. Bárbara, la consejera delegada, había traído dulces de Navidad. Ella y otros miembros de la organización, vicepresidentes y directores, se sentaron en la presidencia, mientras el resto, que procedíamos de las clínicas afiliadas, ocupamos el resto del rectángulo. Nuestra filial tenía doce clínicas: diez de ellas en Texas y otras dos en Louisiana.

La reunión comenzó con una breve charla, en su mayor parte sobre el huracán: la devastación de numerosos hogares, qué áreas habían resultado destrozadas, qué clínicas habían quedado dañadas y todo eso. Nos comimos los dulces de Bárbara mientras hablábamos. Generalmente, en estas reuniones no se dedicaba mucho tiempo a los números, así que esperábamos que en esta ocurriera igual. Pero, a mitad de reunión, Bárbara anunció que tenía malas noticias. Levantó la pantalla de proyección, que estaba bajada, y descubrió una pizarra blanca donde había escrito unos números en columna. Creedme si os digo que el resultado de esa columna no era muy bueno.

El comportamiento de Bárbara (al margen de los dulces) fue de inquietud durante toda la reunión y, cuando llegó ese momento, parecía más enfadada que seria. Las malas noticias que reflejaba la pizarra blanca se referían a los costes asociados con el huracán, pero otras tenían que ver con que no estábamos ingresando lo suficiente respecto a lo que gastábamos.

Eran unas noticias terribles, desde luego. Pero la mayoría pensó lo mismo que yo: ¿Es culpa nuestra? Ha habido un huracán, la economía está en crisis y nosotros trabajamos tanto como podemos. Algunas semanas habíamos dedicado hasta sesenta horas de trabajo. Si nuestras finanzas eran insuficientes, no había sido porque no lo hubiéramos intentado.

Bárbara nos indicó que, en la documentación que nos había entregado, encontraríamos una lista de recortes que cada clínica debía poner en práctica.

Así que abrimos la documentación y echamos un vistazo. Era confuso.

«Bárbara –dije–, ¿este tipo de medidas van a servir para algo?». La mayoría eran recortes en suministros de oficina, como limpieza, sobres de reciclaje y papel. ¿Realmente estamos tan mal?

Ella explicó que todo era cuestión de tener bajo control las finanzas de la filial y que, a pesar de nuestros esfuerzos, eso no había ocurrido.

Aun así, después de la reunión, yo era optimista. De acuerdo, los últimos meses habían sido difíciles económicamente. Pero pondríamos en marcha toda esa lista de

recortes en nuestras clínicas y para la próxima reunión ya habrían cambiado algo esos malos números. No creo que nuestra clínica de Bryan fuera un problema. Ya habíamos implementado muchos de los recortes que nos había planteado Bárbara, así que pondríamos en marcha el resto. Yo suponía que las otras clínicas no eran tan eficientes como la nuestra. La clínica de Bryan –lo creía orgullosamente– marchaba como un motor recién engrasado.

* * *

La siguiente reunión tuvo lugar unos meses después y, desde luego, los números fueron muy diferentes de los que vimos en la reunión anterior. Eran mucho peores. Los resultados no solo eran malos, sino que daban miedo[7].

Bárbara, en un discurso vehemente, dijo que esta situación no podía continuar, pero después de varios minutos la interrumpí. «Hemos hecho todo lo que nos pediste –dije frustrada–. Si no es suficiente, deja de levantar la voz y dinos qué más podemos hacer, porque, si tenemos que darle la vuelta a esto, ¡vamos a necesitar soluciones! ¡Y, desde luego, esa lista de recortes no lo es!».

Se quedó callada un momento y luego dijo: «Bueno, nos estamos preguntando si hay demasiado personal».

Ahí estaba. La solución temida. ¿Vamos a tener que despedir a gente?

«No puedo trabajar con menos del personal que tengo ahora –dije–, no, si queremos mantener el mismo nivel de servicio. Ya tenemos las manos atadas porque ya no tenemos permiso para contratar a nadie».

Bárbara dijo que había planeado reunirse con los directores individualmente. En las próximas dos semanas, cada uno de nosotros tendría que ir un día a las oficinas centrales. Bárbara evaluaría cada clínica con el director. Revisarían la planificación y discutirían cómo mejorar la gestión de los pacientes. Considerarían los recortes de personal si fuesen pertinentes o necesarios.

Temí que su plan llevara a aumentar las horas de trabajo con el mismo sueldo. La moral ya estaba baja. Pero iba a empeorar exponencialmente.

O eso temía. Pero, al cabo de los pocos días, ¡Cheryl llamó con buenas noticias! La clínica de Bryan era la única que había cumplido sus objetivos. Estaba excluida de las reuniones, me dijo. «Enhorabuena».

Admito que me sentí muy bien. Y pensé: ¡Sí! Algo he debido de hacer bien.

De hecho, tenía muchas razones para pensar eso. Por mencionar una, había sido nombrada como la Empleada del Año 2008 en toda nuestra filial. Y, junto a esto, Cheryl me había pedido que ayudara a mejorar la planificación y los procedimientos de otras clínicas. Así que no solo no me iban a pedir que hiciera cambio alguno, sino que me encomendaban el desarrollo de un plan para ayudar a otras clínicas a aumentar su salud financiera.

Sin embargo, hay algo que nadie mencionó. Lo teníamos más fácil que otros porque éramos una de las pocas clínicas de nuestra filial en las que se hacían abortos. Y con esos abortos se ganaba mucho dinero. Las clínicas que no los hacían tenían pocos medios para generar ingresos.

Las cosas empeoraron para nuestra filial a medida que avanzó el año. Fuimos entrando poco a poco en números rojos y a mitad de la primavera de 2009 nos vimos obligados a despedir a gente. Al principio no afectó a nadie de mi clínica –aunque sí despidieron a algún buen amigo de otra clínica– pero más tarde perdimos un trabajador a tiempo parcial.

* * *

Un mes después de esa segunda reunión, estaba preparada para seguir recibiendo malas noticias, pero nada comparado con las que me dieron. Y esta vez no tenían nada que ver con el presupuesto. ¿O sí?

Planned Parenthood estaba planeando abrir una clínica mastodóntica en Houston: tendría siete pisos, 7.300 metros cuadrados y, supuestamente, contaría con toda una planta dedicada a servicios médicos y abortos. Comprendí que se trataba de la clínica más grande de la nación, y entre sus planes estaba conseguir una licencia para poder realizar abortos de gestación avanzada, posiblemente hasta las veinticuatro semanas[8].

Se me hizo un nudo en el estómago. Siempre había creído que esos abortos más allá del período de viabilidad (de veintiuna a veinticuatro semanas) estaban mal. Siempre había insistido en que nunca trabajaría para una organización que practicara ese tipo de abortos.

No puedo hacerlo. No voy a hacerlo. Siempre dije que esa iba a ser la línea que no iba a sobrepasar. Pero los rumores sobre la clínica siguieron extendiéndose, como cualquier búsqueda en Google podrá corroborar. La clínica empezaría con el límite de las dieciséis semanas, que es lo que permitía su licencia actual. Pero internamente tenía informes contradictorios, dependiendo de con quién hablase. Oí que nunca pasarían de las dieciséis, también oí diecinueve y escuché veinticuatro semanas. Esa era mi filial. ¿Por qué querrían llegar hasta ahí? Esto no tenía nada que ver con mejorar el acceso a la asistencia sanitaria. Eso lo sabía. El porcentaje de abortos de gestación avanzada es muy bajo y ya había otra clínica en Houston, que no pertenecía a Planned Parenthood, donde se realizaba ese horrendo procedimiento.

¿Por qué estaba planeando nuestra dirección meterse en este negocio? ¿No teníamos como objetivo reducir el número de abortos? ¿No se me había insistido constantemente en ese punto desde el día en que me reclutaron como voluntaria, pasando por el Día del Lobby, hasta mi formación como portavoz de cara a los medios? ¿No era algo que también yo había inculcado a mi equipo? Abortar niños viables no tiene nada que ver con la prevención. ¿Qué clase de bien íbamos a hacer? No me gustaba ninguna de las

respuestas que me venían a la cabeza.

Solo podía conjeturar, por supuesto, pero, a la luz de las discusiones sobre el presupuesto, no podía sino hacer las cuentas. Cuanto más tarde se practique un aborto, más alto es el precio. Sabía que un aborto de gestación avanzada podía costar entre 3.000 y 4.000 dólares. Había una pasta ahí. ¿Estaría buscando eso Planned Parenthood?

La pregunta me obsesionaba.

CAPÍTULO 11
LA SALA DE REUNIONES

En mayo llegaron noticias peores.

Los directores de las clínicas entramos a aquella sala de reuniones solo para saber que el dinero de nuestro Title XX se había acabado. El Title XX es una sección del Código Legal de Estados Unidos que estipula fondos para servicios sociales. Planned Parenthood era uno de sus muchos receptores, por sus servicios de control de la natalidad y planificación familiar. Ahora ese dinero ya no existía[9].

La reunión de la filial de ese mes fue un baño de sangre. Me dijeron que ya no distribuiríamos píldoras anticonceptivas con descuento a mujeres con pocos recursos. Pregunté por qué, aunque me temía la respuesta. La hoja de cálculo. Los descomunales números rojos.

«¿Qué pasa? –dije–. ¿De repente nos da igual que las mujeres con pocos recursos se queden embarazadas y den a luz niños que no podrán cuidar o mantener solo porque estamos en números rojos? ¿Vamos a eliminarles de nuestro plan de control de la natalidad de la noche a la mañana?». Y la conversación se precipitó al vacío. Muchos estaban enfadados y expresaban su frustración porque los administradores y la dirección parecían estar más preocupados por el resultado económico que por las clientas.

De acuerdo, sé que fue injusto, no puedes gastar el dinero que no tienes. Pero, con estrecheces financieras o no, nosotros éramos quienes se preocupan por la situación de las mujeres en crisis. Al menos, esa era la manera en que nos veíamos.

«¡Pero somos una organización sin ánimo de lucro!», exclamé con rotundidad.

«Abby –me dijeron no sin cierta mordacidad–, sin ánimo de lucro es una categoría fiscal, no un modelo de negocio». Me ordenaron que cumpliera mis prioridades, lo que significaba aumentar mis ingresos. Mientras seguía la reunión, yo estaba allí anonadada.

¿Aumentar mis ingresos? ¿Desde cuándo generar ingresos era nuestro objetivo? No podía creer lo que estaba oyendo.

* * *

Cada clínica tiene todos los años una reunión individual sobre presupuestos. Un poco aterrada, cogí el coche para ir a Houston, reunirme con Cheryl y Bárbara, y revisar el

presupuesto de la clínica. El presupuesto asignado siempre incluía un apartado con objetivos de clientas para abortos y otro con objetivos de clientas para planificación familiar.

Cuando revisé los números, hice una doble aproximación. Noté que los objetivos para planificación familiar no habían cambiado mucho y los de abortos habían aumentado significativamente. Mi mente iba a toda velocidad. Aquí hay algo mal. ¿No debería ser al contrario? Nuestro objetivo consiste en disminuir el número de abortos reduciendo el número de embarazos no deseados. Esto significa servicios de planificación familiar y control de la natalidad. Ese es nuestro objetivo declarado. Así que, según estos presupuestos, ¿por qué me piden que aumente los ingresos por abortos y, por tanto, que crezca el número de clientas que se practican un aborto?

Hice la pregunta en voz alta.

Salí de la reunión con el claro convencimiento de que tenía que cumplir mis prioridades y que el aborto se encontraba entre ellas porque generaba ingresos. Eso significaba que mi trabajo como directora consistía en encontrar una manera de aumentar el número de abortos en mi clínica[10].

En definitiva, estaba consternada.

«¡El aborto nunca será mi prioridad! –insistí–. ¡Nunca!».

La discusión continuó durante un tiempo. Digamos que fue muy frustrante.

¿Qué estaba pasando? Si seguía las instrucciones de mi jefa, más que limitar los abortos a los sábados cada quince días, lo que haríamos es aumentar los abortos farmacológicos a cada día de la semana. Si alguien llamaba para un aborto, podía hacerlo al día siguiente si quería utilizar la RU-486 en vez del aborto quirúrgico. Resultaría fácil y rápido a oídos de las clientas, así que estaba segura de que nuestras cifras se incrementarían.

Pero yo no me había comprometido a eso.

Todavía no estaba preparada para dejar una carrera profesional que había empezado a cimentar. Me gustaba ayudar a las mujeres. Me gustaba mi equipo. Megan y Taylor habían llegado a ser muy buenas amigas, y la cultura de verdadera preocupación por los demás que compartimos en el trabajo –el buen trabajo de ayudar a las mujeres– era un vínculo que quería conservar. No quería irme. Quería luchar por el derecho a dirigir mi clínica de acuerdo con lo que siempre habíamos acordado, con lo que siempre creímos que eran nuestros verdaderos propósitos. Seguro que podía trabajar para persuadir a la filial que respetara su verdadera misión, ¿no crees? Me convencí a mí misma de que ese era mi objetivo y me quedé.

* * *

Si en mayo no había tenido suficiente, el último día del mes nos asestó a todos, en la clínica, un golpe terrible. Doug, Grace y yo estábamos almorzando en un restaurante

después de haber ido a la iglesia, cuando sonó mi teléfono. Era Cheryl, que tenía noticias horrorosas. El doctor George Tiller, el médico abortista de Wichita, había sido tiroteado por un extremista antiaborto mientras acudía esa mañana a la iglesia.

Me quedé sin habla cuando me lo contó. Apenas pude escoger las palabras con dificultad para poder decírselo a Doug. No pude comer más. Doug empezó a sentir pánico por mi seguridad. Fui al coche con Grace mientras él recogía la comida que había sobrado y nos fuimos a casa. Minutos después, vi la noticia destacada en la CNN. Recuerdo que me sentí muy vulnerable, como si todo el mundo supiese de repente que yo trabajaba en la industria del aborto… y que quizá podría ser la próxima víctima. Ese día fue terrorífico. Doug no me permitía salir de casa. Estaba asustado. Toda mi familia estaba asustada. Intentaba darle poca importancia… pero sin éxito. Llamé a todos mis empleados para informarles, para estar en contacto y ver qué íbamos a hacer.

Pero, a la mañana siguiente, el susto dio paso a la indignación. Cuando fui a trabajar el lunes, sentí como si fuera a la guerra; una batalla para defender a mi equipo contra los pro vida. No lo hacía por mí; era por ellos y nuestras clientas. Mientras franqueaba la verja con mi coche, vi un par de personas rezando allí. Pensé: ¿Cómo se atreven a venir hoy? Consideré una falta de respeto que estuvieran allí cuando en la clínica todos estábamos asustados y dolidos.

Yo ya había recibido amenazas de muerte… y ahora, esto. Durante semanas, cuando iba al trabajo, repasaba en mi mente el procedimiento de desalojo de mis empleados si alguien entraba con una bomba o una pistola. Suponía que me querrían a mí, a la directora. Así que, cuando entraba cada día con el coche, pensaba detenidamente qué empleados trabajaban ese día, dónde estaban sus despachos, cómo podíamos avisarles para que abandonaran el edificio, etc. Mi objetivo era sacarles y quedarme yo dentro. Era un pensamiento estresante, pero lo tenía constantemente. Era una responsabilidad que quería aceptar. Suponía que, cuando había asumido mi puesto como directora, mi responsabilidad última era mantener a salvo a mi equipo… a cualquier coste, incluso si debía poner en juego mi vida. El asesinato del doctor Tiller había conferido a nuestro trabajo y a nuestra unidad un nuevo y profundo significado. Me sentía como un oficial en tiempo de guerra que necesita proteger a sus tropas.

Y mis tropas estaban asustadas. Tras las amenazas de muerte que había recibido, les había asegurado que se trataba de meras amenazas, nada más. Pero ahora habían tiroteado a alguien conocido y admirado. Las páginas web se llenaron de comentarios soeces, y los posts de los pro vida solo alimentaron nuestro enfado. Encontrábamos inconcebible que alguien pudiera celebrar ese asesinato como una victoria de la causa pro vida. ¿Cómo podía beneficiar un crimen a una causa que defendía la vida? Pero también nos enfadó que muchos grupos pro vida salieran con declaraciones que condenaban el asesinato. Parecía una falsa simpatía por la víctima. Las relaciones en la

verja también se enfriaron. Todo el mundo estaba cauteloso y tenso.

La muerte del doctor Tiller fortaleció mucho nuestra causa. Hizo que nos sintiéramos unos valientes defensores de los derechos de las mujeres, a pesar de los desprecios. Y también consiguió que mis preocupaciones sobre el presupuesto y los objetivos en número de abortos pasaran a un último plano. Me dije a mí misma que yo no era una víctima ni Planned Parenthood, una organización malvada. Era un guerrero en una noble batalla. Asumo que esto suena melodramático, pero el impacto que produjo el asesinato de uno de los pioneros en el terreno de los derechos reproductivos de las mujeres fue muy importante.

* * *

En agosto de 2009, solo un mes antes de mi experiencia con el fatídico aborto guiado por ecografía, la recepcionista de la clínica me pasó una llamada. «Creo que vas a querer cogerla».

«¿Tenéis aparcamiento en la parte de atrás de la clínica?».

«Me temo que no –dije–. Todas las plazas están delante. ¿Es un problema?». No habían pasado ni tres meses desde la muerte del doctor Tiller y la seguridad seguía siendo nuestra máxima preocupación.

La joven mujer dudó. «No, no es importante –dijo–. Solo que mi familia está rezando ahí fuera, en la clínica». Sí, es verdad que eso podía ser un problema. «Saben que voy a hacerme un aborto hoy –añadió–. Intentan decirme que no lo haga».

«A ver qué te parece –le sugerí–. Aparca todo lo cerca del edificio principal que puedas. Saldremos para acompañarte dentro. Pero tienes que saber que te verán desde la verja».

Cheryl estaba en la clínica ese día, ya que siempre venía los días que se practicaban abortos quirúrgicos. Ella y yo seguimos a la mujer desde la ventana. Y, por supuesto, la clienta no aparcó cerca del edificio. Lo hizo justo cerca de la verja. Podía ver a su familia fuera; era un grupo. Una mujer, que parecía especialmente enfadada, parecía de la edad que debía tener su madre.

Yo solía estar ocupada con trabajo administrativo y dejaba a los voluntarios que salieran para acompañar a las mujeres al interior. Pero esa vez le dije a Cheryl: «Voy a salir».

Cheryl sugirió que la llevara a la entrada trasera. Había llevado el papeleo allí, de manera que la clienta no tuviera que pasar por la sala de espera. Pensé que era una buena idea, suponiendo que la joven mujer no fuera ya un caso perdido para entonces.

Mientras me aproximaba al coche, salieron ella y una amiga que la había acompañado. Su madre estaba de pie, justo al otro lado de la verja, llamándola, con una expresión de intenso dolor. El resto de la familia estaba detrás, formando un semicírculo alrededor de ella. Me quedé al lado de la chica y le puse la mano en la espalda. «Te

llevaré a la puerta trasera. Será el camino más rápido».

La chica no respondió. La voz de su madre, ahogada por el llanto, estaba llena de desesperación. «No tienes que hacerlo –decía angustiada–. Queremos ayudarte. Podemos estar a tu lado. Puedes vivir en casa. Te daremos dinero, ¡lo que sea! ¡No lo hagas!». Los ruegos de su madre eran tan desgarradores que mi corazón se desbocaba con la tensión.

Mientras estábamos allí, salió del coche una niña pequeña. Tendría unos dos años. ¡Era la hija de la mujer que venía a abortar! Tan pronto como llegó hasta donde estaba su madre, vio a su abuela al otro lado de la verja. «Hola, abuela», saludó inocentemente.

El llanto de la abuela se hacía cada vez más intenso. Agarrada a la verja, como si tuviera que apoyarse en ella para no caerse, dijo a gritos: «¡El bebé que llevas dentro puede ser tan maravilloso como la hija que tienes! Solo piensa qué pasaría si hubieras decidido abortarla; piensa en toda la alegría que nos ha dado. ¡Imagina un mundo sin ella! ¡Por favor, no tienes por qué hacerlo!».

Nunca había presenciado en toda mi vida un momento tan intenso entre una madre y su hija. Desde luego, esa mujer pensaba que su hija iba a tomar una de las decisiones más importantes de su vida y que estaba, además, equivocada. Una decisión que lamentaría el resto de su vida.

Fui muy consciente en ese momento del significado que tenía esa verja, real y metafóricamente. Era una barrera física entre aquella mujer y su madre, que deseaba sortear la verja y rodearla con sus brazos. Y también era una barrera simbólica entre una madre que estimaba tanto la vida de ese niño no nacido y que suplicaba, rogaba y lloraba por él, y una hija que no veía la magnitud de la decisión que iba a tomar.

Y no terminaba de verla. La acompañé dentro. «¿Estás bien? ¿Necesitas que hablemos primero? ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Porque me parece que tendrías mucho apoyo de tu familia, si decides tenerlo».

No estoy segura de lo que yo esperaba que ocurriera, pero no era lo que sucedió a continuación. Hizo caso omiso. «Ah, esa era mi madre –dijo–. Ella es así. Estoy bien».

¿Bien? ¿Cómo puede estar bien? ¡Si hubiese sido mi madre, ahora mismo yo estaría hecha polvo! De hecho lo estaba. Estaba conmovida por las súplicas de su madre. Habían agrietado mi armadura. Di un paso atrás, un tanto atónita. Me di la vuelta y volví a mi oficina, me senté en mi despacho y me eché a llorar. No podría decir en ese momento por qué estaba llorando. Diría que fue por la intensidad emocional de lo que viví. O quizá fue por la fractura entre madre e hija. Pero esas lágrimas brotaron de alguna parte muy profunda.

Quizá, solo quizá, ese cajón secreto escondido en lo más profundo de mí, cuidadosamente sellado para que mis dos abortos no pudieran interpelarme, estaba gritando que mis bebés no tuvieron a nadie que suplicara por ellos el día que fui a una clínica a deshacerme de ellos. Por supuesto, nunca les dije a mi madre y a mi padre que

estuve embarazada. Pero, si nos hubiéramos encontrado en la clínica y me hubieran ofrecido ayuda, ¿habría continuado con esos abortos?

Miraba por la ventana ocasionalmente, para ver qué hacía la familia. Continuaron rezando, de pie, durante una hora y, luego, otra. Y, finalmente, se fueron.

Aquella joven mujer abortó, pasó un tiempo de recuperación y, tres o cuatro horas después de su llegada, cogió a su hija y se fue. No la volví a ver otra vez. Pero nunca olvidaré a su madre angustiada suplicando por su nieto a través de la verja.

* * *

La venda estaba empezando a caerse de mis ojos. El intento de esa familia por salvar la vida de un bebé que estaban decididos a querer y a proteger me despertó del aturdimiento que había provocado en mí el asesinato del doctor Tiller y me devolvió a la realidad de los nuevos objetivos de Planned Parenthood. Siempre había creído todo lo que me habían dicho: que nuestro propósito era luchar por los derechos de salud reproductiva de la mujer, que la organización había nacido para ayudar a mujeres en situaciones de crisis... Pero cuando las cuentas empezaron a no salir, financieramente hablando, de repente me pareció que estaban desviándose de su camino.

Estaba empezando a completar el puzle. No podía escapar al pensamiento de que esta organización, que me había dado una carrera, estaría pronto en el negocio de los abortos de gestación avanzada. Mi dilema era hondo y profundo. Me resultaba difícil justificar lo que ahora veía como una actitud mercantilista con el aborto, especialmente los de gestación avanzada. Sentí que estaba forzada a tomar una decisión. Pero todavía no estaba segura de los criterios que iba a contemplar para tomarla.

Este es el momento de mi viaje donde ya conoces lo que ocurrió después. Quise que el primer capítulo de este libro fuera ese instante crucial. Solo puedo asumir, dado todo lo que había ocurrido hasta ese momento, que necesitaba una grandísima intervención de Dios para poder romper por completo con la organización que había significado tanto para mí. Y Dios se hizo presente. Me hizo una señal un día de septiembre de 2009 en aquella sala de exploraciones. Me hizo ser testigo ante mis propios ojos de un aborto guiado por ecografía.

CAPÍTULO 12
UN SILENCIO SAGRADO

A veces Dios es como un gran coreógrafo, ¿verdad? Cuando analizo aquel funesto día en el que participé en un aborto con ecografía –un día horrible, desconsolador, asombroso y clarificador–, me doy cuenta de cómo me colocó Él en el lugar apropiado para que, cuando me abriera los ojos con sus dedos, yo tuviera la perspectiva más clara posible. Y no me refiero solo a ese precioso niño no nacido, sacrificado violentamente, sino a la trampa en la que había caído; la trampa de Planned Parenthood.

Me has acompañado durante mi viaje desde aquella sala de banderas de la universidad hasta la sala donde se realizaban abortos. Has podido comprobar que en esos días nos habían dado la orden de aumentar los ingresos, programando más abortos en mi clínica, y que esa instrucción provenía de aquella organización que me reclutó en su día para hacer que el aborto fuese algo cada vez menos frecuente.

Ahora que la venda había empezado a caerse de mis ojos, se me vino encima, como una losa, el sentimiento de culpabilidad por los innumerables abortos realizados allí, incluidos los míos.

Volví despacio a mi oficina después de comprobar al menos cuatro veces que la paciente se encontraba bien. Quería asegurarme de que estaba lo suficientemente cómoda y tranquila, pero evité mirarle a los ojos. Las imágenes del aborto que acababa de presenciar en la pantalla del ecógrafo continuaban reproduciéndose en mi cabeza, y me sentía extrañamente descolocada, aturdida, como si mi vida evolucionara a cámara lenta. No había vuelta atrás. No podía deshacer aquello en lo que acababa de participar.

Al llegar, cerré la puerta del despacho, algo que no solía hacer. Me dejé caer sobre la silla y permanecí allí, con la mirada perdida. Miraba sin mirar. Sin llorar. Sencillamente, sentía sobre mí la envergadura de aquel momento. Tenía dificultades para coger aire. Acababa de participar en una muerte. Una muerte. No un procedimiento médico. No una solución quirúrgica a un problema vital. No el valiente paso adelante de una mujer en el ejercicio de su derecho a decidir sobre su propio cuerpo. La muerte de un bebé indefenso, un bebé violentamente arrancado a pedazos de la seguridad del vientre materno, succionado para ser desechado como un resto biológico.

Teletranspórtame, Scotty. La ocurrencia banal del médico abortista se repetía en mi mente.

Y yo era tan culpable como él. Había citado a innumerables bebés con la muerte. Había planteado las opciones que tenían –maternidad, adopción o aborto– a mujeres confusas, ansiosas y aterrorizadas, como si estuviéramos discutiendo un menú. Y, cuando escogían abortar, les planteaba una nueva alternativa –quirúrgico o farmacológico– teniendo presente su seguridad y comodidad, y mientras tanto un pequeño bebé, ovillado en la protección del vientre materno, había estado en la misma habitación que nosotras, sin poder decir nada en su defensa.

No puedo hacer esto otra vez. He tomado una decisión. No volveré a participar en otro aborto nunca más. Renuncio a mi trabajo. Se acabó. Ya no hago nada aquí. Me afectó tanto que me vi sepultada por una avalancha de pensamientos que surgían de repente por todas partes. Esto lleva ocurriendo mucho tiempo. Todo lo que ha estado pasando estos meses ha terminado por desembocar aquí. ¿Cómo puede haberme pasado tan desapercibido este proceso?

De pronto, fui consciente del tiempo que llevaba ahí, pensando. ¿Cuánto tiempo había estado sentada? Probablemente solo entre diez y quince minutos. Me recorrió un temor repentino, un tipo de emoción a la que no estaba acostumbrada. ¿Qué ocurre si el doctor me pide que le ayude con el siguiente aborto? No voy a volver a esa sala. Que busquen a otra persona. Necesito estar ocupada rápidamente. Así que me puse de pie, respiré profundamente para recuperar la compostura, abrí la puerta de mi despacho y me dirigí al mostrador de recepción, para ayudar con las facturas. Cuanto antes termináramos la facturación, antes saldríamos de allí. Y yo quería irme de allí. Así que, concentrada en aquello y con las manos ocupadas, nadie me interrumpió. El resto de la jornada de trabajo es un recuerdo borroso; cuando me di cuenta, había llegado la hora de cerrar.

De camino a casa, pensé en cómo decírselo a Doug. ¿Qué le diría? ¿Cómo empezaría?

Doug estaba en el salón cuando llegué. «Hola, cariño, ¿cómo ha ido el día?», me preguntó.

«Tengo que contarte lo que he visto hoy –le espeté– pero no vas a querer oírlo. Quiero decir que es algo horrible pero tengo que describírtelo. Necesito contárselo a alguien». Mis palabras se sucedían tan rápido que casi no podía detenerlas.

Se puso en pie de un salto, alarmado y preocupado. «¿Qué pasa, Abby? ¿Qué ocurre?».

Y se lo dije. Le describí cada detalle del aborto que había presenciado. Y vi cómo su cara se torcía con un gesto de disgusto.

«Tienes razón. No quiero oírlo», dijo apenado y afligido.

«Lo sé –dije casi gritando– pero no me lo puedo quitar de la cabeza. Se repite una y otra vez. Esa pequeña columna vertebral arrugándose mientras se metía por el tubo, justo delante de mis ojos. Doug, si todos los que trabajan allí vieran lo que yo he visto hoy, la mitad de ellos se irían al instante. Lo sé. No querrían seguir. Hace ocho años que estoy allí y hasta hoy nunca había visto lo que hacemos. ¿Cómo he podido ser tan estúpida, cómo he podido estar tan ciega?».

«Lo sé –me susurró–, lo sé». Nos sentamos en el sofá, él rodeándome con su brazo izquierdo y su mano derecha acariciando las mías mientras yo me las retorcía en el regazo, las mismas manos que había privado a un niño de su vida. Estuvimos sentados hasta que ya no pude más. Me levanté de un salto.

«Voy a llamar a Valerie. Tengo que contárselo». Marqué el número de mi amiga más íntima y le describí otra vez toda la escena, como si al contarla mi mente pudiera liberarse de ella.

«No puedo escucharlo –dijo Valerie finalmente–. No me lo cuentes. Por favor, para». Lo entendí, desde luego. Al menos si yo pudiera evitar que la escena se repitiera en mi mente una y otra vez.

Doug y yo estuvimos hablando hasta bien entrada la noche.

«¿Qué vamos a hacer?», pregunté, sin esperar realmente una respuesta. «He dedicado ocho años de mi vida a esta causa. No quiero marcharme. Hemos hecho muchas cosas buenas en la clínica. ¿Cuántas vidas hemos salvado? Montones, seguro. Toda la formación sobre enfermedades de transmisión sexual. Las revisiones, las citologías, las adopciones. ¿Y qué habría pasado si no hubiéramos practicado esos abortos? ¿Tienes idea de la vida que les habría esperado a esos niños? Abusos. Abandono. El ciclo interminable de la pobreza. Quiero decir, sé que es horrible lo que vi hoy, estaba mal. Pero la decisión fue correcta, ¿no? Montones de mujeres están desesperadas, Doug. Si no pueden practicarse un aborto seguro con nosotros, lo harán de cualquier manera y todo terminará en una carnicería. ¿No es mejor tener un aborto horrible pero seguro que uno horrible pero arriesgado?».

Cuanto más hablaba, más confusa me volvía. De una cosa estaba segura: no estaba cambiándome de chaqueta para unirme a los pro vida.

¿O sí?

No, no lo estaba. No podía haber estado equivocada durante los últimos ocho años. Me gustara el aborto o no, las mujeres necesitaban todavía el derecho de poder tomar esa decisión ellas mismas y clínicas seguras para esa intervención. Y aquí en Texas no había muchos sitios.

«Sabes, no me estoy cambiando de chaqueta –le dije a Doug–, pero no quiero volver a participar en un aborto nunca más. Sé que está mal. Ahora lo veo. Está mal para mí y es horroroso. Pero con eso no me estoy uniendo a los que no están de acuerdo con

nosotros. Los de la Coalición por la Vida están equivocados. No es correcto imponer tu visión a la de los demás. Yo soy todavía pro elección. Pero, personalmente, no quiero saber nada con lo de volver a participar en un aborto».

«¿Así que lo que viste hoy, Abby, está bien mientras no te involucres personalmente?».

«¡No! No está bien. Pero… yo… ¡creo que he llevado esto como he podido durante todo el día! No puedo más».

Acordamos que dejaría Planned Parenthood. Después, ¿quién sabe?

También pensamos que necesitaba encontrar rápidamente otro trabajo.

«Perfecto. Así que tengo dos semanas para encontrar un nuevo trabajo», dije mientras dimos por concluida nuestra conversación, exhaustos. «Dos semanas. Porque lo que no voy a hacer es estar presente el siguiente sábado, que será en dos semanas a partir de hoy».

Veo ahora algo que no veía entonces: orgullo. Estaba preocupada. Preocupada por la posibilidad de haber estado equivocada durante ocho años. Preocupada por haber luchado en el lado equivocado. Esa noche tuve miedo al imaginar mi humillación y vergüenza cuando apareciera en público asumiendo mi error. Después de todo, no había sido una defensora en privado de la libre elección; había sido una ferviente y bien conocida adalid de la libre elección. En aquel momento, no podía imaginar que me hubiera equivocado por defender que las mujeres pudieran tener acceso a abortos legales y seguros, aunque detestara el acto del aborto entonces.

Hubo algo más que me golpeó cuando me pongo a recordar aquella noche. Era consciente de que mi marido no me había dicho ni una sola vez: «Intenté decírtelo». A pesar de todos nuestros debates y discusiones, a pesar de todas las veces que él había desafiado mi incoherencia y que yo no quería escuchar la verdad, ahí lo tenía sentado, confortándome y dándome amor. Era una escena propia de Efesios 5, 25: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia». Su compasión y apoyo fueron el comienzo de mi curación ese día. Pero todavía tenía un largo camino que recorrer.

* * *

Al día siguiente era domingo. Cuando me desperté, tenía dolorida la mano derecha, la mano con la que el día anterior había sostenido la sonda del ecógrafo. La examiné, me di un pequeño masaje y, aunque no parecía haber nada raro, me dolía terriblemente. Mientras me vestía y me arreglaba el pelo, me dolía tanto que a duras penas podía coger nada. ¿Es que acaso agarré la sonda con tanta fuerza, impresionada por lo que estaba viendo en la pantalla, que no me di cuenta? No lo sé. Pero me siguió doliendo de camino a la iglesia.

Mientras Doug y yo ocupábamos nuestros asientos, saludamos a Megan, que se sentó justo enfrente. ¿Qué le diría mañana en el trabajo? No tenía ni idea, pero allí no podía

sacar el tema. No ese día. Lo echaría todo a perder, montaría una escena, me haría más daño que bien. Mis emociones estaban demasiado a flor de piel.

Cuando comenzó el servicio religioso, hallé consuelo en las conocidas palabras de la liturgia que me habían estado obsesionando en los últimos meses.

Dios todopoderoso, ante ti abrimos nuestros corazones, todos nuestros deseos conocidos, y de ti ningún secreto está preservado. Limpia los pensamientos de nuestros corazones por inspiración del Espíritu Santo, para que podamos amarte plenamente y alabar tu Nombre dignamente, por Jesucristo Nuestro Señor[11].

Bien, mis secretos nunca han estado escondidos para ti, Dios mío, y ahora tampoco van a estarlo para mí nunca más. Los he desvelado. Me arrepiento. Me enmiendo. Nunca más, nunca más, Señor.

Las palabras restallaban poderosamente desde la página.

Haz que mi corazón sea limpio, Oh Dios, y renueva la rectitud de mi espíritu[12].

Nunca en mi vida habían brotado de mí palabras de confesión con tanto fervor. Y, mientras germinaban, sentí cómo me invadía el perdón y el amor de Dios. Todavía me dolía la mano.

Cuando el pastor empezó a leer el evangelio del día, no podía creer lo que escuchaban mis oídos. Leyó en Marcos 9, 43: «Y, si tu mano te hace pecar, córtatela. Más te vale entrar manco en la Vida que con las dos manos ir al infierno, donde el fuego no se extingue».

Un silencio sagrado inundó mi alma. Si tu mano te hace pecar… Dios estaba hablándome directamente esa mañana. ¡Al oír aquellas palabras, me dolió aún más la mano!

Nada de aquello era simple coincidencia. No fue azar. Ese momento me confirmó que durante todo este tiempo Dios me había estado preparando para poder entrar en mí. Me había hablado a través de mi marido, pero discutí mucho con esa voz. Me había hablado a través de las formas pacíficas y suaves de quienes rezaban en la verja; a través de las flores y la tarjeta de Elizabeth que recibí dos años antes (luego tuvo que trasladarse a Austin); a través de la presencia cálida, alegre e inquebrantable del señor Orozco cada miércoles y cada sábado por la mañana; a través de la amistad que hacía Bobby con cada nuevo voluntario de Planned Parenthood; a través de aquella monja que lloraba... Pero yo les había encasillado como unos fanáticos ingenuos que hacían oídos sordos a todo.

Dios me había hablado a través de las honestas, firmes y cariñosas palabras de mi madre, pero las ignoré porque creía que estaban desfasadas y pasadas de moda. Él me había hablado a través del agónico llanto de aquella madre que suplicaba desde la verja por la vida de su nieto, mientras su hija entraba en nuestra clínica para abortar… pero no entendí aquel mensaje.

Incluso Él me hizo ver de modo muy claro las intenciones y los motivos de Planned Parenthood a través de las instrucciones y los mensajes que recibía cada día, y, aunque había protestado y luchado contra eso, todavía no había sido capaz de ver la verdad. Puede que mis compañeros de trabajo y yo estuviéramos allí para ayudar a las mujeres en situación de crisis, pero no volví a pensar nunca más en que fuera una organización bienhechora con el objetivo de reducir los embarazos no deseados. Me convencí entonces de que era una especie de máquina expendedora de abortos en el negocio de matar niños no nacidos y cumplir sus objetivos financieros. Y mis manos, mis palabras, mi energía y mi pasión habían sido piezas de esa maquinaria.

Detuve mi mirada en Megan, que estaba frente a mí. Esperaba que estuviera escuchando el versículo de la misma manera que yo, lo estaba haciendo, pero algo me decía que no. Empecé a rezar por ella, para que Dios le hablara de la misma forma.

Nuestras manos nos hacen pecar.

Nuestras bocas nos hacen pecar.

Abre sus ojos. Abre sus oídos.

Mientras salíamos al acabar la celebración, le conté a Doug en voz baja lo de la mano y lo que me había pasado con el versículo. Se quedó con los ojos muy abiertos; compartí con él ese momento sorprendente en que Dios parecía haberse comunicado conmigo de una forma clara y nítida. Cuando llegamos a casa, no perdí un minuto. Me conecté a internet y empecé a revisar páginas y a rellenar solicitudes de empleo. Estaba decidida a encontrar un nuevo empleo en dos semanas y dejar mi trabajo antes de que volvieran a practicarse abortos quirúrgicos.

Pero solo pude dedicar unas pocas horas a mis pesquisas. Meses antes me había comprometido a hacer una entrevista para Radio KEOS, en el programa Justa y feminista. Era un programa muy favorable a Planned Parenthood y ya me habían invitado a una edición anterior. Lo planeamos sabiendo que la campaña 40 Días por la Vida estaría en su apogeo, la oportunidad perfecta para atraer nuevos simpatizantes a la causa pro elección.

«Doug, sabes que tengo una entrevista en la radio esta noche».

«Lo había olvidado por completo. ¿Qué vas a hacer?».

«Bueno, no tengo muchas opciones. Me comprometí a hacerla. Pero no tengo que hablar de lo que yo pienso sobre el aborto. Me ceñiré al argumentario, como hago siempre. Todavía represento a Planned Parenthood. Seguiré mi guión y me lo quitaré de encima cuanto antes».

Eso es exactamente lo que hice. La presentadora del programa era amiga y, además, voluntaria de la clínica. Habíamos comentado el rechazo que nos producían las posiciones de Coalition for Life y, francamente, todavía me disgustaban. Tuve una extraña sensación al hacer la entrevista aquella noche. Por un lado, para mí fue

sorprendentemente simple asumir el papel de portavoz y utilizar esas palabras tan ensayadas que había dicho miles de veces. Pero, por otro, sabía que esta vez, más que hablar con sinceridad, estaba actuando. No fue algo que me gustara, ni siquiera un poco. Cuando salí de la entrevista me sentía mal del estómago. Quise creer realmente que podía aborrecer el aborto y ser a la vez una defensora de la libre elección. Sabía que mucha gente en mi iglesia sostenía esa postura.

Pero aquello me ponía los pelos de punta. ¿No es la postura correcta?

Entonces, ¿por qué no suena convincente?

¿Qué pasaba con el silencio sagrado que había escuchado en la iglesia esa mañana? Todo me parecía blanco o negro, pero había una amplia gama de grises flotando en el aire.

CAPÍTULO 13
CIENTO OCHENTA GRADOS

Espero no tener que traspasar esta entrada muchas veces más, pensé. Así es como comenzó la primera mañana en la clínica después de aquel aborto. Resulta divertido. Durante ocho años había entrado por esa puerta y siempre tuve la certeza de que esa verja estaba ahí para mantener alejado al «enemigo». Hoy, por primera vez, me preguntaba si mi manera de pensar no habría dado un giro de ciento ochenta grados.

Por detrás de la verja, en la acera, estaba Bobby, uno de los instructores habituales de Coalition for Life, que ya estaba hablando a esa hora con un nuevo recluta. Llevaban seis días de una nueva campaña de 40 Días por la Vida, así que cada una de las veinticuatro horas del día había allí siempre al menos dos personas rezando, de pie, de rodillas o deambulando a lo largo de la verja. Muchos de ellos eran caras conocidas, como Bobby. Pero también había caras nuevas. Me preguntaba qué le estaría diciendo al chico nuevo. ¿Cómo podían reclutar tanta gente todos los años? Justo les había estado sacudiendo la noche anterior en la radio. ¿Esa publicidad negativa reducía sus números o los engrandecía?

Mientras entraba en el recinto y aparcaba el coche, estuve pensando en lo mucho que había cambiado todo desde aquellos primeros días como voluntaria de Planned Parenthood, en 2001. Me acordé de aquel personaje disfrazado de Parca y de la mujer con aquel espantoso cartel con la fotografía de un feto abortado. Hacía muchos años que no veíamos esa forma de protestar en la clínica de Bryan, gracias en gran parte a la presencia pacífica y respetuosa de los de la Coalición. Me acordaba de esos dos en particular como los más desproporcionados. Ahora me pregunto por las historias que habría detrás de aquello. ¿Qué les llevó a esos extremos? ¿Qué vieron que les empujó a comportarse de esa manera? ¿Habían perdido a alguien? Era la primera vez que me hacía esas preguntas.

Y esas preguntas no me gustaban ni pizca. Con buenas intenciones o sin ellas, aquellos extremistas estaban equivocados. De acuerdo, vale, el aborto es horrible. Lo acabo de comprobar por mí misma. Pero la vida también es horrible, ocurren cosas horribles. Las mujeres necesitan tener acceso a una sanidad segura cuando se encuentran

con un embarazo no deseado, ¿no? ¿No es así? Me hacía esa pregunta, pero ya no estaba segura de la respuesta. Después de años luchando por esa causa, no me gustaba la sensación de que, quizá, estuviera equivocada.

Y si lo había estado, ¿significaba eso que los pro vida tenían razón? No. No podía ser. Había luchado con ellos mucho tiempo. Ellos tenían que estar equivocados.

Para mi alivio, aquel fue un día tranquilo en la clínica. Estuve concentrada en mi trabajo y traté de evitar lo mejor que pude las conversaciones, y el día siguiente, y también el miércoles y el jueves. Me concentré en el trabajo administrativo más urgente, evité el contacto con las clientas y me mantuve al margen. Al menos, en persona. El correo electrónico fue otra historia. Cheryl y yo intercambiamos una serie interminable de correos frustrantes. ¿Era mi imaginación o estaba intentando teledirigir mi clínica? Desde que cuestioné lo que me ordenaron durante la reunión de Houston, haría unos pocos meses, parecía que la tensión entre nosotras había aumentado. Solo que ahora crecía de forma exponencial.

Lo admito, no soy nada seguidista. Nunca lo había sido. Me gusta llevar la iniciativa. Hablo con franqueza, sin tapujos, y nunca dudo en expresar mi disconformidad. Pero eso no era nada nuevo para Cheryl, mi jefa. Había trabajado con ella desde que empecé y nunca antes habíamos tenido problemas. ¿Por qué ahora?

Puede que la razón fuera que nunca antes habíamos tenido esas diferencias tan evidentes –bueno, más bien abismales, oceánicas, cabría decir– sobre el verdadero sentido, los valores y la identidad de Planned Parenthood. Me reclutaron para formar parte de una organización dedicada a ayudar a las mujeres en crisis. Siempre lo entendí como algo benéfico por naturaleza, con el claro objetivo de reducir el número de embarazos no deseados y el número de abortos, de ser los paladines de las mujeres que pasan apuros, de anteponer sus necesidades a las finanzas. Había gestionado la clínica con éxito de esa manera desde 2007, y por ello fui Empleada del Año. Ahora, con estrecheces financieras, parecía como si me estuvieran forzando a redefinir quiénes éramos, y pensé que era mi deber luchar por nuestra verdadera identidad. Pero lejos de esto, cuanto más luchaba, más parecía que se enfadaba Cheryl.

«Esto es un negocio, Abby. Ten claras tus prioridades»[13]. Ese fue el mensaje inequívoco que capté en Houston. Y esta semana en particular me pareció que me habían obligado cada vez más a hacer cambios que iban en detrimento de nuestras clientas. ¿O solo era mi imaginación? ¿O es que aquel aborto guiado por ecografía cambió mi interpretación de esos mensajes? Mis propias dudas crecían a la par que mi confusión. Y, francamente, sentir que ya no me valoraban como una de las mejores empleadas me irritaba.

Mientras tanto, se estancó la búsqueda de un nuevo trabajo. No había conseguido apenas nada con mi búsqueda por internet, y no podía dedicarme a llamar por teléfono

durante mi jornada de trabajo. Fue germinando en mi interior una sensación de presión acumulada, de desprecio por aquel lugar, de verme atrapada. Para el viernes por la mañana ya no pensaba en otra cosa.

Ansiosa por hacer algo que me indicara lo cerca que estaba el fin de mi etapa en la clínica, empecé revisando mi escritorio y mis archivos, y aparté todo lo personal. Cogí el montón de tarjetones de agradecimiento que me habían dedicado en el Día del Jefe y en otras ocasiones especiales, unas pocas cosas sueltas, e incluso mi premio de Empleada del Año, e introduje todo en una bolsa para llevármelo a casa. No quería que se notara nada, así que dejé en su lugar mis cuadros, las fotos que tenía sobre la mesa y los recuerdos.

Me sentía hipócrita, no era agradable. Pero sabía también que no podía dejar que mis compañeros supieran lo que ya era inevitable. Dadas las tensiones de los últimos meses, sabía que, si les decía que estaba buscando trabajo, se montaría un follón, un gran revuelo. Sospechaba gravemente que eso acabaría en la mesa de Cheryl, y mucho me temía que encontraría cualquier excusa para despedirme inmediatamente. Doug y yo dependíamos de mis ingresos, así que quería ser capaz de encontrar un empleo con mis propias condiciones, como una empleada muy bien valorada. Además, todavía no había sido capaz de encontrar las palabras idóneas para explicar por qué me marchaba. ¿Cómo podía justificar ese cambio tan radical sin que me identificaran con aquellos a los que siempre había criticado, como algún pro vida extremista e implacable, o ese enemigo del otro lado de la verja?

Miré por la ventana de mi despacho. Ahí estaban. El enemigo. En ese momento había tres. Dos mujeres de mediana edad y un chico de veintitantos. Paseaban a lo largo de la verja. Rezaban. Saludaron con palabras amables a una clienta –una víctima potencial de Planned Parenthood– que acababa de aparcar su coche para dirigirse al edificio. Conocía sus consignas tan bien, las había escuchado durante tantos años, que podría repetirlas en sueños. Vaya enemigo y vaya armas.

Me avergonzaba de haberles ridiculizado en la entrevista de la radio del domingo, de haberles acusado de asediar a nuestras clientas, de los comentarios maliciosos que había hecho durante tantos años, todo con la intención de intimidar a sus nuevos voluntarios. Hacía mucho tiempo que no había visto a nadie del otro lado de la verja decir o hacer algo que pudiera calificarse como acoso, y siempre supe que esa clase de tácticas no contaban con la aprobación de Shawn Carney. De hecho, lo que sí sabía es lo que él y su gente habían hecho para entrenar a sus voluntarios en el estilo «quédate y reza», con el fin de que fueran respetuosos, moderados y agradables. Había visto, además, cómo reprendía a los que no adoptaban esa conducta y generaban tensiones.

Pero el argumentario de Planned Parenthood metía a todos los pro vida en el mismo saco, en vez de reconocer que ese movimiento está compuesto por personas muy

diferentes, con objetivos y métodos muy distintos. Cualquier cosa que pudiéramos hacer para vilipendiar todo el movimiento y adjudicarnos el papel de víctimas de los extremistas justificaba nuestros objetivos: nos proporcionaba donaciones y apoyos, captaba nuevos voluntarios y mantenía la mentalidad de zona de guerra, de ellos contra nosotros[14]. Esos eran nuestros objetivos. Yo había sido muy buena defendiéndolos.

Víctimas. Estaba ahora muy confundida sobre quiénes eran realmente las víctimas. ¿Fui yo una víctima cuando me reclutaron en la Feria del Voluntariado? ¿Era carne fresca para el equipo de voluntarios? ¿Estábamos siendo víctimas mi equipo y yo al pensar que ayudábamos a las mujeres, trabajando duro en su servicio, cuando en realidad nuestros esfuerzos servían solo para que las cifras del presupuesto pasaran del rojo al negro?

Llegó otra paciente y aparcó. Dudó antes de salir del coche. ¿Estaba embarazada? Si era así, en ese coche había dos nuevas víctimas. Era un pensamiento horrible.

Todo parecía haber dado un giro de ciento ochenta grados.

* * *

Y, entonces, sonó el teléfono.

«Abby, soy Susan, de Recursos Humanos de Houston. ¿Podrías venir aquí hoy? A Cheryl y a mí nos gustaría tener una reunión contigo».

«¿Hoy? ¿Necesitas que vaya en coche a Houston hoy? ¿Por qué?». No podía imaginar de qué se trataba, pero había algo extraño en la voz de Susan. Un trasfondo de formalismo, de tensión. Una ola de desasosiego me invadió. ¿Me tenían controlada? ¿Sabían que tenía planeado irme? ¿Cómo han podido saberlo? ¿Les habrá llamado la atención alguna de las aplicaciones on-line que tengo?

Pero Susan no me lo dijo. Simplemente insistió en que debía ir a Houston. Colgué y llamé a Doug inmediatamente. Cuando le conté lo que Susan me había dicho, empecé a estar cada vez más nerviosa.

«¿Van a despedirme? Si es así, no tengo ni idea de por qué».

«¿Despedirte? Abby, ¿cómo van a despedirte? A ti, que acabas de ser Empleada del Año, por el amor de Dios. Que te lucías en todas las inspecciones que hacían de la clínica. Eres una de sus mejores empleadas. ¿Cuántas veces te ha dicho Cheryl: "Un día mi trabajo será tuyo, Abby"? No te van a despedir. Estás un poco paranoica. Limítate a ir a la reunión y ya veremos».

Tardé noventa minutos en llegar a Houston por carretera, pero me parecieron horas. Repasé una y otra vez en mi cabeza las últimas reuniones que había tenido allí. Había sido demasiado directa. Había protestado por los nuevos recortes, por el aumento de costes repercutidos a las clientas y especialmente con la indicación de que debíamos aumentar los abortos. Pero todo aquello no era razón suficiente para un despido, ¿verdad? Cuando entré en la oficina de Houston estaba enfadada y asustada, pero estaba

preparada para escucharlo. Quería las cartas encima de la mesa.

«Abby –explicó Susan–, te hemos llamado aquí para decirte que has sido formalmente advertida, lo que constará en tu expediente laboral».

No podía creer lo que estaba oyendo.

«¿Y por qué se me hace esta advertencia?». Miré directamente a Cheryl, no a Susan. Quería escuchárselo a ella. Y habló. Me dijo que la había cuestionado directamente a ella y su autoridad. Yo había llegado a ser combativa, cuestionaba sus directrices, discutía y polemizaba en vez de hacer lo que me pedía.

Estaba atónita. Siempre había sido muy franca con ella. Le pregunté si plantear interrogantes y debatir las nuevas políticas ya no iba a estar permitido. ¿Me estaban diciendo que ya no me iban a permitir hacer más preguntas o estar en desacuerdo?

Me dijo que mi obligación era hacer lo que me dijeran, igual que la suya. Ella era mi supervisora y mi trabajo consistía en seguir sus instrucciones.

Durante los ocho años que estuve en Planned Parenthood solo recibí elogios. Ni una leve llamada de atención ni mucho menos una amonestación. Nunca me sancionaron y mucho menos tuvieron que advertirme formalmente por escrito. Mis evaluaciones fueron muy buenas. Todo esto ocurría unos meses después de que me concedieran el título honorífico de Empleada del Año. Tenía una impecable hoja de servicios y los tres que estábamos en aquella sala lo sabíamos.

Pero ocurrió lo que tenía que ocurrir. Durante una hora, Susan nos llevó a una discusión que pretendía resolver nuestras diferencias. Al final, concluyó en que tanto Cheryl como yo teníamos personalidades muy fuertes y que debíamos dejar atrás todo lo que había aflorado en la discusión y superar la situación. Cuando terminó, me dijo: «Abby, necesito que firmes este acuse de recibo de que hemos tenido esta reunión y que te hemos informado de la advertencia formal».

¿Qué podía hacer? Firmé el papel. Cheryl parecía satisfecha y triunfante. Yo me sentía como un perro abandonado, y confieso que resentida. Cheryl había ganado. Mientas volvía a casa en coche, seguí preguntándome cómo es posible que una trabajadora considerada como modelo, con unos excelentes resultados y dirigiendo una clínica conocida por su buena gestión, pueda caer en desgracia tan rápidamente.

Doug tuvo una idea interesante esa noche cuando le conté todo lo ocurrido: «Quizá Dios te está diciendo, simple y llanamente, que ese no es el sitio donde deberías estar».

Tengo que admitir que, de todas las explicaciones posibles, aquella era la que tenía más sentido para mí. Amaba apasionadamente mi trabajo. En realidad, no quería dejarlo, y estuve luchando contra ese sentimiento durante toda la semana. La confluencia de todos esos hechos –las instrucciones para aumentar el número de abortos, mi participación en el aborto guiado por ecografía y ahora la advertencia formal– había sido algo más que una mera coincidencia. Si Dios quisiera coreografiar la danza de mi salida

de Planned Parenthood, con seguridad escogería todos esos movimientos. Yo solo deseaba que me mostrara el siguiente paso.

CAPÍTULO 14
EL LADO EQUIVOCADO DE LA VERJA

Había pasado ya una semana desde aquel aborto en el que participé. Iba a dedicar el fin de semana a buscar un nuevo trabajo, espoleada por la advertencia formal que me acababan de comunicar el día anterior. Pero sentía cierto rechazo a llamar a mis amigos y colegas más próximos. No quería ni oír hablar de ponerme en contacto con Planned Parenthood. Rellené más solicitudes de empleo a través de internet e indagué en clínicas sanitarias y de orientación psicológica, pero hacia el domingo por la noche estaba bastante frustrada y mi ansiedad iba en aumento. Quedaba una semana. Mi último día en la clínica debía ser el viernes 9, con trabajo o sin él. Doug y yo necesitábamos estudiar nuestra situación económica y prepararnos para una merma importante en nuestros ingresos.

Me arrastré hasta la cama con sensación de fracaso. En mis pensamientos comenzó a destilarse una sombra de culpa. La sensación de perdón de Dios que había recibido el domingo pasado se había desvanecido. Pensé que Dios no tenía la obligación de rescatarme de este problema. Yo había sido la responsable de todo lo que me estaba ocurriendo y merecía, de algún modo, padecer por mis pecados. Desde los primeros días en esta organización, me dije a mí misma que estaba allí para reducir el número de abortos. Ahora, lo absurdo de esa frase –o su ausencia de lógica– clamaba al cielo. No solo había sido una de las líderes abortistas de Texas, lo había promocionado en el parlamento del estado, había repetido nuestros lemas ante los medios y había dirigido una clínica abortiva, sino que además había abortado a dos de mis hijos. Me sentía como si mis propios pecados me interpelaran, recordándome lo despreciable que era. Me preocupaba no sentir nada por mis dos abortos, incluso después de la experiencia del aborto guiado por ecografía. Era extraño, como si esos sucesos se hubieran encerrado en un caparazón infranqueable y se hubieran anclado al fondo de mi alma, sin dejarme salir a la superficie. ¿Qué estaba pasando conmigo? Esa noche me desperté varias veces.

* * *

Me levanté el lunes por la mañana, cinco de octubre, con una fuerte sensación de opresión en el pecho. Me causaba pavor el pensamiento de tener que ir a la oficina.

Doug hizo lo que pudo por levantarme el ánimo. «Confiemos en Dios, Abby. Él está con nosotros. Estás buscando un trabajo nuevo y vas a dejar la clínica: estás tomando una buena decisión por buenas razones».

«¡Pero esto es todo lo que he conocido en mis ocho años de vida profesional! Y, aparte de los abortos, a mí me gusta lo que hago, y lo hago bien. Me gusta orientar a las mujeres, proporcionarles formación, controlar su evolución por medio de estudios y análisis médicos y, además, gestionar la clínica, motivar a mi equipo y formar a los voluntarios. Pero, más importante que eso, siempre creí que con mi trabajo estaba contribuyendo a que el mundo fuera mejor. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Adónde iré si no encuentro otro trabajo pronto? ¿Qué va a pasar con mi casa? ¿Y con nuestros gastos? ¿Qué pasará si nos arruinamos?».

«No intentes resolver nuestro futuro en un solo día. No podemos. Concentrémonos hoy en buscar buenas razones para tomar la decisión correcta. Dios nos mostrará el camino».

No le creía. Pero agradecí sus ánimos, aunque fuesen de una ingenuidad optimista. Pero ese era Doug. Le di un beso y me fui al trabajo.

Crucé la puerta de la verja de Planned Parenthood con mi coche. Me pareció que la oscuridad me engullía a medida que entraba en el recinto. Pavor. Eso era lo que sentía. Incluso aunque estoy horrorizada por lo que ocurre dentro de esa verja, la cruzo como si todo estuviera bien. Pero no está bien. Es una casa de muerte. Una prisión. Y yo he sido a la vez guardiana y prisionera.

Aquel pensamiento me estremeció. Contrólate. No seas dramática. Conseguiré otro trabajo. Para el viernes ya me habré ido. Podré resistir hasta entonces.

Pero, cuando revisaba el correo electrónico, la energía que acababa de insuflarme se evaporó y en su lugar se instaló una profunda frustración. Otro correo de Cheryl me reiteraba que mi objetivo era que la clínica aumentara los ingresos mediante la realización de abortos. Es implacable, pensé. Supongo que la advertencia formal en mi expediente le proporciona aún más poder sobre mí. Mientras releía el correo electrónico sentí cómo mi estómago se retorcía.

Ya es suficiente. Cerré el correo y me levanté del escritorio. Eso no me estaba ayudando. Esa mañana, la oscuridad que se cernía sobre mí se iba haciendo cada vez más densa. Fui a la sala de espera y vi a las clientas con aspecto triste, esperando su turno para que les ayudáramos, y me pregunté si ellas no eran, en realidad, más que una especie de signos andantes de dólar, una mera fuente de ingresos para esta organización. Me entraron náuseas. Había sido un títere en todo ese montaje. Engañada. Utilizada. Revisé las cifras del presupuesto y sentí que la rabia me consumía. Las palabras que había estado escuchando los últimos meses se repetían en mi mente. Sin ánimo de lucro es una categoría fiscal, no un modelo de negocio. Los ingresos por paciente deben

aumentar. Se ha subido la cuota de abortos. Tienes que encontrar una forma de aumentar tu número de abortos. Ten claras tus prioridades. Estamos construyendo nuestro centro más grande de todo el país, donde seremos capaces de practicar abortos de gestación avanzada. Aumenta el número de días para atender abortos farmacológicos y orienta a las mujeres para que escojan esa opción. Teletranspórtame, Scotty.

Era muy duro para mí volver a escuchar todo esto así, de una vez. Las imágenes del aborto que presencié volvían a repetirse en mi mente. Al final, me brotaron unas lágrimas largamente reprimidas, que empezaron a correr por mis mejillas. Volví a mi despacho y cerré la puerta. Me senté en mi mesa y miré por la ventana. Una mujer, que acababa de abandonar el edificio, se dirigía a su coche con una pequeña bolsa marrón.

¡Hoy también es día de abortos! Ese pensamiento me recorrió el cuerpo como si me hubieran dado una bofetada en la cara. Es lunes. Estamos dispensando RU-486 durante todo el día. ¿Por qué pensé en que tenía que irme antes del sábado? Hoy mismo estamos llevándonos vidas por delante, y todavía formo parte de todo esto. ¡Todavía estoy aquí! Eché un vistazo a mi mesa, tentada de recoger todas mis pertenencias inmediatamente, y entonces reparé en la pequeña tarjeta de Elizabeth. Durante dos años, esa tarjeta de unos cinco por ocho centímetros, con un tulipán rosa impreso y unas líneas manuscritas, estuvo metida en mi tarjetero, sobre el escritorio. De todas las tarjetas que he recibido durante todos estos años –me pregunté–, ¿por qué esa siempre estuvo colocada ahí, en el centro, justo enfrente de mí?

«El Señor ha hecho grandes cosas por nosotros
y estaremos llenos de ALEGRÍA». SALMO 126, 3.

¡Rezo por ti, Abby!

–Elizabeth

Volví a mirar por la ventana. Dos voluntarios pro vida estaban de pie al otro lado de la verja, uno junto a otro, rezando en dirección al edificio. Rezaban, simplemente rezaban.

Podía oír la voz de Elizabeth repitiéndose en mi cabeza: «Estamos aquí para ayudarte. Déjanos ayudarte». Les había escuchado a todos ellos decir las mismas palabras miles de veces a cada clienta, a cada trabajador de la clínica y a mí. En ese momento, una luz penetró en la oscuridad y pude verlo todo con claridad.

Estoy en el lado equivocado de la verja.

¡Estoy en el lado equivocado de la verja!

Sabía lo que tenía que hacer.

Creerán que estoy loca, Dios mío, pero es lo que necesito hacer, ¿vale?

No lo dudé ni un segundo. Las lágrimas me corrían por la cara y tenía el corazón desbocado. Cogí mi bolso, abrí la puerta del despacho y me precipité hacia la puerta trasera, de camino hacia mi coche.

Megan me vio y dijo: «¿Estás bien?». Vio las lágrimas en mi rostro. Pude palpar su preocupación. Pero no podía detenerme.

«Necesito irme ahora. Volveré», le dije con la cabeza girada sobre el hombro, mientras me dirigía hacia la puerta. La abrí y entré en el coche. No sabía quién me había visto, pero claramente la salida que había hecho no había sido discreta.

«Pensarán que estoy chiflada, que he perdido la cabeza», me decía mientras arrancaba el coche. «Pero me da igual». Las lágrimas me entorpecían la visión; tuve que retirármelas con las manos para poder ver algo mientras maniobraba marcha atrás en el aparcamiento. Nada iba a detenerme.

Si giraba a la izquierda, estaría allí en tres segundos. Pero es mejor que no vaya directamente. No quiero montar un escándalo si alguien me ve ir directamente con el coche a la sede de la Coalición. Así que cogí la calle 29 y conduje durante casi un kilómetro. Entré en un aparcamiento para dar la vuelta y me dirigía hacia la sede de Coalition for Life. Cuando llegué, aparqué tan cerca de la puerta principal como pude. ¿Qué debo hacer? Si irrumpo, van a asustarse, creyendo que me ha dado algo y que voy a atacarles. Los sollozos todavía agitaban mi cuerpo. Les llamaré y les preguntaré si pueden recibirme.

Busqué a tientas mi BlackBerry. Sabía que el número era 846-BVCL (de Brazos Valley Coalition for Life), pero en el teclado de mi BlackBerry las letras están separadas de los números, al contrario que los teléfonos habituales. Por esa razón, no podía saber qué letras correspondían con qué números. Descompuesta por los nervios y gritando entre lágrimas, intenté buscar en el navegador del teléfono la página web para averiguar el número. Al final, lo encontré y marqué.

Una voz dulce y joven me contestó al otro lado: «Coalition for Life, ¿puedo ayudarle en algo?».

Lloraba sin consuelo, hasta el punto de que mis palabras se ahogaban con las lágrimas. «Soy Abby Johnson, de Planned Parenthood».

Una pausa. Silencio. Cuando volvió a hablarme, percibí cautela en su voz: «Hola, ¿cómo estás, Abby? Ya sé quién eres».

Debía estar preguntándose qué demonios estaba pasando, por qué lloraba de esa manera que casi me impedía hablar. «Me gustaría entrar y poder hablar con vosotros. Estoy aquí fuera, en vuestro aparcamiento. ¿Puedo entrar por la puerta trasera? No quiero que nadie me vea».

De nuevo, otra pausa. «¿Puedes esperar al teléfono un momento, por favor?». Casi me echo a reír imaginándome su cara de susto. ¿Qué debería estar pensando?

Cuando volvió a la línea, su voz se había vuelto mucho más formal, como si tuviera alguien a su lado. «Abby, soy Heather. Voy a abrir la puerta de atrás. Ya puedes entrar».

Salí rápidamente del coche y, mientras miraba por encima de mi hombro por si había

alguien por allí merodeando, llegué hasta la puerta trasera. Escuché cómo se abría la cerradura y me di cuenta de que al menos tendrían las mismas medidas de seguridad que nosotros en la clínica. Pero no tenían un perímetro rodeado por una verja de casi dos metros con cámaras de seguridad. El lugar, lejos de estar cercado por una verja, como una prisión, me pareció mucho más acogedor. El edificio era un chalet construido probablemente en los primeros años de la década de los cincuenta.

La puerta de atrás daba a una pequeña sala de estar. Unos pocos metros más allá estaban Heather y Bobby. Me miraban atemorizados, como si estuviera a punto de entrar con una bomba adosada al cuerpo. Estaban petrificados, mirándome fijamente, mientras yo permanecía de pie, convulsionada por mis propios suspiros, vestida con el uniforme negro de la clínica y el rímel corrido por la cara: un desastre. Un absoluto desastre.

«Quiero irme», les espeté. «Quiero irme de allí. No puedo con esto ni un minuto más». Los sollozos seguían sacudiendo mi cuerpo. No tenía ni idea de lo que había venido a decirles, y mucho menos de lo que les diría después. Lo único que sabía, y de eso estaba completamente segura, era que yo había estado hasta ese momento en el lado equivocado de la verja y que quería pasar al lado correcto.

Se quedaron boquiabiertos. Primero me miraron a mí y luego entre ellos, anonadados al ver que la directora de la clínica contra la que habían estado protestando durante doce años estaba allí de pie, frente a ellos, anegada en el llanto y deshecha. Totalmente deshecha.

Entonces Heather se aproximó, me puso la mano en la espalda con un gesto cariñoso y me dijo en voz baja: «Ven, Abby, siéntate en el sofá». Su simple amabilidad volvió a desencadenar unos suspiros que parecían proceder de lo más hondo de mí; un lugar tan profundo que ni yo misma sabía que existía. Y entonces lo supe. Un dique en lo más hondo de mi interior había cedido, y un torrente de culpa, pena, dolor, remordimiento, vergüenza, secretos y miedo me estaba inundando por completo con cada sollozo. Fue una horrible, maravillosa, temible y purificadora eclosión de emociones a flor de piel. Mientras me sentaba, noté que Karen, otra joven voluntaria, también había entrado en la sala. Los tres se miraron, intrigados: ¿Qué es todo este lío? ¿Ha ocurrido algo? ¿Ha muerto alguien? ¿Algún terrible accidente? ¿Qué está pasando? ¿Está ocurriendo todo esto de verdad? No los culpaba. ¿Qué podían pensar?

No vi a Shawn y, curiosamente, lamenté que no estuviera allí. ¿Estará por aquí?, me preguntaba.

Karen se sentó a mi lado en el pequeño sofá, con su ondulado y largo pelo marrón cayéndole sobre los hombros mientras se inclinaba hacia mí. Era menuda, con unos profundos ojos marrones y hoyuelos en las mejillas. Parecía la imagen de la inocencia absoluta. La había visto muchas veces en la verja. Sus ojos estaban llenos de compasión.

Heather me ofreció una caja de pañuelos y luego se sentó en una silla, enfrente de

mí. Ella también era pequeña, con cabello rubio largo y lacio y unos maravillosos ojos azules, que ahora tenían la desconcertada y perpleja expresión del asombro. Recuerdo que un día tuve que echarla porque estaba pisando las flores de la verja mientras hablaba con una clienta y cómo se encogió de hombros cuando le regañé por aquello. Estaba segura de que Elizabeth, la que me dio aquella tarjeta que tenía en mi escritorio, había formado a Heather como voluntaria hace dos años.

Bobby fue a la cocina y me trajo un vaso de agua mientras yo me limpiaba la nariz, enjugaba las lágrimas y a duras penas intentaba quitarme el rímel de la cara. Se sentó en el suelo, directamente enfrente de mí. Siempre había sido una persona simpática, intachable y afable, que se hacía amigo de los voluntarios, a ambos lados de la verja. Llevaba el pelo corto, de color negro, tenía los ojos marrón oscuro y la mandíbula cuadrada. Me pareció que me miraba con recelo, tratando de averiguar si todo esto no era más que una artimaña de algún tipo. La sala no tendría más de dos metros y medio de largo; me di cuenta de que debía de ser la sala que utilizaban para las charlas de orientación, donde atendían a las mujeres que buscaban ayuda. Algunas de ellas serían mujeres que ya habrían ido primero a Planned Parenthood, pero que habrían prestado atención a las ofertas de ayuda que les hacían los orientadores que estaban en la verja. Era un lugar confortable y hogareño, decorado en tonos suaves, y sentí que me relajaba un poco. Respiré profundamente varias veces, aunque seguían apareciendo suspiros involuntarios que poco a poco iban remitiendo. Bebí varios sorbos de agua, intentando recuperar la compostura. Y, entonces, Bobby rompió el silencio.

«Bueno, Abby, dinos qué está pasando», dijo con tal gentileza y amabilidad que me hizo llorar otra vez.

Las palabras que quería pronunciar se abrieron paso a duras penas entre los sollozos. «Sé que he estado equivocada. Quiero decir, no solía pensar que estaba equivocada, pero ahora lo sé. Hace una semana tuve que ayudar en un aborto guiado por ecografía, y vi cómo ese diminuto cuerpo de bebé intentaba huir, y luego se retorció, y vi cómo se estrujaba su cuerpo, digo exactamente estrujarse, y cómo la columna vertebral era succionada y…».

La historia se convirtió en un torrente, en una riada imparable. Farfullé durante unos pocos minutos. Karen lloraba conmigo. Heather estaba horrorizada y profundamente apenada. Bobby me miraba desconcertado, en parte con empatía y compasión, en parte con sospecha y desconfianza. Los tres se inclinaron para acercarse más a mí y escucharon cómo brotaban todos esos recuerdos y sentimientos que habían estado embotellados, cociéndose a fuego lento durante años, preparándose en los últimos meses y explotando definitivamente la semana pasada.

«Shawn acaba de llegar», dijo Karen cinco minutos después.

Sentí una sensación extraña de alivio. Intenté hacer alguna broma en medio de todas

esas lágrimas. «Bueno, será mejor que vayáis a contárselo. Si me ve sentada aquí, le puede dar un ataque al corazón». Los cuatro nos reímos nerviosamente.

«¿Quieres que sepa que estás aquí? ¿Quieres que venga?», preguntó Karen, ya puesta en pie.

¿Lo quería? Me daba cuenta de que sí, quería que estuviese allí. Durante ocho años habíamos sido algo así como los capitanes de dos bandos enfrentados cara a cara, pero juntos en este viaje, con una verja de por medio. «Sí, quiero hablar con él».

Shawn había venido directo a la oficina. Karen me dijo más tarde que, cuando le dijo «Abby está aquí, Shawn. Creo que debes venir», apretó los dientes. Quizá esperaba escuchar que un voluntario había hecho alguna cosa estúpida y que Abby había venido en pie de guerra.

«¿Por qué está aquí?», preguntó.

«Dice que vio cómo hacían un aborto guiado por ecografía –le explicó Karen–. Nos ha dicho que quiere irse de Planned Parenthood».

«¿Abby? ¿Y quiere que yo entre ahí con ella? ¿Y no será contraproducente?». Había salido del despacho con Karen y, de camino, estaba intentando procesar lo absurdo de la situación. «Está bien, de acuerdo. Hablaré con ella».

Le oí llegar detrás de Karen.

Nunca olvidaré aquello. Shawn traspasó la entrada, me miró y se detuvo. Luego se apoyó en el marco de la puerta, relajado e informal. Me sonrió, inclinando la cabeza, haciendo que me sintiese cómoda. Estaba en su terreno, destrozada, con la cara hinchada y el maquillaje corrido, un montón de pañuelos de papel en mi regazo y su equipo apiñado en torno a mí. Noté cómo evaluaba la situación.

«Un lunes duro, ¿no?», preguntó sonriendo.

Y de esa manera, con esa expresión franca de su cara, optimista y sonriente, hizo que me tranquilizara. Me reí, aunque nuevas lágrimas empezaron a correr por mis mejillas.

«Ya lo creo», dije sonriendo, mientras suspiraba, reía y lloraba a la vez. Miré a alrededor y vi a los tres voluntarios con quienes me había estado enfrentando todo este tiempo a través de la verja. Luego miré a Shawn, mi homólogo al otro lado.

La tensión que acumulaba empezó a desaparecer.

«Sí, ya lo creo que sí».

CAPÍTULO 15
CON LOS BRAZOS ABIERTOS

Shawn sonreía de oreja a oreja. Salió de la habitación y volvió con una silla para unirse al grupo. Nos miró a todos y nosotros le miramos a él. Vio que Karen había estado llorando, que la emoción se había apoderado de Heather y que Bobby estaba desconcertado, cauteloso, quizá susceptible, y a la vez optimista. Bobby era así de transparente.

«¿Bueno, Abby, qué está pasando?».

La presencia de Shawn me serenó. Los otros tres eran demasiado jóvenes, demasiado nuevos en la organización. No es que yo fuera mucho mayor; ellos andarían por los veinte y yo estaba cerca de los treinta. Pero Shawn era de mi edad y lo consideraba mi igual al otro lado de la verja. Me acordé que ambos empezamos de voluntarios con un mes de diferencia y ahora nos habíamos vuelto las cabezas visibles de nuestros respectivos movimientos. Ninguno de los dos habría soñado jamás en una situación así. Los otros quedaron muy afectados por la emoción que me embargaba. Pero Shawn parecía en calma, sereno. Su sola presencia resultaba tranquilizadora.

Él escuchaba. Yo hablé. Y hablé y hablé y hablé. Mientras me miraba con serenidad, con los ojos fijos en los míos, le describí cada detalle del aborto por ecografía en el que participé. Mi sentimiento de culpabilidad, la toma de conciencia de las prioridades reales de Planned Parenthood, cómo empecé a sentirme utilizada y engañada. La presión que experimenté para aumentar los ingresos de la clínica y, por tanto, el número de abortos. Mis tensiones con Cheryl, mi amor por mi trabajo, mi disgusto por el gran centro que planeaban construir en Houston y que supondría la posibilidad de practicar abortos hasta las veinticuatro semanas. Mis temores a perder el sueldo, a una carrera profesional incierta, al futuro. Mis intentos de buscar un trabajo. Mi preocupación de no conseguir ninguno en la Texas conservadora y pro vida, pues llevaba la palabra «abortista» tatuada en la frente.

«Pero sigo creyendo que es necesario el control de la natalidad», les dije, por si alguien lo había puesto en entredicho. No lo habían hecho, pero por alguna razón creí que era importante decirlo. «Hemos ayudado a evitar embarazos no deseados. ¡Es

fundamental para reducir el número de abortos!», anuncié, como si estuviera en campaña electoral.

«Espera, no estamos tratando de convertirte», replicó Bobby. Me di cuenta de que él no estaba seguro de mi sinceridad. Parecía vigilante, como si no contara la verdad. No podía culparle. Me acordé de todas las acusaciones que nos habíamos cruzado de uno a otro lado de la verja. O la declaración a los medios de comunicación donde les acusaba de acoso, endosándoles una imagen de fanáticos. ¿Por qué iba a creerme? Si yo fuera él, no lo haría.

De pronto, me di cuenta de que no importaba. Él no necesitaba creerme. Nada de esto tenía que ver con eso. No había venido a convencerles de nada. Había venido porque tenía que hacerlo. Porque me quería ir de allí. Porque, si se trata de ayudar a las mujeres, al final supe que me encontraba en el lado equivocado. Porque Dios me había señalado que viniera. Fue así de simple, algo no planeado, espontáneo y un poco loco. No tuve la menor idea de lo que iba a suceder después. No había decidido si quería ser pro vida. No había venido para unirme a su movimiento. Solo sabía que debía venir aquí.

Alguien me preguntó por qué había recalado allí y les conté mi historia. Fue catártico. Cuantas más les contaba, mejor me sentía, así que continué hablando. Descargué todo lo que pensaba y todo lo que había sentido en mis ocho años en Planned Parenthood. Comencé a desvelar aspectos que no me habría atrevido a admitir ni ante Doug. De vez en cuando, Shawn, o alguno de los otros, me hacía una pregunta o me pedía que hablara más despacio, para tomar conciencia de todo el torrente de palabras que, en su mayor parte, solo alcanzaban simplemente a escuchar.

Y, entonces, me sonó el móvil. El miedo inundó de repente aquella habitación.

Shawn miró su reloj. «¿Cuánto tiempo llevas aquí? –dijo–. ¿Saben dónde estás? ¿Te esperan en alguna parte?». Pareció alarmado, igual que los demás.

Saqué el móvil del bolso. Era Doug.

«Oye, Doug, no te vas a creer dónde estoy». Estaba feliz. Podía notarlo en el tono de mi propia voz. Era muy extraño.

Su respuesta me dejó anonadada. «Con los de la Coalición por la Vida», respondió sin apenas dudarlo.

«¿Qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo has podido llegar a suponerlo?», dije mientras separaba el aparato y lo miraba con desconfianza.

«No lo sé. Solo que, con todas las conversaciones que hemos tenido y todo lo que ha ido ocurriendo, he pensado que era posible que un día te pusieras en contacto con ellos».

Doug, mi ingenuo optimista (o eso pensaba), lo había anticipado.

Heather me preguntó: «¿Qué ha dicho? ¿Cómo lo sabe?».

«Dice que había supuesto que un día contactaría con todos vosotros. ¿Cómo ha podido saberlo?».

«Siempre supe que me gustaba Doug», bromeó Heather. Como era evidente que no lo conocían, todo el mundo se rió. Reímos como viejos amigos. Me sentí bien.

«¿Y ahora qué?», preguntó Doug. Podía oír su voz intentando solapar nuestras carcajadas.

«Yo… bueno… no lo sé todavía», respondí. Y no lo sabía.

«Me he ido de la oficina. Estoy segura de que piensan que me he ido a almorzar. ¡Dios mío, almorzar! Había quedado con Megan. Te llamo después».

Tenía montones de mensajes y empecé a leerlos. Eran de Megan y de otras pocas chicas de la oficina.

«Todo OK?».

«Vienes?».

«Te pasa algo?».

«Q haces?».

«Vamos a comer?».

Y así seguían.

«Quieren saber dónde estoy –dije–: que si todavía voy a ir a comer, que si estoy bien…».

«¿Cuánto tiempo hace que te has ido?», preguntó otra vez Shawn.

«Una hora más o menos», contesté. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo.

«¿No les hará sospechar? ¿Necesitas protección, Abby? ¿Sabían que ibas a venir aquí?».

Karen miró nerviosa a la puerta trasera y las ventanas. Bobby se levantó y miró por la ventana.

Me imagino lo que pasó por su cabeza. ¿Me había visto venir alguien? ¿Habían llamado a la policía? En dos semanas, la Coalición empezaba una nueva campaña de 40 Días por la Vida. ¿Podría convertirse mi situación en un circo mediático? ¿Iba a entrar alguien allí lanzando acusaciones?

Bobby miró su reloj. «Tengo que ir a la verja. He quedado con una persona para enseñarle in situ. Si veo algo sospechoso, os llamo». Se levantó y dijo: «Abby, no sé si es apropiado o no, pero ¿puedo darte un abrazo?». Me levanté, me abrazó con cariño y se marchó.

«Nadie sabe que estoy aquí –les dije a los otros–. Nunca lo entenderían. Necesito irme enseguida y almorzar con Megan».

«Abby, podemos ayudarte a encontrar un trabajo –dijo Shawn–. Siempre te dijimos que estábamos aquí para ayudar. Te ayudaremos a ti o a cualquiera de la clínica que quiera irse. Vamos a ayudarte en tu salida. Es lo que quiero decir».

«¿En serio? –pregunté–. ¿De verdad me vais a ayudar?».

«Por supuesto. Empezaré a hacer llamadas hoy mismo».

«El doctor Robinson», dijo Heather.

«En efecto –respondió Shawn–, tenemos a alguien con quien tendrías que reunirte: el doctor Haywood Robinson. Está en "el Med". Sé que te ayudará. Le encantaría. Ha pasado por lo que tú estás pasando ahora».

Sabía quién era el doctor Robinson. Él y su mujer fueron una vez dos destacados abortistas. Luego tuvieron una dramática conversión. Dejaron la práctica de abortos y se convirtieron en renombrados pro vida. Él llegó a ser un hombre influyente en el movimiento pro vida de Texas y trabajó como médico en el centro médico local de College Station, más conocido como «el Med».

«¿Puedo llamarle, Abby? ¿Estarías de acuerdo en reunirte con él mañana? Sé que sacará tiempo para verte. ¿Puedo llamarle hoy?». Shawn parecía un niño suplicando que le dejaran entrar en una tienda de golosinas.

Estaba sorprendida de lo rápido que estaban cambiando las tornas. Había llegado aquí con un considerable lío emocional, huyendo literalmente de Planned Parenthood hacia la zona del «enemigo», y ahora me estaban ofreciendo empezar ya a buscar un trabajo para mí. Me estaban aceptando como un amigo. Me habían ofrecido ayuda. Y me daba cuenta de que necesitaba realmente su ayuda. Había traspasado la línea. No había vuelta atrás, excepto para rescatarme. No tenía ni idea de lo que iba a pasar a continuación, pero Shawn, que parecía ahora mi hermano mayor, mi protector y defensor, ya estaba desbrozando un nuevo camino para mí.

«Sí, me reuniré con él. Y sí, necesito encontrar un trabajo. En casa dependemos de mis ingresos. No puedo seguir en Planned Parenthood. Ahora lo sé. Pero también sé que no puedo irme sin haber encontrado un trabajo. Si crees que puedes ayudarme, adelante».

Shawn me sorprendió con lo que me dijo a continuación. «Abby, qué tal si rezamos por ti. ¿Podríamos hacerlo?». Y antes de que me diera cuenta ya estaban todos con la cabeza gacha y Shawn abriendo su corazón a Dios, dándole gracias por lo que había hecho conmigo, rezando por mí, Doug y Grace, y pidiéndole a Dios que me diera sabiduría, verdad y perspicacia.

Sentí su presencia, esa relación que anhelaba tener desde hacía varios años. Sabía que estaba en presencia de Dios Misericordioso, y una vez más mis lágrimas afloraron de una forma profunda y purificadora. Esta vez no fueron de pena ni remordimiento. Eran de liberación, de respeto. Cada uno rezó por mí en voz alta por turno. Nunca había experimentado tal efusión de plegarias personales. Para cuando terminaron, estaba segura de que acabaría con casi toda la caja de pañuelos de papel.

«Bien. Tienes que volver. Vete a almorzar. Habla poco, pasa desapercibida. Llamaré a Haywood y haré algunas llamadas más. No te preocupes, Abby. No estás sola. Aquí estamos a tu disposición».

Les creía.

En realidad, habían estado conmigo desde el primer momento; me lo habían estado diciendo a través de la verja durante ocho años.

* * *

Le mandé a Megan un mensaje de texto: «Ok. Estoy yendo». Luego me fui al baño, a intentar recomponer mi cara. Estaba hecha una pena. Pero iba a sobreponerme. Me dieron luego una vuelta por la sede. El vestíbulo era muy acogedor. Las paredes estaban pintadas de verde, el suelo era de madera oscura, las sillas parecían cómodas, y al fondo se situaba la recepcionista, con un viejo pero precioso escritorio. Por detrás se entraba a una gran sala de conferencias, a la que me hicieron pasar. En la pared había un panel enorme con una foto a gran escala de un niño en el vientre de su madre. Tenía los ojos cerrados, la mano diminuta cerca de la boca, y al lado, escrito en letras grandes, «serHumano». Lo reconocí inmediatamente. Era el póster de promoción de serHUMANO, el documental que Shawn había grabado en mi antigua iglesia. Recordé que entonces no le contó al pastor quién era en realidad y dónde trabajaba, cuando podía haberlo hecho.

Claramente, esta era la sala de juntas del equipo de dirección, con una pizarra blanca ocupando la totalidad de una de las paredes. En ella estaba escrita la planificación que distribuía a los voluntarios para hacer guardia delante de la verja durante la campaña 40 Días por la Vida. Había muchos nombres. Desde luego, yo me encontraba en el centro de operaciones del enemigo y la foto de aquel niño me llegó tan dentro que me confirmó que me encontraba en el bando correcto de esa guerra.

De la cocina, pequeña pero cómoda, se llegaba a la pequeña sala en la que habíamos estado, y un corredor daba a lo que en su día debieron de ser dos habitaciones, pero que se habían convertido ahora en dos despachos: uno para Shawn y otro para uso común.

En aquel pasillo se arremolinaron junto a mí y me dieron un abrazo. Karen escribió en un papel su número de teléfono móvil y me lo puso en la mano con un leve apretón. «Llámame si necesitas algo, en cualquier momento». Aquello fue un signo claro de confianza personal, y me di cuenta de lo que significaba. Vi que Heather se sorprendió al principio, pero luego asintió con una amplia sonrisa.

Shawn me acompañó hasta la puerta trasera. Era casi cómico verle mirando en todas direcciones, como si fuera un agente secreto, escudriñando la esquina del edificio para asegurarse de que nadie iba a verme salir. Podría parecer una tontería, pero los dos éramos muy conscientes de que estábamos inmersos en una guerra, con amenazas y con extremistas en ambos bandos. Éramos conscientes de que muchos encontrarían sospechoso y alarmante verme salir del cuartel general de Coalition for Life. Subí al coche. Me estaban diciendo adiós con las manos. Les devolví el gesto, giré a la izquierda, y luego tres veces más hasta que entré en el recinto de Planned Parenthood.

Un pequeño trayecto de no más de una manzana que podría haber cubierto, de puerta a puerta, con poco más de cien pasos.

CAPÍTULO 16
MANTENIENDO LA CONFIANZA

Después de entrar en el aparcamiento de la clínica, saqué el teléfono móvil y llamé a Megan. Respiré profundamente e intenté que me notara tan natural como fuera posible.

«¿Qué tal, Megan? Vamos a comer».

«¿Te encuentras bien? –me preguntó–. ¿Dónde vamos?».

«Estoy bien. Salgamos fuera y vayámonos».

Un minuto después ya estábamos metidas en el coche. Me miró a los ojos y me dijo: «Abby, ¿qué está pasando?».

Megan y yo habíamos sido amigas durante mucho tiempo. Había sido su supervisora, pero también habíamos hecho algún viaje juntas o habíamos asistido a la iglesia o a tomar algo por ahí después del trabajo. Confiaba en ella. Así que le dije: «Megan, tengo que contarte algo, pero tienes que mantenerlo en secreto, ¿de acuerdo? Tienes que mantenerlo en secreto». Ella asintió.

«Voy a dejar Planned Parenthood. Tengo que irme. No puedo seguir formando parte de esto más tiempo». Y le conté por qué y cómo ese día había ido a parar a la sede de Coalition for Life.

Para mi sorpresa, se rió. No fue una risa burlona, como si aquello le pareciera mentira. Tampoco pareció muy anonadada, como pensé que iba a ocurrir. Me preguntó si ellos iban a ayudarme.

«Sí, van a hacerlo. Son… son estupendos. Realmente fantásticos. Quiero decir que me han dado todo su apoyo y que están felices de que acudiera a ellos. Nada de juicios, nada de condenas. Sabes que siempre dijeron que nos ayudarían. Se ofrecieron una y otra vez. Y parecían ansiosos por querer ayudar. Justo hoy van a hacer unas cuantas llamadas para ayudarme a encontrar otro trabajo. Ha sido increíble».

Megan asintió, se quedó pensativa un momento y me preguntó si creía que a ella también podrían ayudarle.

Mi corazón dio un vuelco. «¡Por supuesto! Estoy segura de que lo harían. Es lo que quieren». Estaba encantada con que ella hubiera mostrado ese interés tan pronto.

Cuando me preguntó qué debía hacer, le dije que tener a mano el currículum. Creía

que tenía aún el que presentó el año pasado, antes de incorporarse. Lo actualizaría y me lo daría para que se lo pasara a Shawn.

¡Estaba tan contenta por ella! Era enfermera clínica y recuerdo que habíamos tenido una conversación en la que me confesó que no le gustaba que el aborto fuera uno de nuestros servicios. Atendía citologías, ecografías y hacía las veces de médico para ver pacientes. Disfrutaba con todo eso. Pero, en los días de abortos, ella se encargaba de las medicinas administradas por vía intravenosa. Permanecía en la sala donde se realizaban los abortos hasta que se terminaba todo el proceso.

«Vamos a comer –dije–. Me muero de hambre».

Después de almorzar, volvimos a la oficina en estado de excitación. Me pidió una copia de la lista de atribuciones de su puesto de trabajo, cosa que le di, junto a una copia de la evaluación que había hecho de su trabajo. Era muy positiva, así que probablemente incluía alguno de mis comentarios sobre su buen trabajo en el currículum. Se lo di todo en mano, y me dijo que lo trabajaría y me lo enviaría por correo electrónico.

Entonces pensé en Taylor, por quien siempre había tenido debilidad. Era una fantástica asistente sanitaria, muy pendiente de las pacientes. Solía entrevistar a la mayoría antes de entrar en la sala de reconocimiento. Su trabajo estaba muy bien valorado en la clínica, pero de alguna manera siempre me vi en la necesidad de tenerla bajo mi protección. Por supuesto, si me iba, no podía seguir haciéndolo, así que debía conocer mis intenciones. Le pedí que viniera a mi oficina.

Le conté toda la historia y todo lo que había ocurrido antes de ese día. Reaccionó de una forma parecida a Megan. Se sorprendió al saber que había ido a la sede de Coalition for Life, pero lo entendía. Tampoco le gustaban los abortos, su gran preocupación eran sus pacientes. Me preguntó si creía que la ayudarían a buscar un nuevo trabajo. Si yo me iba, ella quería irse también.

Cuando le dije que creía que sí, me pidió que le ayudara con su currículum, ya que nunca antes había hecho ninguno.

Le dije que estaría encantada de hacerlo. Le pregunté si le gustaría tener una copia de las tareas que estaban asignadas a su puesto para que le fuera más fácil hacerlo. Me dijo que sí y, tal como hice con Megan, imprimí una copia de sus tareas y las evaluaciones que había tenido. Me dio las gracias.

Cuando llamé a Shawn para contarle el caso de Megan y Taylor, se quedó sorprendido y se puso muy contento. Durante mucho tiempo, habían estado ofreciendo esa ayuda a través de la verja, y de repente no tenía una, sino tres personas dispuestas a aceptar el ofrecimiento. Que todo esto ocurriera durante la campaña 40 Días por la Vida era ya lo máximo. Me recordó también que iba a concertar una reunión con el doctor Robinson para presentármelo.

No podía creer la velocidad a la que transcurría todo. Miré al reloj. Habían pasado

solo unas pocas horas desde que saliera de la clínica envuelta en lágrimas, y ahora Shawn y su pandilla se estaban dedicando a buscar un trabajo para nosotras tres por toda la ciudad. Y, por si fuera poco, me estaban concertando una cita con un renombrado personaje pro vida que había sido abortista. Qué sucesión de acontecimientos más extraña.

* * *

Volver a casa y ver a Doug esa noche fue algo maravillosamente extraño. No podía ignorar que había adivinado dónde había estado esa mañana. Los dos nos encontrábamos mucho más relajados que al comienzo del día, cuando casi tuvo que empujarme fuera de casa, asegurándome que no teníamos de qué preocuparnos, que Dios nos mostraría el camino. Sonrió burlonamente cuando le conté las conversaciones que había tenido, primero, con los de la Coalición por la Vida y, luego, con Megan y Taylor. Hablaba a mil por hora, eufórica pero sin dejarme llevar por la exageración. Como yo, estaba pasmado por la velocidad con que había cambiado todo.

«¿Y qué tienes en la agenda de mañana?», me preguntó.

«Creo que voy a ir a la oficina por la mañana. Todavía tengo que trabajar el resto de la semana. Shawn me dijo que me llamaría cuando tuviera concertada la cita con el doctor Robinson».

Terminamos algo aturdidos. Parecía que la navegación que quedaba por delante era sencilla. Por supuesto, la cuestión de los ingresos económicos no estaba resuelta, pero veíamos que la mano de Dios estaba interviniendo de tantas formas distintas que decidimos confiar en Él.

Y hoy aún creo que fue así. Todo estaba en sus manos. Pero Shawn, Bobby, Heather y Karen tenían una idea más clara de lo que estaba a punto de desencadenarse. Yo no lo supe hasta que Shawn me lo dijo más tarde, pero aquella tarde terminó para ellos de un modo muy distinto al mío.

* * *

Tan pronto como me despedí de ellos y salí de allí en coche, Shawn cerró la puerta del edificio, se volvió a su equipo y les dijo: «Todo lo que ha pasado en esta habitación se queda aquí, ¿entendido? No le decimos nada a nadie, ¿comprendido?». Karen y Heather asintieron. «Ni siquiera a la junta directiva. Necesitamos que esté segura y lo suficientemente lejos de Planned Parenthood antes de que esto salga a la luz».

«Ha sido muy sincera con nosotros, muy confiada. ¿No crees que hará lo mismo con sus compañeros?».

«Probablemente lo hará –dijo Heather–. Quiero decir, así es Abby, ¿no? La hemos visto lo suficiente a través de la verja como para saber que ella es transparente. Lo que ves es lo que hay. Dice lo que piensa. Es difícil imaginársela manteniendo esto en secreto en su oficina».

«¡Es fantástico! ¡Esto es increíble! –dijo Karen–. De todos ellos, Abby Johnson. ¡La directora de la clínica! ¿Recuerdas las oraciones? Y Elizabeth, que asumió la carga de rezar por Abby. Siempre tuvo esperanzas. Decía: "Abby cree que está bien lo que hace. Un día descubrirá la verdad". ¿Te acuerdas?».

Shawn asintió. «Sí, es increíble. Me gustaría celebrarlo y dar gracias, pero ¿sabes una cosa? Mi mente va a mil por hora. Van a ir a por ella y a por nosotros. Lo sé».

Bobby entró de vuelta. «¿Se ha ido?».

«Sí, pero deberías haber visto su cara –dijo Karen–. La alegría. La transformación. ¿Lo viste, Heather?».

«Me siento un poco culpable. Al comienzo estaba bastante susceptible. Quiero decir, quería creerla, pero tenía miedo de creer que fuera verdad».

«A mí me pasó lo mismo –dijo Bobby–. ¿Os acordáis cuando David Bereit nos contó que, hace pocos años, una trabajadora de Planned Parenthood le dijo que se moría de miedo cada vez que veía a los pro vida, de manera que David le dio su número de móvil para que estuvieran en contacto, y luego durante semanas estuvo recibiendo bromas pesadas hasta que tuvo que cambiar de número? Y luego esa misma mujer le tomaba el pelo, a través de la verja, diciendo que era muy inocente. Eso era en lo que pensaba cuando Abby empezó a contar su historia. Pero, a medida que iba hablando, me fijé en su rostro mientras contaba el aborto por ecografía. Podía sentirse su dolor y remordimiento, su sentimiento de culpabilidad. Todo era real. Pero tengo que ser honesto: todavía tengo mi prevención».

Shawn dijo: «Cuando esto salga a la luz, cosa que ocurrirá, la gente nos pedirá que respondamos por ella. Todo el mundo en esta ciudad sabe que ella trabaja en Planned Parenthood. Muchos no le ofrecerán trabajo a menos que la respaldemos. Así que será mejor que todos aquí confiemos en ella. Pero mi mayor preocupación ahora mismo es Abby. Tengo el presentimiento de que tienes razón, Heather. Confiará en sus amigas de la clínica porque ella cree que son sus amigas. Y se va a quemar. Van a ir a por ella, sé que lo harán. Y a por nosotros también. Yo voy a ir quitándome ya la corbata porque sé que todo esto va a terminar en los tribunales».

«Quizá no vaya tan lejos. No sería la primera vez que te notifican una denuncia. Ha ocurrido en más ocasiones, ¿cuántas?, ¿tres veces? Siempre con cargos falsos y ninguna llegó a los tribunales».

«Es verdad, pero esta vez creerán que hay algún tipo de conspiración. Quiero decir, esta vez se trata de Abby Johnson, por el amor de Dios. ¡La directora! Y no solo se va de allí. ¡Vino a vernos a nosotros!», dijo Shawn mientras sacudía la cabeza.

Bobby se giró y le preguntó a Heather: «¿Les has contado lo que pasó cuando llegó Abby?».

«No –dijo Heather, riéndose–. No he tenido tiempo. No os lo creeríais, chicos.

Estaba sentada en la trastienda y vi entrar por la parte trasera un coche rojo, pequeño, igual que el de Abby, y en broma le dije: "Oye, Bobby, ¡creo que Abby acaba de entrar!"».

«Sí –dijo Bobby–, no estaba prestando atención. Me imaginaba que solo estaba bromeando. Así que dije: "Mmm… sí, claro, lo que tú digas"».

«Y treinta segundos después sonó el teléfono. Al otro lado pude escuchar a Abby preguntando si podía entrar. ¡Casi se me cae el aparato! Estaba congelada. No tenía ni idea de qué debía hacer. Puse la llamada en espera, fui al despacho de Bobby y le dije: "No es broma. Abby Johnson está en el aparcamiento y quiere entrar por la puerta trasera"».

«¿Qué le dijiste?», le preguntó Shawn a Bobby mientras se reía estruendosamente.

«¡Deberías haber visto la cara de Heather! –dijo Bobby–. Estaba pálida, como si hubiera visto un fantasma, y puedo asegurarte que estaba temblando. Le dije: "No te quedes ahí. Invítale a pasar". Y nos preparamos para recibir una sarta de improperios. Pensaba para mí: "Genial. ¿Habrá pasado algo con algún voluntario? ¿Ha llamado Abby a la policía? Esto no me huele bien". Así que, cuando Heather abrió la puerta, los dos estábamos allí plantados, preparados para todo, incluso para las malas noticias. Entró Abby, ¡y lo que pasó fue que no venía reclamando nada, sino huyendo! ¡Increíble!».

Después de que los cuatro se rieran un buen rato y compartieran lo que habían pensado y dicho, Shawn intentó devolverles a la realidad. «Mirad, chicos, sé que tenemos muchas cosas que celebrar, pero debemos tener cuidado. Con la campaña de los 40 Días por la Vida en marcha, los medios de comunicación y la policía están en alerta máxima. Una vez que Planned Parenthood se entere de que Abby planea dejar la organización –y, conociéndola, ella será la primera en decírselo y no tardará mucho en hacerlo–, creo que buscarán pelea. Querrán hacerle daño a ella y a nosotros. Así que no digamos una sola palabra, ni siquiera a cualquiera de los otros voluntarios».

Hubiera deseado que Shawn se equivocara. Pero no podía tener más razón.

Cuando concluyó aquella conversación, probablemente yo estaba terminando de contárselo a Megan y puede que también a Taylor. Al fin y al cabo, eran mis amigas. Confiaba en ellas.

CAPÍTULO 17
LO QUE TENGO QUE HACER

Cada viernes por la mañana, Shawn y el doctor Hay wood Robinson quedaban para desayunar. Su amistad se había forjado durante los años que llevaban trabajando juntos por la causa del movimiento pro vida. Él y su mujer, Noreen, eran dos médicos afroamericanos que habían practicado abortos antes de pasar por una experiencia de conversión dramática. Después, se convirtieron en férreos activistas pro vida. Shawn, un católico, y Haywood, un protestante evangélico, colaboraban codo con codo en la causa de la vida.

No había pasado una hora desde que me fuera de la sede de Coalition for Life cuando Shawn marcó el número de la oficina de Haywood. «¿Qué tal, tío? Tengo algo para ti. ¡Te va a encantar!». Después de ponerle en antecedentes, le dijo: «Me gustaría que la conocieras cuanto antes para que pudieras ayudarla a encontrar un trabajo, y sé que querrás conocerla».

Haywood dijo muy cortésmente que estaría encantado. Quedaron en que nos veríamos a la una de la tarde del día siguiente, martes, 6 de octubre.

* * *

El martes por la mañana, mientras me preparaba para ir al trabajo, daba vueltas por la casa como si estuviera bailando. Me había levantado con una sensación de alivio por haberme quitado un peso de encima. Me sentía tan liviana que podría ir flotando al trabajo. Esto no significa que ya no sintiera ansiedad por el futuro de mi carrera profesional. Claro que la tenía. Doug y yo estábamos preocupados por la situación momentánea de desempleo que iba a atravesar. Pero era un problema menor en comparación con el que había decidido dejar atrás el día anterior. Cruzar la verja, dejar el lado equivocado y sumarme al correcto haciendo así lo que Dios quería, terminó con años de tormento, de culpabilidad, de impostura y de confusión. Se derrumbó el grueso muro que había entre Dios y yo y su lugar lo ocupó un río de inmensa alegría. Nunca había sentido nada parecido en mi vida.

Me fui a la oficina. Saludé a los pro vida que rezaban en la verja mientras cruzaba la puerta. Me divirtió ver sus expresiones de desconcierto cuando dudaron si devolverme el

saludo.

Una hora después, mientras seguía ocupada con el papeleo en mi despacho, sonó mi teléfono móvil. Miré la pantalla. Era Shawn. ¡Aquella era la primera llamada que me hacía a la clínica! Cerré la puerta y contesté. Él habló en voz baja: «Soy Shawn. ¿Puedes hablar?».

«Sí, ¿qué ocurre?».

«¿Estás segura de que estás bien? Nadie lo sabe, ¿no?», seguía diciendo en un susurro.

Yo hablaba en voz normal. «Sí, estoy bien. ¡Me da igual quién lo sepa!».

«Vale, pero necesitas tener cuidado, Abby. No vayas por ahí contando que vas a tener una reunión con Haywood Robinson y Shawn Carney, ¿vale? Tienes que ser cautelosa. No subestimes las repercusiones de tu decisión. Quiero asegurarme que has entendido lo que te he dicho, Abby. Ten cuidado».

«Sí, lo he entendido. ¿Dónde nos reuniremos? Yo llevo el uniforme de la clínica. ¿Será apropiado para la reunión?».

«Sí, está bien. Va a ser en un hospital. Así que será muy propio». Shawn sugirió un lugar para encontrarnos y confirmamos la cita para la una de la tarde. Solté una pequeña risita mientras colgaba. Parecía una película de espías o algo así. Estaba tan alegre.

Me llevé a Megan discretamente a un lugar apartado y le conté que iba a tener una reunión con el doctor Robinson. Me pidió que me enterara si tenía plazas vacantes de enfermeras clínicas.

Salí de la oficina a la hora de comer y me encontré con Shawn en el aparcamiento del Med. Hacía un día fantástico a esa hora de la tarde: cielo azul, veinte grados de temperatura. Shawn apareció con una camiseta de los 40 Días por la Vida. ¡Vaya espía!

«Bonita camiseta. Creo que pasas desapercibido. Si nos encontramos con alguien que me conoce y te ve con esa camiseta, ¿no crees que podríamos levantar alguna sospecha?». Nos reímos a la vez y coincidimos en que aquello no era propio de espías. Nada que ver con la CIA.

«Bonita identificación», contraatacó. ¡Tenía razón! Me había dejado la identificación, el pequeño cartelito que llevamos colgado del pecho en Planned Parenthood. Creo que los dos nos sorprendimos de lo cómodos que estábamos el uno con el otro, como si fuéramos viejos amigos.

«Estás radiante. Radiante de veras, Abby». Sabía que lo estaba. Podía notarlo en mi interior.

Shawn no solía reunirse con Haywood en su oficina y no estaba totalmente seguro del camino. Tardamos poco en perdernos por completo. Y empezamos a reírnos. Y, cuanto más nos reíamos, más se nos contagiaba la risa, hasta parecer dos colegiales. Recorrimos un pasillo, luego otro, intentando leer los carteles y teniendo que volver

hacia atrás muchas veces. Incluso nos detuvimos una vez para preguntar. Pensamos que habíamos acertado y al llegar al final de ese pasillo nos encontramos una puerta con un cartel que decía: «Salida de emergencia. La alarma se activará si la traspasa». Y volvimos a estallar en carcajadas.

«Escucha –intentaba decirme Shawn–, ¡no puede ocurrir que nos arresten juntos en esta ciudad! Aquí estamos, los directores de dos organizaciones radicalmente contrapuestas. ¿Te imaginas los titulares si traspasamos esa puerta y se activa la alarma del hospital?». Nos mondábamos de risa. Era pura tontería.

Al final encontramos el ascensor correcto y una mujer entró con nosotros. Shawn, el «míster CIA», intentaba colocarse de tal manera que ella no pudiera ver el logo de su camiseta que, por supuesto, captó su atención desde el comienzo.

«¿Qué son los 40 Días por la Vida?», preguntó ella.

Sin perder la calma, Shawn se giró hacia mí y me dijo: «¿Te gustaría responder a eso?». Estallé en una nueva risotada. No sé lo que pensaría de mí aquella mujer.

Y Shawn le respondió: «Es una campaña de oración y ayuno de cuarenta días, durante los cuales visitamos clínicas abortivas para rezar por la gente que pasa por allí, incluidos los que trabajan».

«Bueno, es una buena acción», respondió. El ascensor se detuvo en el piso al que ella iba, y salió. Claramente, no había reparado en mi identificación.

«Será mejor que me quite esto, ¿no?», dije mientras me reía y me quitaba la identificación para introducirla en mi bolsillo. El ascensor volvió a detenerse y salimos.

Por fin llegamos al despacho de Haywood, donde una recepcionista nos señaló su puerta. Mientras entrábamos en aquella oficina tan elegantemente decorada, ¡nos encontramos con Morgan Freeman! Bueno, no exactamente, pero tal era el parecido que Haywood guardaba con él. Me di cuenta de que en su solapa llevaba el pin «de los piececitos preciosos», muy habitual entre los pro vida. Alargué mi mano para estrechársela y lo siguiente que escuché de este hombre alto y distinguido fue: «Ven aquí, querida». Y me dio un cálido abrazo.

Conectamos inmediatamente. Ha estado en esta situación, pensé. Ha pasado por esto antes. Lo conoce bien.

Nos invitó a sentarnos con él en el sofá de su despacho y Haywood y yo empezamos a contarnos nuestras respectivas historias. No puedo describir el sentimiento de esperanza que me inundó durante esa visita. Él también había hecho algo impensable. Me habló de los años que él y su mujer pasaron en la industria del aborto, de cómo una vez tuvieron un encuentro personal con Jesucristo y decidieron consagrar sus vidas a seguirle, y de cómo abandonaron el negocio del aborto y se unieron al movimiento pro vida. Y ahora ahí estaba él, un defensor de la vida, prestando ayuda a los demás. Una ayuda importante. Reconduciéndolos a la vida, siempre a la vida. Nunca a la muerte.

Aquello me conmovió profundamente. ¡Yo quería hacer eso mismo también! Quería estar siempre en el lado de la vida. Llevar esa esperanza y ese apoyo a las mujeres en situaciones críticas. Después de un rato, nos dijo: «Recemos juntos».

Abrió la puerta del despacho y le hizo señas a una mujer joven para que entrase. Probablemente era una de sus enfermeras. Le dijo a ella: «Esta es Abby. Ya te contaré cuál es su caso, pero tiene asuntos que solucionar y necesita rezar ahora mismo».

Se volvió hacia nosotros y prácticamente nos contó lo mismo de aquella mujer joven. «Esta chica ha sufrido mucho. No me detendré en los detalles pero estoy muy orgulloso de ella. Tiene un niño pequeño. Tomó la decisión de ir a la escuela de enfermería, y Noreen y yo hemos estado detrás de ella desde entonces».

Lo siguiente que recuerdo es que estuvimos rezando. Haywood dijo su plegaria con pasión. Luego le tocó a la enfermera y a Shawn. Yo quería hacerlo pero apenas podía hablar. Estaba llorando otra vez.

Cuando abrimos los ojos, todos me miraron.

«Siempre que rezamos, termino llorando», les dije. Y todos se rieron cariñosamente.

Acto seguido, Haywood nos dio una nota para que la entregara en Recursos Humanos. Entonces le hablé de Megan. «Mándame, por favor, su currículum».

En Recursos Humanos entregué la nota a la mujer que estaba allí, que dijo: «Sí, claro, el doctor Robinson nos llamó y dijo que vendrías». Luego me dio un impreso, que yo rellené.

Volvimos al aparcamiento, sin dar ningún rodeo esta vez, y nos quedamos allí un momento, a la luz del sol de aquella tarde.

«Voy a estar fuera de la ciudad esta noche –dijo Shawn–. Tengo que hablar en un acto de los 40 Días por la Vida en Dallas. Tienes mi teléfono. Llama a cualquier hora por cualquier cosa que necesites. ¿De acuerdo? Mi equipo sigue haciendo llamadas. En cualquier momento aparecerá un trabajo. Volveré en unos días».

Sabía perfectamente qué le preocupaba. Me preguntó: «¿Qué vas a hacer ahora?».

«¿Crees que debería irme ya y dimitir?», le pregunté. La respuesta era obvia. La gestión de los tiempos era lo único que me preocupaba en ese momento. Pero quería saber qué me respondería.

«Mira con quién estás hablando», me dijo, al tiempo que sonreía y señalaba el logo de su camiseta. «Por supuesto que necesitas dimitir. Sé que no tienes otro trabajo todavía, pero Dios proveerá. Él interviene en estas situaciones. No tienes que preocuparte. Se ocupará de todo. Él siempre es fiable».

«Voy a dimitir. Hoy. Porque es lo que tengo que hacer».

Echó la cabeza para atrás y se rió con ganas. «¡Porque es lo que tengo que hacer! ¡Claro! ¡Porque es lo que tengo que hacer!».

Parecía un niño pequeño, disfrutando de la alegría que le proporcionaba el momento.

Me agarró y me dio un abrazo, casi bailando de excitación. Si hubiera sabido lo que Shawn conocía, si hubiese tenido alguna idea de lo que había ocurrido en su organización desde 1998 o incluso en las últimas veinticuatro horas, imagino que habría respondido con la misma alegría. Aún me quedaba mucho para descubrir el resto de la historia, pero ya sabía bastante; sabía que, de alguna manera, la alegría de Shawn parecía mayor incluso que la mía. Podía verlo reflejado en su corazón, y era algo maravilloso.

Comprendí lo que aquel momento significó para mí. Estaba dando comienzo una nueva etapa, una nueva vida.

Ocho años antes una ingenua e impresionable chica universitaria había asistido a aquella Feria del Voluntariado donde escuchó la perorata sobre aquella causa que pretendía ayudar a las mujeres y reducir el número de abortos. Tomé partido ese día por algo que creía correcto, y firmé por Planned Parenthood. Recuerdo haber pensado: ¡Pues aquí es donde yo me planto! Lo había decidido en aquella Sala de Banderas de Texas A&M. Puedo contribuir a mejorar esa situación. Puedo ayudar a prevenir los embarazos no deseados, a hacer que el aborto se convierta en algo poco frecuente, y auxiliar a las mujeres que necesitan ayuda. Esto es bueno para las mujeres, bueno para la comunidad en la que vivo y perfecto para mí.

Había tardado ocho años en descubrir que, al alinearme con una organización que practicaba abortos, estaba condenada a formar parte de aquello que precisamente me había comprometido a reducir. Desde que tomé aquella decisión, todo había sido un largo y lento camino hacia la oscuridad. Ahora ya lo tenía claro. Había vivido en esa oscuridad durante ocho años y en ese espacio de tiempo había perdido el sentido de la realidad. Había escondido mis propios secretos. Había levantado unos muros que me habían separado de mis padres, de mi marido y de mis amigos. Había levantado una verja dentro de mí, en mi propia conciencia, que me dejó desorientada y confusa en un terreno desconocido. Y había construido también un obstáculo que impedía la relación con Dios que tanto anhelaba. Hoy la paz ha invadido mi alma, llevándose por delante los escombros de ese muro.

Ese día, 6 de octubre de 2009, me planté en el lado correcto de la verja: el lado de la vida. De pie en aquel aparcamiento del hospital, supe que todo iba más allá que dejar simplemente Planned Parenthood. Me estaba uniendo al movimiento pro vida.

* * *

Shawn y yo nos dijimos adiós con un abrazo. «Le pondré un mensaje a Bobby para decirle que vas a dimitir hoy y que esté pendiente de ti. ¿A qué hora crees que lo comunicarás?».

«Esperaré al final del día, sobre las cuatro y media. Quiero que sea lo menos perjudicial para todos. Mientras tanto, escribiré mi carta de dimisión».

«Mi equipo está a tu disposición, Abby. Y rezarán por ti».

Me fui flotando y atravesé la puerta de la clínica a las dos y media. De veras que me sentía como si flotara. Sabía que aquella podría ser la última vez que traspasara esa puerta. Esta vez, en vez del sentimiento de descender hacia la oscuridad, traía la luz incorporada conmigo. Qué diferencia.

Estaba agradecida por aquella luz porque, mientras entraba en la clínica, iba dándome cuenta, con inusitada claridad, de la realidad y las implicaciones de lo que estaba a punto de hacer. Vi varias mujeres sentadas en la sala de espera y me pregunté qué iba a ser de ellas. Sin mí allí, ¿se dispararía el número de abortos? Las pacientes eran tan vulnerables, tan fácilmente influenciables… Para mí siempre fueron personas. Pero ahora pensaba que la organización las miraba como si fueran meros símbolos del dólar. Algunas clientas volvían periódicamente; llegué a conocerlas, a compartir con muchas de ellas los momentos más difíciles de sus vidas. Me seguirían preocupando y las echaría de menos.

Vi a mis compañeras. A todas esas mujeres que había apreciado. Casi todas ellas estaban allí por su preocupación por los demás y el deseo de hacer un mundo mejor intentando ayudar a las mujeres en situaciones límite. Habíamos compartido mucho juntas. Nunca lo entenderán, pensé. Se sentirán traicionadas. Una vez que todo esto termine, no habrá ninguna forma de reconciliarse con ellas. No seré bienvenida aquí nunca más.

Pero la luz estaba dentro de mí, iba conmigo. Sabía que estaba haciendo la voluntad de Dios, que Él me había llamado para que le siguiera, y eso era lo que tenía que hacer. Tenía que confiar en Dios para que se ocupara de lo que estaba fuera de mi control.

Tenía muchas cosas que hacer y solo dos horas. Hice un repaso mental de todo. Tengo que empaquetar todo lo que es mío. Tengo que escribir mi carta de dimisión, recopilar todo lo que es de la clínica –las llaves, las tarjetas de acceso, todo– y dejarlas para Cheryl. No quiero irme de aquí con nada que sea suyo ni dejar nada mío porque sé que nunca volveré a cruzar esa puerta. Pero primero voy a tener que hacer lo más desagradable de todo. Tengo que anunciárselo a algunas de mis compañeras en persona.

Empecé con Megan y luego vino Taylor. A las dos les conté mi reunión con el doctor Robinson y Shawn y mi decisión de dimitir inmediatamente.

Megan estaba triste, sorprendida de la rapidez con que iba a irme, pero lo entendió.

Taylor pareció más afligida. «No nos dejes, Abby, por favor –me dijo–. Espera a que tengamos la posibilidad de otro trabajo». Pero le aseguré que buscaríamos ese trabajo juntas, y que haría lo que estuviera en mi mano para ayudarle a encontrar un trabajo lo más rápido posible.

A las otras se lo comuniqué una a una, algunas por teléfono, sin mencionarles los contactos que había tenido con Coalition for Life. Les expliqué que Cheryl y yo habíamos empezado a tener desencuentros porque ella quería llevar a la clínica por una

dirección distinta de la mía, que Cheryl me había dado instrucciones para que aumentáramos el número de abortos y que, desde luego, yo no compartía ese objetivo; que el aborto tenía que ser la prioridad, algo que jamás iba a ocurrir conmigo. Les expliqué que, en esas circunstancias, ya no podía permanecer allí mucho más tiempo.

Recogí el despacho y finalmente me llevé las fotos de Doug y Grace de mi escritorio. Y también, lo último de todo, el tarjetero con la nota de Elizabeth. Me la llevaré a casa y la enmarcaré, me dije. Después, me senté a escribir mi carta de dimisión.

A las cuatro y media, justo la hora de cerrar, envié mi carta por fax a la oficina de Recursos Humanos en Houston. Dejé las llaves y las tarjetas de acceso en el lugar apropiado para que Cheryl las encontrara al día siguiente, ya que vendría volando nada más enterarse de mi dimisión. Me sentía como si me hubiera quitado un peso de encima. Creo que nunca me he sentido mejor.

Metí mis pertenencias en el coche y entonces me acordé de mi aspiradora. Era algo que me sobraba en casa y que me traje a la oficina por si la necesitaba. No quería dejarla. Fue lo último que saqué de la clínica. Salí por la puerta que utilizaban los trabajadores de la clínica, situada a un lado del edificio. Oí cómo se cerraba la puerta y, cuando lo hizo, tuve una reacción extraña. De repente, me entró el pánico. Ya estaba fuera. No tenía llave ni tarjeta. No tenía forma de volver a entrar. La carrera profesional que había tenido hasta ahora se había quedado encerrada dentro de ese edificio y no había vuelta atrás. La inexorabilidad de todo aquello provocó en mí un sentimiento de miedo que poco a poco quedaría anegado por una oleada de alivio.

Megan y Taylor me estaban esperando en el aparcamiento, al lado de mi coche, mientras yo llegaba cargada con mi aspiradora y la sonrisa tonta de quien se avergüenza de la extraña escena que está protagonizando. Me desearon lo mejor y se despidieron con un abrazo. Éramos las últimas. Entonces, al otro lado de la verja, pude ver a Bobby, de pie sobre la hierba, justo como Shawn me había prometido. Había otro voluntario con él, observándolo todo y claramente desconcertado. Saludé a Bobby con la mano y le señalé la aspiradora mientras me reía. Él se rió también. A saber qué pensaría el pobre voluntario. Bobby me saludó con la mano y, para mi sorpresa, Megan y Taylor le devolvieron el saludo. Bueno, todavía hay esperanza, pensé. Quizá terminen al otro lado de la verja, con nosotros. Me sorprendí. ¿Nosotros? Me di cuenta de que ya me consideraba parte de la Coalición. El vínculo con la organización ya había crecido mucho durante un solo día.

Subimos a nuestros coches y salí tras ellas del recinto.

Esto completa una etapa de ocho años de mi vida, pensé. Se acaba una carrera profesional. Pero eso ahora es el pasado. Del futuro Dios solo quiere que me mantenga fiel.

Cuando pasé cerca de Bobby, sonrió y me saludó otra vez. Lo seguí por el retrovisor

y lo vi caer de rodillas, con los brazos levantados en dirección al cielo. Estaba rezando en la verja, pero esta vez dando gracias en vez de pidiendo algo. Yo también rezaba y me pareció maravilloso hacerlo con él.

Y, por supuesto, me eché a llorar.

Siempre que rezo, termino llorando.

CAPÍTULO 18
ENCARANDO EL FUTURO

Llamé a mi madre aquella noche. De hecho, estaba ansiosa por contarles a mis padres la decisión que había tomado de cruzar la verja y entrar en la sede de Coalition for Life. Tan solo ese hecho era la demostración evidente de que estaba siguiendo el camino que Dios había elegido para mí.

Así que ese martes 6 de octubre, cuando mis padres recibieron mi llamada, es muy probable que llevaran tiempo rezando por mí, sobre todo desde que tuvieron noticia de que estaba trabajando para Planned Parenthood. Doug y yo habíamos acabado de acostar a Grace, y yo me había recostado en mi sillón favorito y acababa de marcar su número.

«Hola, mamá. Tengo muy buenas noticias para vosotros. ¿Se puede poner papá también?».

Como mi madre puede detectar mi estado de ánimo por el tono de voz que empleo, debía de haberse dado cuenta de que estaba feliz. Mientras escribo esto, tengo para mí que pensaron, probablemente, que les llamaba para contarles que estaba embarazada. Tendré que preguntárselo alguna vez.

«Hoy he dimitido de Planned Parenthood», les dije. Se hizo un silencio que podía oírse el vuelo de una mosca. No les había contado la historia del aborto guiado por ecografía de unas semanas antes, así que no sabían nada del conflicto que se había desatado en mi interior desde ese día.

«Tengo mucho que contaros». Y eso es lo que hice. Todo lo que me había ocurrido había sido tan increíble que me preguntaba cómo podía transmitirlo todo eso a mis padres: lo purificador que resultó el día anterior, mi salto figurado por encima de la verja hacia el otro lado, la fulgurante reunión de hoy con el doctor Robinson y luego la dimisión. Pero una vez que empecé lo hice casi sin esfuerzo. Las palabras y las emociones salieron a borbotones. Como siempre, mis padres me escucharon con cariño, me hicieron pocas preguntas y me dejaron claro que estarían a mi lado en todo lo que necesitara.

«Has hecho lo que debías hacer, Abby –me dijo mi madre–. He estado rezando durante mucho tiempo para que pudieras salir de ese sitio. Estoy muy orgullosa de ti».

«¿Estás bien? ¿Necesitas dinero o alguna otra cosa?», preguntaba mi padre. Me estremecí al darme cuenta de que mis padres me apoyarían de forma incondicional en cualquier cosa que decidiera hacer en mi vida. ¿No era esto típico de mi padre? Su primera respuesta fue para asegurarse de que las necesidades de su pequeña estaban cubiertas. Y, de pronto, caí en la cuenta: Dios, mi padre misericordioso, también velaba siempre por mis intereses. Aunque mereciera pagar por las consecuencias que tenían mis actos, Él siempre permitía que estuviera rodeada de apoyo y cariño, de la gente oportuna en los momentos precisos. Me imaginé a Bobby, a quien vi hoy de rodillas, con los brazos levantados, en el exterior de la verja. Dios estaba escuchando las oraciones de muchos –y no podría imaginar cuántos– para que dejara Planned Parenthood. El paso que había dado hoy no había sido un hecho aislado, que se debía solo a mi voluntad. Era una secuencia que formaba parte de una película más amplia.

Pasaría un tiempo antes de que descubriera la verdadera dimensión de esa película.

* * *

Poco después de colgar, sonó el teléfono. Era Shawn. Llamaba desde Dallas para ver qué tal estaba.

«¿Cómo lo llevas? –me preguntó–, ¿cómo te ha ido esta tarde?». Le conté los detalles y cambiamos de tema.

«Shawn, me muero por contárselo a Elizabeth. Quiero que sepa que una parte importante de todo esto se debe a aquellas semillas que plantó hace dos años tan solo con unas flores y una simple tarjeta manuscrita».

«Quizá sea mejor que yo le llame primero –sugirió–. Le contaré qué ha ocurrido y que todo esto es real».

Me pareció bien, pero la noche avanzaba y estaba impaciente. Busqué el correo electrónico de Elizabeth en la página web de 40 Días por la Vida y le escribí, contándole mi historia y terminando con un «Esto ha ocurrido de verdad. Puedes llamar a Shawn si quieres verificarlo».

El teléfono sonó otra vez. Era una de mis colegas de otra clínica, a quien había llamado ese día para contarle mi decisión de dimitir. Ya que había confiado en ella para contarle mi decisión de irme de la clínica, me dijo que se veía en la obligación de decirme que estaba preocupada por su trabajo. Pensó que Cheryl se enfadaría con ella si descubría que yo se lo había contado antes. Me preguntó si me sentiría traicionada si le llamaba a Cheryl esa noche para decírselo.

«Puedes llamar y contárselo a quien quieras», le respondí, sorprendida de lo libre que me había sentido al decir esto sin el menor temor a la posible reacción que pudiera tener Cheryl. «Si crees que debes decírselo a ella para cubrirte, adelante».

Me sentí aliviada de no haberle contado nada de Coalition for Life. No se lo conté a nadie, excepto a Megan y Taylor. Mi dimisión era algo que, de todas maneras, Cheryl

iba a conocer a la mañana siguiente, a la vez que todos los de la oficina de Houston. Pero de mi entrada en la organización pro vida preferiría darme un tiempo. Habría sido muy fácil, dada la relación conflictiva entre ambas organizaciones, que el hecho de haber estado en su sede el día anterior a mi dimisión y haberme visto con Shawn el mismo día que dimití, llevara a denunciar que yo había estado pasando información o conspirando con el enemigo.. Me acordé de la advertencia de Shawn para que estuviera callada y mostrara un perfil bajo. Tenía razón.

Cuando aquella noche me arrastré hasta la cama y me acurruqué cerca de Doug, me sentía una mujer nueva. Estaba exhausta por la tensión de los últimos días y las decisiones que había tenido que tomar en ese corto período de tiempo, pero era un agotamiento maravilloso. Esto es lo que debe sentir un atleta cuando está a punto de completar un maratón, pensé. Uno debe cruzar la meta dolorido y exhausto, pero la euforia por haber cruzado la meta hace que todo ese dolor adquiera un sentido. Así es como yo me siento.

Al día siguiente por la mañana me llamó la misma compañera de la víspera. Me contó con detalles cómo había sido su conversación con Cheryl. Me gustaría poder decir que no quería saber más, que ya tenía suficiente con lo que me había contado. Pero no sería verdad. Sabía que a lo largo de todo el día –y con toda probabilidad durante toda la semana siguiente– se producirían momentos de gran tensión y tenía curiosidad. Cada vez que sonaba el teléfono, me desayunaba con noticias nuevas. Llamó Megan. Se había tomado el día libre, pero Cheryl le había llamado varias veces pidiéndole que fuera a la oficina y preguntándole si recordaba algún dato o había visto algo sospechoso en mi comportamiento. También llamó Taylor y me contó cómo Cheryl se había reunido con cada empleado por separado, intentando averiguar lo que sabían, y si alguien me había visto recoger el despacho o llevarme mis cosas a casa. Nada sorprendente, desde luego. No me preocupaba. Tuve cuidado de recoger mis cosas y dejar todas las demás en excelente estado de revista.

Megan, por su parte, estaba utilizando su día libre para trabajar en su currículum. Me lo mandó por correo electrónico ese mismo día y, tal como me pidió ella, se lo reenvié a Shawn.

También me llamó él y le confesé que le había escrito un correo electrónico a Elizabeth. Justo en ese momento sonó su teléfono móvil. «Oye, ¡me está llamando ella ahora! Espera, no cuelgues». Después de un minuto, volvió al teléfono abiertamente eufórico.

«Abby, está tan emocionada que está llorando. Voy a ponerle al corriente de todo y te vuelvo a llamar». Solo unos pocos minutos después, volvía a sonar el teléfono, esta vez con la voz de Elizabeth al otro lado de la línea. Lloramos al tiempo que hablábamos, maravilladas por cómo había actuado Dios. Le expresé mi gratitud de la mejor forma que

fui capaz por la manera en que me había tendido la mano y me había dado su afecto, aunque yo estuviera trabajando en una clínica abortiva, algo que iba en contra de sus creencias. Quedamos en almorzar unas semanas después cuando ella pudiera venir a Bryan.

El resto de la semana continué buscando trabajo, ahora con entera libertad para contactar con cualquiera que me pudiera venir a la mente. Concerté unas pocas entrevistas por mi cuenta. Además de eso, disfruté del hecho de estar con Grace y poder pensar en algunos cambios en la casa. Me sentía libre.

El domingo por la mañana, el primero después de mi dimisión, fue un día de gozo espiritual y de celebración. Esta vez, cuando recé la oración de la confesión, me sentí desbordaba de gratitud y asombro por la manera en que Dios me había removido interiormente, pero cómo me había guiado en esta experiencia tan dura. Pensé que esto quizá me proporcionaba una nueva perspectiva de lo que Moisés debió de sentir tras haber conducido al pueblo de Israel fuera de Egipto. ¡Al fin, libre!

Y resultó que, en realidad, estaba a punto de encontrarme atrapada entre el Mar Rojo y los carros del Faraón.

Afortunadamente, como la ignorancia es pariente de la felicidad, disfruté de aquel momento como la celebración de una victoria.

* * *

Taylor me llamó otra vez para contarme que había decidido dimitir muy pronto. Había estado intentando trabajar en su currículum para poder enviárselo a Shawn. Así que me pidió venir una noche después del trabajo para que le ayudara a terminarlo.

Le dije que se pasara. Tenía muchas ganas de que mis mejores amigas salieran de allí y que descubrieran esa liberación que yo estaba experimentando.

Trabajamos primero en su carta de dimisión y luego en el currículum. Fue divertido ayudarle en lo que pude y ver cómo se preparaba para dar ese paso. Le dedicamos varias horas y, finalmente, hacia la medianoche, lo terminamos y se lo enviamos a Shawn. Me dio las gracias y se fue a su casa.

Me llamó al día siguiente para decirme que había decidido no irse de la clínica hasta que tuviera claro un nuevo trabajo. Pude entender su preocupación.

«Está bien. Ven a casa otra vez esta noche. Estoy mandando solicitudes de empleo a través de internet. Te ayudaré a hacer algunas. Vas a ver lo rápido que vamos a encontrarte un trabajo».

Pasamos de nuevo unas cuantas horas esa noche, la mayoría rellenando solicitudes por separado, aunque ella me pidió que le ayudara con alguna de las suyas. Las enviamos todas esa noche y, una vez más, me dio las gracias y se fue.

Las dos semanas siguientes fueron fantásticas. Acudí a unas cuantas entrevistas y estaba animada con varias posibilidades. Casi todos los días, Taylor, Megan y yo nos

enviábamos mensajes de texto o nos llamábamos para saber cómo iban las pesquisas de cada una.

Mientras tanto, durante esas dos semanas, mi vínculo con Coalition for Life fue fortaleciéndose cada vez más. Hablé numerosas veces por teléfono con Shawn y su equipo. Les hice centenares de preguntas sobre la oración, sobre Dios, la Biblia y su postura en varios casos de ética médica. Un auténtico torrente de preguntas. Estaban ansiosos por responderme y querían que yo supiera que estaban rezando por mí. También me pusieron al día de las posibilidades de empleo que habían explorado. También les pregunté por su trabajo: sus objetivos, cómo entrenaban a los voluntarios y qué servicios ofrecían a las mujeres que venían hasta ellos con problemas y situaciones dramáticas.

Cuanto más hablábamos, más comprendía que tenían un objetivo increíblemente similar al mío, pero el suyo iba más allá de las circunstancias inmediatas. Se preocupaban de cada mujer como persona, con un contexto familiar y unas necesidades espirituales y buscaban la integridad de su salud física y emocional. Ofrecían soluciones para mejorar sus condiciones de vida a largo plazo.

Esta diferencia de perspectiva me llevó a una profunda reflexión. Pensé en los esfuerzos que había hecho en la clínica para que la adopción fuese una alternativa al aborto. Una opción inequívocamente defensora de la vida, no solo para el niño, sino también para los padres biológicos. Ellos deberían convencerse de que permitir el nacimiento de un niño puede parecer el camino más difícil pero es, sin duda, el más correcto, para luego encomendar su cuidado y educación a una familia. Pensé también en la fuerza intrínseca que proporciona la paternidad biológica, que pasa a ser uno de los logros importantes en la vida de una persona. Admiro a las madres que deciden seguir adelante con su embarazo en vez de abortar; una opción que significa sacrificar su carrera personal y su confort material para dedicarse a sus hijos. Son elecciones difíciles, pero me doy cuenta del bien que Dios esconde detrás de estas decisiones firmes y valientes.

Empezaba a captar el contraste radical entre su modo de pensar, basado en la protección de la vida y las soluciones a largo plazo, y el de Planned Parenthood, que solo pensaba en resolver los problemas de forma inmediata. El embarazo y las enfermedades de transmisión sexual eran problemas que debían «resolverse» mediante el aborto y el tratamiento farmacológico, incluso cuando esas soluciones dejaran en su lugar problemas más profundos y supusieran un gran riesgo para las mujeres. Cuanto más consciente era de todo esto, más se me abrían los ojos a cómo actúa Dios a través de la Coalición para cambiar por completo nuestras vidas.

* * *

Mis nuevos amigos continuaron llamando a sus contactos, dejando caer que

necesitaba un trabajo. Shawn contactó con un médico local que apoyaba la causa pro vida y que mostró interés, así que me invitó a pasar por la sede para contarme. Estaba muy contenta con la invitación pero debíamos tener cuidado y evitar que alguien me viera por allí, aunque también quería estar con mis nuevos amigos. Shawn me puso en antecedentes sobre el médico pro vida y su clínica. Me gustó lo que me contó, así que quedamos en que le llamaría. Pero había algo que me inquietaba y no podía ignorarlo durante más tiempo.

«Shawn, necesito contarte algo». Su semblante se volvió preocupado, muy serio, y se inclinó levemente hacia adelante. Se quedó con los ojos muy abiertos, como si fuera a decirle que lo había pensado mejor y me volvía a Planned Parenthood. Estaba un poco nerviosa, pero continué.

«Hay algo que me preocupa. Me siento como una impostora. Me doy cuenta de lo que significa el aborto y del mal que supone. Sé que acabo de irme de una clínica abortiva y que nunca volveré. También, que no quiero volver a saber nada de la causa a favor del aborto nunca más. Pero tengo que ser honesta. No estoy segura todavía de que yo realmente… bueno... pueda asimilarme por completo a eso que llamáis pro vida. Me resulta difícil decirlo, Shawn. Es extraño, porque soy consciente de que me encuentro en un proceso para formar parte de este movimiento, si esto tiene algún sentido, que quizá no lo tenga. Pero hay algunas cosas que no tengo claras en absoluto. ¿Creo realmente que el aborto debe ser ilegal? Bueno, creo que el aborto no es muy moral que digamos, pero ¿ilegal? ¿Debería ser un crimen? ¿Eso haría que las mujeres dejaran de abortar? Yo sé que no y que, además, se multiplicarían los abortos clandestinos. ¿Y qué ocurre con el aborto en casos de violación e incesto? Aunque llegara a ser ilegal, ¿no debería contemplarse en esos casos? Tengo demasiadas preguntas sin responder».

Shawn me miró un momento, echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. No se estaba burlando de mí, y yo sabía que tampoco me estaba menospreciando. Pero, claramente, le pareció gracioso, y es lo último que podía haberme imaginado. Se inclinó hacia adelante otra vez; yo no tenía la más mínima idea de lo que iba a decirme.

«A ver, Abby, tienes que darte cuenta de que estabas dirigiendo una clínica abortiva hace solo dos semanas. ¡Dos semanas! Si ese es el gran problema que tiene Abby Johnson a estas alturas, creo que vamos francamente bien. Lo demás ya irá ocurriendo. Vendrá con el tiempo. El Espíritu Santo le ha dado la vuelta a tu vida como si fuera un calcetín. Creo que vas a necesitar volver a procesar todo lo que piensas y rezar lo suficiente para que te ayude a discernir lo verdadero y lo falso. Te va a llevar tiempo y mucha oración. Te sugiero que no tengas prisa de resolver cuanto antes tus debates internos, sino que te sumerjas en la oración y permitas que Dios termine lo que ha empezado».

Suspiré con resignación y él se volvió hacia la pantalla de su ordenador para seguir trabajando. Y, mientras sonreía, dijo para sí lo bastante alto para que yo lo pudiera oír: «Abby Johnson cree que no es lo suficientemente pro vida. ¡Me encanta!».

* * *

Mi agradecimiento hacia Coalition for Life me empujaba a una profunda introspección, que se traducía en más y más oración. Francamente, siempre fui una mujer de acción. Pero ahora me encontraba en un período de calma, de espera, aunque exactamente no estaba segura de lo que estaba esperando. Solo sabía que era el momento de esperar a que Dios actuara. El médico con quien había hablado Shawn nos dio una fecha para reunirnos a la semana siguiente. No estaba preocupada por eso, al contrario, me tranquilizaba que Dios tuviera todo bajo control, porque sabía que, si solo hubiese dependido de mí, no habría salido de un estado de ansiedad.

Un viernes por la noche, hacia las nueve y media del 23 de octubre, estaba en la ducha, rezando. No era raro verme rezar casi a todas las horas del día y la noche, disfrutando por completo de un nuevo sentido de comunión con Dios. De repente, me entraron ganas de ir a la verja de la clínica y rezar. Al principio, lo desestimé. Shawn y yo habíamos acordado que debía mantener las distancias con la clínica. Todavía no queríamos decir nada de que me había unido a ellos. Nuestra idea era dejar que transcurrieran unos pocos meses, de manera que me aclimatara al trabajo de voluntaria de la Coalición. De otra manera, el cambio tan rápido de bando que protagonicé habría suscitado acusaciones de conspiración. Después de todo, la paranoia y la desconfianza campaban a sus anchas en los dos lados de la verja.

Pero el deseo por ir a rezar allí era persistente y empecé a creer que provenía de Dios. Tan pronto como pensaba en eso, mi mente se vio invadida por el recuerdo de mis dos abortos. Me miré las manos y una vez más me sentí culpable de la muerte de muchos más niños que no conocía. De mis ojos brotaron lágrimas que se mezclaron con el agua de la ducha al correr por las mejillas. Ve a la verja y reza. Me sentí obligada.

«Si hay algo que sé ahora es que, cuando Dios me dice algo, debo hacerlo –musité–. ¿Pero qué pensará Doug?». Después de secarme, me puse una camiseta y unos pantalones de deporte y, con el pelo todavía goteando, me fui al salón. Doug estaba reclinado en el sillón.

«Vas a pensar que estoy loca –le anuncié–, pero necesito ir a la clínica».

Doug me miró perplejo. «¿Quieres apedrearla?».

«¡No, no voy a apedrearla!», protesté. ¡Dios mío, este pobre hombre no es consciente de lo que le aguarda en los próximos días! «Voy a ir a rezar».

«Bueno, Abby, no creo que eso sea una locura».

Así que quedamos en que él se quedaría en casa con Grace. Le di un beso antes de irme. Eran las diez de la noche. Los dos sabíamos que la campaña de 40 Días por la Vida

todavía continuaba, lo que significaba que al menos siempre habría dos personas rezando ante la verja. Estaba nerviosa. ¿Qué iba a decirles?

Necesito hablar con alguien por teléfono. Pensé en Elizabeth. Habíamos hablado varias veces desde que le envié aquel correo electrónico anunciándole mi dimisión. ¡Sí, necesito hablar con Elizabeth!

Mientras marcaba su número, comencé a llorar. «Voy a ir a rezar a la verja –le dije cuando contestó–. ¿Crees que es una locura?».

«Parece como si Dios te hubiera dicho que fueras allí, Abby. Creo que puede tener un efecto terapéutico».

«Pero Shawn me ha comentado que algunos de los voluntarios han notado que mi coche ya no está allí, y se han estado preguntando dónde me he ido. ¿Qué ocurriría si me presento allí y me reconocen?».

«Solo diles la verdad». Elizabeth lo dijo de manera sencilla. Estuve hablando con ella hasta que aparqué.

Dos jóvenes estudiantes que estaban rezando en la verja me miraron mientras me aproximaba. La noche era oscura, pero las luces de la calle brillaban con fuerza y podían verme con claridad. Sin saber por qué, me encaminé hacia ellos.

«Hola –dije tímidamente–. Me llamo Abby Johnson. Era la directora de esta clínica hasta que dimití hace dos semanas. Mi conciencia no me ha dejado continuar ahí. Por favor, no le digáis a nadie que me habéis visto; solo quería venir a rezar un poco». Me sentí liberada al decirlo.

Los dos me abrazaron. «¡Es fantástico!», dijeron al unísono mientras sonreían de oreja a oreja.

Anduve unos pasos. Cerré los ojos y me puse delante del edificio. Sabía que tenía que enfrentarme con ese lugar. Tenía que enfrentarme con lo que había hecho. Debía admitir el papel que había asumido. Fue allí donde aborté a mi segundo hijo. Fue allí donde había acompañado a mujeres hasta dejarlas en manos de Planned Parenthood. Fue allí donde planifiqué la muerte de innumerables niños. Respiré profundamente y abrí los ojos.

Estaba allí, de pie, cara a cara con mis propios pecados, encerrados en aquel edificio. Dejé que su peso cayera sobre mí. Tenía que notarlos, reconocerlos. Y lo hice.

A veces, las palabras se quedan cortas.

Voy a decirlo. Desde entonces, el Viernes Santo nunca ha sido lo mismo para mí.

Jesús cargó en la cruz con el peso de todos los pecados del mundo. No puedo imaginarme tal carga. Ahora, sin embargo, notaba el peso de las vidas de mis dos hijos no nacidos y los miles que, por voluntad propia, había dejado en manos de un médico abortista.

Pero Jesucristo no se quedó en la cruz. Él resucitó. Y eso es lo que experimenté esa

noche. Una vez que noté todo ese peso, se lo ofrecí a Jesucristo desde la verja. Y Él me cogió por los hombros, me levantó y confortó mi alma.

Mientras contemplaba la fachada del edificio entre las barras de hierro de la verja, supe que era Dios quien me había hecho venir hasta aquí. No estaba solo enfrentándome al lugar donde había cometido mis pecados. También me estaba liberando de ellos.

Me puse a rezar. El ruido de la calle a mi espalda fue desvaneciéndose. Solo escuchaba el silencio. Estaba a solas con Dios en ese lugar, en comunión con Él. Un sentimiento de paz me embargó y supe que era la paz que solo Dios puede dar.

Allí, al lado de la verja y sin asomo de duda, mi curación había comenzado.

* * *

El miércoles, 28 de octubre, Taylor tenía concertada una entrevista en una clínica de la ciudad. Me llamó más tarde y me preguntó: «¿Quieres que cenemos juntas?». Quedamos en un restaurante mejicano. Después de cenar, me contó con mucho entusiasmo cómo había ido su búsqueda de trabajo y me dijo que estaba pensando en matricularse en la escuela de enfermería. En ese tiempo, las dos recibimos mensajes de Megan. Se había reunido en la oficina de Houston con otras enfermeras clínicas de Planned Parenthood, y había hecho el viaje de ida y vuelta con Cheryl. Durante el trayecto, Megan había recibido una llamada de alguien pidiendo referencias mías, ya que así constaba en mi currículum. Por lo que decía el mensaje, deduzco que Megan lo encontró divertido, y yo también me reí.

Esa tarde, tenía que ir a los ensayos del coro, así que nos preparamos para separarnos. Después de darme un abrazo de despedida y de prometerme que me llamaría al día siguiente, Taylor me dijo que Bárbara, junto al máximo ejecutivo de la filial de Planned Parenthood, iban a venir al día siguiente para la reunión anual de planificación. Esperaba que fuera su última vez. «No será lo mismo sin ti», me dijo mientras se montaba en el coche.

Sonreí. Me sentí liberada de no tener que lidiar más con mi conciencia ni con el presupuesto y las prioridades de Planned Parenthood.

No tuve noticias de Megan y Taylor al día siguiente, jueves. Supuse que sus reuniones habrían terminado tarde y no le di muchas vueltas. Les mandé un mensaje pero no me contestaron. El viernes, durante todo el día, estuve esperando una llamada o un mensaje de texto, pero nada.

El viernes por la noche, mientras estaba viendo en casa una película con Doug, me llamó una buena amiga que trabajaba en otra clínica de Planned Parenthood. Fue una de las pocas a las que llamé el día de mi dimisión, solo para que se enterara directamente por mí, en vez de que lo escuchara por ahí. Por supuesto, en aquella llamada tampoco mencioné nada de Coalition for Life.

«Abby, tengo que preguntarte algo. ¿Estás trabajando de alguna forma con Coalition

for Life?».

La pregunta me sobresaltó. Había sido muy prudente de no mencionar mi relación con la Coalición a nadie, y sabía, además, que Shawn había pedido a su equipo discreción absoluta. Me preguntaba quién se lo había dicho, pero su pregunta era muy directa y no quería mentirle.

«Sí, he estado hablando con ellos». Contuve la respiración, esperando su respuesta.

«Bueno, Abby. Bien…». Entendí que había hecho una larga pausa porque estaba intentando cómo continuar ya que, seguramente, esa no había sido la respuesta que esperaba. «Bien, cuando ya no esté ligada legalmente a Planned Parenthood, volveré a llamarte y te preguntaré más cosas sobre todo esto».

«Sí, claro», le respondí. Me dijo adiós con rapidez y colgó.

Bueno, esto es muy raro, pensé. ¿Cuando no esté ligada legalmente? ¿Qué demonios significa eso? ¿Que Planned Parenthood conoce mi relación con Coalition for Life? Parecía asustada.

Llamé a Megan, al tiempo que me preguntaba si su silencio y el de Taylor tenía alguna relación.

Su número de móvil ya no existía.

«¿Qué?», pregunté alarmada. «¿Le pasa algo a mi móvil?».

«¿Qué ocurre?», preguntó Doug.

«¿Puedo utilizar tu teléfono?, pregunté a Doug. Ocurre algo raro».

Llamé a Megan otra vez con el móvil de Doug. El mismo aviso.

Se lo expliqué y él me dijo: «Quizá tenga que ver con la compañía. Megan tiene el código de un área que está fuera del Estado. Quizá se haya cambiado de compañía o de número».

Así que llamé a Taylor.

El número que había marcado tampoco existía.

Sentí que me faltaba aire en los pulmones. Algo malo se estaba cociendo.

Dios mío, dije rezando, ¿qué ha pasado con mis amigas?

CAPÍTULO 19
EL REQUERIMIENTO JUDICIAL

Después de aquella llamada, estaba segura de que todos mis amigos y compañeros, con quienes había trabajado a diario durante años, ya sabrían a estas alturas, o estarían a punto de saber, que había desertado, que no solo acababa de abandonar Planned Parenthood, sino que además me había unido al «enemigo».

Cuando no esté ligada legalmente. Las palabras de mi amiga se repetían en mis pensamientos.

Les conocía bien. Terriblemente bien, y digo en serio lo de «terriblemente». Había comprobado de primera mano su rapidez para reaccionar con acciones legales. Pensé en los primeros días que pasé en la clínica, antes de llegar a ser directora, y recordé su principal manera de proceder: con la más leve justificación, se llamaba a la policía. Según había observado, esta respuesta obedecía a una intención: acaparar la atención de los medios de comunicación e intentar aparecer como víctimas. Me avergoncé de haber aparecido como portavoz ante los medios de comunicación, colocando sus argumentos a la menor oportunidad. Se nos iba a venir encima algún pleito. Podía presentirlo.

Se me pasaron por la cabeza los peores escenarios: ¿Necesitaríamos un abogado? ¿Lo perderíamos todo Doug y yo para poder defendernos? Me imaginaba a Doug de pie, con el rostro desencajado, mientras la policía me lleva esposada para cumplir algún tipo de sentencia injusta, y al banco ejecutando el embargo de la casa que habíamos perdido en nuestro vano intento por defendernos.

Dios lo tiene todo bajo control, me recordé a mí misma. Confía en Él.

Le mandé un mensaje a Shawn. «Se descubrió el pastel. Creo que lo saben».

Y no tuve que esperar mucho. Me llegó un mensaje de respuesta: «Sí, ya lo sé. No digas nada más. Nuestros abogados…». ¡El mensaje se interrumpía ahí! ¡Se había pasado de caracteres! ¡Vaya un lugar para pasarse de texto, justo cuando escribía la palabra abogados! Yo, todavía haciendo cábalas sobre las repercusiones legales de esta situación, y él menciona a los abogados.

Así que le respondí: «CÓMO?!!!!!!!!», sentándome literalmente en la tecla de la exclamación para asegurarme de que entendía el mensaje.

Un lapso de tiempo después, que a mí me parecieron horas, me llamó y me explicó por qué no había podido hacerlo inmediatamente. Cuando le escribí por primera vez, acababa de terminar un día de compras con la familia y estaban en el aparcamiento de un supermercado, con todos apretujados en la parte trasera de su todoterreno: sus tres hijos disfrazados de Halloween, Marilisa y su suegra. Supongo que, si hubiese dejado de pensar tanto por un momento, me habría dado cuenta de que era la noche del 30 de octubre y que al día siguiente sería Halloween: todo un acontecimiento si tienes niños pequeños.

«Así que ya ves, Abby, no podía hablar delante de mi suegra si todavía queremos guardar discreción». Me dijo que Marilisa se percató de que ocurría algo, y que se intercambiaron unas miradas a través del retrovisor mientras ella conducía de vuelta a casa y Shawn conseguía encaramarse a las bolsas del supermercado. Me había llamado justo después de haberle puesto al corriente a ella.

Acepté las explicaciones, pero su tono de voz, alegre y desenfadado, me hacía ver que no captaba la seriedad a la que había llegado la situación.

«Shawn –le dije–, acabo de enterarme de que, de alguna forma, conocen que ahora formo parte de Coalition for Life. Sé cómo funcionan. Creo que van a ir a por mí con algún tipo de acción judicial».

«Sí –respondió él, riéndose–, yo también lo creo». ¡Se estaba riendo! No podía creerlo.

«¿Qué te parece tan divertido? –le dije–. ¿No te das cuenta de la gravedad de la situación? ¡Me van a llevar a los tribunales! ¿Y qué significa "Ya lo sé"? ¿Ya lo sabías? ¿Y cuándo tenías previsto contármelo a mí?». Aquello le provocó una risa aún mayor, pero, creedme, la situación no era para bromas. Mi corazón batía con fuerza y yo no estaba para muchas alegrías.

Entonces Shawn me contó lo que sabía. Planned Parenthood iba a presentar dos acciones judiciales contra nosotros, probablemente el lunes. Constarían de una demanda y una medida cautelar que nos prohibía cualquier declaración pública sobre cualquier cuestión que tuviera que ver con Planned Parenthood.

Le pregunté por qué sabía tanto y me dijo que habían enviado por fax una copia de la medida cautelar esa misma noche, ya que ellos aparecían como demandados junto a mí. Desafortunadamente, solo llegaron las dos primeras hojas, así que todavía no teníamos el documento completo.

«¿Qué vamos a hacer, Shawn?».

«Bien, en primer lugar, no podemos hacer mucho ahora porque es viernes por la noche. No son tontos. Lo han hecho de forma deliberada. Es para tenernos el fin de semana así y que no podamos hacer nada hasta el lunes».

«¿No podríamos…?».

«Abby, tienes que calmarte. Creo que Dios nos ayudará para que todo salga bien. Ya he hablado con Jeff Paradowski, un abogado amigo mío, que va a llevarnos el caso a los dos: a ti y a Coalición por la Vida. Así que, aunque no sepas que te están ayudando, ya tienes abogado para defenderte. ¿Cómo lo ves?».

¿Que cómo lo veo? Si él se acaba de enterar, ¿cómo es posible que ya tenga un abogado?

«Shawn, no sé qué decir. ¿Un abogado? ¿No cuesta eso mucho dinero? Acabo de dejar mi trabajo, ¿recuerdas? ¡No tengo dinero para pagarlo!».

«Jeff no lo hace por dinero, Abby. Es un colaborador, un amigo. Lo hace por Coalition for Life. Lo hace para ayudarnos a combatir el aborto».

Shawn comenzó a explicarme que, cuando le avisaron desde la oficina del fax que había llegado, y mientras intentaba meterse en el coche con las bolsas del supermercado, le puso un mensaje a Jeff: «La directora de Planned Parenthood se fue hace un mes y se va a venir con nosotros. Nos han demandado. Necesito ayuda».

Y la respuesta de Jeff, que ha llegado a convertirse casi en una leyenda para nuestro grupo, fue inmediata: «Estoy con vosotros, tío».

Todo esto había ocurrido momentos antes de que yo le hubiera mandado el primer mensaje. Me acordé del pasaje de Isaías 65, 24: «Antes de que ellos clamen, yo responderé; aún estarán hablando, y yo habré oído».

Shawn volvió a asegurarme que todo estaba bien, que no había ningún problema. Ya había hablado con Jeff antes de devolverme la llamada. Dijo que Jeff llevaría el caso de los dos, que ganaríamos y todas esas cosas. Francamente, tenía la sospecha de que Shawn lo estaba preparando todo sobre la marcha porque no tenía mucha más experiencia que yo de este tipo de situaciones. Quizá estaba intentado que me calmara. Y yo lo necesitaba.

Pero, de todo lo que dijo, lo único que me tranquilizó fue saber que ya teníamos un abogado. Alguien que sabía de qué iba esto y para quien era algo normal y habitual el mundo de las demandas, de los requerimientos judiciales y de los tribunales. Eso era lo que necesitaba y era lo que por fin había conseguido. Decidí que podía confiar en Shawn cuando me dijo que este tío conocía su trabajo. Me contó algunas historias sobre Jeff, los casos que había ganado, y me pareció impresionante. Este tío, Jeff –pensé–, parece de fiar, y lo que sé de él suena competente. De acuerdo. Es lo mejor.

Hubo otra cosa que me tranquilizó: que Shawn pareciera tan confiado y tan sorprendentemente relajado. Confiaba en él y, si él no estaba preocupado, entonces tampoco yo debía estarlo.

Bueno, a decir verdad, lo estaba. ¿A quién quería engañar? ¡Estaba muerta de miedo!

Shawn tenía razón: no había mucho más que hacer hasta el lunes. Pero había una sola cosa que yo podía hacer: rezar. Recé durante todo el fin de semana y esperaba que no

hubieran sido Megan y Taylor quienes habían revelado mi conexión con Coalition for Life, aunque en lo más íntimo de mí tenía la convicción de que lo habían hecho. Quizá lo hubiesen descubierto por otras vías. En cualquier caso, parecía que les habían obligado a no dar señales de vida. Quizá les habían obligado a desconectar sus teléfonos móviles, so pena de despedirlas o ir judicialmente contra ellas. Recé especialmente para que no hubieran dicho nada que no fuera verdad. Necesitaba desesperadamente creer que, cualquiera que fuera la acción legal, no había sido una traición personal de Megan y Taylor.

Rogué por eso, lo esperaba, pero también temía haber sido traicionada. De otro modo, ¿no se habrían puesto en contacto conmigo? El silencio por su parte había sido absoluto. Y eso no presagiaba nada bueno.

Tuve mucho tiempo para pensar durante el fin de semana, así que eso fue básicamente lo que hice. Y lloré. Lloré todo el fin de semana. Estaba nerviosa, pero, más que por el pleito legal, lo estaba por otros motivos.

Tenía miedo de encontrarme con que mis amigas, las que me pidieron ayuda para encontrar otro trabajo, me hubieran traicionado.

Sospecharlo y verlo como muy factible era una cosa. Enterarme de que era verdad sería otra bien distinta, y estaba aterrada por cómo me afectaría esa noticia.

Cuando estoy nerviosa, tengo problemas para dormir. Me levanto temprano, sobre las cinco de la mañana, y no puedo volver a conciliar el sueño. Tengo problemas de estómago, como si lo tuviera recubierto de nudos, y así pasé ese fin de semana. Doug y yo acudimos a la iglesia el domingo por la mañana, pero no pude concentrarme en el sermón, no pude centrarme en las palabras porque seguía pensando en Megan y Taylor, y en la notificación judicial que iba a recibir. ¿Qué habrían dicho ellas? ¿Qué significaría todo esto para Doug y para mí?

* * *

El domingo por la tarde, sobre las ocho y media, ocurrió algo muy extraño, lo último que hubiese esperado. Shawn me llamó y me dijo: «No te lo vas a creer. Un periodista del canal KNTX acaba de llamar. Ha recibido una nota de prensa de Planned Parenthood diciendo que han emprendido acciones legales contra ti y Coalition for Life. KBTX quería saber si nosotros también íbamos a hacer un comunicado».

Podía notar cómo la sangre se me subía a la cabeza. «Estás de broma, ¿no?».

«No. ¿No es una metedura de pata? Piden una medida cautelar para que no hablemos, ¿y mandan una nota de prensa para mover el tema en la prensa? ¿Tiene algún sentido?».

No podía articular palabra. Pero estaba segura del «sentido» del movimiento de mi antigua empresa. Querían aprovechar la oportunidad para que el tema apareciera en la prensa y los presentara como «víctimas» de los pro vida. También, así intimidaban a sus

oponentes y a sus propios trabajadores. Y además perjudicaría mi reputación, lo cual podría amortiguar cualquier influencia que pudiera tener si yo hablaba públicamente sobre ellos.

«Entonces –me dijo–, ¿quieres hacer una declaración pública?».

«Bueno, supongo. Quiero decir, sería bueno, ¿no crees? Ellos han decidido hacerlo público antes. Sabemos que esa medida cautelar no entra en vigor hasta que un tribunal nos lo comunique oficialmente, ¿no? Y eso todavía no ha ocurrido».

«No tienes que convencerme. ¡Ya le he dicho al periodista que nos veríamos en nuestra sede en unos treinta minutos!». No pudo reprimir una sonrisa mientras me lo decía; yo comenzaba a captar ya en qué consistía su diversión en este proceso.

Mientras mi ansiedad aumenta a medida que transcurre toda esta historia, atemorizada por lo que vendría después, Shawn lo celebra y contempla complacido cómo Dios va revelando sus intenciones. Él confía en que Dios tiene un plan y que solo hay que esperar sus señales y seguirlas con alegría. Quizá esto es lo que ocurre cuando alguien trabaja tantos años para Dios con ese espíritu. ¿Me ocurriría algo de esto a mí?

En ese momento algo me conmovió profundamente por dentro, algo que desde entonces he comenzado a reconocer como una inspiración del Espíritu Santo. Algo nuevo estaba ocurriendo en mi interior. Sentía que mi fe se ensanchaba, se engrandecía, se ampliaba, como si mirara con nuevos ojos la obra de Dios. La mejor forma que tengo para describirlo es comparándolo con uno de esos documentales sobre la naturaleza que muestra cómo cambia la faz de una pradera a lo largo de las estaciones, ayudado de un efecto de cámara ultrarrápida. Así, presenciamos cómo una extensión cubierta por la nieve se va haciendo cada vez más verde, cuando las anémonas empiezan a abrirse y dan paso a una explosión de color, donde las abejas y los colibríes revolotean sobre un festín de néctar. Sucede en cuestión de segundos y, de repente, nos quedamos deslumbrados ante la pureza mágica de la Creación.

Pero no es que captemos algo nuevo en ese momento. Ya sabíamos los cambios que se producen de una estación a otra. Pero, en tiempo real, esos cambios son tan imperceptibles, tan graduales, que se vuelven invisibles. En cámara rápida, cuando se suceden tres meses en cuestión de segundos ante nuestros ojos, nos sobrecoge de asombro ver cómo surge el misterio de la vida de un suelo congelado y convierte todo en un hermoso cuadro rebosante de color y néctar.

Así es como pude ver mi vida espiritual, a cámara rápida. Me vi a mí misma como una niña pequeña de misa dominical que devenía en una adolescente que creía en Dios y luego se transformaba en una universitaria que había apartado a un lado los principios religiosos como norma de vida y había dejado que su fe se atrofiara mientras se dedicaba a salvar por su cuenta a los necesitados, mientras Dios aún le empujaba suavemente, le hablaba en voz baja y le llamaba. En un abrir y cerrar de ojos pude ver cómo Dios seguía

estando presente en mi vida a través de unos padres que nunca dejaron de quererme, mediante unas simples palabras de contrición escritas hace siglos, las celebraciones religiosas que me seguían llamando para regresar al pie de la cruz, la profunda inquietud de mi alma, que en el fondo deseaba la paz de Dios, y… durante ocho años… todas esos rostros y voces cerca de la verja, que amablemente me ofrecían toda clase de ayuda, amistad y amor de Dios.

Y, finalmente, Dios me puso cara a cara con la brutalidad aniquiladora de un aborto guiado por ecografía, para que pudiera ver cómo se destruye una vida ante mis propios ojos. En ese punto, Dios atraviesa por completo el muro que yo había levantado. Y, una vez traspasado, me sentí perdida y al mirar por la ventana de mi despacho me di cuenta de que necesitaba vivir mi verdadera vida al otro lado de la verja. Y ahí, a ese otro lado, Dios me mostraba ahora, a través de la fe de Shawn y de las diversas circunstancias que escapaban a mi control, que podía confiar en Él.

Tuve que reconocer que era la primera vez que confiaba de esa manera. La diferencia entre la reacción de Shawn y la mía lo ponía de relieve. Pero, al igual que se abre una flor en cámara rápida, pude ver que mi confianza florecía de la misma forma. Dios utilizaba en ella la magia de la Creación.

* * *

Hacia las nueve de la noche del domingo, Shawn y yo nos reunimos en la sede de Coalition for Life con el periodista y el cámara del canal KBTX. Mientras tomábamos asiento en la sala de juntas, frente a frente, caí en la cuenta de que era la primera vez que íbamos a aparecer juntos en los medios informativos representando a la misma causa, en vez de defender causas contrapuestas. Resultaba irónico que nos dieran esa oportunidad gracias a su nota de prensa, que nos pareció un regalo del cielo y era como un encargo de Dios para que trabajáramos juntos en equipo.

No teníamos tiempo para preparar nada. Se encendieron las luces, la cámara se puso a grabar y la periodista me pidió que contara mi historia. Yo simplemente contesté a sus preguntas y volví a contar los episodios del aborto guiado por ecografía y mi decisión de dejar Planned Parenthood y pasarme al otro lado. Esperábamos que saliera como una pieza breve en el informativo de esa noche. Llamé a mi madre cuando volvía a casa en coche para contarle que pusiera las noticias.

«Mamá, creo que voy a salir en las noticias. Pero dudo que me dediquen mucho tiempo; probablemente será algo breve al final del informativo». Mi madre encendió la televisión mientras estaba hablando con ella.

Después de dejar el coche en el acceso a mi casa, me fui a toda prisa para contárselo a Doug y verlo con él. Estaba entrando en casa, con mi madre todavía al teléfono, cuando empezaba el informativo de las diez de la noche. Me quedé boquiabierta. ¡Éramos la noticia que abría el informativo! Doug y yo intercambiamos miradas de

incredulidad.

«¡Esto es tremendo, Doug! ¿Mi salida de Planned Parenthood, noticia de portada?». Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada. «¡Como si no hubiera noticias más importantes en todo Bryan!».

En cada hogar que sintonizara el canal KBTX nos verían a Shawn y a mí sentados uno al lado del otro, y me oirían decir, tras resumir la experiencia con el aborto guiado por ecografía: «En lo único en lo que pensé es que no podía volver a hacer esto nunca más, y eso fue como un fogonazo que te ilumina, y me dije: ya está».

Después seguía contando que había empezado en Planned Parenthood, al igual que muchos de mis compañeros de trabajo, con un sentido de idealismo y un deseo por ayudar a las mujeres que atraviesan situaciones complicadas, pero me parecía que la organización había decidido variar ese objetivo. «Me dio la impresión de que muchos ya no creían en eso porque ya no daba dinero. No estaba en la planificación familiar y en la prevención. El dinero estaba en los abortos y yo tuve un problema con eso».

El canal había hablado, como es lógico, con Planned Parenthood para que pudiera contestar, y un portavoz hizo una declaración que se incluyó en el reportaje que emitió la televisión: «Lamentamos tener que acudir a los tribunales para proteger la seguridad y la confidencialidad de nuestras clientas y trabajadores, pero en este caso es absolutamente necesario»[15].

Aquel domingo por la noche no tenía ni idea de la cadena de acontecimientos que estaba a punto de desencadenarse gracias a la nota de prensa difundida. Cuando he vuelto a recordar esta parte de mi viaje, confieso que me he reído mucho y he celebrado la forma que tiene Dios de hacer las cosas, porque esa nota de prensa abrió la compuerta del interés mediático a nivel nacional, justo lo contrario que pretendían con su medida cautelar: hizo que mi voz y la historia de mi conversión la escucharan cientos de miles de personas. Colocó en la conciencia nacional mi traspaso de un lado al otro de la verja un 5 de octubre en aquella clínica de Bryan, Texas. Tienes en las manos este libro porque Planned Parenthood difundió una nota de prensa el 30 de octubre de 2009.

Al menos es una forma de verlo.

Pero la historia más importante, la verdad más rotunda, es que tienes este libro entre las manos porque Dios quiere cambiar nuestras mentes y nuestros corazones y elige a gente corriente para llevar a cabo sus extraordinarios planes. Esa noche, cuando vi que Dios había vuelto a hacer de las suyas con aquel reportaje de la televisión, me vi haciendo lo que Shawn habría estado haciendo esa noche, sin duda: reírme con alegría de lo que Dios estaba consiguiendo.

* * *

Por otra parte, no recibí formalmente la notificación judicial hasta el miércoles por la mañana. Muy temprano, a las siete de la mañana. Acababa de salir de la ducha y llevaba

mi suave albornoz blanco, con las iniciales bordadas, cuando oí unos golpes en la puerta, y digo literalmente golpes. Casi de un salto me fui a abrir la puerta y ante mí apareció un funcionario uniformado con unos documentos en la mano.

«Buenos días –le dije con una gran sonrisa–. Le estábamos esperando». Recuerdo que estaba tranquila y confiada porque ya había visto el contenido de la notificación y ya nos habíamos reunido con nuestro abogado, Jeff Paradowski. El despacho de Jeff había conseguido una copia ese mismo lunes por la mañana y nos la envió por correo electrónico a Shawn y a mí. Me aterroricé cuando lo leí por primera vez, pero, ejercitándome en esa nueva manera de ver cómo actúa Dios en nuestras vidas, intenté no dejarme intimidar hasta haber hablado con Jeff.

Lo peor de haber leído esos documentos fue que confirmaban mis peores augurios. Entre las alegaciones, la demanda dejaba claro –si realmente me creía lo que decía el documento– que Megan y Taylor no solo se habían vuelto contra mí, sino que habían hecho declaraciones falsas. De acuerdo con la documentación legal, Megan le dijo al tribunal que yo había enviado su currículum a Coalition for Life sin su permiso. Aquello me dolió mucho.

Pero allí, ese miércoles por la mañana, con mi albornoz puesto y cara a cara con el funcionario que me estaba entregando la documentación oficial, pude ver con claridad lo que Dios era capaz de hacer.

Me acordé del mensaje de texto que le envié a Shawn el viernes por la noche.

El pastel se había descubierto del todo.

Y nadie tenía la menor idea de cómo arreglarlo.

CAPÍTULO 20
LA ALFOMBRA ROJA

Todo había salido adelante sin planificarlo.

Lo que acontece en este viaje, desde mi salida de la clínica hasta el recibimiento con los brazos abiertos en Coalition for Life, fue algo sin planificar. Por mí, quiero decir. Repaso ese viaje y veo la huella de la intervención de Dios en cada jornada, por supuesto. Si tuviera que escoger una sola semilla para que germinara en el corazón de cada uno de los que oyeran mi historia, sería esta: que Dios es merecedor de toda nuestra obediencia y confianza. ¡Cuando le respondemos con obediencia, Dios despliega una alfombra roja! Eso no significa que el camino sea fácil, sino que Él lo ha preparado para nosotros.

Encontré un gran consuelo en las palabras de Filipenses 3, 13-14:

Olvidando lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que veo delante, me voy hacia la meta para conseguir el premio de la excelsa vocación de Dios en Cristo Jesús.

No tengo ninguna duda de que «olvidar lo que queda atrás» iba a ser un gran reto. Todavía me pesaba el papel que había desempeñado durante tanto tiempo en Planned Parenthood, y me sentía tonta y utilizada por no haber descubierto la verdad antes. Pero también estaba con ese punto de excitación que suponía estar corriendo una carrera para Dios. Había arrancado el 5 de octubre, cuando literalmente me fui corriendo desde mi despacho de la clínica a la sede de la organización pro vida, con la incertidumbre de lo que me esperaba, pero simplemente sabiendo que era donde Dios me había dicho que fuera. Ahora, solo unas pocas semanas después, tras posar bajo las luces cegadoras de las cámaras y con la vista judicial aproximándose, empecé a ser consciente de que esta carrera tenía un público, a pesar de mis intentos de no llamar la atención. ¡Dios había desenrollado esta alfombra roja en la misma arena pública! Y tengo que confesar que esta parte me divertía enormemente: utilizaba las mismas tácticas que solía emplear Planned Parenthood.

El lunes siguiente por la mañana, las noticias de la televisión sobre mi decisión desataron una avalancha de atención mediática. Desde muy temprano, hubo un diluvio de llamadas a un ritmo trepidante. Y no quiero decir unas pocas. Literalmente fueron

centenares.

Esa mañana, asumiendo que ya no podía mantener en secreto mi relación con Coalition for Life, me presenté en la sede. ¡Me sentí tan liberada! Durante semanas había intentado volver de alguna manera. Yo solía estar siempre muy activa y ocupada, y estas semanas de perfil bajo habían sido difíciles para mí, aunque hubiese invertido el tiempo en dedicárselo a Grace. Llegué a la sede de la Coalición sobre las siete y media de la mañana. Shawn, Bobby y Karen ya estaban allí, hablando del informativo del día anterior. Cogí una mopa y empleé la vibrante energía que tenía esa mañana en darle una pasada al suelo de la oficina. Shawn y yo teníamos previsto ir al despacho de Jeff a última hora de la mañana, así que tenía tiempo para echarle un vistazo al lugar.

Sobre las ocho de la mañana llegó Heather. Dijo algo que no entendí. «¡Abby, Dios mío! ¡Estás maravillosa! ¡Nunca te he visto así!».

Al principio pensé que bromeaba porque estaba pasando la mopa por el suelo. Luego me di cuenta de lo que quería decir.

«Estás radiante de felicidad».

Karen, sonriendo, dijo: «¡Tienes razón! Ya no tiene que esconderse más».

Y yo sabía lo que querían decir: no solo que se había terminado el tiempo de ir ocultándome, sino que mi ánimo era de no esconderme nunca más. Dios me había liberado desde lo más profundo de mi alma, sepultada por la culpa con la que había estado luchando tanto tiempo. Irradiaba la alegría que sentía.

Las dos me abrazaron.

Entonces, el teléfono empezó a sonar. Bobby respondió a la primera llamada y, apenas terminó de colgar, volvieron a llamar. Fue como una erupción. Entre llamada y llamada, cogían cualquier papel que hubiera por ahí para seguir tomando nota de los mensajes. Pronto comenzaron a oírse cosas como: «Llaman de The O'Reilly Factor. Quieren una entrevista. ¿Qué les decimos?». O también: «Laura Ingraham está al teléfono»; «¡Fox News quiere una entrevista!»; «¡Mike Huckabee quiere que vayas a su show! Y además vas a salir en Drudge Report».

Diversos canales de noticias de todo el país, tanto de radio como de televisión, no paraban de llamar. El fiel equipo de Coalition for Life tuvo que hacer un curso acelerado: índices de audiencia, peticiones de exclusivas... Todo aquello era inconcebible. Era excitante y fascinante. Pero también era una lección de humildad. Me sentía tan pequeña al lado de Dios, que es tan grande. Sabía mejor que nadie que no era ningún héroe. De hecho, justo lo contrario. Tenía en mis manos la sangre de quién sabe cuántos abortos y me habían pagado por ese trabajo. Los verdaderos héroes eran los que trabajaban para la Coalición por la Vida. Habían andado y desandado la verja con cuarenta grados de temperatura y bajo tormentas heladas. Habían estado de pie allí, rezando, durante incontables horas a lo largo de semanas, meses y años. Habían

transmitido palabras de aliento y preocupación por entre las barras de hierro de la verja, mientras –bueno, en realidad yo– los difamaba y ridiculizaba. Y entonces vino Dios a empujarme hacia la luz. Quería demostrar, con mi ejemplo, que Él redime al necio, al desvalido, al pecador y los hace partícipes de la tarea para conseguir sus propósitos.

No solo llamaron los medios de comunicación. También contactaron muchas mujeres. Mujeres que habían pasado por la experiencia dolorosa de un aborto estuvieron llamando para pedir orientación y para darme las gracias por haber hablado. Contaban historias de culpa, el remordimiento y la pena que sentían. Insistían en que mi historia les había proporcionado una esperanza para poder dejar todo eso atrás. Mujeres embarazadas llamaron para decir que, después de haber escuchado mi entrevista en las noticias, habían decidido no abortar. Otras, que habían visitado las clínicas de Planned Parenthood y habían salido con la determinación de no volver nunca, llamaron para rogarme que siguiera contando toda la verdad. Claramente, mi historia había tocado la fibra de mucha gente. Dios me estaba recordando que esto no tenía nada que ver conmigo. Tenía que ver con Él, con su voluntad, con su palabra.

Sin estar segura de qué debía hacer, empecé a devolver llamadas y aceptar entrevistas.

Un par de días después, el miércoles, entraba en la sede de la Coalición cuando el señor Orozco, el fiel ex policía que jamás faltaba a sus guardias de oración de los miércoles y sábados, me vio. Vino corriendo hacia mí. «¡Abby!», gritó con alegría desbordante. «He estado rezando por ti tantos años. ¡Me alegro mucho de verte en este lado de la verja! ¡Qué magnífica recompensa para una oración!». Me abrazó y yo también le abracé, fuerte. Este hombre tan amable había rezado por mí durante años. Dios había escuchado sus oraciones. No tengo palabras para expresar mi gratitud.

Recordé la conversación con Elizabeth unas pocas semanas antes mientras almorzábamos por primera vez. Le conté lo mucho que había pensado en ella y en la amistad que me había brindado, y también que su tarjeta encima de la mesa de mi despacho durante dos años había desempeñado un papel primordial. También le revelé mis sentimientos de culpabilidad y el remordimiento que albergaba.

«Abby, no puedo más que maravillarme de cómo ha escuchado Dios nuestras oraciones por ti. ¡No lo hubiera soñado jamás! ¿Quién puede conocer sus planes?».

«A mí me cuesta darle su importancia, Elizabeth. Tú tienes más experiencia en el trato con Dios que yo. Me siento un poco sobrepasada y me temo que, de una forma u otra, lo he echaré todo a perder». Me sentía rota y con ganas de que Elizabeth me aconsejara.

«Abby, has dado un cambio radical en cosa de unas pocas semanas». Elizabeth me hablaba con tanta dulzura que no pude evitar que las lágrimas se asomaran a mis ojos. «Me suena más a que en realidad temes quedarte tranquila. Pero debes estarlo. Dios

actúa en tu vida. Necesitas estar serena ante su presencia y dejar que arraigue en ti».

Odiaba admitirlo, pero tenía razón. Tenía miedo de estar tranquila demasiado tiempo, acostumbrada como estaba a que un sentimiento de culpabilidad me importunara ya desde hora temprana. Tenía miedo del silencio. Quería estar ocupada, hacer algo, ayudar a que el pasado se esfumara.

Seguí sus consejos lo mejor que pude durante las últimas semanas. Estuve en casa. Y, amigo, ¡eso sí que era tranquilidad! No sabía qué hacer conmigo misma. Limpié la casa de arriba abajo, ordené los armarios, jugué con Grace, hice la cena de Doug, alquilé películas e intenté descansar. Recé, recé y recé muchísimo. Leí la palabra de Dios. No solía pasar por la sede más que unas pocas ocasiones, pero de manera muy breve, ya que Shawn y su equipo se empeñaban en que me marchara. Practiqué mucho la serenidad interior, el estar en presencia de Dios, algo nuevo para mí. Me sentía extraña al principio, pero Elizabeth me insistía en que debía seguir trabajándolo.

Fui haciendo todo lo que me había sugerido hasta el 30 de octubre, cuando me enteré de la medida cautelar. Ahora, mientras abrazaba al señor Orozco, recordé esa conversación, y volvió a impactarme el darme cuenta de cómo Dios prepara las cosas. Necesitaba ese tiempo para descansar. Y ahora, con peticiones de medios cayendo a diestra y siniestra, ¡ya no había tiempo para descansar! Elizabeth continúa siendo mi mentora. Todavía seguimos hablando casi a diario. Hace que mantenga los pies en el suelo, reza conmigo y por mí, y me recuerda diariamente que Dios me ama. Es un regalo del cielo.

La llamé ese mismo miércoles por la tarde.

«¡Abby! ¡Los teléfonos no han parado de sonar! ¿Vas a aceptar todas esas entrevistas?».

«¿Cómo podría evitarlo? Dios está desplegando una alfombra roja ante mí. Lo menos que puedo hacer es ir donde me dice, ¿no crees?».

«¡Es tu momento! ¡Adelante!».

* * *

Mientras tanto, Jeff me mantenía informada de los preparativos del juicio. Siguió preguntándome si había algo que podría haber olvidado y que debiera contarle, algo que explicara por qué querían ir a los tribunales. Yo me esforzaba pero no podía pensar en nada. Shawn y él estuvieron repasando todo lo que podría haber dado una baza a Planned Parenthood para que nos hubiera demandado a los dos juntos, pero, como yo, terminaron con las manos vacías.

Shawn y Jeff no eran los únicos ocupados. Todo el equipo seguía atendiendo aún las incontables llamadas de los medios de comunicación, pero ahora las desviaban a un gabinete de comunicación que, por sugerencia de Shawn, yo había contratado para que me ayudara a gestionar todas las demandas de los medios. ¡Qué alivio! Ellos eran

expertos en este tipo de situaciones y todos estaban de acuerdo en que era lo mejor. Mi agenda estaba repleta.

Pero había muchos otros muy ocupados, por ejemplo, los blogueros, a favor y en contra del aborto, que hicieron de mi persona su propio campo de batalla. Surgieron acusaciones de conspiración desde ambos bandos. Algunos sugirieron que, en realidad, yo era un topo de los pro vida que había estado emboscada ocho años para luego tratar de desacreditar a Planned Parenthood. Otros denunciaron que mi deserción no era más que una treta, que en realidad yo solo era una trabajadora descontenta que había simulado su arrepentimiento para conseguir la atención de los medios. También llegó a decirse que nunca se produjo ese aborto guiado por ecografía, que simplemente me había inventado la historia. Al principio, cuando leía todos estos blogs, me aceleraban la respiración, y terminaba llorando y despotricando contra ellos. Pero, a los pocos días, fui capaz de tomármelo todo con más calma. El camino trazado por Dios estaba ante mí, y yo sabía la verdad, al igual que aquellos que me importaban. No podía controlar o influir en la manera en que se difundía mi historia, así que pedí la gracia necesaria para sobrellevarlo. ¡Al menos todo eso me hacía rezar! Y cada día me daba cuenta de lo importante que era para mí pasar un rato con Dios a solas.

Mi perfil de Facebook y mi correo electrónico estaban también a rebosar, con una media de doscientos correos diarios, casi todos de mujeres que pasaban por dificultades y que apreciaron mi manera de contar la verdad, o de viejos amigos que me animaban por haber dejado Planned Parenthood y haberme atrevido a hablar. Sentí que le debía una contestación a cada uno y me dediqué a escribirles hasta la una de la madrugada.

Quizá la diatriba más triste, aparte de los medios y los blogs, provino del lugar que menos esperaba: de mi propia iglesia. Doug y yo habíamos estado acudiendo allí durante casi dos años y sabíamos que su postura era pro elección; eso, sin duda, me ayudaba a estar cómoda tras el rechazo que sufrí previamente por mi trabajo en Planned Parenthood. Aquello me dolió, y cuando empezamos a asistir a esta iglesia, tras el nacimiento de Grace, me conmovía profundamente la profesión de fe que hacíamos en cada servicio religioso. De hecho, reconozco ahora que recitar semanalmente la oración de la confesión ha sido capital en mi debate con Dios sobre mi papel en Planned Parenthood.

Empecé a recibir correos de los miembros de mi nueva iglesia. Unos pocos me animaban. Pero otros estaban muy enfadados. Me recordaban que nuestra iglesia era pro elección y más de uno sugería que no debía aparecer más por allí.

Un domingo, después de una entrevista, un grupo de amigos se acercó a mí y me dijo: «Lo has hecho muy bien». Pero un par de ellos se mostraron distantes. Ahí empecé a descubrir las buenas y malas consecuencias que conlleva tomar una postura, particularmente, si se hacía de manera pública y muy visible.

Una feligresa, una buena amiga, me envió un correo electrónico en un tono que me pareció muy frío. Me decía que, aunque hubiese quienes decían que me apoyaban, en realidad no era así. Y me recordó que la Iglesia Episcopaliana –la confesión a la que pertenecía la iglesia– era pro elección, no pro vida.

Respondí intentado explicarme, y ella me respondió también, pero no conseguimos resolver la tensión. Debo admitir que me sentía un poco agredida en ese momento. No era exactamente la hostilidad de mis antiguos colegas de Planned Parenthood, sino la desaprobación y la resistencia que encontraba entre algunos de mis amigos de la iglesia.

Estaba desconsolada. Qué ironía, pensé. Cuando estaba a favor de la elección, la iglesia pro vida a la que iba no me aceptaba. Ahora que soy pro vida, los feligreses pro elección me daban la espalda. Aunque comprendo el derecho de cada uno a defender sus propios principios, no comparto en absoluto el modo de actuar en estos dos casos que he vivido. Yo no tengo una solución; solo puedo hablar de cómo me afectaron estos incidentes, y sospecho que casos así pueden también hacer daño a gente como yo, o al menos como la Abby que solía ser.

Cuando la primera vez me comunicaron sin rodeos, y de manera un tanto torpe, que no me aceptaban en su comunidad, en realidad perdieron una oportunidad para influir en lo que yo pensaba. Me habría gustado que hubieran intentado hablar conmigo y me explicaran por qué estaban comprometidos con la causa pro vida y por qué era un obstáculo mi trabajo en Planned Parenthood para pertenecer a esa iglesia. O, por lo menos, que me hubieran prestado algo más de atención a pesar de que yo estuviera a favor de la libre elección de la mujer. Ahora, varios feligreses me hacían ver que no era bienvenida. Y unos pocos llegaron a sugerir que debía irme.

En los dos casos, me sentí rechazada. Por eso aprecio las formas de los que rezan frente a la verja, y me gustaría que muchas iglesias y organizaciones aprendieran de su ejemplo.

Doug y yo concertamos una cita con el pastor de la iglesia para hablar de los mensajes que habíamos recibido. Antes de la reunión, no pude reprimir las lágrimas.

«Doug, me duele mucho sentirme vituperada por mi propia iglesia, y esta vez ¡por hacer lo que Dios quiere de mí! Cada semana, al rezar la oración de la confesión siento que esas palabras hacen mella en mi corazón. Me hablan de que confiese mis pecados y que me sobreponga a ellos. Cuando finalmente lo he conseguido, ya no me quieren aquí. Es todo tan retrógrado y desacertado».

Claramente, la conversación con nuestro pastor no fue fácil. Cuando, al final, decidimos que iba a ser muy doloroso continuar en estas circunstancias, el pastor hizo una consideración interesante.

«No creo que seas consciente de lo mucho que ha cambiado tu vida espiritual en esta iglesia», dijo. Comprendí que se refería a que debía reconocer lo valioso de su postura

pro elección.

«Desde luego que soy consciente», le dije. Porque allí había hallado a Dios; me había llamado directamente, no a través de su postura, sino a través del poder del Espíritu Santo, tal y como había pedido, semana tras semana, con estas palabras del libro de oraciones. Recemos todos estas palabras y pongámoslas en práctica.

Dios misericordioso,
Confesamos que hemos pecado contra ti,
En pensamiento, palabra, y obra,
En lo que hemos hecho
Y en lo que hemos dejado de hacer.
No te hemos amado con todo el corazón;
No hemos amado a los demás como a nosotros mismos.
Pedimos perdón y estamos humildemente arrepentidos.
Por el amor de Nuestro Señor Jesucristo,
Ten misericordia de nosotros y perdónanos nuestros pecados;
Para que podamos gozar en tu voluntad,
Y seguir tu camino,
Por la gloria de tu Santo Nombre. Amén[16].

CAPÍTULO 21
UN REGALO INESPERADO

Entre las diversas peticiones de entrevistas, recibimos una invitación realmente importante, y a la vez temible: aparecer en el programa de televisión The O'Reilly Factor. Y lo que daba miedo no era solo que se trataba de uno de los programas de mayor audiencia, sino la fecha provisional que nos dieron: justo antes de la vista oral de las acciones legales preliminares interpuestas por Planned Parenthood. ¿Podría decir algo que pusiera en peligro nuestro caso? ¿Les daría nueva munición a nuestros adversarios para utilizarla en nuestra contra?

No teníamos mucho tiempo para averiguarlo. Lo mejor sería ir acompañado de Jeff Paradowski, mi abogado, que me frenaría a tiempo si Bill O'Reilly, el conductor del programa, me preguntaba algo que no debía responder.

Así que Shawn llamó a Jeff para preguntarle si tenía algún inconveniente en aparecer conmigo en el programa, y él contestó inmediatamente que iría. Luego admitiría que, «para ser honestos, estaba bastante nervioso. No hablábamos de un canal de alcance local. Era un programa de audiencia nacional, así que llamé a Shawn y le dije: "Quiero hacerlo, pero será mejor asegurarse de que vamos bien preparados"».

Jeff y yo nos reunimos con Jeff Blaszak, el director de una compañía local de televisión por cable que les hace muchos trabajos multimedia. Nos hizo una simulación de entrevista, lanzándonos preguntas como si fuera Bill O'Reilly. Después de repetirla tres y cuatro veces, nos sentimos preparados.

Pero la entrevista no tuvo lugar… O al menos no todavía. El 5 de noviembre de 2009, un hombre armado mató a doce personas e hirió a otras treinta y una en Fort Hood, Texas. O'Reilly y los demás decidieron que tenían otro tema más trágico e importante que cubrir, y mi aparición en el programa se pospuso hasta el 11 de noviembre. Como la vista ya habría pasado para entonces, no hacía falta que Jeff Paradowski me acompañara para evitar que dijera algo inconveniente. Shawn iría conmigo.

Pero nuestra pequeña historia en Bryan, Texas, continuaba atrayendo la atención de los medios. Se trataba en la mayor parte de los casos de medios de comunicación de orientación cristiana, tanto revistas como radio y televisión. Pero, de forma ocasional,

nos llamaba alguno que podía dar un sesgo negativo a mi historia. Por ejemplo, me llamó una periodista de Salon.com, que se autodenomina como «revista online de arte y cultura», pero que a menudo muestra una marcada tendencia de izquierdas. No quería devolverle la llamada, pero al final decidí conceder la entrevista. Su artículo no fue tan negativo como me temía. Me tildó de «la próxima niña mimada mediática de la derecha»[17]. Pensé: Me han llamado cosas peores. Si esto es lo peor que puede decirme, por mí perfecto. Los blogueros continuaron zumbándome desde todas direcciones, y gracias a ello aprendí una valiosa lección: la de dejar mi reputación únicamente en manos de Dios.

También me llamaron de ABCNews.com. Me hicieron una entrevista telefónica y apareció un artículo en su página web. Resultó muy bien: imparcial y completa[18].

Inicialmente me había mostrado muy retraída en mi perfil de Facebook. Había mencionado mi salida de Planned Parenthood, pero no había dicho por qué, y tampoco había hecho referencia alguna a Coalition for Life. Pero, al ir saliendo la historia en los medios, comencé a recibir unos 150 mensajes diarios en mi perfil de Facebook, todos ellos favorables. No recibí ni uno solo negativo.

El viernes, 6 de noviembre, volé a Nueva York para asistir al programa Huckabee, en la cadena Fox News. Había hablado el día anterior con Wes Yoder, que había puesto en marcha el Ambassadors Speakers Bureau* y gestionaba todas las apariciones de Shawn. El consejo que me dio Wes para la entrevista con Mike Huckabee fue: «Sé tú misma. Cuenta tu historia. No necesitas ningún argumentario. Se trata de ser honesta y auténtica». ¡Tenía razón! Qué liberador era no tener que ceñirse nunca más al famoso argumentario que había utilizado durante tantos años.

Viajé sola; Doug se quedó en casa, ocupándose de organizar el trabajo de la cuidadora de Grace, y de atender su propio trabajo, ya que su salario era nuestro único ingreso en esos momentos.

Lamentablemente, las repercusiones de mis declaraciones en los medios acabaron afectando a nuestras amistades. Mi amiga Valerie había sido, durante mucho tiempo, mi mano derecha en la clínica. Se fue cuando la promocionaron para trabajar en otra clínica. Desafortunadamente, aquel cambio no funcionó. Pocos meses antes de irme de Planned Parenthood, dejó el trabajo y, por un corto espacio de tiempo, ella y su hijo se vinieron a vivir con Doug y conmigo hasta que pudiera recuperarse.

Valerie y yo habíamos sido amigas muy íntimas y no tenía miedo de perder su amistad. Nunca lo hubiera pensado. Nuestra amistad era demasiado fuerte. O al menos eso pensaba.

No había hablado con ella desde hacía varios días. Le mandé un par de mensajes al móvil y no obtuve respuesta. Pero no pensé mucho en ello. Suele pasar, me dije a mí misma. La gente está ocupada. Probablemente ahora esté enfadada consigo misma por

no dar señales de vida.

Pocos días después de haber aparecido en Huckabee, Doug me dijo: «¿Has tenido noticias de Valerie últimamente?».

«No –le dije–. Estaba pensando en llamarle».

«Bien, quizá puedas aclarar algo extraño que me ha pasado. He entrado en Facebook y, al parecer, ya no estoy entre la lista de amigos de Valerie».

Mi corazón dio un vuelco. Tan pronto como pude me metí en Facebook y comprobé que también me habían eliminado de la lista de amigos de Valerie. Desde entonces no se produjo ninguna comunicación. Otra amistad cercana que se iba a pique.

Contemplar cómo tantas amistades me daban la espalda porque ahora discrepábamos en un tema tan crucial como el aborto me recuerda los diferentes tipos de amistad que he podido experimentar últimamente. Pienso en personas como Elizabeth, Marilisa y algunos amigos de la iglesia y de mis años de universidad; de los que nos hicimos amigos y que han estado cerca de mí durante años, incluso aunque no estuviéramos de acuerdo con lo que hacía en Planned Parenthood y no crean en el aborto. Todos ellos son para mí un modelo de algo mucho más profundo y más sólido que una amistad efímera: me quieren y me aceptan como soy, incluso aunque estuviera haciendo algo que ellos consideraban moralmente objetable. Más que hablar de afecto, lo pusieron en práctica.

Muchas de esas personas me han llamado para decirme lo orgullosas que están de mí y lo mucho que me quieren. Lo veo como algo muy importante, por una razón: porque también me mostraron su aprecio entonces.

Hubo muchas otras cosas que me hacían ver que ganaba mucho más, aunque tuviera la sensación de perder algo por haber tomado esa postura. Mark, mi primer marido, y yo nos divorciamos en 2003 y no había visto a su hijo, Justin, desde entonces. Esto no quiere decir que yo no me acordara de él. Quería a Justin como si fuera mi propio hijo. Durante los dos años que Mark y yo estuvimos casados, Justin me llamaba su «otra madre» y estuvimos tan unidos como puede estarlo cualquier madre con su hijo. Perderlo de vista a causa del divorcio fue indescriptiblemente duro, algo por lo que he llorado mucho.

Después de una de mis apariciones en la cadena Fox, recibí un mensaje de Justin a través de Facebook. Él tenía ahora trece años y no había tenido contacto con él desde los siete. En el recuadro de «Asunto» había escrito: «¿Qué, me echas de menos?».

El mensaje empezaba de la siguiente manera: «Hola, soy yo, Justin. Ha pasado mucho tiempo». Al principio apenas pude leer el resto. Leí hasta ahí y no pude reprimir las lágrimas de felicidad por tener noticias suyas después de tanto tiempo, cuando ya no albergaba esperanza alguna de volver a verle; y también de pena porque había pasado mucho tiempo sin estar juntos. Ahora ahí le tenía, con trece años, todo un hombrecito. Solo era un niño cuando le vi por última vez.

Le respondí tan pronto como pude serenarme y le dije: «Mi querido Justin: he pensado en ti cada día desde la última vez que nos vimos».

La abuela de Justin, la ex suegra de Mark, con quien siempre había tenido una buena relación, también me escribió aquella noche. Me dijo que estaba muy orgullosa de que hubiese adoptado esa postura. Me habían visto en televisión ese día y decidieron ponerse en contacto conmigo. Y me encontraron en Facebook. Me contó que cuando Justin recibió mi respuesta, donde le decía que había pensado en él a diario, se emocionó.

Me hubiera gustado que viviese más cerca de mí. Justin y su familia se encontraban a medio camino entre mi casa y el otro lado del país. Pero nos mantendríamos en contacto por correo electrónico y volveríamos a recuperar el trato otra vez. Esperaba volver a encontrarnos en persona algún día. Y eso no habría ocurrido nunca si no me hubiera visto forzada a enfrentarme a mi trabajo en esa clínica de Bryan, Texas, y si Planned Parenthood no hubiese decidido convertir todo esto en un espectáculo público.

Estaba empezando a descubrir que, cuando avanzamos por la alfombra roja que Dios despliega ante nosotros, Él nos sorprende con alegrías inesperadas. Mi reencuentro con Justin –el hijo de mi corazón a quien pensé que jamás iba a volver a ver– me proporcionó el impulso que necesitaba para enfrentarme al temor de un futuro incierto.

* Ambassadors Speaker Bureau es una agencia de conferenciantes fundada en 1984, muy conocida entre la comunidad cristiana de Estados Unidos. http://www.ambassadorspeakers.com/ACP/index.aspx (N. del T.).

CAPÍTULO 22
LA VISTA

Shawn me diría más tarde que, cuando salió de casa esa mañana del 10 de noviembre, el día de la vista oral en el juzgado, Marilisa estaba nerviosa. «No te preocupes, cariño», le dijo, mientras le daba un beso. «Va a ser divertido».

«¿Divertido?», preguntó ella con escepticismo.

«Por supuesto –respondió él– y, además, te prometo que te haré a ti la única llamada que dejan hacer».

A pesar de los nervios, consiguió una sonrisa de su mujer. Es una actitud ante la vida de la que estoy muy agradecida. Ese mismo instinto que exhibió para bromear y tranquilizar a Marilisa, distrayéndola de la tensión por el juicio, fue el que empleó ese día para protegerme. Entre Shawn y Jeff estuve muy bien arropada, aunque hubo momentos en que quizá no lo sentía así. Me protegieron no solo de las propias acciones legales o de la tensa espera antes de que comenzara la vista, sino también durante la intensa preparación de la defensa. No tuve que preguntarme nunca: ¿Cómo encuentro un abogado? Estuve a salvo de todo porque Shawn y Jeff sabían que yo no sería capaz, en un momento tan complicado como ese, de maniobrar en medio de ese campo de minas, sabiendo como sabían que había sido traicionada por mis amigas y que me habían llevado a los tribunales en mitad de una desgarradora crisis personal, tanto por lo que respectaba a mi carrera profesional y a mi sistema de valores. Así que lo gestionaron por mí.

Aunque Shawn intentaba quitar hierro al asunto y tranquilizar a todo el mundo, él también estaba nervioso. Él, Doug y yo quedamos en vernos en el despacho de Jeff para ir juntos al juzgado. Quería llegar al despacho antes que nosotros, ¡y lo hizo con cuarenta y cinco minutos de antelación! Y, cuando llegó, Jeff ya estaba allí –Jeff, que llegaría tarde hasta a su propio funeral–, vestido para ir al juzgado. «¿Cómo lo llevas?», le preguntó Shawn.

«Bien –respondió Jeff–. Estoy bien».

Perfecto, pensó Shawn. Cinco minutos después, volvió a preguntarle.

«De acuerdo. Estoy bastante nervioso», reconoció Jeff esta vez.

¿Jeff estaba nervioso? Jeff, que había ganado algunos de los casos más importantes contra empresas gigantescas y sus equipos de brillantes abogados, que había demandado al mismo estado de Texas y que siempre despedía un aura de confianza, ¿estaba nervioso con mi caso?

Para cuando llegamos Doug y yo, había desaparecido ya todo signo de nerviosismo y parecían tranquilos. Nos montamos en el coche de Jeff y fuimos hasta el juzgado, vestidos todos de manera, tengo que decirlo, realmente impresionante. A todos nos comían los nervios, pero ninguno lo admitía con la intención de tranquilizar a los demás. Shawn y Jeff, como es habitual, fueron riéndose todo el camino.

Nos detuvimos frente a los juzgados y Jeff dijo con tranquilidad: «Mi madre va a venir hoy». Yo me quedé impresionada por la relevancia de este caso para Jeff y su familia. «Mira, ahí está», dijo mientras la señalaba con el dedo.

No me podía creer la coincidencia mientras decía: «Mi madre también va a venir. Mírala, ahí está».

Shawn se rió y dijo: «Perfecto, ya está reunida toda la pandilla. ¡Vamos a machacarlos!». Y entonces me agarró del brazo y gimoteó: «Mamá, dame la mano». No pudimos más y nos mondamos de risa. Ahí estábamos, a punto de enfrentarnos a Planned Parenthood en una vista judicial que no podíamos permitirnos perder, todos con un susto de muerte, y ahora nos reñíamos como tontos frente a los juzgados.

Probablemente, así fue como liberamos la tensión. Shawn y Jeff habían empleado innumerables horas para preparar la vista, intentando anticiparse a cualquier obstáculo que pudiera surgir y asegurándose de que estábamos preparados para cualquier eventualidad, aunque lo más probable era que no surgiera ninguna. «Es como preparar un trabajo de investigación que nunca vas a escribir», dijo Shawn.

Para él, aquel momento fue lo más parecido a una tormenta perfecta de estrés. No solo por la vista judicial, sino también porque, por esa época, viajaba mucho y daba muchas charlas y conferencias. Y además, acababa de enterarse de que para el siguiente verano tendría que irse con su familia a Virginia para trabajar a tiempo completo en la coordinación de una campaña a nivel nacional de 40 Días por la Vida. Ninguno de nosotros tenía la menor idea del estrés al que estaba sometido.

Mi madre y una amiga suya venían caminando hacia nosotros.

«Bueno, creo que vas a conocer a mi madre». Estaba nerviosa. Durante todos los años que pasé en Planned Parenthood, mi madre nunca conoció a una sola persona que trabajara conmigo, lo que nunca me preocupó. Por el contrario, estaba ilusionada de que mi madre conociera a mis amigos de Coalition for Life. Shawn me diría después que estaba nervioso cuando conoció a mi madre. Había imaginado que mi familia y mis amigos eran, probablemente, muy favorables al aborto. Así que su sorpresa fue mayúscula cuando mi madre vino andando hacia nosotros, radiante, y lo rodeó con sus

brazos, lo besó en la mejilla y le dijo: «Gracias por haberla sacado de allí».

Unidos en espíritu nos encaminamos hacia el interior del edificio, mientras Doug me sujetaba firmemente la mano. Más allá de nuestras madres, no esperábamos grandes multitudes. De hecho, habíamos enviado un correo electrónico a los colaboradores y trabajadores pidiéndoles que no vinieran. Jeff conocía bastante al juez, J. D. Langley, para saber que cuatrocientos manifestantes en la acera, sosteniendo pancartas y gritando «Libertad para Abby», no era la mejor forma de granjearse su cariño. Y él había prohibido las cámaras durante la vista. Los medios podían asistir, y lo hicieron, pero no se permitía el acceso de cámaras. Así que presumíamos que el número de personas dentro de la sala del juzgado sería pequeño, y eso era bueno para nosotros.

Era todo bastante incómodo, por supuesto. La gente a la que me enfrentaba en la vista, los demandantes, eran personas con las que había trabajado a diario hacía un mes, gente a la que consideraba amiga. Pero su actitud no fue precisamente amistosa. Al entrar en la sala, vi que lo hacía a la vez que un miembro del consejo de Planned Parenthood y de su esposa. Su expresión fue más bien fría y distante, como si me hubiera pasado al enemigo. Y, desde su punto de vista, es lo que había hecho. Me miró una vez más, se giró y se fue.

La mayoría de los de Planned Parenthood ya estaban allí al llegar nosotros. Habíamos citado a declarar a Megan, a Taylor, a otro miembro del equipo y a uno de los médicos que practicaban abortos (lo llamaré el doctor A). Al lado del miembro del consejo que había visto estaban Cheryl y otras personas de Planned Parenthood, incluido algún miembro del equipo de relaciones públicas de Nueva York.

La presencia del doctor A tenía ya una influencia especial por sí misma. Estaba allí a petición nuestra; lo habíamos citado a declarar. Queríamos que declarara para dejar patente que su identidad no es un secreto, tal y como alegan en su petición al tribunal. Dicen que el hecho de que yo conozca su identidad es una amenaza para él y para su cometido profesional. Pero su presencia allí era lo más parecido a una producción cinematográfica. El tribunal había llamado a Jeff aparte para informarle de que iban a traer al doctor de forma secreta por una entrada trasera. Le representaría su abogado y traía escolta personal, cortesía de la National Abortion Federation, todos procedentes de Washington. Por un lado, no parecía necesario todo ese despliegue de seguridad para proteger al doctor A de una organización pacífica como Coalition for Life. Pero también es verdad que no habían pasado ni seis meses desde que tirotearan al doctor George Tiller, mientras asistía al servicio dominical en una iglesia. La memoria de lo sucedido estaba aún fresca en la mente de todos.

La sala del juzgado recordaba a las típicas que salen en la televisión, aunque quizá más pequeña de lo que hubiese imaginado. El banco del juez estaba situado enfrente, con un estrado a su derecha para los testigos. Planned Parenthood y su equipo legal,

compuesto por dos personas, junto al abogado del médico abortista, se sentaban en una larga mesa situada a la izquierda, si mirábamos hacia el juez. Nosotros ocupamos nuestro lugar en la mesa situada a la derecha. La sala era sorprendentemente sencilla y llamaba la atención lo avejentada que estaba por el uso.

Detrás de nosotros se sentaba un selecto grupo de amigos. Al lado de Doug, nuestras madres, unos pocos amigos y algunos abogados pro vida que habían venido para la vista. Aunque no tenían nada que ver en nuestro caso, nos expresaron su disposición a ayudar en caso de que fuera necesario, dependiendo de cómo fueran las cosas.

Jeff entró en la sala riéndose y bromeando todavía, intentando que nos relajáramos todos, incluido él. Cuando Shawn y yo nos sentamos, Jeff se acercó a los dos abogados contrarios y se presentó con cortesía. Al poco rato, siguieron el ejemplo de Jeff y vinieron a nuestra mesa. Shadow Sloan, una mujer alta y pelirroja, que conocía de unas cuantas reuniones, y su abogada adjunta, Deborah Milner, se presentaron cortésmente a Shawn. A mí me ignoraron hasta ese momento, pero Shadow se giró y me sonrió. «Hola, Abby», dijo.

«Hola, Shadow, ¿cómo estás?», le respondí. Odiaba lo violenta que era la situación. Duele que nadie excepto Shadow y Deborah hiciera el esfuerzo por saludarme o hacer un leve gesto con la cabeza en mi dirección. Estoy segura de que lo habían hablado, pero allí había antiguas amigas y compañeras de trabajo. Miré a Megan y Taylor. No podía creer que, con todo lo que habíamos compartido, espacialmente aquellos últimos días, evitaran mirar hacia donde yo estaba. Intentaba imaginar qué les habían dicho antes de la vista, dado el contenido de las acusaciones. Con seguridad no subirían al estrado y testificarían contra mí, ¿no? ¿Serían capaces? ¿Por qué? Eran mis amigas.

Después de que las dos abogadas volvieran a su sitio, Jeff continuó haciendo gala de su humor inteligente para intentar que me relajara de la tensión. Me alegró mucho que lo hiciera porque, en ese momento, una jauría de pensamientos negativos seguía atravesando mi mente. Estaba preocupada, obviamente, por cómo iría la vista y cuál iba a ser la decisión del juez. Pero sabía, al final, que la carga de la prueba no estaba en nuestro lado. Jeff me aseguró que, desde el momento en que Planned Parenthood interpuso la demanda, la carga de la prueba reside en quienes deben demostrar que hice algo mal o que amenacé a alguien, y él estaba convencido de que eso era imposible y que, por lo tanto, no había caso. Esperaba que tuviera razón.

Había algo que me daba mucha confianza: Jeff era un abogado muy experimentado y había llevado casos importantes. El equipo legal de Planned Parenthood tenía mucha menos experiencia en este tipo de lides. Pero lo debían de haber preparado todo muy bien, a juzgar por las cajas y cajas de material que habían traído. Estaban rodeados de cajas de lo que, imaginé, sería material de apoyo, por si lo necesitaban. Eso, o que se estaban mudando de apartamento. En cambio, Jeff no parecía impresionado. «Son solo

fuegos artificiales –me dijo después–. Tratan de intimidarnos. Pero no cuela». Bueno, quizá no colaba con él.

No me acuerdo si subí al estrado esa mañana. Jeff había previsto llamarme si era necesario, aunque confiaba en que no lo fuera. Yo, por un lado, quería que me llamaran. Quería contar mi historia con mis propias palabras. Esperaba tener una oportunidad. ¡Estaba rebosante de entusiasmo! Pero, más que eso, quería escuchar lo que tenían que decir ellos. ¿Por dónde irían sus acusaciones? No podía imaginármelo.

Miré a Taylor, Megan y Cheryl y se me descompuso el estómago. Sabía que las tres subirían al estrado y estaba preparada para enfrentarme a ellas, para escuchar su testimonio con mis propios oídos. Pero, por otro lado, estaba nerviosa por lo que iban a decir. ¿Cómo te sentirías si un amigo cuenta algo que contradice lo que tú sabes que es verdad?

Pero estaba envalentonada, acariciando el desafío. Sí, de acuerdo, al principio me sentí desconcertada y herida por la declaración de Megan y Taylor, pero ahora fluía la adrenalina. Estaba preparada para que me dijeran a la cara sus acusaciones. Yo sabía que había dicho la verdad y que no tenía nada de qué preocuparme.

Tanto Jeff como yo teníamos un miedo permanente a que tuvieran algo planeado, algún golpe de efecto que no hubiéramos anticipado. Supuestamente ya no había nada más, nos habían transmitido todo lo que tenían contra nosotros, pero habíamos visto tantas películas de juicios que sabíamos que podrían darse sorpresas de último minuto. Dada la debilidad del caso, no dejamos de darle vueltas a si habría algo en lo que no hubiéramos reparado y que les hubiera facultado para llevar este caso a los tribunales con alguna garantía.

Todo el mundo se puso en pie; entró el juez y nos pidió que nos sentáramos. Los abogados se presentaron, incluido el del doctor A. Los demandantes, Planned Parenthood, tuvieron la oportunidad de presentar el caso, dado que les obliga la carga de la prueba. Si no pudieran probar nada, entonces no había caso, y eso era lo que esperaba Jeff. Al principio de la vista, solicitó inteligentemente que el juez dejara a los testigos fuera de la sala para que no pudieran escucharse entre ellos. El juez aceptó la petición.

Shadow Sloan llamó primero a Cheryl para que subiera al estrado.

Me dio la sensación que empezar con ella no era la mejor estrategia. En mi opinión, tenía tendencia a pasarlo mal cuando tenía que hablar ante mucha gente, así que no creo que fuera una testigo convincente y elocuente. Creo que tenía razón.

Cuando testificó Cheryl que Planned Parenthood poseía información confidencial, Shadow le preguntó: «¿Puede describirnos, por favor, en qué consiste esa clase de información?»[19].

«Los historiales de los pacientes, que protegemos a cualquier precio –contestó Cheryl–. Los archivos personales de Recursos Humanos, nuestros procedimientos de

seguridad y nuestras políticas y procedimientos sobre cómo funciona la clínica».

«Ahora, háblenos de la información confidencial relacionada con los pacientes, el personal y los proveedores de servicios. ¿Es también objeto de confidencialidad la identidad de los proveedores de Planned Parenthood?».

«Sí, lo es».

«¿Y podría decirme por qué, por favor?».

«Porque nos preocupa la seguridad de nuestros proveedores y no queremos que les ocurra nada».

Esto era un asunto importante: ¿Teníamos información que, si se divulgaba, pondría en peligro las vidas de los «proveedores de servicios» –en otras palabras, los médicos que practicaban los abortos de la clínica– de Planned Parenthood?

Shadow interrogó a Cheryl sobre algunos aspectos de estos archivos: si esa información se conocía fuera de Planned Parenthood, si la conocían los empleados, si Abby Johnson había tenido acceso a esa información, y cosas así. Concluyó su interrogatorio y Jeff comenzó con su turno de preguntas a Cheryl.

«Ha identificado una información que usted y su consejo reclama como confidencial. Comencemos por los historiales médicos de las pacientes. Entiendo que se refiere a las pacientes que acuden a la clínica de Bryan para algún servicio, sea de planificación familiar, contracepción o de aborto, ¿no es así?».

«Sí».

«Y esos serían los archivos de los clientes y los historiales de las pacientes que contienen el tratamiento que reciben, ¿no es así?».

«Correcto».

Durante su declaración, Cheryl solo miraba a sus abogados. No miró hacia donde yo estaba en ningún momento.

«¿Qué evidencias tiene de que Abby Johnson se llevó información de los historiales médicos de las pacientes?».

«No tengo esa información de primera mano».

«¿Disculpe?».

«No tengo esa información de primera mano. No estaba allí ese día».

«¿No tiene ninguna evidencia o prueba hoy que ofrecer al juez Langley de que la señora Johnson se llevó alguno de esos historiales médicos?».

«No la tengo personalmente».

Y así continuó durante varios minutos. Jeff mencionó los tipos de información que Planned Parenthood consideraba confidenciales y que había denunciado que yo tenía en mi poder, y le preguntó a Cheryl si tenía información de primera mano de que yo me había llevado esa información de las oficinas de la clínica de Bryan. Una y otra vez, Cheryl se vio forzada a responder que no.

A Jeff no le llevó mucho tiempo llegar a la cuestión de la identidad del doctor que habíamos citado como testigo, que, por supuesto, estuvo sentado en la sala con nosotros. Sin embargo, todo el mundo tuvo la precaución de no mencionar su nombre. Sabíamos que teníamos una gran oportunidad con esta táctica. Ellos intentaban demostrar por todos los medios que la identidad de los médicos que practicaban abortos para ellos era un gran secreto y, a decir verdad, lo que ocurría es que varios doctores hacían lo posible por ocultar su identidad, hasta el punto de no ir en su coche privado a la clínica o entrar en el edificio con una sábana por encima de la cabeza para no ser reconocidos. Esos eran algunos, pero no todos. El doctor A había sido entrevistado sobre temas relacionados con el aborto en varios medios de comunicación. Así que, si él se exponía públicamente de esa manera, ¿cómo es posible que sea una amenaza el que yo conozca su identidad? Cualquiera que lo viera en televisión sabía perfectamente a qué se dedicaba.

Pero, por ahora, Jeff solamente quería dejar claro con su turno de preguntas a Cheryl que toda la información relacionada con los doctores –qué doctores trabajaban para la clínica, cuántos días venían, dónde los recogían y todo lo demás– cambiaba constantemente, y, por tanto, cualquier información que yo conociera sobre ellos estaría desfasada y errónea.

Cheryl bajó del estrado y Planned Parenthood llamó a Taylor.

Pobre Taylor; todavía una adolescente y atrapada en este lío tan feo. No me gustó que tuviera que testificar, y lo sentí por ella. Siempre me sentí su protectora y hoy no iba a ser una excepción. Al entrar en la sala, me di cuenta del estado de ansiedad en que se encontraba. Desconcertada por lo que el texto de la acción legal preliminar decía, la vigilé con atención, tratando de explicarme qué pudo ocurrir entre las reuniones hasta altas horas de la noche en mi casa, cuando le ayudé a escribir el currículum y a mandar solicitudes de empleo, y el día en que desconectó el móvil y permitió que se dijeran falsedades sobre todo aquello en la instancia judicial y en la medida cautelar.

Desde el comienzo lo pasó mal para controlar sus emociones. Cuando se sentó en el estrado, me miró y creo que eso fue su perdición. Me miraba fijamente mientras hablaba; su voz empezó a temblar y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Era desgarrador verla. Mi rabia, no hacia ella, sino a Planned Parenthood, se hizo mayor por todo lo que le habían dicho o hecho. Su declaración duró bastante tiempo porque a menudo tenía que recomponerse antes de responder a las preguntas.

Parecía que el turno de preguntas de Deborah Milner a Taylor tenía la intención de dejar patente que yo le había influenciado para que dejara Planned Parenthood, que yo había manipulado su currículum y sus solicitudes de empleo sin su permiso y que le había dado información de su hoja de servicios, que se supone no debía conocer y que debía estar bajo llave. Por supuesto, nada de esto ocurrió de esa manera.

Taylor pasó bastantes apuros cuando Deborah le estuvo interrogando, pero la

situación empeoró con el turno de preguntas de Jeff, quizá porque la voz y el tono que empleó con ella fueron muy suaves. Pude ver cómo Jeff se iba dando cuenta de que, en realidad, quien tenía delante era, como yo, una víctima más de todo esto. Algunas veces se le cortaba la respiración de lo que lloraba. Mientras tanto, él estaba decidido a poner de manifiesto la contradicción entre su declaración actual y lo que, según la documentación legal, había dicho antes.

«Abby Johnson y usted son amigas, ¿no?», preguntó Jeff.

«Sí», respondió Taylor mientras me miraba a los ojos.

«Y una vez quiso dejar la clínica y encontrar un nuevo trabajo…».

«Todos nos quedamos muy confusos después de que ella se fuera. No sabíamos si queríamos quedarnos o no».

«Muy bien».

«Nos habían dicho cosas distintas».

Su voz temblaba y las lágrimas corrían por sus mejillas.

«De acuerdo –continuó Jeff–. Quería dejar Planned Parenthood porque le producía un conflicto moral, ¿no es así?».

«No».

Jeff introdujo como prueba una solicitud de empleo reciente de Taylor. «¿Reconoce esta solicitud de empleo?», preguntó.

«Sí», dijo Taylor.

«Esa es su letra, ¿no?».

«Sí».

«Y esta solicitud la rellenó en la casa de Abby Johnson, ¿no es así?».

«Sí. Esta es una solicitud que me dio ella y… en el apartado en el que pide la razón para irme, escribí lo que ella me dijo».

«Ya. Quería entonces que le ayudara a encontrar otro trabajo, ¿no?».

«Ella se ofreció también a ayudar a otros compañeros para encontrar otro trabajo».

«Muy bien». Jeff notó su miedo e intentó sondear sus motivos. «¿Está asustada por su trabajo en Planned Parenthood, Taylor?».

«No».

«Bien. Quiero asegurarme de que usted no tiene ningún miedo de que, si un día decide dejar Planned Parenthood, le ocurrirá lo mismo que a Abby Johnson; es decir, podría pasar por todo este procedimiento».

«No». Sus ojos estaban fijos en los míos, y estoy segura de que se dio cuenta de mi tristeza, mi desaprobación y mi dolor. Las lágrimas volvieron a aparecer en su rostro.

«De acuerdo. ¿No ha pasado por su cabeza nada de eso? ¿No tiene miedo de que le ocurra lo mismo?».

«No».

Jeff, Shawn y yo discutimos la posibilidad de que, si no tenían caso, probablemente habían lanzado esta acción legal por alguna otra razón. Como, por ejemplo, mandar un mensaje claro a sus empleados. O poner a los pro vida a la defensiva y mandarles un aviso. Pero si Taylor temía que Planned Parenthood podría ir contra ella, no era muy probable que lo admitiera teniéndoles sen tados enfrente, con juramento o sin él. Así que Jeff in sistió.

«¿Rellenó usted esta solicitud en casa de Abby Johnson?».

«Sí».

«En la página 2 dice: "razón para dejar Planned Pa renthood". Corríjame si me equivoco, pero usted escribió –esta es su letra, ¿no?– que "creo que no puedo seguir haciendo este trabajo por un conflicto moral"».

«Correcto. Ella me dijo que escribiera eso».

Después de interrogar a Taylor sobre la influencia que podía haber ejercido sobre ella, considerando que iba a dejar de ser su supervisora, Jeff dijo: «Bueno, dice usted que Abby Johnson le escribió el currículum».

«Sí».

«Pero ¿usted le ayudó a escribirlo en el ordenador de Abby, en su casa?».

«No, ella lo mecanografió en el ordenador de su casa».

«Bien. Ella…».

«Yo estaba en mi casa cuando ella lo estaba mecanografiando».

«De acuerdo. ¿Y usted le dio a ella la información por teléfono sobre lo que tenía que mecanografiar?».

«La única información que le di era que estaba trabajando en casa de mis abuelos».

No podía creerlo. Miré a Doug y me devolvió la mirada sacudiendo la cabeza. Taylor y yo habíamos estado hasta muy tarde en mi casa trabajando en ese currículum ¡porque ella me lo pidió! Y ahora estaba ahí, testificando bajo juramento, que incluso ni siquiera estaba allí. ¿Todo eso había sido idea mía? Tenía un bolígrafo en la mano en ese momento y, sin darme cuenta, lo estuve abriendo y cerrando con furia presionando el botón con mi pulgar. Shawn me lo quitó de la mano con suavidad y el silencio que se hizo a continuación me llevó a caer en la cuenta de que quizá se había estado oyendo en toda la sala, y no sabía cuánto tiempo. Me hundí en mi asiento.

Aun con todo, creo que Jeff tuvo un trato suave y amable con Taylor. Más tarde me dijo que daba la sensación de que ella tenía prisa por terminar y salir de allí, y él pensó: Si le dejo hacer eso, acabaremos mucho más pronto. Notó que estaba temblando y miraba a Cheryl, claramente como si tuviera miedo de algo, y volviéndose a mirarme con los ojos llenos de lágrimas. A pesar de lo que dijo, él pensó que tenía miedo de su trabajo y temía –la sordidez de los juzgados– que le pudiera pasar lo mismo si dimitía. No creyó que su declaración nos hubiera perjudicado mucho. Y, francamente, quería que

ella supiera que, si algún día decidía dejar Planned Parenthood, le tratarían con amabilidad en Coalition for Life.

Jeff continuó preguntándole por la solicitud de empleo, el currículum y la carta de dimisión, sobre quién, qué y cuándo se mecanografiaron los documentos, si había estado buscando otro trabajo –«No», dijo– y su testimonio sobre lo que me vio imprimir el último día. Fue una declaración larga, que se hizo más larga a causa de los sollozos, y, cuando Jeff concluyó su turno de preguntas, le permitieron abandonar el estrado antes de que Deborah empezara con su réplica para que pudiera recobrar la serenidad.

Mientras se bajaba, mi corazón se partió en dos. Por un lado estaba muy enfadada. Quería preguntarle yo, para dejar las cosas claras. Sabía que, con unas pocas palabras mías, ella se vendría abajo y diría la verdad. Y estaba deseando hacerlo. Pero igual de fuerte era la profunda simpatía que le tenía. Al salir de la sala, parecía un perrito abandonado, apaleado y herido. Me acordaba de la cena que tuvimos no hace mucho tiempo, en la que me habló de su futuro, de la escuela de enfermería, de prestar servicios sanitarios en vez de atender abortos. Quería lo mejor para Taylor, y ahora se había convertido en otra víctima de Planned Parenthood. Miré a su equipo de abogados y luego al miembro del consejo, los supuestos protectores de las mujeres que pasan por situaciones límite. Pero ni siquiera la miraban, como si fuera invisible para ellos.

Sospecho que lo era.

CAPÍTULO 23
EL FALLO

Deborah Milner llamó a Megan al estrado.

Se abrió la puerta de la sala y Megan desfiló hasta la parte delantera. Su comportamiento era muy diferente al de Taylor. Si ella estuvo llorosa todo el tiempo, Megan parecía enfadada y, como Cheryl, evitó mirarme. Sus ademanes eran escuetos y sus respuestas, breves, hechas en un tono cortante. Parecía asqueada.

Mientras proseguía la declaración, me quedé conmovida por el absurdo de todo el escenario. Sentados en un tribunal y utilizando los valiosos recursos de nuestro sistema judicial, allí estaban dos equipos de abogados, e incluso la escolta del doctor. Los periodistas tomaban notas y había cámaras aguardando. Escuchábamos declaraciones sobre simples descripciones de puesto de trabajo y de currículos para los que mis amigas me habían pedido ayuda; una ayuda que presté con alegría.

Pensé en las terribles palabras de la medida cautelar: Los Demandantes tienen derecho a una medida cautelar porque hay evidencia de un daño inminente para los Demandantes, y, si el Tribunal no dicta esa medida cautelar, los Demandantes sufrirán daños irreparables por la revelación de información confidencial.

Esto era un circo y yo estaba enfadada.

La línea del interrogatorio que siguió Jeff con Megan confirmó mis sensaciones.

«Bueno, usted no esconde el hecho de que ha sido una enfermera clínica en Planned Parenthood, ¿no?», preguntó Jeff.

«No».

«De hecho, usted tiene una página de MySpace a la que yo o cualquiera puede acceder. ¿Ahí es donde usted escribe: "Planned Parenthood de Houston y el sureste de Texas, Bryan, Texas, enfermera clínica"?».

«Sí».

«Le preguntó a Abby Johnson: "dónde puedo encontrar la descripción de mi puesto de trabajo", ella se la encontró para usted, la imprimió y se la dio para que usted pudiera actualizar su currículum, ¿verdad?».

«Sí, ajá», asintió ella.

Después de verificar con ella que no había nada confidencial o secreto en la descripción de su puesto de trabajo, preguntó: «Una vez, usted, Abby Johnson y Taylor estuvieron planeando dejar su trabajo en Planned Parenthood, ¿es eso cierto?».

Le miré directamente a la cara y aguanté la respiración hasta que contestara.

«Sí».

«Y usted actualizó su currículum y se lo envió por correo electrónico a Abby Johnson…».

«Sí»

«… ¿y dijo: "Ahí te lo mando. Deséame suerte"?».

«Ajá».

«¿Es así?», preguntó Jeff otra vez para asegurarse de que el tribunal escuchaba la respuesta.

«Sí».

¡Uf! ¡Había admitido que ella fue la que me envió el correo electrónico, no que lo había cogido y enviado yo sin su permiso!

Jeff siguió presionando. «Abby Johnson continuó adelante y dejó su empleo; ¿usted cambió de parecer y decidió seguir en la clínica?».

«Sí».

«Tan simple como eso, ¿es correcto?».

«Sí».

Me sentí confortada al oír esas palabras. En su mayor parte, su declaración cubría los mismos aspectos que las de Cheryl y Taylor, excepto por una cosa.

La noche siguiente a que yo abandonara Planned Parenthood, una amiga vino a verme porque tenía el orificio del lóbulo de la oreja infectado. Quería ayudarla, pero tenía la oreja tan sensible y dolorida que cualquier cosa que intentaba le hacía daño. Llamé a Megan y le pedí si tenía algo de crema de lidocaína en casa.

«No –me dijo–, hay en la clínica, pero no tengo el nuevo código de seguridad». Habían cambiado todos los códigos de seguridad después de mi dimisión.

«Está bien –le dije–. Creo que puedo utilizar otra cosa». Y ahí se terminó.

Pero en la declaración de Megan sonaba a algo completamente diferente. Era como si lo que le hubiera pedido no fuera la lidocaína, sino el código de seguridad. Planned Parenthood esperaba, claramente, que la llamada a Megan de esa noche me incriminara de alguna forma o al menos diera una mala imagen de mí. Pero, en su turno de preguntas, Jeff disipó todas esas preocupaciones muy fácilmente al señalar que la lidocaína era accesible a todo el mundo y que no era un secreto industrial de Planned Parenthood. Además, incluso si el código de seguridad se había puesto en peligro, se podía cambiar inmediatamente, tal y como hicieron cuando yo dimití. Toda la cuestión era absurda, por supuesto. No le había preguntado a Megan por el código de seguridad,

solo le pedí crema de lidocaína.

Solo hubo una cosa en el turno de preguntas de Jeff a Megan que me dolió. Cuando le preguntó si era amiga mía, ella contestó: «Hasta hace poco, sí». Y yo pensé: ¿Cuándo se produjo ese cambio? ¿Cómo? ¿Qué es lo que hice? No podía entenderlo todavía.

Después de una réplica y un nuevo turno de preguntas de Jeff a Taylor, una vez que pudo serenarse, los abogados de Planned Parenthood concluyeron la exposición de su caso. Por supuesto, teníamos preparado un caso en nuestra defensa, pero Jeff quería intentar primero otra táctica.

El juez Langley le preguntó a Jeff: «¿Va a presentar algún testigo?».

«Bueno, señoría –respondió–, depende. Me gustaría ir a un veredicto dirigido y a un requerimiento para que la medida cautelar sea revocada. Señor juez, si me escucha un minuto, le expondré mis razones para el requerimiento».

Jeff argumentó que ninguno de los tres testigos había aportado evidencia alguna de que yo me hubiera quedado con información confidencial de Planned Parenthood. En cualquier caso, el material que se había catalogado como confidencial no era tal en absoluto, como podría serlo, por ejemplo, la fórmula de la coca-cola. Todo era accesible y, en el caso de los códigos de seguridad, se podrían cambiar con facilidad.

«Sobre esta base, señor juez, pediría… que su requerimiento sea denegado y que la medida cautelar sea revocada».

Deborah Milner respondió por parte de Planned Parenthood, pero no alteró las tesis básicas de la argumentación de Jeff.

El juez Langley respondió: «No encuentro información suficiente que me demuestre que la señora Johnson haya roto su acuerdo. Requerimiento temporal, denegado. La medida cautelar, sin efecto de forma inmediata. Se levanta la sesión».

Habíamos ganado.

* * *

Nada más comunicar su decisión el juez, Shawn y yo saltamos de alegría y nos abrazamos. La gente se abrazaba alrededor de nosotros. Alguien gritó: «Sí», y luego se oyó una sonora carcajada.

Cerca de una hora y media. Eso es lo que había durado todo. Después de la ansiedad y la preocupación, todo había pasado en una hora y media. Me quedé de pie, viendo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. ¿Ya está? ¿Hemos terminado? ¿No habremos malentendido las palabras del juez?

Esto era lo que esperaba, por supuesto, que el juez denegara el requerimiento preliminar, pero me quedó un punto de decepción porque hubiera querido subirme al estrado y contar lo que yo sabía que era verdad ¡y defenderme! Quería poner las cosas en su sitio.

Pero Dios tenía sus planes y no me dio esa oportunidad. Y en ese momento

comprendí: Estaba tan entusiasmada que probablemente hubiera dicho algo de lo que luego me arrepentiría. Esperaba –y rezaba por ello– que mi relación con algunas de esas amigas y compañeras de trabajo pudiera restablecerse en algún momento. Si hubiera testificado ese día, puede que hubiera cerrado todas las puertas posibles, aunque no fuera esa mi intención.

Jeff recogió sus papeles y los guardó. «Me siento como si hubiera ganado la Super Bowl», dijo Shawn sonriendo todavía. Yo también sonreí… pero dejé de hacerlo.

Observé a la gente de Planned Parenthood: sus abogadas, el equipo de relaciones públicas, el abogado del médico abortista, el miembro del consejo y su mujer. Guardaron todo rápidamente y empezaron a salir por una puerta lateral. Claramente, no tenían muchas ganas de hablar conmigo o con los medios de comunicación. De hecho, parecía como si estuvieran en estado de shock. No vi entre ellos ninguna cara de enfado. Era como si no pudieran comprender lo que había ocurrido. Pensé en lo mucho que había apreciado a esa organización, en cómo había querido trabajar y hacer un buen servicio. Ahora solo me parecían algo triste y lamentable.

Shawn les vio marcharse. «Bueno –dijo–, ¡ganó la verdad!».

Abrimos las puertas de la sala del juzgado para salir al exterior y no podíamos creerlo. Los periodistas que habían estado en la vista se habían juntado, ahora con sus cámaras. De inmediato tuve varios micrófonos a un palmo de la cara. Mientras saltaban los flashes, los periodistas se arremolinaron alrededor para hacer preguntas. Como directora de una clínica de Planned Parenthood, no me era extraño tratar con los medios, pero ahora me sentía completamente diferente. Es como si formara parte de un telefilme. Todo parecía surrealista.

«Señora Johnson –preguntó uno de los periodistas–, ahora que el secreto de sumario se ha levantado, ¿qué tiene que decir? ¿Qué puede decirnos que antes no podía?».

Y eso era lo más extraño. ¿Cómo podía explicarles que mi historia era exactamente la misma? Ya había contado la historia del aborto guiado por ecografía en las noticias locales, la repentina convicción de que había estado creyendo en una mentira y que tenía que rechazarla y seguir la verdad, lo que significaba dejar Planned Parenthood y, en su lugar, trabajar en beneficio de las mujeres y los niños no nacidos. Todo eso ya lo había dicho: era mi historia, solo mi historia, y es lo único que tenía que decir desde el principio, y es todo lo que tenía que decir el día de la vista judicial.

Y, de repente, toda esa solemne ridiculez de Planned Parenthood con su medida cautelar me tocó el nervio. Habían intentado callarme… ¿de qué, exactamente? Todo lo que quería hacer era contar mi propia historia, la historia de cómo había cambiado mi corazón, y ellos habían intentado impedírmelo. De lo demás, ni en un millón de años me habría atrevido a violar la privacidad de las clientas de la clínica llevándome información. Todavía me importan mucho esas mujeres y sus familias. No es una frase

escrita en pasado: como si solo me importaran cuando trabajaba para Planned Parenthood. Es una frase en presente: me importan en la mañana de la vista judicial, y todavía me siguen importando ahora. Y, de alguna forma, me importan más ahora, cuando comprendí todo el daño que le hace el aborto a una mujer. No había utilizado esa información privada sobre ellas cuando trabajaba en la clínica y no iba a hacerlo ahora.

Toda la atención de los medios, los micrófonos, los periodistas preguntándome por mi historia… ninguno de ellos había venido a petición mía. Todo ha ocurrido porque un buen día decidieron interponer una acción judicial, supuestamente para mantenerme en silencio, pero que en realidad sirvió para que miles de personas me escucharan hablar de cómo Dios había actuado en mi corazón sin que yo se lo hubiera pedido, esperado o, simplemente, querido. Porque un día, un médico necesitó ayuda para sostener la sonda del ecógrafo. Si no les gustaba mi historia ni las palabras de este libro, creo que, desde mi punto de vista, esto lo han provocado ellos mismos. Nada habría ocurrido si no es por la tormenta mediática que ellos mismos desencadenaron con su instancia judicial y su nota de prensa.

Planned Parenthood no hizo ninguna declaración pública oficial inmediatamente después de la vista, sino que difundieron un comunicado en el periódico local: «El fallo judicial de hoy es un golpe a la privacidad médica y la confidencialidad de los clientes»[20].

Conocía demasiado bien sus tácticas, las tácticas que me habían enseñado, como la selección cuidadosa de las palabras para que dé la impresión de que los pro vida eran una amenaza para la seguridad de las pacientes y los trabajadores de la clínica. La ironía de ese eslogan me sorprendió. Acababa de presenciar lo que habían hecho con mis amigas en la sala del juzgado, con sus propias compañeras de trabajo de la clínica. Y conocía la exigencia para aumentar el número de abortos e incrementar así la cifra de ingresos. Como resultado, estuve de acuerdo con que había una amenaza para la seguridad de las pacientes y las trabajadoras de la clínica, pero en mi opinión esa amenaza provenía de la propia Planned Parenthood. Ahora formaba parte de un movimiento que protegía efectivamente a las pacientes y a las trabajadoras de la clínica, y esta vez lo hacía desde el lado correcto de la verja.

* * *

Quedaba todavía el asunto de la demanda que habían interpuesto contra mí. En ella decía que yo había violado mi contrato laboral al quebrar el acuerdo de confidencialidad con las pacientes. A Jeff no le preocupaba. Les envió una carta al día siguiente de la vista diciéndoles que, a la luz de lo que se había visto, no tenían muchas posibilidades de que la demanda prosperase. Si no la retiraban, añadía, solicitaría al tribunal que Planned Parenthood pagara las costas de todo el proceso. La demanda se interpuso oficialmente el 17 de noviembre. Y, sea cierto o no, aquel fue el último contacto con Planned

Parenthood. No más acciones legales y, de hecho, ninguna comunicación más por iniciativa suya. Ocasionalmente volví a encontrarme con mis antiguas colegas cuando hice turnos de oración frente a la verja de la clínica. Seguía rezando por ellas diariamente, y sabía por propia experiencia que los frutos de la oración podían llevar un largo tiempo.

Shawn me diría más tarde que, después de que Doug y yo nos fuéramos a almorzar con mi madre, se llevó a Jeff para celebrar la victoria en un local desvencijado del centro de Bryan. Cuando llegaron, Jeff se quitó la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa. Se sentaron uno enfrente del otro, sin apenas decir nada, completamente exhaustos. Un camarero fue y les tomó nota. Luego llegarían las bebidas.

Shawn tomó un sorbo. «Jeff, amigo mío, sé mejor que nadie lo mucho que has trabajado en todo esto. ¿Y sabes qué? Te has vaciado como yo. No te queda nada, amigo, lo has dado todo».

Jeff negó con la cabeza. «Estoy exhausto por mi excitación al saber que hemos ganado».

«Hay un problema», le dijo Shawn.

Jeff levantó una ceja: «¿Qué problema puede haber?».

«El problema es que no hay ninguna manera de que podamos pagarte todo lo que has hecho por nosotros. No vas a sacar un penique de esto. Y eso no es justo. ¿Cuántos casos más tienes en marcha?».

Jeff se rió: «Sesenta y siete».

Shawn hizo un gesto de extrañeza. «¿Sesenta y siete? ¿Y nos has dedicado todo tu tiempo? Escúchame, puedo hablar con alguno de nuestros donantes y ver si puedo sacar algo de dinero para pagarte algo por tu dedicación…».

Jeff dijo: «No te molestes. La verdad es que no he podido ir mucho a la clínica, a rezar. ¿Compensaría mi dedicación las horas que no he estado en la verja? ¿Podemos liquidarlo así?».

Shawn se rió: «Te diré también qué vamos a hacer. Yo pago esta comida».

El almuerzo costó 17,50 dólares.

Shawn salió del restaurante pensativo. Hemos tenido un fantástico retorno con la inversión que hemos hecho en este almuerzo.

CAPÍTULO 24
LA REVELACIÓN

Todavía se me pone la carne de gallina cuando pienso en lo que vas a leer en este capítulo. Solo fui consciente cuando caí en la cuenta de que todo lo que me había estado pasando era parte de algo mucho más grande, que mi historia era tan solo un fragmento de algo que Dios había estado labrando desde mucho antes de que yo apareciera por aquella Feria del Voluntariado en Texas A&M. Y confío en que continúe durante mucho tiempo después de que yo haya interpretado mi parte.

Cuando entré a trompicones, llorando, el quinto día del mes de octubre de 2009 por aquella puerta trasera, no tenía ni idea de lo mucho en común que tenía esta organización con Planned Parenthood, además de que, un día, Abby Johnson decidiera lanzarse ciegamente a pasarse de una a otra.

La clínica de Bryan, Texas, de Planned Parenthood abrió sus puertas por primera vez en 1975. En 1998 anunciaron que se mudaban a un nuevo edificio, que a partir de 1999 contemplaba una clínica donde pudieran practicarse abortos. Cuando salió a la luz este nuevo proyecto, una estudiante de Texas A&M, que se llamaba Lauren, lo vio y pensó: Tengo que hacer algo. Así que convocó una reunión entre comunidades para sondear si había más gente que pensaba lo mismo que ella. Los medios se hicieron eco de la convocatoria y le dieron cobertura, así que la asistencia era crucial esa noche. Al final, acudieron cuatrocientas personas que representaban a sesenta iglesias o comunidades.

Se cosechó un gran apoyo para la creación de un grupo que coordinara la oposición no solo al aborto, sino también a la apertura de una clínica en Bryan donde podrían practicarse este tipo de intervenciones. Se formó un consejo y Lauren fue elegida para encabezar la organización.

El nombre que se eligió para esta nueva entidad sin ánimo de lucro fue Coalition for Life.

En efecto. Esta organización, que inspiró la creación de grupos similares en muchas ciudades a lo largo de Estados Unidos, nació justo aquí, en Bryan, Texas, como respuesta a la clínica de Planned Parenthood de la que había sido directora.

Por supuesto, todo esto ocurrió mucho antes de que yo llegara. Cuando, tras su boda,

Lauren dejó la dirección para dedicarse por entero a su familia, le sustituyó David Bereit, que era miembro del consejo. Solo tenía un pequeño equipo y disponía de poco dinero. Aun así, vislumbró el potencial de dos voluntarios: el matrimonio compuesto por Shawn y Marilisa Carney. Marilisa acababa de licenciarse en la universidad. Shawn estaba en el tercer año.

Un buen día, cuando Shawn fue a recoger a Marilisa a la sede de Coalition for Life donde trabajaba, David le pidió si podía hablar con él. «No puedo ofrecerte nada de beber ni de comer –le dijo con una sonrisa traviesa en la cara– porque no podemos permitirnos nada. ¿No te importa sentarte aquí y charlar mientras juegas con los sobrecillos de ketchup que nos han sobrado?».

David le planteó a Shawn la clásica pregunta: ¿Qué piensas hacer con tu vida? Shawn le explicó que tenía la pretensión de estudiar Derecho y que tanto Marilisa como él habían planeado trasladarse a la Universidad de Notre Dame, donde él cursaría esa licenciatura.

«Ahí está mi problema –le dijo David–. No tengo dinero para pagar a mi equipo. Necesito a alguien que sea capaz de visitar a donantes potenciales, que orqueste una estrategia de captación de fondos y traiga algún tipo de apoyo financiero. Ya sé que todavía estás en la facultad. ¿Qué te parecería dedicar a esto media jornada ahora y que pases a tiempo completo cuando te gradúes? ¿Podrías posponer tus planes de estudiar Derecho por un tiempo?».

Shawn y Marilisa estuvieron de acuerdo en que la causa merecía la pena. Marilisa trabajaba a tiempo completo y Shawn iba a hacerlo a tiempo parcial. ¿Y sabes cuándo ocurrió esto? En agosto de 2001, exactamente un mes antes de que yo empezara como estudiante voluntaria en la clínica. Shawn y yo empezamos a trabajar en los lados opuestos de la verja con una diferencia de treinta días.

Tres años después, del 1 de septiembre al 10 de octubre de 2004, llevaron a cabo su primera campaña de 40 Días por la Vida en Bryan, Texas, ¡justo en los exteriores de la clínica donde yo trabajaba! Fue uno de los septiembres más agitados que recuerdo, y además ocurrió en plena plaga de la «mosca de marzo» (si eres del sur de Estados Unidos, probablemente ya lo sepas todo sobre estos molestos insectos voladores de color rojo y negro). Por entonces, yo era una estudiante en prácticas que trabajaba en la clínica, pero no tenía ni idea si era la primera vez que se veía una campaña así en todo el país. Suponía que ya se habría hecho otras veces en alguna otra parte. Pero no. El equipo de la Coalición en Bryan tuvo la idea. Y se lanzaron a rezar.

Cuarenta días seguidos, veinticuatro horas al día. Siempre había alguien rezando en la verja que circundaba la clínica de Planned Parenthood. Y como resultado de una intensa campaña puerta a puerta, Coalition for Life no solo consiguió una red de personas que rezaban sin parar en la verja, sino que también lo hacían desde cualquier

parte de la ciudad.

A veces bromeo con que yo conozco mucho más la campaña de los 40 Días por la Vida que nadie ¡porque yo lo he vivido a ambos lados de la verja!

Durante los dos años siguientes invitaron a David Bereit para impartir charlas y conferencias en ciudades de todo el país sobre la campaña que había iniciado un modesto grupo pro vida de Texas. Cada ciudad quiso tener su propia campaña de 40 Días por la Vida y pronto se sumaron seis de ellas.

En 2004, durante los primeros 40 Días por la Vida, David sacó del metro a Marilisa y Shawn para darles la noticia. Le habían pedido que se trasladara a Washington para convertirse en uno de los líderes del movimiento pro vida a nivel nacional. Pero solo aceptaría si los Carney decidían continuar en puestos de responsabilidad, con Marilisa como directora ejecutiva. Le dijeron que estaban de acuerdo y David se fue a Washington. Casi un año después, con un niño pequeño en casa, Marilisa dejó el cargo y el consejo propuso como nuevo director a Shawn. Todo esto ocurría, curiosamente, al mismo tiempo que yo me hacía cargo de la dirección de la clínica de Planned Parenthood. Parece que nuestros caminos discurrían paralelos.

En 2007, David y Shawn deciden lanzar la campaña de los 40 Días por la Vida a nivel nacional. Sin dinero, pretendían que participaran simultáneamente entre quince y veinte ciudades a lo largo de todo el país con oración, ayuno, vigilias pacíficas en torno a los centros abortistas de cada ciudad, y movilización de las bases de cada comunidad social. No tenían ni idea de cuál sería la reacción del resto del país. Dios excedió sus expectativas y participaron en la primera campaña nacional de 40 Días por la Vida, que se inició ese otoño, ochenta y nueve ciudades, distribuidas en treinta y tres estados. Las cifras de ese movimiento engordaban año a año. En 2009 participaron unas 300.000 personas en las campañas que se desarrollaron en centenares de ciudades de los cincuenta estados y de otros países como Canadá, Dinamarca, Australia e Irlanda del Norte.

Los líderes locales de las campañas y los voluntarios se dieron cuenta de lo mismo que sucedía en Bryan, Texas: que la gente que profesaba una fe quería hacer algo a nivel local para ayudar a salvar vidas. Los 40 Días por la Vida eran la oportunidad para hacerlo. Los informes hablaban de 2.800 vidas salvadas por la acción de esta campaña en todo el país. Como consecuencia, más voluntarios se encontraron motivados para impulsar campañas en nuevos lugares y miles de personas se unieron al movimiento. De hecho, un 30 por ciento de las personas que participaron en los 40 Días por la Vida no lo había hecho nunca antes.

David y Shawn impulsaban la campaña desde sus portátiles y teléfonos móviles, y entrenaban personalmente a todos los líderes locales a través de teleconferencias y web cast. Visitaron unas 300 ciudades para hablar en vigilias y arengar a los voluntarios

locales. Ahora, como antigua directora de la clínica abortiva donde empezó la campaña, doy charlas habitualmente en eventos relacionados con los 40 Días por la Vida.

En su mayor parte, la cobertura que han dedicado los medios de comunicación a estas campañas siempre ha sido amplia e imparcial, incluso cuando existe poco hueco en los medios de alcance nacional. Normalmente son los medios locales los que proporcionan la cobertura en sus informativos de prime time. En parte, obtenemos esa imparcialidad porque se hace un esfuerzo por convencer a los voluntarios de que no es el momento de sacar las pancartas, proferir insultos y comportarse de forma grosera o provocadora.

Nosotros estamos ahí para rezar.

Estamos ahí para dar testimonio de lo que conocemos, de lo que ya hemos experimentado por nosotros mismos.

Estamos ahí para rodear de cariño, amistad y oración a las mujeres que van a las clínicas abortivas y a los que trabajan en ellas.

Justo de la misma forma que me rodearon con su cariño, su amistad y rezaron por mí.

* * *

Pocos días después de la vista judicial, me reuní con Shawn, Bobby, Heather y Karen en su sede. Allí me contaron toda esta historia. A medida que se desplegaba ante mí, empecé a comprender las íntimas implicaciones de lo que me contaban. Aquello me sobrecogió por completo.

«Abby –dijo Shawn, con seriedad–, tengo que confesarte que a veces me pregunto, en medio de tantas horas de trabajo y esfuerzo, de cuentas corrientes sin fondos, de tensiones entre pro vida y pro elección, de tantas mujeres que entran en ese edificio con el rostro cubierto por el miedo y salen horas después con la pena grabada en el semblante, me pregunto, Abby, si hacemos algún bien.

Aunque consiguiéramos que muy pocas mujeres "se lo pensaran" en la verja, siempre lo celebraríamos dando gracias a Dios. Mucho más a menudo de lo que parece, Abby, rezamos y rezamos, y no vemos que cambie nada. Las mujeres y los trabajadores de la clínica vienen y se van. Los niños mueren. Las familias terminan destrozadas. Pero tú has sido una constante. Has estado ahí desde el principio... Recuerdo cuando Marilisa habló contigo el primer día que llegaste a la clínica. Ella te gustó y empezó a rezar por ti. Y Elizabeth, que estaba muy segura de que corresponderías a su amistad. Ella me decía: "Abby es diferente de la mayoría de los gestores. Se preocupa realmente de esas mujeres y cree que las está ayudando. Un día, verá la verdad". Yo quería creerle, pero los meses de espera se convirtieron en años y allí no pasaba nada: tu seguías allí».

Shawn suspiró y se quedó callado un momento. Luego continuó.

«Abby, este año, cuando comenzó la campaña de los 40 Días por la Vida, me sentí cansado. Empezaba a creer a nuestros detractores, que piensan que siempre habrá

abortos y que nada de lo que hagamos importa mucho. Estaba fundido, Abby, y empecé a preguntarme si, en realidad, la nuestra es una causa perdida. Y entonces apareciste tú, por la puerta de atrás de nuestra sede. Justo en medio de la campaña de los 40 Días por la Vida».

Tenía un nudo en la garganta. Intenté tragar saliva. No tenía ni idea de que Shawn se había desanimado. Y yo no me había dado cuenta hasta ese mismo momento de que mi conversión había sido el resultado de años de oración ante mi clínica.

«¿Por qué le dedicas tanto a la Coalición? –le pregunté–. Quiero decir, sé que estáis tú y Marilisa, pero ¿qué te mantiene aquí? ¿Qué sacas de todo esto?».

Sonrió. «La primera vez vine porque Marilisa quiso que la acompañara. Me quedé fuera de la verja, pero no quería mirar. Me sentía tan incómodo. Pero entonces una mujer salió de la clínica. Miré hacia allí y nuestras miradas se encontraron. Me miró con una mezcla de desesperación y tristeza, y supe que estábamos compartiendo ese momento, que ambos sabíamos que ella acababa de abortar. Sus ojos decían, "Sé lo que he hecho. Ahora ya es demasiado tarde. Cargaré con esto toda mi vida". Recuerdo que fue desesperanzador, pero allí me dije que, si pudiera ayudar a cualquier mujer a no cometer el mismo error, lo haría. Y aquel deseo fue el que me devolvió al punto de partida.

»Después de ese primer encuentro, el aborto no fue para mí solo un asunto político o un tema más de la agenda de un candidato. La distancia con el problema se esfumó. Sin poder hacer nada pero sin perder la esperanza, compartí con aquella mujer la situación terrible y aleccionadora de su decisión entre la vida y la muerte. Y creí que, si daba un paso adelante, podía ofrecer a la madre y al niño una última oportunidad para la vida».

Shawn me miró y luego cerró los ojos.

«Abby, ¿recuerdas el día en el aparcamiento, después de que te llevara a conocer al doctor Robinson, cuando me dijiste que ibas a dimitir porque era lo que tenías que hacer?».

«¡Claro que me acuerdo! Nunca podré olvidar aquello, ¡y pensé que ibas a explotar de alegría!».

«En ese momento, Abby, en ese mismo momento, supe que formabas parte del plan de Dios desde el primer momento. Toda la historia de Coalition for Life pasó ante mis ojos como un fogonazo. Pensé en aquella estudiante que escuchó en las noticias de 1998 que iba a abrirse esta clínica y convocó una reunión de oración. No sabía que estaba creando un movimiento global. Ella se presentó allí porque Dios la llamó.

»Pensé en David Bereit, rezando como un loco por este lugar e intentando convencerme que renunciara a la Facultad de Derecho para sustituirle. David no tenía dónde caerse muerto, pero él rezaba. Y no lo disimulaba. Me acordé del día en que vinimos con la idea de la vigilia de los cuarenta días y de cómo rezamos tanto que Dios haría mucho bien con aquello. Y me acordé de Marilisa y Elizabeth, de lo mucho que te

querían y que nunca perdieron la esperanza. Abby, elevamos todas esas oraciones al cielo y Dios nos contestó con tu persona. Él sabía desde el principio que de esa clínica llamaría a Abby Johnson, la directora, y le pondría en una plataforma para que pudiera contar al mundo la verdad. Y lo hizo, Abby. Él ha hecho todo esto».

Y ahora tú también ya sabes la historia.

Como he contado, me he unido al legado de oración que se comenzó en Bryan, Texas. Cada vez que me pongo delante de un micrófono o me siento con un grupo de mujeres o hablo a través de una verja en una pequeña ciudad de este vasto país, estoy rezando por las mujeres y los hombres a quienes Dios está a punto de llamar, por las vidas que va a salvar y por la gente que va a llamar para su obra.

Compartiré una historia más, solo una de muchas, pero una que merece la pena por completo. La angustia que sentí el día del aborto guiado por ecografía en septiembre de 2009, la ansiedad de tener que ir a los juzgados para defenderme, el dolor de perder a mis amigas porque no están de acuerdo con mi cambio. Todos estos recuerdos dolorosos merecen la pena con experiencias como esta.

Un día de primavera de 2010 estaba rezando con mucha más gente en la verja de la clínica de Planned Parenthood. Cuando entraron algunos coches, hicimos lo que solíamos hacer: intentábamos caminar por fuera de la verja lo más cerca de ellas que fuera posible. Aunque fueran acompañadas hasta la clínica por una voluntaria, les explicábamos lo que podíamos ofrecerles.

No era inusual que esas mujeres parecieran enfermas, y ese día noté que una en particular parecía completamente asustada. «Hola», le dije, mientras la voluntaria de Planned Parenthood que había ido a su encuentro al coche me lanzó una mirada de hostilidad. «Me llamo Abby Johnson y he sido directora de esta clínica; eso es, de la clínica en la que vas a entrar ahora».

La mujer me miró confusa.

«Me gustaría que supieras que tienes un montón de opciones ante ti ahora mismo. El aborto no es la única. Y en la oficina de Coalition for Life, que está cerca de aquí, estaríamos encantados de sentarnos contigo, contarte todas las opciones y cómo podríamos ayudarle. ¡Sin cargo alguno! ¡Espero que tengas un buen día!».

Habían llegado a la puerta principal y aquella atribulada mujer miró hacia atrás, por encima de su hombro, mientras su acompañante la conducía hacia el interior. La puerta se cerró tras ellos.

Seguí rezando, esta vez por esa mujer en concreto, para que su mente pudiera aclararse, para que las palabras que le había dirigido dieran su fruto.

Salió quince minutos después, todavía con aspecto de preocupación. Salió de la verja, miró alrededor, me vio y se vino directa hacia el lugar donde estaba. «¿Tú fuiste directora aquí, en Planned Parenthood?».

Asentí con la cabeza.

«¿Y ahora estás trabajando con este otro grupo, aquí, en la verja?».

Asentí mientras le sonreía. Parecía un viaje extraño, ¿no?

«¿Podemos ir a tu oficina? –preguntó–. Me gustaría escuchar a las dos partes».

Me reí y la rodeé el hombro con mi brazo, para irnos hacia nuestra sede. «Puedo enseñarte las dos partes. He visto las dos».

Mientras caminábamos, le pregunté: «¿Y cuál es tu situación?».

«He venido a un chequeo. Me han dicho que estoy embarazada de dieciocho semanas».

«¿Es eso lo que te han dado?», le pregunté mientras señalaba el folleto que llevaba en la mano. Lo reconocí. Era un folleto de la National Abortion Federation. En la portada había un post-it con el número 800 de su centralita, a la que se derivan los abortos de gestación avanzada.

«Sí». Miraba fijamente al suelo.

«¿Es eso lo que quieres hacer?», le pregunté suavemente.

«Ya tengo seis hijos –respondió–. ¿Cómo voy a tener otro bebé?».

Sonreí. «Acabas de llamar bebé a tu nuevo hijo, así que ya sabes que eres su madre».

Sonrió al reconocerlo.

«Podemos ayudarte», le dije. Para entonces ya habíamos llegado a la sede de la Coalición. Le invité a que pasara a la misma sala donde estuve yo la primera vez. Se unió a nosotras una de nuestras orientadoras y en treinta minutos le buscamos una clínica que nos ofrecía ecografías gratis, y asistencia prenatal y del parto; pañales gratis durante un año; cupones de alimentos para ella y sus hijos; y un grupo que le podía conseguir un cochecito y una cuna para el bebé.

«Te acompañaré de vuelta al coche», le dije, y volvimos a la clínica de Planned Parenthood, donde nos dimos un abrazo antes de que se montara en el coche y le dijera adiós.

Entró otro coche en el aparcamiento y una nueva voluntaria, una a la que jamás había visto, salió de la clínica para recibir y acompañar a la nueva clienta.

«Hola –dije–, soy Abby. Solo quiero que sepas que estamos aquí para ayudarte en lo que podamos».

La acompañante de Planned Parenthood me miró burlonamente y yo le correspondí con una sonrisa.

Me pregunto cuál será su historia, y lo que Dios va a hacer con su vida.

AGRADECIMIENTOS

Hay mucha gente a la que necesitaría dar las gracias. Podría escribir un libro con todos los que me han ayudado durante este viaje. Quiero empezar dando las gracias a mis padres. Vosotros sois los responsables de todo esto. A veces, «esto» puede ser algo que no te gustaría que te adjudicaran, pero, en este caso, espero que se hayan sentido orgullosos.

Nada de esto habría sido posible sin la fuerza inquebrantable de mi marido, Doug. Cada chica sueña con «tenerlo todo». Yo sé que he encontrado eso en ti. Eres el hombre más paciente del mundo; ¡soy consciente de que tu paciencia ha sido puesta a prueba casándote conmigo! Pero estoy tan agradecida que espero que continúes siendo igual de paciente conmigo. Donde yo no alcanzo, tú lo superas con creces. Gracias por ayudarme siempre a mantener a mi familia cerca de mi corazón, incluso cuando estoy lejos. Gracias también a Daniel y Ben, los mejores amigos de Doug. Siempre es bueno contar con gente que te ayuda a mantener la cordura. Vosotros habéis servido de aliento para Doug y para mí.

Shawn, no creo que existan las palabras justas para poder expresarte mi gratitud a ti y a tu familia. Durante la etapa más difícil de mi vida has sido la roca a la que poder asirme; siempre con pulso firme, siempre preparado para sacar de mí una sonrisa. Me hace gracia pensar que una vez en nuestra vida fuimos adversarios. A veces me parece que hemos estado juntos en este movimiento toda la vida. Me impacienta saber qué nos deparará el futuro a ambos.

Espero que pueda dar las gracias a David por el movimiento de los 40 Días por la Vida, pero a lo mejor no sería suficiente con eso. David, tu consejo y amistad han significado siempre mucho más de lo que yo pueda expresar. Me acogiste en tu «familia» cuando me sentía tan perdida y abandonada, y me ayudaste a que me reencontrara de nuevo. Tu aliento y apoyo son uno de los mayores regalos que pueda haber recibido. Toda tu familia ha significado una bendición para mí y mi familia.

Por supuesto, tengo que dar las gracias a todas las personas que trabajan en Brazos Valley Coalition for Life. Sin todos vosotros, no estaría aquí hoy. Ha sido vuestra fe y vuestra perseverancia la que ayuda a las mujeres a enfrentarse con la verdad del aborto todos los días. Quiero dar las gracias especialmente a Bobby, Heather y Karen. Vosotros, chicos, me apoyasteis y escuchasteis cuando creía que todo mi mundo se había venido abajo. Habéis sido mis compañeros de viaje y habéis estado a mi lado en todos los momentos buenos y en todos los malos. Habéis rezado por mí y habéis llorado y reído conmigo. Más que amigos, vosotros sois mis héroes. Doy gracias a Dios todos los días por haberos puesto en mi vida.

Marcel y Heather, ¡vosotros habéis sido mis gurús espirituales! Me habéis mantenido concentrada en Cristo y en su Voluntad sobre mi vida. Me he sentido sólidamente asentada y continuáis ayudándome todos los días para acercarme cada vez más a Él. Muchas gracias por todos vuestros consejos.

Aunque he perdido a muchas amigas a lo largo de este viaje, algunas permanecen. Y también he ganado muchas más. Tres «viejas» amigas que siempre merecen el más grande de los agradecimientos. Michelle, Amy y Gabe, conocéis todo lo bueno y malo que hay en mí, y aun así me seguís queriendo. Esto es la verdadera amistad. Habéis estado ahí durante las etapas más brillantes y las más oscuras de mi vida. Jamás podré compensaros por vuestro apoyo incondicional, pero intentaré hacerlo cada día de mi vida. Os quiero mucho, chicas. Y a una de mis «nuevas» amigas, Claire. Estoy muy agradecida a Dios por haberte puesto en mi vida. Me has mostrado con tu ejemplo el poder de la redención y del perdón. Tu amistad es una de las bendiciones más grandes que haya recibido jamás.

Caería en una negligencia imperdonable si no le diera las gracias a mi «amiga de la verja», Elizabeth.

Uno de los mejores momentos del año pasado para mí fue haber podido celebrar tu cumpleaños contigo. Tuve que detenerme un momento para darme cuenta de la enormidad de aquel acontecimiento. Ahí estábamos. Tú, la consejera que caminaba al otro lado de la verja, que me ofreció su amistad hace varios años, y yo, la antigua trabajadora de Planned Parenthood, celebrando tu cumpleaños juntas. Eres un tesoro para mí. Tu amistad, tu consejo, tus bromas, todo… no tiene precio. Tú eres mi ángel en la tierra.

Jeff, no creo que nadie pudiera representarme mejor en los tribunales contra Planned Parenthood. Es gracioso decirlo, pero ¡creo que lo pasamos bien! Shawn y tú hicisteis un trabajo francamente bueno para protegerme durante aquel momento. Me sentí vulnerable, pero vosotros nunca perdisteis la confianza. Perdóname por lo de O'Reilly. ¡Quizá la próxima vez!

Gracias a la familia de Ambassador Agency: Gloria, Wes, Emily y María. Sabéis cómo liberar la tensión. Conseguís que mi cabeza no se desvíe. No podría hacer nada de esto sin vosotros; y no hablo solo de la planificación de la agenda, sino también vuestra amistad y orientación. No podía trabajar con un equipo mejor… todo el mundo debería tener la misma suerte que yo.

Puede parecer tópico, pero creo que tengo la mejor familia del mundo. Gracias por apoyarme siempre y por haberme querido a lo largo de mi vida. Gracias también a la familia de Doug. Gracias por haberle dejado que se casara con esta chiflada liberal. ¡Creo que finalmente he conseguido lo que tanto deseaba! ¡Os quiero mucho a todos!

Cindy, mi increíble compañera literaria. ¿Cómo podría haber abordado este proceso sin ti? Claramente, nuestra sociedad la ha comenzado Dios. Nadie más podía haber contado esta historia de una manera tan poderosa y verdadera. Has capturado mi voz en cada frase. Has sido una bendición para mí. Estoy deseando que volvamos a trabajar juntas muchas más veces en el futuro.

Y, por último, quiero dar las gracias a mis antiguas compañeras de trabajo en Planned Parenthood. Aunque nuestras vidas se han dispersado en diferentes direcciones, aprecio mucho la relación que tuvimos durante tantos años. Muchas de vosotras me habéis ayudado a dar forma a quien hoy soy en realidad. Os aprecio mucho a todas y conservo como un tesoro los maravillosos recuerdos que compartimos juntas. Rezo para que un día pueda volver a encontrarme con algunas de vosotras. Significáis mucho para mí y todavía sois una parte muy generosa de mi vida y de mi corazón. Espero que un día volvamos a estar juntas, pero, esta vez, en este lado de la «verja».

NOTAS NUMERADAS

1. Las filiales de Planned Parenthood continúan haciendo esta afirmación en sus documentos corporativos, como en la declaración «Planned Parenthood y la notificación parental» que dice: «Planned Parenthood cree que la mejor forma para convertir el aborto en algo poco frecuente es asegurarse de que las mujeres, las familias y los adolescentes tengan acceso confidencial y eficaz a los servicios de salud reproductiva». Ver http://www.plannedparenthood.org/rocky-mountains/planned-parenthood-parental-notification-10565-htm (último acceso, 4 de septiembre de 2010). Cuando reaccionó a la campaña 40 Días por la Vida en 2010, Planned Parenthood del Golfo de México hizo esta declaración: «Planned Parenthood hace más que ninguna otra organización para prevenir embarazos no deseados y la necesidad del aborto». Ver Stephanie Palmer, «Forty Days for Life' Campaign Kicks Off», KTBX.com, 21 de septiembre de 2010, http://www.ktbx.com/local/headlines/103489104.html (último acceso, 22 de septiembre de 2010).

2. Estas cifras están confirmadas por Rachel K. Jones, Jacqueline E. Darroch y Stanley K. Henshaw en «Patterns in the Socioeconomic Characteristics of Women Obtaining Abortions in 2000-2001», Perspectives on Sexual and Reproductive Health 34, nº. 5, September/October 2002, accesible en http://www.guttmacher.org/pubs/journals/3422602.html.

3. Justo después de asumir su cargo en 2006, la presidenta de Planned Parenthood Federación de América declaró al New York Times: «Nadie hace más por reducir la necesidad de abortar en este país que Planned Parenthood». Robin Finn, «Anti-Abortion Advocates? Bring 'Em On, Texan Says», New York Times, 10 de marzo de 2006, accesible en http://www.nytimes.com/2006/03/10/nyregion/10lives.html?_r=1 (último acceso: 1 de octubre de 2010).

4. Rachel K. Jones, Lawrence B. Finer y Susheela Singh, «Characteristics of

U.S. Abortion Patients, 2008», Guttmacher Institute, mayo de 2010, accesible en http://www.guttmacher.org/pubs/US-Abortion-Patients.pdf (último acceso: 22 de septiembre de 2010).

5. En 2010, Planned Parenthood de Houston y el sureste de Texas y Planned Parenthood de Luisia-na y el Delta del Misisipi se integraron en Planned Par enthood del Golfo de México. Aunque habían trabajado como filiales integradas durante cinco años, mantuvie ron sus respectivos nombres hasta el 1 de septiembre de 2010. Ver http://www.plannedparenthood.org/gulf-coast/who-we-are-33227.htm

6. Los efectos secundarios potenciales de esos medicamentos han sido correctamente establecidos. Ver, por ejemplo, U.S. Food and Drug Administration, «Medication Guide: Mifeprex», revisado el 19 de julio de 2005, accesible en http://www.fda.gov/downloads/Drugs/DrugSafety/ucmo88643.pdf y National Abortion Federation, «Facts about Mifepristone (RU-486)», revisado en febrero de 2008, accesible en http://www.prochoice.org/pubs_research/publications/downloads/about_abortior (último acceso: 29 de septiembre de 2010).

7. La memoria 2008-2009 de la filial determina que los huracanes, la ralentización de la economía y otras circunstancias financieras habían convertido el año en uno difícil: «Los tiempos de incertidumbre financiera demandan una respuesta de toda la filial. Hemos podido cerrar el año fiscal con signo positivo debido a los amplios recortes de gastos, una reducción de personal y una congelación de las subidas salariales». Ver Planned Parenthood of Houston and Southeast Texas, «Anual Report 2008-2009», accesible en http://www.plannedparenthood.org/gulf-coast/images/Gulf-Coast/AR_2008-2009.pdf

8. Cindy Horswell, «Anti-Abortion Protestors Target Planned Parenthood», 18 de enero de 2010, Houston Chronicle, accesible en http://www.chron.com/disp/story.mpl/health/6821521.html; Cindy George, «Planned Parenthood Debuts New Building», 20 de mayo de 2010, Houston Chronicle, http://www.chron.com/disp/story.mpl/metropolitan/7015381.html

9. En su memoria anual 2008-2009, Planned Parenthood del sureste de Texas y Houston se refiere al recorte de esos fondos cuando dice: «A pesar de

las bajas asignaciones del fondo federal de planificación familiar Title XX para nuestros centros de salud en Texas, más de un 52 por ciento de las visitas de las clientas se realizan sin coste o con uno reducido».

10. El aumento del número de abortos en nuestra clínica simplemente es un reflejo del incremento global del número de abortos realizados por Planned Parenthood Federación de América durante los últimos años: Se practicaron 264.943 abortos en 2005, 289.750 en 2006, 305.310 en 2007 y 324.008 en 2008, último año con datos publicados. Estas estadísticas se encuentran en las memorias anuales 2006-2007 y 2007-2008 de Planned Parenthood Federación de América, además de la siguiente referencia: Planned Parenthood Federation of America, «Planned Parenthood Services», fact sheet, septiembre de 2010, accesible en http://www.plannedparenthood.org/files/PPFA/fact_ppservices_2010-09-03.pdf. (N. del T.: Los últimos datos publicados datan de julio de 2011, donde el total de abortos practicados en el año de 2009 asciende a 332.278. Accesible en http://www.plannedparenthood.org/files/PPFA/PP_Services.pdf. Para más datos, consultar http://www.plannedparenthood.org/about-us/newsroom/politics-policy-issues/fact-sheets-reports-32754.htm).

11. The Book of Common Prayer, According to the Use of The Episcopal Church, Church, Publishing Incorporated, New York 1979, 355.

12. Ibíd., 137, 266, 657, tomado de Salmos 51, 10, KJV.

13. Para ver la forma en que Planned Parent hood piensa a menudo como un negocio, ver Stephanie Simon, «Extending the Brand: Planned Parenthood Hits Suburbia», Wall Street Journal, 23 de junio de 2008, accesible en http://online.wsj.com/article_email/SB121417762585295459-lMyQjAxMDI4MTIoMzEyNzM3Wj.html (último acceso: 1 de octubre de 2010).

14. Ver, por ejemplo, Planned Parenthood Action Center, «Fighting Anti-Choice Extremism», accesible en http://www.plannedparenthoodaction.org/positions/opposing-attacks-womens-health-785.htm (último acceso: 4 de octubre de 2010).

15. Ashlea Sigman, «Planned Parenthood Director Leaves, Has Change of Heart», KBTX.com, 1 de noviembre de 2009, accesible en

http://www.kbtx.com/home/headlines/68441827.html

16. The Book of Common Prayer, op. cit., pp. 454-455.

17. Tracy Clark-Flory, «The Conversion of a Pro-Choice Warrior», Broadsheet, Salon Media Group, 3 de noviembre de 2009, accesible en http://www.salon.com/life/broadsheet/feature/2009/11/03/planned_parenthood (último acceso: 4 de septiembre de 2010).

18. Anne-Marie Dorning, «Planned Parenthood Clinic Director Joins Anti-Abortion Group», ABCNews.com, 5 de noviembre de 2009, accesible en http://abcnews.go.com/Health/MindMoodNews/planned-parenthood-clinic-director-joins-anti-abortion-group/story?id =8999720 (ultimo acceso: 22 de septiembre de 2010).

19. Diálogo tomado de Planned Parenthood of Houston and Southeast Texas, Inc. y Planned Parenthood of Southeast Texas Surgical and Comprehensive Health and services, Inc. contra Abby Johnson y Brazos Valley Coalition for Life, que se produjo en Brazos County, Texas, Distrito Judicial 85, el 10 de noviembre de 2009. Los nombres actuales del equipo profesional de Planned Parenthood han sido reemplazados por seudónimos que se han utilizado a lo largo del libro. La puntuación se ha revisado con el fin de que ganara en claridad y consistencia.

20. Matthew Watkins, «Planned Parenthood Denied Injunction», Bryan-College Station Eagle, 11 de noviembre de 2009, accesible en http://www.theeagle.com/local/Planned-Parenthood-denied-injunction (último acceso, el 4 de septiembre de 2010).

Índice de contenido

Introducción
Nota de Abby Johnson
Capítulo 1 La ecografía
Capítulo 2 La Feria del Voluntariado
Capítulo 3 El poder de un secreto
Capítulo 4 La causa
Capítulo 5 El vínculo de la compasión
Capítulo 6 40 días y 40 noches
Capítulo 7 El código de conducta
Capítulo 8 Mi enemigo, mi amigo
Capítulo 9 Diferencias irreconciliables
Capítulo 10 El huracán
Capítulo 11 La sala de reuniones
Capítulo 12 Un silencio sagrado
Capítulo 13 Ciento ochenta grados
Capítulo 14 El lado equivocado de la verja
Capítulo 15 Con los brazos abiertos
Capítulo 16 Manteniendo la confianza
Capítulo 17 Lo que tengo que hacer
Capítulo 18 Encarando el futuro
Capítulo 19 El requerimiento judicial
Capítulo 20 La alfombra roja
Capítulo 21 Un regalo inesperado
Capítulo 22 La vista
Capítulo 23 El fallo
Capítulo 24 La revelación
Agradecimientos
Notas Numeradas

Índice

Introducción	6
Nota de Abby Johnson	9
Capítulo 1 La ecografía	11
Capítulo 2 La Feria del Voluntariado	17
Capítulo 3 El poder de un secreto	24
Capítulo 4 La causa	31
Capítulo 5 El vínculo de la compasión	40
Capítulo 6 40 días y 40 noches	49
Capítulo 7 El código de conducta	58
Capítulo 8 Mi enemigo, mi amigo	66
Capítulo 9 Diferencias irreconciliables	75
Capítulo 10 El huracán	80
Capítulo 11 La sala de reuniones	86
Capítulo 12 Un silencio sagrado	92
Capítulo 13 Ciento ochenta grados	99
Capítulo 14 El lado equivocado de la verja	105
Capítulo 15 Con los brazos abiertos	112
Capítulo 16 Manteniendo la confianza	118
Capítulo 17 Lo que tengo que hacer	123
Capítulo 18 Encarando el futuro	131
Capítulo 19 El requerimiento judicial	141
Capítulo 20 La alfombra roja	149
Capítulo 21 Un regalo inesperado	156
Capítulo 22 La vista	160
Capítulo 23 El fallo	170
Capítulo 24 La revelación	176
Agradecimientos	183
Notas Numeradas	185